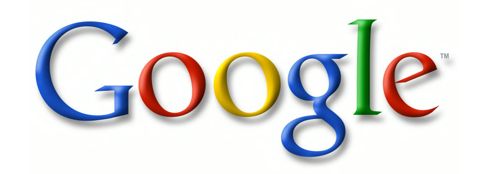
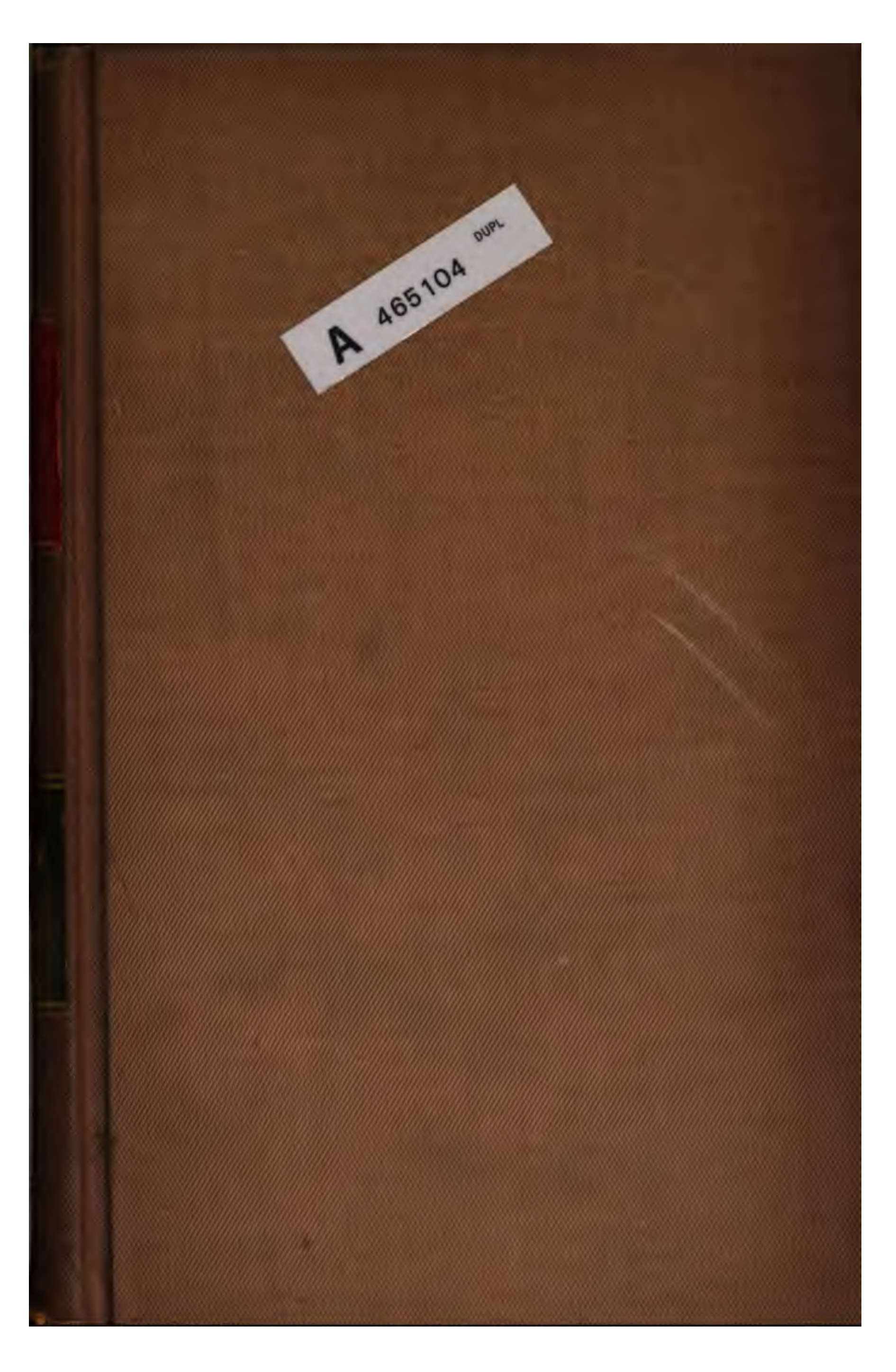
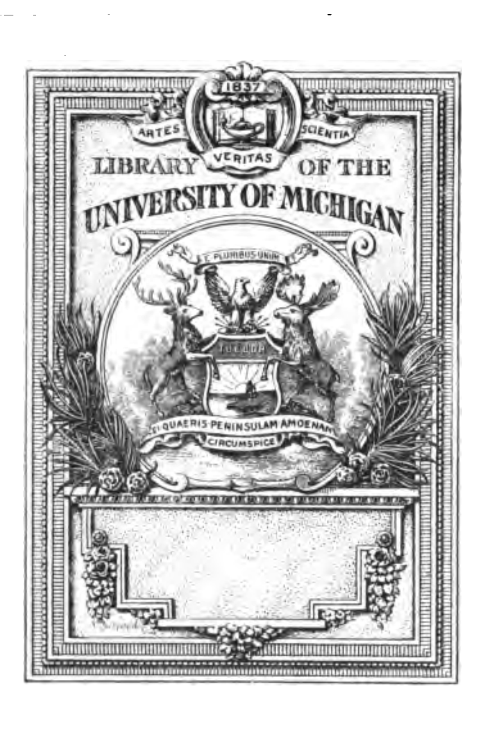



A 465104
DUPL


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ M. DE PEREDA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II

EL BUEY SUELTO.....

CUADROS EDIFICANTES DE LA VIDA DE UN SOLTERÓN

TERCERA EDICIÓN

MADRID

VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO

1899



AL SEÑOR

D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Aunque *tú nos has dicho, y has dicho muy bien, que* «el que lanza al mundo un libro con sus tachas buenas ó malas, debe responder de todas, confiésela ó no [1],» *quiero, á buena cuenta y por lo que valga, invocarte por testigo de que al borrajear estos cuadros, casi á tu presencia, no me guió el propósito de resolver en ellos problema alguno, sino el de fantasear sobre un tema determinado, con el mismo derecho que han tenido otros escritores para fantasear con opuesta tendencia; y acusarte después, como te acuso, de haber creído y de seguir creyendo que en este rimero de cuar-*

(1) *Horacio en España.* Prólogo.

tillas, escritas sin plan meditado y verdaderamente á vuelapluma, hay un libro que debe *publicarse, porque, bien leído, no carece de útiles enseñanzas.*

Esto dicho sin temor de que me desmientas, declaro que, no obstante lo mucho que pesan tus dictámenes sobre mis pareceres, por esta vez, ateniéndome al mío, diametralmente opuesto al tuyo denunciado, quedáranse estos cuadros, como algunos de sus hermanos mayores, sin ver la luz de la imprenta, á no animarme á publicarlos la esperanza de que el lector ha de perdonar las tachas de la obra, en gracia de lo virgen del terreno en que penetra.

La verdad es que no se explica fácilmente cómo en un país en que tantas agudezas y tantas necedades se han escrito y traducido contra la vida conyugal, ni más ni menos que si esto de casarse los hombres con las mujeres y de proceder los hijos de sus padres fuera moda flamante, sujeta á las humanas veleidades, como el capote ruso ó el tupé engomado, no existe un libro en que se narre y puntualice escrupulosa-

mente lo que se divierte un hombre esclavo de las teorías de esos caballeros sublimes, que abominan de las suegras y sueñan con las demasías de los chiquillos, y se pasan la vida haciendo que se ríen de ciertas prosas *(sin dejar por eso de aceptar un* buen acomodo *si se pone á sus alcances), cual si fueran* cuerpos santos *los suyos, ó no hubieran sido antes cuerpos de mocosos, é hijos de sus madres («muy queridas, santas y veneradas» siempre que las dedican sonetos), á la vez esposas y primero hijas; de la cual madera, á mi entender, se hacen las suegras, y continuarán haciéndose mientras siga* de moda *la familia honrada.*

Pues bien: que al lector se le ocurra alguna reflexión por el estilo después de pasar la vista por este mal ensayo de fisiología celibataria *(sigo el tecnicismo al uso), es el único fin á que aspira* EL BUEY SUELTO... *al aparecer en las mieses de la república literaria.*

Lo serio, lo ingenioso, lo transcendental, el libro, en fin, que se necesita, escríbale quien haya nacido para tan alta empresa.

Entre tanto, hazme la merced de contar estas cosas á quien te diga que valiera más no tocar las castañuelas que tocarlas como yo las he tocado en la presente ocasión, y de aceptar estas páginas como ofrenda que tributa á la gloria más radiante de la Montaña, tu admirador sincero y apasionado amigo

José María de Pereda.



JORNADA PRIMERA



I

EL HOMBRE

Concédame el lector, si mal no le parece, que cuando un hombre ha visto, desde que empezó á serlo, satisfechas como por ensalmo las más comunes y perentorias necesidades de la vida, tiene mucho adelantado para ser egoísta. Lo cual no se opone á que también lo sea el que ha ganado el bien que disfruta, en guerra encarnizada con la suerte.

Querrá decir esto que los egoístas abundan, y que sus especies varían en cada ejemplar. Enhorabuena; pero conviene distinguir de casos para el objeto de estos apuntes.

El que es egoísta porque así le hizo el desdén de la fortuna; el que se consagra al propio regalo como en recompensa de pasadas fatigas, tiene en éstas la disculpa, y perenne deleite en la comparación del presente risueño con el

ayer angustioso. De este modo, ni la imaginación le seduce, ni las vacilaciones le marean, ni *el vicio le mata*, como el vulgo dice de los indecisos que lloran soñados males por exceso de bienes. Lleva su rumbo bien trazado y camina con pie firme, sin el riesgo de tropezar en desengaños, por lo mismo que no se alumbra con ilusiones.

Otra cosa muy distinta es Gedeón, tipo en que se resumen todas las especies de egoístas que no debieran serlo, hasta por razones de egoísmo.

Á estos señores enderezo mi cuento; con vosotros hablo; con vosotros, los que afanados en evitarle desazones á la materia, huís de los más legítimos goces del espíritu; con vosotros los que, pródigos de la hacienda cuando se trata de regalar al cuerpo, sois avaros de ella si el alma os pide un óbolo para adquirir un regocijo; con vosotros, en fin, los que pasáis lo mejor de la vida renegando del matrimonio por molesto y caro, y el resto de ella lamentándoos de no haberos casado *á tiempo*.

Séame lícito traeros al banquillo y revolver un poco el saco de vuestras culpas; y aquí, donde nadie nos oye, cantaros al oído media docena de verdades; parte mínima de tantas perrerías como venís soltando á cada triquitraque contra la *diabólica* suegra, la *fementida* esposa,

el *crucificado* marido, y hasta los *mocosos* rapazuelos.

Permitidme, pues, este inofensivo desahogo, y oidme la historia del bueno de Gedeón, que si no es la historia de cada uno de vosotros, andará á dos dedos de serlo, y á todos os vendrá como repique en pascua.

Gedeón siguió media carrera en la Universidad, ó no pasó del Instituto de segunda enseñanza, ó no tuvo otra que la que recibió, muy á la fuerza, de un dómine casero. Importa poco este detalle para el punto que se esclarece. Fué hijo único, ó tuvo hermanos: como el lector quiera. Lo cierto es que en su casa reinaba la abundancia, y que él, si no era niño mimado, pecaba con exceso de *consentido*.

Sabía que al despertarse, á la hora que más le cuadraba, le esperaba el desayuno calentito, al alcance de su mano; que los vestidos que le hacía el sastre, á su capricho, habían de ser pagados, no por él, á la presentación de la cuenta; que si el frío arreciaba, se elevaría convenientemente la temperatura de su gabinete; que si le cansaban las truchas, le darían perdices, y que si tosía más de tres veces, iría á buscarle entre las coberturas de su lecho la azucarada y humeante pócima; sabía, en fin, que dentro del hogar eran sus deseos antes satisfechos que manifestados.

En esta pendiente colocado, en breve llegó á estimar cosas y personas no más que en cuanto podían servir á sus deleites; y si no creyó al mundo hecho para su uso particular, juzgóse venido á él para merecer todas sus comodidades y ninguna de sus molestias... Si no os ofendiérais, célibes de mis entrañas, os diría que era Gedeón el más perfecto modelo de aquellos hombres á quienes llamaba Horacio *cerdos de las piaras de Epicuro.*

Que era sensual, no hay que decirlo, ni tampoco qué gusanillo le roía con más frecuencia la imaginación. Soñó con el amor perdurable de las mujeres (nótese que no digo de la *mujer);* y creyendo hacer de su corazón un nido al más puro y noble de los sentimientos, labró en su cabeza templo en que daba culto á los más torpes estímulos de la materia.

Que para alimentar este fuego elegía los combustibles más adecuados á su actividad, también se comprende sin afirmarlo; por lo cual excuso decir que, en punto á literatura, tomaba á pasto cuanto se ha escrito en el género desde la *Celestina* hasta *Mi tío Tomás.* Pero algo filósofo también, para contener la imaginación, que pudiera llevarle más allá de lo conveniente, acogíase al llamado eclecticismo de Balzac, y sabía de memoria la *Physiologie du mariage*, y las *Petites misères de la vie conjugale.*

Porque es de advertir que Gedeón, á las veces, creía posible realizar sus ilusiones dentro del matrimonio, tomándole, por supuesto, como una fase más de su sibaritismo; como refugio lícito, pero siempre sensual y voluptuoso, de su vida hastiada ya del *amor libre*. Pensaba en el matrimonio, considerándole sólo como un conjunto de todo *lo bueno* de él y de fuera de él; es decir, el incentivo constante de la concubina, y la adhesión fiel y desinteresada de la esposa que le tuviera en perpetuo arrullo, sin dudas ni remordimientos.

Como hombre de vehementes caprichos, sentíase arrastrado con violencia hacia ese punto desconocido; pero, egoísta impenitente, huía de él temiendo equivocarse; temor que le aterraba al considerar que en ese terreno, una vez dado el avance, es imposible la retirada.

En tales ocasiones era cuando acudía con más ansia á sus filósofos preferidos, que si no le convencían por completo, dejábanle, por lo menos, sumido en grandes dudas acerca de eso que se llama entre los solterones licenciosos y egoístas, *prosa de la vida matrimonial*.

En este perpetuo examen de lo conocido y lo desconocido; pasando con su imaginación á cada instante del uno al otro término, como cambia el enfermo de posturas para aliviar sus dolores, no del todo satisfecho de lo que palpaba,

y dando un aspecto pavoroso á lo que desconocía, apuntáronle las canas, quizá más que por el peso de los años (aunque ya los contaba por pares de decenas) por la fuerza de sus cavilaciones.

Y en esto, aquel sér que en el mundo era su providencia, y á cuya sombra vivía él regalón y descuidado, desapareció de la haz de la tierra.





II

EL CASO

MOMENTO solemne fué para Gedeón el en que, por primera vez, se vió solo en el recinto de su hogar; pues aunque en él quedaba siempre la abundancia, ¡era tan duro, tan molesto, tan prosáico eso de administrarla y de atender con ella á las mil necesidades ordinarias de la existencia!...

Por cierto que en aquellos mismos días hizo varias observaciones que no dejaron de asombrarle. Cada vez que se sentaba á la mesa experimentaba dentro de sí algo que no podía explicar bien su egoísmo; algo que pesaba sobre su alma y se la oprimía; y al contemplar vacío el puesto que antes ocupaba la persona en quien apenas se había fijado él por la misma frecuencia con que la veía, parecíale un páramo desierto, con sus fríos y hasta con el silencio pa-

voroso de las grandes soledades. Observaba que cuando no vivía solo en aquel mismo albergue, no reparó jamás en que, al tornar á él después de sus francachelas y regodeos, sentía un placer tranquilo y consolador; veía la faz del anciano envuelta en serena y misteriosa luz, y hasta el vulgar condumio, servido por tosca cocinera, le gustaba más que los refinados manjares de la fonda; venía á ser, en fin, el hogar doméstico, para él, cuando le buscaba después de las borrascas de sus pasiones, lo que el seguro puerto para la nave batida en el mar por los huracanes.

Al caer en la cuenta de estos fenómenos que había sentido sin fijarse en ellos, en vano trataba Gedeón de explicárselos por causas rigorosamente lógicas.

—«El paladar—pensaba,—se estraga con los mejores guisos, si se los dan muy á menudo; y el espíritu necesita también la variedad en los goces para no hastiarse de ellos. La modesta prosa de mi albergue es todo lo contrario de lo que yo saboreo fuera de él. Por eso, por el contraste, me gustaba el hogar doméstico y cuanto en él hallaba después de las tempestades de mi vida.»

Pero ¿por qué en su nueva situación no le sucedía eso mismo? ¿Por qué hallaba insípidos los manjares de su casa, y en lugar de dilatár-

sele el pecho al atravesar los umbrales de su puerta, se le oprimía el corazón, y el desierto de la mesa se extendía á su gabinete, y notaba la falta de aquella persona hasta en los sitios donde jamás la viera? ¿Qué era y en qué consistía *aquello?* ¿Existía algo fuera de su sér, que, sin embargo, formaba parte de él; algo indispensable para expansión legítima de su alma? ¿Era acaso que los cuidados domésticos que á la sazón preocupaban al huérfano, le proporcionaban molestias que antes no conocía? ¿Serían estas molestias la causa de su desaliento en el hogar? Y, en este caso, ¿era la falta de un celoso *proveedor* lo que únicamente le apesadumbraba? Pero entonces, ¿por qué le echaba de menos aun donde nunca le necesitó? ¿Por qué antes le molestaban por *impertinentes* sus preguntas, aunque se encaminasen á satisfacerle un gusto más, y ahora diera parte de su vida por volver á oir una sola de ellas, aunque fuera para echarle en cara su egoísta ingratitud? ¿Sería cierto que en ese *presidio* llamado familia por los hombres *vulgares*, es donde únicamente se encuentra lo que no puede adquirirse con todo el poder de las riquezas, ni entre el vértigo de todos los placeres?

Así, ó por el estilo, le hacía discurrir la elocuencia de los hechos, como en respuesta á la explicación *lógica* que él se empeñaba en dar á

su nuevo y *raro* modo de sentir; el cual hallazgo, dentro de la casa, le produjo, como dicho queda, no poco asombro, pues jamás se había permitido semejantes *debilidades*.

Pero tenía hondas raíces en su pecho el amor inconmensurable á la materia; y no pasó la crisis de obligarle á insistir con doble empeño, más bien por distraerse que por decidirse, en sus cavilaciones de costumbre; las cuales, como el lector sabe ya, se reducían á comparar estado con estado, y hacer con la imaginación voluptuosas exploraciones en el campo matrimonial, en su afán de conocerle, por si las circunstancias le llevaban un día á refugiarse en él.

Merece saberse, al pormenor, de qué especie eran esas exploraciones. Comenzaba Gedeón por hacer un recuento de sus haberes; y suponiendo que, aun echando corto, habían de darle, amén de mujer, doble por sencillo, multiplicaba su caudal por 3, y apuntaba el producto como capital de su pertenencia para sostener las cargas de su nuevo estado.

En seguida pensaba en el tipo de la mujer que debía elegir; punto siempre muy grave para él, porque unas por rubias y otras por morenas, unas por rosas y otras por capullos, todas le gustaban, supuesto que todas habían de tener el pie pequeño, el cuello torneado, los

ojos lúbricos, el talle flexible... y, además, habían de amarle *con delirio*.

Sin estas condiciones arquitectónicas y hasta de temperatura, no había que pensar en que Gedeón se decidiera por ninguna; y con ellas, todas le convenían.

Vacilaba largo rato, con los ojos cerrados y la mente perdida en un cúmulo de hipótesis verosímiles, y concluía decidiéndose... por *el grupo*, por de pronto, y aplazando el *cuál de ellas* para *en su día*.

Tenía ya mujer y buena renta: faltábale el nido en que había de pasar la vida como una aurora sin nubes, como un suspiro de amor, sin término ni fatiga.

Por de pronto, entre disfrutar la luna de miel con su paloma bajo los aleros de un *hotel* fuera de la patria, ó á la sombra del tejado paterno, elegía un término medio que le satisfacía en todos conceptos: para esa ocasión tan solemne tendría él preparado el voluptuoso albergue conyugal.

Y ¿cómo sería ese albergue?

Aquí entraba el lápiz á resolver el problema, no sólo con cifras, sino con dibujos; y comenzaba Gedeón por trazar el plano geométrico de su futura morada. Pero le asaltaba al punto la batallona y compleja cuestión de Balzac: ¿dos gabinetes para los esposos; uno solo con

dos camas, ó una cama sola y un solo gabinete?... Nuevas meditaciones, nuevas dudas, y al fin un punto más entre los varios que se quedaban sin resolver por el momento.

Entre tanto, aceptaba los dos gabinetes; pero ¿muy separados ó muy juntos? Lo primero tenía sus ventajas; mas había en contra de ellas ciertos reparos de estética y hasta de higiene y policía doméstica, por razón de distancia y horas intempestivas, muy atendibles... Á todas luces era preferible la contigüidad; y así se trazaban los gabinetes.

Después pensaba en la ornamentación, y calculaba el número de sillones, y la clase y el color de la tapicería; y si el lecho nupcial sería de bronce ó de madera; si las cortinas de éste ó del otro modo; si la luz por la derecha ó por la izquierda; si la alfombra de Persia ó de Cataluña; si en la antecámara pondría, durante la noche, opaco disco ó resplandeciente fanal; si es de más ilusión la media luz que la luz entera, ó si es preferible la obscuridad absoluta.

Después, el tocador de *ella:* sus mil objetos, untos y perfumes; y el vestíbulo y el estrado... ¡hasta la cocina! todo se apuntaba en minuciosa lista, á todo se le daba precio y para todo alcanzaban las rentas.

Por los pasadizos de aquel plano, realzado con el fuego de la imaginación del dibujante,

veía éste pasar la esbelta figura de su mujer, y oía el crujir de la seda de la bata, y por debajo de los pliegues desmayados, distinguía la punta del diminuto pie calzado con artística, leve babucha, y aspiraba el aroma de los rizos cayendo sobre el lascivo cuello... y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

Después pensaba en la servidumbre, y formaba el presupuesto de sus gastos domésticos, que nunca excedían á los ingresos.

Establecido ya, trataba de metodizar su vida: qué horas destinaría á los placeres dentro de su casa, y en qué forma; y cuáles para volver á ella, donde le esperarían los brazos de su hermosa compañera, que no podría vivir un instante separada de él; el almuerzo y la comida serían la comida y el almuerzo de dos tórtolas; y la sobremesa y el reposo, un incesante arrullo.

Si él enfermaba (en que enfermase ella no había que pensar) su médico sería el amor, y su medicina, mimos y agasajos... Por supuesto que su enfermedad no pasaría de cierta languidez interesante: nada de secreciones nasales ni otras hediondeces por el estilo...

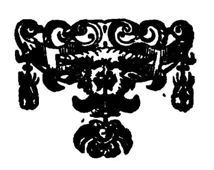
Así un día, y otro y otro; y los meses y los años: *ella* cada vez más hermosa y enamorada, y *él*, que ya tenía canas al hacer este presu-

puesto, sin una sola arruga, ni un triste *destacamento*, ni un mal retortijón.

También vislumbraba, entre la penumbra de sus ensueños, algo como la rizada y blonda cabellera, los húmedos y rosados labios, los ojos serenos y el leve talle de una hermosa criatura; pero este sér siempre sonreía, jamás había llorado, ni estado en mantillas, ni alborotado la casa durante lo más acerbo de la dentición; ni su madre le había parido, ni el comadrón la había visitado...

Era, en suma, el cuadro que Gedeón se imaginaba, una primavera perpetua, sin lluvias ni ventiscas.

—¡Si esto fuera posible!—exclamaba, despidiendo centellas por los ojos.—Pero... ¿y la *prosa?*... ¿y mi libertad perdida?





III

LOS JUECES

N dos épocas de la vida sienten los hombres, con respecto al matrimonio, eso que los célibes recalcitrantes llaman *malas tentaciones:* la primera, cuando la imaginación, salida apenas del horizonte de la pubertad, lo ve todo de color de rosa. Entonces nos casaríamos todos los hombres si fuéramos dueños de nuestra voluntad y de algunos maravedíes. La segunda, después de trasmontar la cúspide de este sendero espinoso; cuando todavía nos atrevemos á dudar si vamos dando el primer paso del descenso, ó el último de la subida.

Por estas latitudes navegaba la edad de Gedeón cuando notó que le era insoportable la soledad de su casa, y con tanto empeño se entregaba á sus exploraciones por los desconocidos mares del matrimonio.

No diré que se insinuara en él con tanta fuerza como en otro mortal menos egoísta la inclinación al indisoluble vínculo; pero es indudable que el coincidir en ese mismo grado la natural tendencia, su, digámoslo así, *punto de sasón*, y el repentino cambio en un tan largo como inalterado método de vida, era más que suficiente motivo para obligarle, como le obligó al cabo, á hacer un esfuerzo de raciocinio.

Ni su edad ni sus circunstancias del momento, daban ya espera. Entonces ó nunca. Era preciso examinar con el microscopio de sus conveniencias hasta el último repliegue de sus adentros, para ver, en definitiva, qué había *allí* que temer ó que esperar. Como buen egoísta, no quería dejar para mañana ni el recelo de haber elegido lo peor por falta de reposado consejo.

Ya se ha visto que en el que á sí propio se pedía, llevaba preparada más de la mitad de su postrera resolución. Y digo que ya se ha visto, porque tomando el punto de vista donde él le tomaba siempre, el resultado no podía variar jamás. Desde aquel punto lo veía todo, todo... menos el matrimonio. ¿Cómo diablos había de llegar á conocerle? Y no conociéndole, ¿cómo había de estudiarle *á fondo*, según él deseaba?

Por eso no fué larga su meditación; mas co-

mo el resultado de ella no le satisfizo por completo, aunque le agradaba no poco, quiso encomendar el resto al dictamen de acreditados peritos en la materia. En desacuerdo con ellos, lícito le era apelar á otros pareceres; en perfecta concordancia, ya no cabían escrúpulos.

Veamos ahora quiénes eran los jueces que iban á entender en tan delicado litigio.

Cada generación que viene al mundo trae un poco de todo, como ustedes saben. De cien muchachos que van juntos á la escuela, hay siquiera diez que entran al mismo tiempo en la Universidad; otros diez que se dispersan por la tierra á correr las aventuras de la suerte; veinte que ahorcaron los libros para meterse, como Fray Gerundio, á predicadores, es decir, á todo aquello para lo cual no sirven; cincuenta que van dejando, uno tras otro, este pícaro destierro; y, finalmente, otros diez que se quedan, en la época crítica de decidirse, como estorninos atolondrados, mirando cómo se dispersa el resto de la banda. De estos diez era Gedeón, y de los mismos, otros tres contemporáneos suyos, ociosos como él, egoístas como él y solterones aún más que él, pues todos le excedían en edad, y particularmente en aversión al matrimonio.

Como contemporáneos, como egoístas y como solterones, los cuatro eran amigos...

Entendámonos: paseaban juntos, murmuraban juntos, y juntos estaban siempre en rebelión contra la sociedad entera. Por lo demás, ninguno de ellos hiciera por la vida de los restantes el sacrificio de un cuarto de hora de su reposo. Paseando en ala, como acostumbraban, no se toleraban mutuamente el casual pisotón, ni el choque un tanto violento. Por todo gruñían y á cada instante alborotaban el paseo. Ninguno de los cuatro sabía el modo de vivir de los otros tres; lo único que no ignoraban todos era el pie de que cojeaba cada uno de los demás, porque esto aun en la calle se veía: era el carácter.

Uno era avaro; y el matiz más sobresaliente de los muchos que tenía su odio el matrimonio, se compartía entre lo caro que costaba y el riesgo de llegar á tener herederos *forzosos*.

Acaso hubiera aceptado la esposa como sirvienta fiel y desinteresada en todo género de faenas; pero la quería joven y de buena estampa, con lo cual no estaba garantido contra el riesgo que temía. De las aseguradas de él por edad, no había que hablarle. De todas maneras, no podía avenirse con el derecho de la mujer á la mitad de los bienes gananciales. El caudal era suyo, y lo suyo lo quería para hacer de ello lo que le diera la gana.

Otro era pulcro, reglamentado y económico. No toleraba en su habitación un mueble fuera de su sitio, ni una hilacha en el suelo, ni una mancha en su vestido; la ventilación era su tema y el cepillo su manía. Apuraba la ropa hasta desecharla por transparente, pero jamás por sucia. Se sentaba ocupando la menor cantidad posible de silla; y para escribir, así sentado, aún encogía las piernas y los dedos de la mano; *metía* los renglones de su piojosa letra hasta amontonarlos, y todavía cercenaba media pata á cada *m* y los puntos á las *ii*. Comía, paseaba y dormía á horas inalterables é inalteradas. No concebía de otro modo la existencia; y como, en su concepto, el matrimonio era el desorden, el despilfarro, el desaseo y una caverna de aires impuros, detestaba el matrimonio con un rencor inconcebible en su aspecto acicalado y hasta risueño... Verdad es que su sonrisa no lo era; más bien lo parecía por la especial disposición de su boca, muy semejante á la de las culebras.

El tercero era celoso, como una bestia en sus períodos *álgidos;* y porque la humanidad no le mimaba como él creía necesitarlo para sus regodeos brutales, detestaba á la humanidad entera. Bajo siete cerrojos y amarrada á una estaca, y él á su lado con otra en la mano, sospechara de la fidelidad de su mujer, si capaz



hubiera sido de atreverse á elegir una, ó el cielo se lo hubiera permitido.

Ya se deja comprender que estas cualidades enumeradas eran el sello distintivo de sus respectivos poseedores, pero nada más: en el fondo del carácter los tres parecían formados en un mismo troquel. Cada uno de ellos creía odiar al matrimonio por distinto lado; pero estas fases de sus odios no pasaban de ser otras tantas manías, ó productos diversos y raquíticos de un mismo suelo árido y estéril.

Los tres carecían de familia ó habían prescindido de ella; los tres ignoraban lo que era el trabajo y la ocupación seria; los tres eran ricos, y cada uno de ellos vivía solo; quién como huésped, quién en casa propia.

No era Gedeón, seguramente, el peor de los cuatro; pues, á lo menos, sentía ciertos deseos, aunque mal entendidos, de explorar otras regiones para variar de clima, señal de que el insano en que habitaba no le satisfacía; era en sus vicios algún tanto *artista*, y bastante pródigo de su caudal. Con otra educación, acaso hubiera sido hombre de provecho. Los resabios de sus amigos procedían de la madera misma, que se torcía, como se tuerce el roble, porque es roble, aun con la polilla de los tiempos.

Tales eran los jueces á cuyos dictámenes y

consejos sometió Gedeón el atisbo de escrúpulo que le quedó, de resultas de sus cavilaciones matrimoniales al entregarse *por última vez* á ellas.

Olvidábaseme decir que en el pueblo se llamaba á estos cuatro solterones *Anás*, *Caifás*, *Herodes* y *Pilatos*, aplicándose los nombres al avaro, al celoso, al pulcro y á Gedeón, respectivamente, y no sé por qué.





IV

EL JUICIO

SERENO era, y hasta chancero y zumbón; pero no sin tartamudear más de tres veces, ni sin hacer por cada palabra una salvedad, llegó Gedeón á exponer su tesis al asombrado y adusto tribunal. Verdad es que no pueden escribirse ni pintarse los carraspeos, las interjecciones y los gestos con que, á manera de ortografía, iban los jueces puntualizando los períodos del exponente. Ya no eran caras; era vinagre y rescoldo aquello que le miraba cuando acabó de hablar en éstos ó semejantes términos:

—Tal es el caso, caballeros; y para ponerle á su verdadera luz, acudo á vuestro autorizadísimo dictamen. Necesito que hablemos una vez *en serio* de eso que se llama matrimonio, con el piadoso fin de ver hasta qué punto le es lícito á un hombre... como nosotros, el pensamiento de casarse. Suponed, pues, ilustres ju-

rados, que habiendo hallado una mujer rica, hermosa, con todas las seducciones imaginables, y educada á mi gusto, me caso mañana con ella...

Aquí fué la explosión de asco, de ira y de horror, todo junto; aquí fué el ponerse aquellas caras como dicen que se pone la del demonio cuando la rocían con una hisopada de agua bendita.

—Supongamos—recalcó el exponente, después de abrir un paréntesis de silencio para que pasara lo más recio de la tempestad;—supongamos, repito, que aprovechando todas esas ventajas, me caso mañana yo: ¿qué me sucederá?

—¡Tu ruína!

—¡Tu muerte!

—¡Tu ignominia!

—Eso no es responder—dijo Gedeón, replicando de una sola vez á las tres feroces respuestas de sus amigos.—Quiero detalles; quiero que discurramos un poco sobre esa prosa y esas cadenas matrimoniales; sobre todo ese conjunto de miserias que, según fama, son inherentes á la vida conyugal. Y esto entendido, vuelvo á preguntaros: ¿qué me sucederá si me caso?

—¿Y qué demonios quieres que te respondamos á una pregunta tan vaga y tan comple-

ja?—contestó el pulcro, rasgando mucho la boca para enseñar todos los dientes.

—Lo que sepáis.

—¡Lo que sepamos! ¿Pues no lo sabes tú como nosotros? ¿No lo sabe todo el mundo de corrido? ¿Hay tema que haya sido más resobado ni más discutido? Pero aunque lo ignorases, ¿cómo narrarte en tan breve tiempo lo que no cabe en libros ni en la memoria humana?

—Si te concretaras á un punto determinado...—añadió el celoso.

—Concretaos vosotros; dividid, por ejemplo, en períodos la epopeya, é id diciéndome, no todo lo que hay, sino lo que más abunda en cada uno de ellos: yo deduciré el resto.

—Y vendremos á repetir lo que, en fuerza de haberse repetido tanto, pasa en el mundo por *catálogo de vulgaridades*.

—Pues ese catálogo es, precisamente, lo que yo vengo buscando. Diréisme que en la memoria debo tenerle; pero recordad los expuestos motivos de mi consulta, y comprenderéis por qué necesito que ese resumen pintoresco de vulgaridades aceptadas como razones serias contra

«esa grotesca fusión
que se llama matrimonio,»

sea hecho por vosotros y no por mí; por qué, no debiendo fiarme de la memoria ni de la luz

con que habría de guiarla para buscar los hechos vitandos, es indispensable que me los expongáis vosotros, en forma, como quien dice, de ramillete, para que pueda yo olerlos todos de un solo aliento y probar en la intensidad de su veneno el vigor de mi naturaleza y los bríos de mi necesidad. Y con el laudable fin de evitar divagaciones metafísicas y retorceduras de conceptos, vuelvo á presentaros en crudo mi pregunta, que ya lleva marcado el prosáico son de la respuesta: «¿Qué me sucederá si me caso mañana?»

—¡Y dale con el tema! ¿Quieres, con mil demonios, saber lo que te sucederá, por ejemplo, en los primeros días?—dijo echando chispas el acicalado que, según parece, llevaba la voz cantante en aquel estrafalario desconcierto.

—Muchos cantos va á tener la epopeya, á lo que veo,—exclamó sonriendo Gedeón.

—¿Por qué lo dices?

—Por la pequeñez de las partes en que la divides, si he de juzgar por la muestra de «los primeros días.»

—Pues esos días son un período completo, y aun colmado... Los demás ya serán más largos, para desgracia del marido.

—Vaya, pues, por «los primeros días,» y sepamos, por fin, qué me sucederá en ellos.

—Nada que no sea envidiable: sorpresas en-

cantadoras, dulzuras, mimos, arrebatos sublimes... ¡lo más voluptuoso y embriagador que puedas imaginarte!

—Y ¿cuánto dura?—preguntó Gedeón relamiéndose.

—Cuarenta y ocho horas,—respondió secamente el interpelado.

—Me parece mucho,—gruñeron los otros dos jueces.

—¿No me concedéis siquiera una semana?

—Vaya la semana—dijo el atildado,—pues días más ó menos, poco suponen en la eternidad del martirio subsiguiente. Durante esa semana, no existen los suegros ni los cuñados; tu nueva familia es un coro de ángeles que no cesa de cantar tus alabanzas. No hay hombre como tú, ni más amable, ni más ingenioso, ni más bello, ni más digno de ser adorado; y esto, que te lo dice tu mujer á solas entre explosiones de amor, te lo repiten en la casa hasta el gato y el perro, adivinando tus deseos y hartándote de preferencias y mimos. Como no has de vivir con tus suegros eternamente, en estos primeros días empezarás á tratar, si no de separarte, de cuando te separes; y ten por seguro que por diferencias sobre calle, ó piso, ó colores de las tapicerías, ha de asomar la oreja lo primera nubecilla en el arrebolado horizonte de tu felicidad.

—Eso suponiendo—añadió el usurero,—que en los pormenores de la dote no haya habido serios altercados.

—Ó que la recién casada—expuso el celoso,—no deje, en la vecindad que abandona, *su primer amor*.

—Todo es posible—continuó el pulcro;—pero hemos de prescindir de lo eventual y contingente, que no tiene medida, para fijarnos sólo en lo rigorosamente lógico; en lo necesario, en lo infalible. Con esto nos sobra para ganar el pleito. Y prosigo. He supuesto que pasabas la primera semana con la familia de tu mujer, por elegir un motivo, entre los cien mil que existen, para el primer desacuerdo. De todas maneras, en tu casa ó en la ajena, al acabarse esos días, las intimidades matrimoniales han llegado á su grado máximo, y comienzan á caer en desuso ciertas contemplaciones de pura galantería, hasta allí guardadas entre los cónyuges. Nada más natural entoncés que la elección de un criado, ó la compra de un mueble, ó la distribución de las horas del día, ú otra pequeñez cualquiera, produzca en tu mujer un serio enojo y en tí un disgusto. Los de esta índole son los que traen á las casas las intervenciones extranjeras, aunque con ramo de oliva; pues la esposa, poco acostumbrada todavía á sufrir contrariedades, ne-

cesita murmurar con alguien de las *rarezas* de su marido, y murmura con su madre, si la tiene, y si no, con sus amigas. Oirás de éstas ó de aquélla tal cual disertación sobre el tema de la tolerancia que deben tener los caballeros con las señoras; verás que en estos conflictos *internacionales* jamás se te da á tí la razón; te llevarán los demonios cuando consideres que cosas tan fútiles y remediables en casa, son ya del dominio público, y en centuplicado tamaño, por la insensatez de tu mujer; que están tu reposo y la paz de tu casa á merced de la menor divergencia de pareceres entre vosotros dos, y sobre todo, cuando veas que tu esposa se va mostrando tan dispuesta á desechar los tuyos más sensatos, como á aceptar los ajenos más absurdos.

Pasó, pues, el período breve del éxtasis amoroso, y estás de patitas en el primero del martirio. Comparando lo que eres con lo que fuiste poco antes, y temiendo avanzar en el horrible é interminable sendero en que te hallas colocado, haces heróicos esfuerzos en favor de la paz doméstica; te acusas aun de faltas que no has cometido; disculpas todos los resabios de tu mujer, y corriges hasta los más inofensivos de tu carácter. Todavía, y mediante este sistema, disfrutas, de vez en cuando, los breves momentos de placer que dan de sí

las *reconciliaciones vehementes;* y quizá insistiendo en el procedimiento adoptado, y sin más mujeres en el mundo que la tuya, llegaras al fin de la carrera, no sin cruz, pero sin espinas. Mas, en esto, asoman los primeros barruntos de sucesión; y á los tiquis-miquis de todos los días, tienes que añadir las impertinencias propias del *estado*.

El olor del tabaco la ofende, y no puedes fumar delante de ella; si por no dejar de verla fumas lejos de su presencia, cuando te acercas huele que has fumado, y te rechaza; por evitar este inconveniente dejas de fumar; pero has salido á la calle, has ido al café, has estado, en fin, donde se fuma, y tu ropa huele á tabaco, razón por la cual tampoco puedes aproximarte á su gabinete. Te resignas á no salir de casa por no ahumarte; pero si usas esencias, le repugnan, y si no las usas, hueles *á hombre:* tampoco entras así.

Entre tanto, la casa está patas arriba, y tu autoridad como la casa, porque la señora come á horas intempestivas las cosas más extravagantes, y tiene ascos y náuseas, y todo lo escupe.—Cuando concluye este período, que es muy largo, empieza otro mucho más divertido: el período de la pesadez, del bamboleo, del malestar, del paseo nocturno entre calles, colgada de tu brazo; del abultamiento de los

labios y de las manchas en la cara; de los pies hinchados; el prólogo, en fin, de la nueva y más tremenda etapa, durante la cual no dormirás sueño tranquilo, ni comerás cosa en sazón, ni te pondrás camisa bien planchada; pues todo lo que es orden, paz y sosiego, lo extermina, lo barre la gran catástrofe: con sus preparativos, antes, y hasta mucho después, con su cortejo de horrores y hediondeces. Antes, el atillo, y la cuna, y los tanteos y probaduras de nodriza, y la novena á San Ramón, y los falsos síntomas siempre á media noche, ó á otras horas tan intempestivas. Después, los jipidos, y la casa á obscuras y en silencio, y el aire corrompido, y el andar en ella todos de puntillas, y el comadrón, y la nodriza, y los pañales, y los recados á la puerta, y la obligación de contestarlos, y la colineta para el cura, y los padrinos, y la comitiva del bautizo, y tú presidiéndola, y los chicos de la calle cantando el *¡pelón!...* y hasta el consonante, que es harto más grave, pues no faltará quien te le aplique, aunque la copla se refiera al padrino; y luego las enhorabuenas, y el refresco... ¡y el demonio desencadenado en tu casa!—Después, la cuarentena, y los retortijones de barriga en la criatura, y los vagidos consiguientes, y el cólico de la pasiega, y el riesgo de buscar otra, y las cuentas á puñados, y el dinero tras

ellas á carretadas... Por último, el restablecimiento...

—Y, por fin—interrumpió Gedeón, respirando con ansia,—volvemos á aquellos ocho días...

—¡Quiá!—dijo el otro con el gesto y el tono que usarían las víboras, si las víboras hablaran del matrimonio;—aquellos días se fueron para no volver. El primer cuidado de tu esposa al salir de su habitación, es residenciarte por el tiempo en que ella no ha mandado en jefe. Nada se ha hecho á su gusto: el refresco fué mezquino; se quedaron sin dulces esta amiga y el otro pariente; el ruido constante que tú no supiste impedir, no la dejó descansar á su gusto una sola vez; están los suelos mal barridos y los muebles echados á perder; eres un Juan Lanas, y además roñoso y desatento. Por supuesto que tú no has intervenido en nada de lo censurado: desde el momento supremo se apoderó de las llaves y del mando la amiga, ó la vecina de más confianza, si no hay por medio una madre ó una hermana; pero esto no impide que el responsable de todo lo malo, inventado ó cierto, se te haga á tí. Habrá hocico también, y acaso moquiteo, porque no se te vió el pelo cuando ella más gritaba durante el apuro gordo; y si se te vió, porque no te alegras, como debes, al contemplarte reproduci-

do; has estado hasta soez con las visitas, ó has pecado de expresivo con *algunas que ella sabe;* y luégo, porque su mamá, ó su modista, ó su doncella... ó el Peñón de Gibraltar; pues hasta lo más extraño es un motivo serio para darte guerra. Cuando ésta se acaba por cansancio, comienza la criatura á tomar fisonomía y á entretener á su madre con gorgoritos, sin dejar por eso de alborotar la casa con sus lloros. Ahora porque se ríe, después porque tose, luégo porque no mama, y más tarde porque vuelve la leche, allí no se habla más que del muñeco, ni en otra cosa se piensa, así te entre un torozón y te pongas á la muerte...

—Bueno; pero... después...

—Después, volvemos á los ascos del principio, y á los síntomas de marras, y á todas las enumeradas peripecias... Y pasan otra vez, y vuelven de nuevo, y tornan á repetirse, salpimentadas, por supuesto, con un sinnúmero de impertinencias y de contrariedades nuevas, hijas legítimas del cúmulo de necesidades que se van creando en tu casa con cada vástago, y de los resabios que va adquiriendo tu mujer en cada alumbramiento.

—¿Pues no dice la fama que nunca está un hogar más alegre que cuando está lleno de chiquillos?

—¡Oh, es encantador uno de esos cuadros

de familia! Aquí una silla rota; allá media vajilla en polvo; el tintero encima de la cama, y las almohadas debajo de la mesa; las botas en la sombrerera, y el sombrero en la cocina; en el ropero la zaga de un coche y la cabeza de Carlo Magno, y medio tambor y un pedazo de corneta; en el cajón de la basura, la estampa que más aprecias cubierta de lamparones y de garabatos; y los papeles importantes de tu cartera, hechos una pelota, y la máquina del reló de tu mujer, en la escalera del desván. Te sientas á la mesa, y empieza lo conmovedor. Antoñito no quiere la sopa si tú no se la das; Pablito, mientras cebas á su hermano, te mete un tenedor por los ojos; Adelita quiere cerezas, y está corriendo el mes de enero; Elisina, después de haber comido las natillas con los dedos, hunde las manos en los bolsillos de tu chaleco blanco; y todos cuatro rompen á llorar poco después, formando el coro más armonioso que hayas oído, sobre el cual se destaca la voz de tu mujer, poniéndote como hoja de perejil, so pretexto de que no sabes hacerte querer ni respetar de tus hijos; tu mujer, que andará ya en *meses mayores;* de modo, que cuando el último retoño va domesticándose, y se larga la nodriza y se le añade al montón de sus predecesores, viene el nuevo con los consabidos trastornos y las enumeradas desazones.

—Pero, hombre, ¿cuándo concluye... *eso?*

—Cuando concluyan las gracias y los atractivos de tu mujer; cuando no le queden ojos para mirarte, ni labios para sonreirte, ni dientes para devorarte; cuando no sea más que un catálogo de achaques, envuelto en un retal de pergamino; cuando esté á tu cargo la fatiga de cuidarla, y á las doce de la noche te pida desde su cama el antiespasmódico para el histérico, ó el algodón para los oídos, ó los parches para las sienes; ó se despierte á las tres de la mañana para que le des las friegas en la espalda, ó le pongas las franelas en los riñones; cuando tus hijos crezcan y necesiten el látigo y el colegio, y el uno resulte estúpido, y el otro holgazán, y el tercero un perdido, y la cuarta una tontuela, y te roben y te esquilmen el sastre, y el zapatero, y la modista, y el maestro de música, y el vecino de enfrente, y la vecina de al lado... Y así vas tirando y haciéndote viejo, y notando poco á poco que estorbas en todas partes á tus hijos y á tu mujer, y que tu mujer y tus hijos comienzan á preguntarte cuánto tienes, y á hablarte mucho de *cuando tú faltes*... ¡á desear que te mueras, hombre, ya que no pueden heredarte en vida!

—¡Pero eso es feroz!

—Pues eso es, amigo, como si dijéramos, lo más llano del camino: los inconvenientes de

un matrimonio hecho á pedir del deseo y con el dinero de sobra; ¡imagínate, si puedes, lo que será el matrimonio en peores condiciones; sin las rentas necesarias para cubrir las indispensables exigencias del estado!

—¡Ni el infierno es comparable con ello!— exclamó aquí el avaro.—El escaso caudal se evapora al calor de tantas obligaciones; se va, se va, se va... y se extingue al fin, como la última oscilación de una luz que ha devorado su mecha; y un día, al despertar la familia, quiere comer y no tiene qué, ni con qué comprarlo; pídelo prestado, entre congojas de vergüenza, y se lo dan; pero como no lo devuelve, otro día se lo niegan, por lo cual vende una alhaja, y después los muebles, y, por último, la camisa. Entre tantas angustias y privaciones, las pocas virtudes se avinagran, el pudor se corrompe, los respetos se atropellan; y aquel sentimiento, que antes se llamaba amor entre los cónyuges, no impide ya que el látigo zumbe en la casa, y alboroten el barrio los gemidos, porque es cosa harto sabida que *cuando el hambre entra por la puerta, sale el amor por la ventana*. Después, la horrible consideración que se hará el marido, entre paliza y moquiteo, de que tenía un caudal con el que, soltero, pudo haber vivido hecho un patriarca, y que cediendo á una falsa vocación de su naturaleza, le

partió con una mujer que le llenó de hijos en pago de su generosidad; hijos que fueron otros tantos lobos que ayudaron á su madre á comer en pocos días hasta la piel del incauto borrego; que vió éste desaparecer su propia hacienda sin haberse procurado á cuenta de ella un miserable regodeo, porque toda la necesitaba, y mucho más que hubiera, para tapar aquellas bocas insaciables; para sacrificarlo en aras de esa ridícula debilidad que se llama familia; la misma que, si no lo hubiera comido ayer, lo heredaría mañana, ó lo empleara la mujer, viuda, como cebo para coger otro marido con quien lo gastara escarneciendo la memoria del primero; vivo éste, para que el más bribón de sus hijos lo jugara en tres montones á una sota, ó la madre se lo fuera regalando á su vecino, si le convenía para amante...

—¡Esa es la fija!—gritó entonces el celoso.

—Pero tú supones viuda, cuando cae, á la mujer de Gedeón. Yo quiero, y debo, suponerle vivo al ocurrir esa caída, y no acosado el matrimonio por el hambre del segundo ejemplo, sino nadando en la abundancia del primero; porque la mujer peca de vicio, casi siempre, y en las demás ocasiones... porque es mujer... ¡Y en qué condiciones cae la esposa, dioses inmortales! Por de pronto, apenas hay ejemplo de un amante que no valga mucho menos que

el marido.—Esto prueba lo que empequeñece y desprestigia al hombre, á los ojos de su mujer, el oficio de casado.—El marido paga, el marido provee, el marido atesta el ropero y abarrota el tocador y colma el bolsillo... pues para el marido las chancletas, la bata sucia, la papalina y el pelo desgreñado; para el amante los perfumes, las batistas, los voluptuosos rizos, la turgente seda, la ceñida bota, la estirada media; para el dueño, toda la prosa, todos los desdenes, todas las frialdades; para el ladrón, todos los encantos de la coquetería y todo el fuego de una pasión tan vehemente como infame. Al marido, á quien se despluma á cada instante, se le tiene por avaro, por incivil y por grosero; el amante, que acaso vive á expensas de las larguezas del marido á quien deshonra, es, en concepto de la esposa, el generoso, el *caballero*... ¿No es esto infame? ¿No es inicuo? ¿Y no es todavía más inicuo y más infame emplear el propio dinero en adquirir una ignominia semejante? Pues comprar esta ignominia es casarse, Gedeón. Porque todas, todas son iguales... menos las que no sirven para el oficio, por haberles negado sus favores la naturaleza, con ninguna de las cuales has de casarte, pues eres mozo de buen gusto. No tengo más que decirte.

—Ya lo oyes, Gedeón—añadió el atildado

célibe, rasgando su boca hasta los oídos, como si tras el gesto se dispusiera á dar el salto alevoso sobre su amigo para hincar en él el diente emponzoñado;—todos, aunque por diferente senda, hemos venido á parar al mismo punto: al presidio del matrimonio, en el cual lo menos que se pierde es la libertad del soltero; esa que nos permite vivir como el ave en el espacio, como el pez en el agua; tener por patria el mundo entero, y por soberano la voluntad; contemplar, en fin, el de la vida, con ojos serenos, sin que nos amarguen aquellos instantes supremos las lágrimas de los que dejamos si nos necesitan en el mundo, ó el regocijo de los que nos heredan; esos *tiernísimos* pedazos de nuestro corazón, llamados hijos.

—¡Adelante!

—Y ¿para qué?

—¿No tenéis, víboras, más veneno que echar por esas bocas?

—¿Pues no hemos de tener?—respondió el pulcro:—á toneladas te lo diéramos si fuera necesario, y aún no se concluyera; pero nos has pedido muestras de ello, y muestras te hemos dado, y en forma de ramillete, como deseabas. Ahora, huele y revienta.

—Oliéndole estoy, rato hace.

—Y ¿á qué huele?

—¡Á demonios corrompidos!

—Entonces ¿á qué vino la consulta?

—Ya os lo dije: á que me confirmáseis en mis creencias, algún tanto insubordinadas estos días por *la loca de la casa*, llamada imaginación. Sí, amigos míos y denodados solterones, soy de los vuestros, creo cuanto creéis y detesto cuanto detestáis; el matrimonio es un presidio para el hombre; un presidio completo, pues que le esclaviza y le infama. Niego la paz del hogar, niego el amor, y, sobre todo, la necesidad de los hijos: el uno y las otras no son más que ficciones de la fantasía, cuando no cebos de los maridos para seducir incautos. El hombre, abrumado constantemente por las cargas de la familia, pierde hasta la libertad de ser honrado y el derecho de ser feliz; cuando menos, la ineludible prosa del matrimonio le corrompe, le enerva, le desnaturaliza, le empequeñece. Para cuanto concibe y cuanto emprende fuera del miserable recinto de su hogar, son trabas que le amarran y cortan el vuelo á sus más levantados pensamientos, los hijos y la esposa, que no le quieren más que en cuanto le necesitan. El hombre, pues, para cumplir su verdadero destino, para dar á su cuerpo el regalo que necesita y á su alma la elevación que anhela, tiene que desprenderse de los mezquinos, pero opresores lazos de la familia; ser libre, libre como el pájaro y el

viento; y pues, como dice el adagio, EL BUEY SUELTO BIEN SE LAME, suelto quiero morir como he vivido, ya que vuestras sabias advertencias, coincidiendo exactamente con mis doctrinas, me han demostrado que es imposible hallar dentro del matrimonio el voluptuoso edén con que alguna vez soñó mi acalorada fantasía...

Oídas estas palabras, los tres jurados solterones se encogieron de hombros, cual si tuvieran por locura hasta haber puesto el caso en tela de juicio; dióles Gedeón unas palmaditas en la espalda, y se dispersaron los cuatro, tan satisfechos y campantes, como si realmente hubieran tratado la cuestión *en serio*, y el mundo no fuera otra cosa que un vasto ejido para revolcarse y hozar en él á sus anchas los cerdos de las consabidas piaras.





JORNADA SEGUNDA



I

EL PRIMER PASO

Ya sabe el lector de quién se trata, de dónde viene, de qué madera es y adónde se propone ir el héroe de esta historia que, en rigor, empieza en esta página, y dice así:

Libre Gedeón de *malas tentaciones,* es decir, exento de los cuidados en que á las veces le ponían, sólo tiene ya que pensar en *orientarse* y en *establecerse*.

Por orientarse entiende él hacer con la memoria una excursión por lo pasado, y otra con la fantasía por lo porvenir. Precisamente se halla tomando un respiro en la cumbre del sendero de su vida, y desde ese punto domina lo recorrido con igual facilidad que columbra lo que le queda por andar. Gedeón, en suma, quiere y cree que necesita entrar en cuentas consigo, antes de dar el primer paso confor-

me al derrotero inalterable que se ha trazado.

Volviendo la vista al dilatado panorama que va dejando atrás, y marcando con la mente los sitios en que ha puesto su planta, ¡qué pobre, qué mezquino le parece lo explorado, comparándolo con lo que tiene sin explorar!... Bien mirado todo, ¿qué ha hecho él hasta entonces más que retozar en mies abierta; herborizar, como si dijéramos, en *campo libre*?... Si alguna vez saltó cercado ajeno, no pecó el seto de espinoso ni de elevado. Verdad es que las altas cercas que guardaban el regalado fruto, aunque aguzaron su apetito, jamás le movieron el intento del asalto, pues era *caballo de buena boca*, y todo lo hallaba sabroso siempre que fuera asequible y abundante, y todo le sentaba bien, porque era el *hijo de familia*, holgado y disoluto y sin pizca de responsabilidad.

¡Pero ahora!... Ahora no le es lícito ni siquiera el pensamiento de que corran los años de su vida, como antes corrieron, en la obscuridad de los portales y en la lobreguez de los callejones extraviados: porque ahora es el *amo de su casa*, el *hombre formal*, independiente, rico, y hasta de buen solar, que no solamente puede, sino que *debe* dar á sus empresas largo vuelo, tan largo como se lo permite el inmenso horizonte que tiene á la vista; y con este fin exornará sus actos con cierta solemnidad y

compostura atractivas y de *buen tono*... ¡Qué vida le espera!

Por lo visto, Gedeón es de los que creen, no sin fundamento, que á los hombres no los hacen los años, sino las circunstancias. Desde el grado de doctor hasta el primer paso que da el doctorado en el ejercicio de su profesión, pueden mediar muy pocas horas; y sin embargo, ¿quién es capaz de conocer, bajo el luengo gabán, el estirado chaleco y las rígidas tirillas del médico ó del jurisconsulto de hoy, al aturdido y desaliñado estudiante de ayer?

La misma razón social que á tanto obliga, impone á Gedeón, que ya se juzga doctorado en la Universidad en que por tantos años cursó la *vida airada*, el deber de adoptar hábitos de *carácter*, como otro doctor cualquiera, para ejercer su profesión con fruto y en toda regla... cuando la ejerza; pues, por de pronto, y en atención á que el luto riguroso que viste, si bien le permite divertirse según sus inclinaciones naturales, le prohibe acercarse á los ruidos y á los grandes espectáculos del mundo, tiene que limitarse á un sencillo merodeo alrededor de su casa, como quien dice, y dejar para más adelante las campañas de prueba.

Así se cumple con otro de los deberes que son anejos al derecho de vivir entre gentes civilizadas.

Y hay que covenir en que el tal deber está bien fundado. Bueno que los lutos se arrastren por todas las deshonestidades sociales, porque con ellos no puede uno *ir á ninguna parte;* pero exponerlos en teatros y tertulias, donde la gente guarda compostura y decoro... ¡no faltaba más! ¡Bonita cara pondría esa señora que se llama *sociedad culta*, y marca lo que se ha de sentir y lo que se ha de llorar, con centímetros de crespón en el sombrero, ó con varas de velillo delante de los ojos!

Volviendo á Gedeón, digo que discurre, al tenor de lo indicado, larga y detenidamente, acerca de lo que ha sido antes y lo que puede y le toca ser en lo sucesivo, libre de toda vacilación y resuelto á pasar la vida con la mayor suma posible de comodidades y deleites... porque es indudable que eso que él sigue notando todavía dentro de sí y en cuanto le rodea, y que algún inocente predestinado se atrevería á llamar *nostalgia de la familia*, es un efecto lógico de su nueva situación, y desaparecerá tan pronto como el huérfano *se establezca á su gusto*, metodice su vida y *llene* el desierto hogar.

Esta es, por consiguiente, su tarea más perentoria. Afortunadamente, no es difícil.

Por de pronto, y á reserva de cambiar de sistema cuando las circunstancias se lo recla-

men, necesita una persona que se encargue de las menudencias domésticas; una mujer *de edad*, en quien el juicio corra parejas con los años. Pero esta mujer, cuyo destino exclusivo ha de ser el de administradora, no puede ni debe, hasta por razones de estética, estar á su servicio inmediato. Con este último objeto tomará una joven de *buen ver* y adecuada al caso. En cuanto al prosáico cargo de cocinera, está provisto muchos años há, y no mal del todo, en una buena mujer que continuará desempeñándole.

No hay plazas más solicitadas ni apetecidas que las de sirvientes de un solterón. Las amas de llaves todo lo esperan de él; las jóvenes todo lo creen posible; y ni las unas ni las otras tienen que lidiar con la fiscalización intransigente de la señora de la casa.

Así es que Gedeón recibe las solicitudes á puñados y las recomendaciones por docenas. Puede elegir á su gusto, y así lo hace.

Desde aquel instante, una mujer que ya no ha de cumplir el medio siglo, aseada, enjuta de carnes, á medio encanecer y empezándose á arrugar, y muy hacendosa y previsora, según informes, se encarga de las llaves y recibe con ellas una cantidad de dinero para el gasto menudo durante quince días, concluído lo cual recibirá otro tanto; porque Gedeón no quiere,

ni debe, ni sabe ocuparse en todas esas prosáicas menudencias.

El nombre no es enteramente simpático: se llama *la señora* Braulia; pero ¿qué más da? En cambio, al nacer, fué envuelta en finos pañales: su padre era mayordomo del marqués de las Pesadumbres. Las que le dieron (al mayordomo) una naturaleza enfermiza y una familia demasiado numerosa, trajéronle á menos; y á la muerte del marqués, habiendo suprimido aquella plaza sus herederos, acabóse la vida del mayordomo con esta última pesadumbre. Braulia, entonces, como cada uno de sus hermanos, tuvo que buscarse la vida como mejor pudo: hoy zagaleando criaturas, mañana fregando vasijas y arrimando pucheros á la lumbre, y otro día ascendiendo á doncella de labor y camarera de confianza; pasando, en fin, por todas las fases de la servidumbre doméstica, pero siempre muy honrada y muy querida de sus amos. Túvolos de alto coturno; y al ingresar en casa de Gedeón, desdeñó las ofertas de un banquero de nota. Cree que todas estas vicisitudes le han dado á conocer el mundo palmo á palmo, y á los hombres pelo á pelo.

Aunque á él no venga nunca, así refiere su historia la buena de la señora Braulia.

Menos puntos calza en prosapia, pero nombre más bonito lleva la otra sirvienta. Lláma-

se Solita, y es hija de un remendón con quien no ha vivido desde que supo andar lo bastante para escaparse de casa, en la cual no era posible la existencia con aquel hombre que concluía con todo: con la familia, á palos, y con lo que ganaban, él remendando y su mujer cosiendo, en la taberna.

Huérfana de madre á los pocos años de ponerse á servir, sólo ha logrado verse libre de la tiranía del zapatero, dándole las tres cuartas partes de lo que gana. Á pesar de estos contratiempos, ha llegado á ser una de las doncellas militantes, ó sirvientes, de mejores informes.

Es menudita, limpia como el oro, picaresca de sonrisa, algo remangada de nariz y gruesa de labios; muy negros el pelo y los ojos, aquél abundante y éstos no muy grandes ni rasgados; pequeños los pies, los dientes, las manos y las orejas, y rollizos los brazos, el cuello y las inmediaciones.

En todas estas menudencias repara Gedeón, mientas Solita le cuenta las otras referentes á su historia; porque es natural que un señor bien educado, al recibir en su casa á una muchacha, le pregunte por *las generales de la ley*, siquiera por preguntar algo; y como Solita es ingenua casualmente, responde cuanto sabe y no la deshonra, porque no la hay en decir la

verdad; sobre todo, como ella la dice, fruncidos los ojuelos, entreabiertos los labios, como si quisieran sonreir y enseñar los dientes á un mismo tiempo, una mano en la cintura, la otra doblando y desdoblando un pico del delantal, y la mitad del pie derecho fuera de los pliegues de la falda, llevando el compás del suave balanceo de las redondas caderas.





II

LA PRIMERA CATÁSTROFE

Ya tiene Gedeón cuanto necesita: es decir, quien le administre, quien le sirva y quien le aderece el ordinario sustento.

Ya no reina el vacío en su casa; ya hay ruido y movimiento en ella.

La señora Braulia, como mujer precavida, estudia sin cesar la manera de que en su jurisdicción ande todo conforme con los gustos y deseos de su amo; la cocinera trata de cumplir las órdenes de la señora Braulia, en lo que respecta á su importante ministerio; y en cuanto á Solita, arregla el gabinete como si tuviera hadas en las manos, y es una mariposa alrededor de la mesa: lo mismo maneja platos y cristalería, que un prestidigitador los cubiletes... Alguna vez tropieza con el codo al «señorito,» al mudarle el cubierto, ó le retira el

plato sin estar desocupado; pero ¿quién diablos ha de atreverse á reprender tales descuidos, al ver cómo la delincuente ofrece sus disculpas en memoriales de sonrisas que, aun á los ojos del más diestro en semejantes lecturas, tanto picaran en malicia como en rubor?

Es tal el esmero con que se le sirve y se le adivinan los deseos, que en ocasiones creería que algún genio invisible cuida de su casa. No bien hace por ella una breve excursión, ya está arreglado cuanto él desarregló al moverse, sin que se vea la mano que colocó la silla en su sitio, el gabán en el ropero ó el libro en el estante.

Cuando por la noche se retira á descansar, encuentra la luz en su cuarto, el vaso de agua sobre la mesa, y abierta y preparada la cama... Ni un motivo siquiera para romper la monotonía de aquel ordenado silencio con un campanillazo; silencio sólo alterado por la voz de la señora Braulia que, antes de cerrar él la puerta del gabinete, asoma por ella la cabeza para pedirle sus órdenes para el día siguiente y darle las buenas noches.

Por un lado no le desagrada el sistema; pero ¡tiene tanto de uniforme y de misterioso!... Parece que se le ceba, no que se le sirve.

Un hombre como él, que por no poder ir todavía *á ninguna parte*, vuelve á casa, las más de

las noches, hastiado, rendido y de muy mal humor, recibiría como un consuelo media palabra discretamente afectuosa, y un par de sonrisas elocuentes al llegar á su cuarto... Pues no, señor: nadie á la puerta de la escalera, que, al abrirse, cubre á quien le alumbra; nadie en el pasadizo; nadie en el gabinete, y un poco después, menos que nadie, la señora Braulia con su jaculatoria de costumbre. Así es que se acuesta bufando, y sueña con la voz, y con la cara, y con las arrugas de su ama de gobierno.

Y arrancando de aquí el motivo, llega un día en que ésta le parece gazmoña, fisgona y antipática en esencia y presencia.

Entre tanto, apenas conoce el metal de voz de Solita, ni sabe qué color tiene á la luz artificial la única cara decente que hay en la casa.

Así pensando una noche, después de haber despachado con un bufido á la señora Braulia, exclama de repente:

—Y ¿por qué no ha de venir Solita? ¿No mando yo aquí? ¿No ha de tenerse en cuenta mi gusto para todo?

Y cediendo á los ímpetus de su carácter irreflexivo, sacude furioso el cordón de la campanilla, que repiquetea junto á la cocina con estrépito desusado.

—¿Llamaba el señorito?—dice al instante la voz de la señora Braulia, cuya silueta se dibu-

ja confusamente en el angosto hueco de la entreabierta vidriera.

Con lo que Gedeón cae en la cuenta de que ha cometido una majadería; la cual trata de disculpar con otra mayor, mal zurcida y peor hablada.

Al quedarse solo otra vez, reniega de la vieja impertinente, y desea con ansia que llegue el nuevo día para que Solita le sirva el almuerzo: no porque el hambre le atormente ni Solita le preocupe, sino por contemplar otra cara que no sea la sempiterna de la señora Braulia...

Y precisamente ese almuerzo es el elegido por el ama de llaves para acompañar á «su señorito,» puesta de pie á respetable distancia de la mesa, con los brazos cruzados y la vista escudriñadora, tan pronto en los platos, tan pronto en Gedeón, tan pronto en Solita, y cumplir, en la siguiente forma, con lo que ella cree un deber de su cargo de inspectora de la casa, y fiel intérprete de los deseos de su amo:

—¿Le gusta esa salsa al señorito?... Se le puede rebajar un poco la cebolla... ¿Le parece mejor la merluza que el rodaballo?... Esta semana se le ha puesto tres veces lengua estofada, porque ¡hay tan poco en qué elegir!... El solomillo le parecerá á usted algo duro á la vista, pero está tierno como un requesón... Ya le tengo prevenido á la cocinera cómo ha

de ponerlo para que se penetre bien... porque no se las puede dejar de la mano... ¡Nada se les ocurre!... ¿Quién le dirá á usted que unos casquitos de porcelana, echados á tiempo en la tartera, reblandecen la misma suela de un zapato?... Ese postre se quemó un poco por debajo, pero no tiene la culpa la cocinera; la tengo yo que le hice y no cargué bastante de manteca las paredes del molde... y puede dispensar el señorito por esta vez... Solita, mude usted ese plato...

Gedeón, que no solamente no se ve libre de la presencia de la abominada dueña, sino que la halla más pegajosa y más impertinente que nunca, cuando no responde con un gruñido á cada uno de estos períodos, da una orden ó hace una pregunta, ó lanza una blandísima mirada á Solita.

En el cual proceder hay para la señora Braulia dos motivos gravísimos de despecho: el desaire notorio que se le hace delante de una inferior jerárquica, y la confirmación de las sospechas que há tiempo la vienen inquietando.

No duda ya que hay en la casa quien priva más que ella con su amo, y que es la razón de la privanza algo *físico* que la señora Braulia no posee desde muchos años atrás; algo que no se adquiere esmerándose en el cumplimiento

del cargo que se desempeña, sino con las gracias que da la naturaleza y roban los tiempos, como á ella se lo robaron para nunca más devolvérselo. Y á la edad de la enjuta ama de llaves se perdona hasta el martirio en cruz, y el tormento de la sed y del frío; pero no se perdona á otra mujer el crimen de que nos venza y nos derrote, y nos desautorice con armas como las de Solita.

Y no perdonar, en tales casos, es pensar en la venganza, si vengarse puede la ofendida, como puede vengarse la señora Braulia.

Es el jefe de la servidumbre de Gedeón, y puede y quiere hacer sentir á «la canalla» todo el peso de su autoridad irritada.

Desde aquel instante ya no vive para servir bien á su amo, sino para desahogar el despecho que la ciega.

Solita, que no ignora el motivo de las flamantes destemplanzas del ama de llaves, sufre las que le alcanzan á ella, hasta con delectación; pues tan grande como el tormento de la derrota en tales lides, es la satisfacción del vencimiento. Pero la aparente insensibilidad, ó el notorio desdén de la doncella, encienden más el fuego de la ira en el pecho de la señora Braulia, que á todo trance quiere víctimas; por lo cual entra con sus huracanes haciendo *raccia* en la cocina.

De este modo, aquella casa, antes tan tranquila y sosegada, no bien la abandona cada día Gedeón, es una perrera.

—¡Hoy no se han limpiado los polvos!...—¡Esta butaca no está en su sitio!...—Son las once, y falta media casa por arreglar; pero ¡ya se ve! levantándose á las ocho y tardando hora y media en emperijilar un moño postizo y cuatro pingos de moco... ¡Válgame Dios!... ¡Como si fuéramos unas señoras de copete y lo trajéramos desde las envolturas!... ¡Pero no tiene usted la culpa, sino quien alas presta á ciertas mariposas para que tan alto vuelen!... ¡Pues, anda! el gabán del señorito sin cepillar, y las camisolas empolvándose sobre la cama... Deles usted el pie, que ellas se tomarán la mano...—También por este otro lado van las cosas en su punto, gracias á Dios: media hora hace que me está dando la ternera en la nariz. ¿Por qué ha batido usted los huevos antes de que esté hervida la leche?... ¿No ve usted, alma de Lucifer, cómo se está pegando esta compota?... ¡Claro está! como no son ustedes quienes pagan todos estos pecados... ¡Pero desde mañana ha de cumplir en esta casa cada uno con su obligación, ó he de faltar yo á la mía!

Y así por el estilo, zumba y gime la voz de la señora Braulia en salas, pasillos y cocina, como cierzo regañón en casa mal cerrada, sin

que le falten por acompañamiento y armonía las cáusticas respuestas de la doncella, ni los descargos irrespetuosos de la cocinera.

Con la cual música los ánimos se enconan de veras, las respectivas obligaciones se descuidan; y al cabo halla Gedeón un día requemada la sopa, cruda la carne, y los postres en salmuera.

Nada dice á Solita, que le sirve; pero llama á la señora Braulia, que no está presente la única vez que debiera estarlo.

—¡Señora—exclama con mal gesto y áspera voz al tenerla delante,—esto no se puede comer!

—Pues crea el señorito que no es culpa mía,—responde el ama de llaves, temblándole la barbilla puntiaguda, pálido el marchito rostro y mirando á Solita con ojos de basilisco.

—Ni yo trato de averiguarlo—replica Gedeón:—lo que me importa es señalar la falta para que la corrija quien debe corregirla.

—¡No es eso tan fácil como al señorito se le figura!

—¡Cómo que no! ¿No basta un poco de vigilancia?

—Ya esperaba yo que el señorito había de echar sobre mí todas las culpas; porque ¡ya se ve!... una no es onza de oro, al paso que *otras*, con menos méritos... ¡Virgen Santísima!

Y la señora Braulia, después de hacer unos

cuantos pucheros, rompe á llorar como si el alma se le escapara por la boca.

Solita entonces, habiéndola contemplado un instante con la boca entreabierta y las cejas fruncidas, suelta los platos que tiene en la mano, llévase á los ojos la servilleta que, á modo de banda, tiene cruzada sobre el pecho, y sale del comedor como un cohete, lanzando el sollozo que pudiera oirse desde la calle.

Momentos después aparece en escena la cocinera con el mandil recogido sobre la cintura, los brazos descubiertos, encendido y reluciente el rostro, como solomillo á medio asar.

—El señorito me hará el favor de decir si en catorce años que llevo en la casa se me ha oído una queja, ni he dejado yo de cumplir con mi deber.

Gedeón está como paleto en comedia de magia, al ver aquellos aspavientos y aquellas apariciones y desapariciones.

—Pero ¿qué es esto?—exclama al fin.

—Que me haga usted el favor de dar la cuenta,—dice la cocinera, rompiendo también á llorar, y arrojando el mandil sobre una silla, como rey que depone su corona.

—Que aquí todas son señoras, y que todas mandan en la casa, menos el amo y yo,—añade la señora Braulia, dejando caer sus huesos sobre la silla inmediata, y llorando á más y mejor.

—Lo que pasa aquí—dice Solita entrando en escena, en ademán airado,—es qne no se pueden aguantar los humos de esta señora; y como yo no he venido para servirla á ella, ni para que me quite la salud...

—¡Quéjese usted de mí, relamida! ¡casquivana!

—¿Lo oye usted, señorito? ¡Pues eso no es nada en comparación de lo que suele decirme cuando usted no está delante!

—¡Ni de lo que me dice á mí cada vez que entra en la cocina! ¡No se la puede aguantar!

—¡Mienten ustedes como quienes son, impostoras, mal nacidas!

—¡La mal nacida y la deslenguada será ella!

—¡Y la muy retevieja, desesperada y envidiosa!

—¡Silencio!—grita Gedeón asiendo una ensaladera, dispuesto á estrellarla sobre la más próxima de sus sirvientas.

Pero sólo después de haberse desahogado á sus anchas las tres mujeres, y estado á pique de tirarse de las greñas, y cuando ya el escándalo debe de haberse oído desde el ayuntamiento, logra Gedeón restablecer el silencio en su casa, y la promesa de que, por aquella vez, que es la primera, se olvidarán los mutuos agravios, y volverá cada mochuelo á su olivo, siquiera en obsequio á él, que no tiene otro

destino en el mundo que estudiar la manera de pasar la vida sin contrariedades ni desazones.

Pero *alea jacta est:* aquellas mujeres que se resolvieron á pasar una vez los límites del respeto con sus pertrechos de odios y de antipatías, no pueden retroceder ya; y si no al día siguiente, al otro ó á los pocos más, dan la gran batalla, á cuyo fragor quiébranse cristales y vasijas, y renquean los muebles, y salen asustados á la escalera los vecinos de la casa; y cuando á ella vuelve Gedeón, no tiene otro remedio que licenciar aquella tropa que, como los pretorianos de Roma, ha tomado por oficio la sedición y la indisciplina, y puede, como éstos, llegar á atreverse con el César mismo.

En el alma le duele tener que privarse también de los buenos oficios de Solita; pero Solita no cabe á las órdenes de ninguna quintañona; y, sin esta pantalla, son sus atractivos demasiado peligrosos para un hombre que no quiere sacrificar su independencia á nada ni por nadie.

Lo que fuera de su casa puede ser hasta una ganga para él, dentro de ella sería un enemigo terrible.

Por eso, al pagar con rumbo á su doncella, ni por cumplido la dice que no se marche; lo

único á que se atreve es á despedirse de ella «hasta la vista.»

—El mal está—dice al quedarse solo,—en que estas cosas me sucedan ahora; es decir, cuando podía dar comienzo á mis tareas, si estuviera yo establecido á mi gusto. ¡Por vida de las *casualidades!*...





III

UNA HOMBRADA

PERO las casualidades se repiten tanto como las combinaciones; y las combinaciones que hace Gedeón con su servidumbre no tienen número.

Que ponga arriba lo más viejo, y abajo lo más joven, ó al revés; que todo sea rozagante, ó todo marchito y arrugado; que dé sus preferencias á la más quisquillosa, aunque las merezca menos; que no se las muestre á ninguna; que no se queje aunque halle tachuelas en la sopa y cables en el estofado; que en pro de la paz, en fin, renuncie á todos sus derechos de amo y señor, y dome los naturales ímpetus de su carácter... lo mismo adelanta: más tarde ó más temprano, la guerra civil estalla en su casa, y vuelan los cacharros en la cocina y los pelos en cada rincón; primero en sus ausencias, después á sus propias barbas; porque de-

mostrado está por la experiencia, y al buen sentido se le alcanza sin esfuerzo, que no hay criada de solterón que aguante con paciencia á su lado otra sirvienta.

Lo que á Gedeón sacan de quicio tantas y tan parecidas *casualidades*, presúmalo el lector.

¡Cómo él, idólatra de la holganza y del regalo, pudo imaginarse, ni en sueños, que tendría que habérselas mano á mano con dueñas y fregatrices á cada hora, ni que habían de correr tiempos en que sólo le dieran, por salsa de su pesebre, alaridos y repelones?

Pero sabrá cortar por lo sano y poner remedio á la plaga, que para eso es libre y soltero.

Bien examinado todo, ¡qué necesidad tiene él de llenar su casa de mujerzuelas frívolas y quisquillosas? ¡Cómo no se le ha ocurrido hasta entonces hacer *una hombrada*, es decir, barrer de faldas su cocina, y buscar en el otro sexo quien le sirva en paz y bien?

Apuradamente lo que él desea es harto fácil de conseguirse: orden, puntualidad y respeto á su persona. Ya transige con los manjares mal sazonados, con la cama á medio hacer y con las botas deslustradas; pero que se lo tengan todo á punto; que no se invierta en ventilar rencillas miserables el tiempo destinado á servirle, y sobre todo, que no se le complique á él en escandalosas griterías de plazuela. ¡Á

qué menos ha de aspirar una persona decente, «libre como el ave en el espacio, como el pez en el agua;» una persona que huye del matrimonio para hacer en todo su gusto y vivir como le dé la gana?

Con tan santos propósitos, échase Gedeón un cocinero y un ayuda de cámara, mozo listo y bien adestrado en el oficio.

Pero el cocinero, *por casualidad*, es borracho y goloso y nada limpio, y no conoce cuenta ni razón; roba si le dan mucho dinero; y si se lo tasan, también; compra lo que á él le gusta, y lo guisa como más le agrada: los gustos de su amo no se tienen en cuenta para nada en aquella cocina.

Así y todo, Gedeón come, no cuando tiene ganas, sino cuando ya no las tiene su cocinero.

El cual cobra por mensualidades adelantadas, que es tanto como decir que ahoga toda reprensión en los labios de su amo con anunciarle que se marcha.

El ayuda de cámara no es tan borracho como el cocinero; pero, en cambio, tiene moza, y necesita dos horas cada noche para visitarla, por lo cual hay ocasiones en que se retira á casa más tarde que su amo; y se dan también en las cuales tiene éste que abrirle la puerta, porque el cocinero está roncando ya, ó no quiere levantarse; y gracias si en esos casos no apare-

ce el criado envuelto en la capa ó en el gabán de Gedeón, pues para ambos sirven sus trajes y su calzado.

Lo que sólo sirve para el criado es el dinero que halla en los bolsillos del chaleco de su amo cuando le cepilla la ropa, y los cigarros *sobrantes* de la petaca olvidada en una levita ó encima de la mesa.

De vez en cuando, tienen mozo y cocinero sus francachelas mientras Gedeón anda soñando con las suyas fuera de casa; pues la verdad es que desde que tales contrariedades domésticas le persiguen, no tiene instante de sosiego ni punto de reposo, y todo lo aplaza para cuando se vea *establecido á su gusto.*

Entre tanto, si á media noche necesita una taza de te, se la llevan á las dos de la mañana, y el te le sabe á caldo frío, y la taza huele á basura.

Si de caldo la pide al mediodía, el caldo le sabe á aguardiente, y la cuchara á tabaco.

Toda su ropa está sin botones y con los forros descosidos; le faltan las mejores corbatas, y no sabe qué vientos le llevan los pañuelos de batista.

Si por joven despide al ayuda de cámara y toma hombre de más edad, éste tendrá de huraño ó de sucio ó de perezoso lo que el otro tenía de presumido ó de mocero, si es que no

peca por esto y por aquello. Y lo que digo del criado digo del cocinero.

De todas maneras, llega un día en que Gedeón, después de haber perdido la paciencia, y con ella el paladar y el estómago y mucho más que no se gusta ni se digiere, pero que se pone ó se vende; después de ver su casa saqueada, y lo que en ella queda sucio, desconcertado y descolorido; después de convencerse de que los últimos criados que toma son los peores y los que más caros le salen, plántalos en la calle y lánzase él más tarde á la misma, dándose á todos los demonios y maldiciendo de la suerte que le hace elegir, en uno y otro sexo, lo más malo que existe en el ramo de sirvientes.

Y así se le va pasando lo mejor de aquel tiempo, que él tenía á sabrosos empeños destinado, como hacienda que se echa á los perros.

¡Qué empresas ha de acometer con bríos ni con gusto, si los unos y el otro se le gastan y corrompen entre las inesperadas miserias de su vida doméstica?

Asómbrase de que tan mezquinas causas le produzcan tan desastrosos efectos; no acierta á explicarse cómo ese poco de roña puede entorpecer todos los ejes de la máquina de sus ideas; y con el ansia febril de conjurar el cúmulo de *casualidades* que le persigue, para llegar alguna

vez á *establecerse á su gusto*, medita, calcula, y todo lo supone menos que puede ser él uno de los infinitos hombres de quienes dijo La Bruyère que emplean la mayor parte de la vida en hacer miserable el resto de ella.





IV

EL DEMONIO CONSEJERO

Aspirando con ansia bocanadas de aire, cual si con ellas quisiera aventar sus pesadumbres, y caminando á largos pasos, encuéntrase en una de estas ocasiones con su camarada, aquel acicalado solterón de quien tanto hemos hablado, y á quien no ha visto mucho tiempo hace; y como si Gedeón llevara letreros en la cara, que revelasen las desazones de su espíritu,

—¿Cómo vas con tu nueva vida?—le pregunta en crudo el recién hallado.

—Pues, así, así,—responde Gedeón haciendo rechinar sus dientes.

—Al principio se extraña un poco.

—Efectivamente, algo se extraña.

—Pero ya habrás palpado ciertas ventajas...

—He sido poco afortunado en mi casa, si he de decirte la verdad.

Aquí resume en breves, pero pintorescas palabras, cuanto el lector sabe de sus amarguras domésticas.

—Mal anda, en efecto, ese ramo—dice el otro;—pero todo consiste en acostumbrarse.

—Ya.

—En cambio, irás llenando aquel romántico vacío y aquellas... ¿eh? de que tanto nos hablaste en la ocasión de marras...

—Pshe...

—Vamos, sé franco.

—Pues con franqueza, amigo: cuantos más criados meto en mi casa y más alboroto me arman en ella, más vacía la encuentro. ¡Yo no sé qué demonios me escarabajea aquí adentro y me dice, á cada innovación que hago en mi vida, «no es eso,» como si yo deseara algo que no encuentro!

—Vamos, eres incorregible, y has de morirte al fin creyendo en brujas. Porque unas fregatrices te hayan dado tal cual disgustillo, de esos que tiene á cada momento cualquiera mujerzuela casada, ya te ahogas.

—Pero recuerda que por huir de ese y otros disgustillos semejantes, estamos tú y yo fuera de la ley, en el estado honesto *á perpetuidad*, como las sepulturas de los ricos.

—No exageres, Gedeón, y no lleves tus profanaciones hasta el extremo de hacer compa-

rable, ni aun en esa pequeñez, nuestra noble independencia con la ignominiosa servidumbre de los casados. ¡Por Dios que es cosa chusca ver á un hombre que va á matar leones, detenerse porque halla en medio del camino una sabandija! ¿Para qué demonios quieres esa fachada que tienes?... Lo primero que has de hacer, Gedeón, es echarte el alma á la espalda.

—Me parece que más echada...

—Y después, dar cierto ensanche á tus empresas. ¿Á que no lo has hecho?

—Efectivamente.

—De modo que vives, como quien dice, de los huesos de aquellas pechugas...

—Esa es la verdad... ¡y gracias si tengo, en un apuro, esos huesos que roer!

—¡Tú á huesos, Gedeón?

—Fíjate en mis circunstancias de hoy, en mis disgustos...

—¡Tú á huesos, con la carne que hay por el mundo, y las ventajas que tienes para aspirar á la más delicada!

—Hombre, no te diré que esté eso fuera de mis propósitos; pero tampoco he de ocultarte que no fío mucho en mi destreza de cazador; porque después que llega uno á *cierta edad*, fatigan mucho las cuestas arriba: parece que cada día que pasa es un año de otros tiempos, y

la pícara razón se hace una charlatana inaguantable. Dice unas cosas tan á punto y tan bien dichas, que no hay modo de que la fantasía meta su cuchara en la conversación.

—Es decir que te vas haciendo filósofo.

—No; pero sospecho que me voy haciendo viejo.

—De todos modos, rindes las armas.

—Tampoco; las cuelgo, mientras estudio el campo y *me establezco á mi gusto* en él.

—Por lo visto, esa es tu manía.

—¿Cuál?

—Establecerte á tu gusto.

—Exigencia de carácter: no sé dormir ni descansar con pulgas en la cama.

—Pues, amigo, yo soy tan viejo como tú, y nada me dice la razón que se oponga á mis inclinaciones, ni dejo de entregarme á ellas por molestia más ó menos.

—No las tendrás.

—¿Quién está sin alguna? «El saberlas vencer es ser valiente.»

—Pues cree que te admiro y te envidio.

—Resueltamente te ahogas en poca agua.

—Podrá ser.

—Y de todas las contrariedades de que te quejas tienes tú la culpa.

—No te diré que no.

—¿Serás también capaz de arrepentirte de no haber entrado en el gremio cuando el diablo te tentó?

—No por cierto; nada veo en esa región que me la haga desear; pero no he de ocultarte que voy concibiendo recelos de que tampoco en la *nuestra* he de hallar lo que años há me imaginaba.

—Y ¿cómo has de hallarlo sin la fe que te falta y con esos resabios de sensiblería patriarcal, que te enervan? ¡Ay, Gedeón! siento decírtelo; pero si has de salvarte, necesitas tutela por algún tiempo.

—¿Para qué?

—Para librarte del mayor enemigo que te persigue.

—¿Y cuál es?

—La manía del hogar doméstico.

—¡Bah!

—Créeme; es más fuerte que tú.

—¿Y qué debo hacer, en tu opinión?

—Si admites mi tutela por un instante...

—Si con ella me das paz y sosiego...

—Te lo prometo.

—Ya te escucho.

—Huye del enemigo.

—¿De mi casa, en la cual nací?...

—De tu casa, en la cual naciste y de la que, si no me engaño, eres propietario.

—Razón de más para que la mire con tanto cariño.

—Razón de más, digo yo, para que te animes á abandonarla. Ponla á renta, como los demás pisos; sácale el jugo.

—¿Y mis recuerdos?

—También á ellos, por lo mismo que son tu enemigo. Eso te consolará de la pena de no haber podido vencerle cara á cara. Desengáñate, Gedeón: ni tú ni yo hemos nacido para lidiar con la prosa de la vida doméstica, ni tenemos necesidad de intentarlo siquiera.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Una cosa muy sencilla: ponte á pupilo con cuantas ventajas y comodidades puedas hallar, y deja á tu patrona el cuidado de lidiar con dueñas y fregatrices. Si tal hicieres, pronto me darás las gracias; y si desechas mi consejo, allá te las hayas con tus desventuras; pero no te quejes de ellas... ¿Dudas?

—De dudar es el caso.

—Medítalo bien.

—Pienso hacerlo.

—Pues adiós te queda, ya que estás advertido.

Y se va, dejando á Gedeón muy pensativo y no del todo desconsolado.



V

NO ES CASA DE HUÉSPEDES

El consejo de su amigo prevalece, al cabo, en el ánimo de Gedeón. Doloroso es para éste abandonar aquella casa en la que nació y ha vivido siempre; pero no hay otro remedio que cortar por lo sano.

Levanta la casa, ó la cierra, temiendo un arrepentimiento el día menos pensado; pero el hecho es que se pone á pupilo; lo cual le ha dado bastante que hacer, porque el *gremio* tiene mucho que explorar si se ha de elegir lo menos malo.

En sus pesquisiciones para hallar un albergue, como el otro una posición social, ha recorrido medio pueblo y ha oído con paciencia el completo catálogo de las humanas vicisitudes, de boca de las innumerables pupileras que le han solicitado para huésped. Ninguna de

ellas ejercía la industria por ascenso: todas habían *bajado* hasta ella desde los puestos más encumbrados en armas, en nobleza y en dinero: siendo de notar que cuantos más humos revelaba una señora de esta clase, menos fuego calentaba su cocina.

Al fin se establece en la casa que más se aproxima á sus deseos.

Su dueña, doña Ambrosia de nombre, se conforma con blasonar de rígida en los más severos principios de moral, y de haber *dado golpe*, en los albores de su juventud, en calles y paseos. Dos veces viuda, no se ha puesto en peligro de serlo la tercera, porque no ha querido, no por falta de pretendientes, pues á pares los ha tenido que aspiraban al honor de sacarla de pupilera, y á la dicha de poseer los conservados restos de sus juveniles encantos.

A creerla, tiene casa de huéspedes porque, acostumbrada en vida de *sus papás*, y más tarde de sus maridos, á un trato escogido y ameno, la soledad la mata. Para ella, son familia sus pupilos; por lo cual admite pocos, y esos de arraigo, de formalidad y de educación: á Dios gracias, no necesita el tráfico para comer.

Gedeón ocupa un gabinete con puerta falsa al corredor, y otra de vidrieras con cortinillas á una sala que, según advertencia de doña Ambrosia, es para recreo de los huéspedes, ó para

que éstos tengan donde recibir decorosamente sus visitas. En la sàla hay una alcoba con cama *de respeto*, también al decir de la pupilera.

Como los huéspedes son pocos y buenos, si ha de creer á doña Ambrosia, Gedeón consiente en comer á la mesa con ellos, ínterin llega una doncella que se espera y podrá servirle la comida en su cuarto con la puntualidad y esmero que ahora le faltarían, por estar incompleta «la servidumbre de la casa.»

Durante los primeros dias tiene por compañeros de mesa á un señor muy flaco y muy nervioso, que no habla una palabra, del cual ha dicho la pupilera que es un marqués muy rico, que viene á tomar aires; cuya marquesa es la señora oronda y colorada que se sienta á su izquierda, y le trincha la carne, le parte el pan en bocaditos y le escancia el vino.—Tampoco despliega los labios.—Ni el marqués ni la marquesa tienen el pelaje ni el aire de tales; pero ¡hay tantos marqueses que no lo parecen! Gedeón tomara á éstos por ex-tenderos de refino, que se retiran al pueblo natal á comerse las ganancias de treinta años de mostrador.

Sigue por la derecha un hombrecillo de crespo y recortado bigote, de frente angosta y cabeza plana, con gabán de ropería, que sorbe las salsas en el plato y bebe con la boca llena, sin dejar de hablar, por eso, de la influencia

que ejercen los cuartos de luna en el corte de las uñas y del pelo, y de las recetas infalibles que él tiene para exterminar las chinches y las cucarachas.—En opinión de doña Ambrosia, este huésped es un ingeniero sapientísimo que estudia, por recreo, dos años hace, el suelo de la provincia para establecer en sitio conveniente, y á sus expensas, una fábrica de patatas artificiales para los pobres.—Gedeón le clasifica, en su padrón particular, como escribanillo de aldea.

Llévale la contraria en sus asertos científicos, una señora muy peripuesta y retocada, con voz de bajo cantante. Habla mucho de *la antigua Grecia* y de *las sales áticas*, lo cual no sorprende tanto oyéndola decir á cada triquitraque que es viuda de un oidor de Filipinas, que dejó setenta volúmenes de comentarios á la *Casandra* de Licofrón, y otros cinco de notas á las *Dionisiacas* de Nonno Pannopolitano. El gobierno ofrece á la viuda cuarenta y ocho mil duros por la propiedad de estas luminosas obras; pero ella quiere el millón cabal, y tras él anda con la esperanza de conseguirle. Cree Gedeón que con que la pagaran sin descuento la viudedad que debe corresponderle desde la muerte del mayor de plaza (pues no otra cosa pudo tener por marido), se diera la erudita matrona por satisfecha.

Algunos días después aparecen en la mesa dos huéspedes más: un gigantón, hosco de mirada, cerdoso de bigotes, rasgado y muy abierte de boca, purpúreo de color y muy largo de brazos; y su señora, el tipo opuesto: aguileña, oscilante, lánguida y sentimental. Malambruno, como desde luégo llama Gedeón al gigante, se queja del *fuego herpético* que le devora; por lo cual anda recorriendo climas hasta dar con uno que le apague el incendio.

Por lo demás, cuando no habla de su dolencia, echando candelas por los ojos, brasas por las mejillas y rociadas de saliva por entre las cerdas de sus bigotes, aturde á los circunstantes con la estadística de sus caudales. En la Mancha, porque la erudita citó á don Quijote, tiene él tres haciendas que le produjeron el año pasado, y sólo en renta, doce mil fanegas de trigo. Porque se habla de dormir la siesta, ó de si es sana ó dañosa esta costumbre, niega él, sin que nadie lo haya afirmado en la mesa, que los extremeños hagan siete comidas y duerman cinco siestas al día. Precisamente conoce á palmos la provincia de Extremadura... ¡como que tiene en ella seis dehesas y más de veinte mil cerdos!

Por análogos procedimientos trae á colación sus cortijos de Jerez y sus posesiones de Salamanca, siendo de notar que en cada de-

hesa, y en cada cortijo, y en cada hacienda, tiene, no solamente palacio con la necesaria servidumbre de criados para él y de doncellas para su señora, sino hasta *templo*, pues *capilla* se la permite cualquier zarramplín de aldea.

Porque se cita el escamoteo de un reló ó el de los calzoncillos que llevaba puestos el vecino de al lado, cualquiera ratería de esas tan usuales, impunes y corrientes en la hidalga patria de Candelas y José María, cuenta él que en una ocasión le robaron su casa de Madrid, estando con su señora recibiendo á los duques de Montpensier en su palacio de la Serranía de Ronda; siendo lo admirable del caso, en su concepto, que los ladrones abrieron la puerta del *gabinete de raso azul*, del cual pasaron á la *galería de esculturas;* de ésta á la *sala de los tapices flamencos*, y de aquí á su despacho, cuajado de primores de arte y de objetos de lujo. Sin señales de titubear para encontrarla, abrieron una puerta oculta detrás de una librería de palo santo con columnitas de oro macizo, y entraron en un retrete, en el cual había hasta tres cofres llenos de alhajas de incalculable valor; pero no pudiendo abrirlos, á causa del secreto de sus cerraduras, ni cargar con ellos, por lo mucho que pesaban, se conformaron con robar unas botitas usadas de su señora, dos libros de

genealogías, y como tres cuarterones de azucarillos.

Mientras Malambruno cuenta estas cosas y otras tan estupendas como ellas, con voz estentórea y lento diapasón, su señora no deja oir la suya más que para rectificar algún error de cantidad en que haya incurrido su esposo.

—Eran trece mil—dice, verbigracia, al asegurar éste que eran doce mil solamente las fanegas de trigo cosechadas por rentas en la Mancha; ó—creo que eran cuatro,—aludiendo á los cofres llenos de alhajas.

Entre tanto, Malambruno está vestido de paño de Munilla, y parte por la mitad los trabucos del estanco, para fumarlos en dos veces; su señora viste con más aparato que riqueza; no trae consigo una sola doncella de tantas como deja holgando en cada palacio, y todo el equipaje del pomposo matrimonio viene metido en un baúl de tres celemines.

Fáltame decir que doña Ambrosia asiste á casi todas las exhibiciones retumbantes del caudal de Malambruno, y que á cada rociada de millones que éste suelta, mira ella á sus huéspedes y parece decirles con los ojos, mientras se revuelve nerviosa en su silla:

—¿Qué tal, caballeros y señoras? ¿Tengo yo pelones en mi casa?



VI

ENTRE VENUS Y MARTE

DURANTE la primera semana, halla Gedeón hasta cierto deleite en las originalidades de sus compañeros de mesa; pero á la segunda ya no puede con ellas. Asústale el temor de que aquello dure indefinidamente; y comparándolos con tan grotesco cuadro, le parecen de color de rosa los que á él le echaron de su casa.

Felizmente, no tarda la pupilera en anunciarle que desde el día siguiente comerá en su gabinete; porque para entonces habrá llegado la doncella que esperaba.

Y como lo ofrece lo cumple. Gedeón come en su cuarto al otro día; y ¡oh sorpresa embriagadora y confortativa! la doncella que ya vino, y le cubre la mesa, y después le sirve los manjares, es Solita; Solita, que le saluda regocijada y más sandunguera que nunca; Solita,

que le cuenta lo poco afortunada que ha sido en amos desde que, bien á su pesar, tuvo que salir de casa de su señorito; Solita, que cuando ya no tiene nada que referir á éste con la lengua, parece decirle con los incitantes ojos, á cada plato que le sirve:—«Vamos, hombre, atrévete conmigo, que aquí no corres los riesgos que en tu casa; aquí soy la criada de tu pupilera; somos dos transeuntes que hacemos juntos un alto y nos arreglamos con lo que tenemos; ahora todo te es lícito sin desautorizarte... ¡Mira que de estas gangas no las encuentra cada día, ni tan á mano, un solterón medio aburrido y desalentado como tú, y que sólo vive, como perro achacoso, de lo que le cae en la boca!»

No es fácil calcular con exactitud si es Solita quien tal dice con los ojos, ó si es Gedeón quien se lo imagina, *ex abundantia cordis;* pero es indudable que éste lo lee así; y como es hombre que no desperdicia las buenas ocasiones, sin que lleguen los principios de su comida ya ha puesto sus voluptuosos fines en evidencia. Mas no es Solita juez que sentencia en arduos litigios sin maduras reflexiones. Antes da muestras de sutil ingenio y experta travesura; y resistencias hace, aunque sin enojos, que ponen á Gedeón fuera de quicio.

De todas maneras, esta peripecia viene á

interrumpir sabrosísimamente la abrumadora monotonía de la vida de nuestro solterón, y á hacerle llevadera la existencia en aquella posada que empezaba ya á parecerle presidio. En adelante, verá llegar con alegría las horas de comer y todas las de volver á su albergue...

Una advertencia, por lo que valga, y suponiendo que alguien que esto lea piense que el encuentro de Gedeón con Solita no es rigorosamente necesario: no he conocido un Gedeón tamaño, sin una Solita semejante. El de mi cuento se encuentra con ella en una posada, después de haberla conocido en su propia casa, como otros las vuelven á ver en medio de la calle, ó en sitio peor, después de haberlas tratado sabe Dios en qué parajes.

Mas no por esto que digo de la necesidad de las Solitas para determinados *solitarios*, y de su mancomunidad de debilidades, se hagan juicios temerarios sobre la fortaleza de la Solita en cuestión; pues en Dios y en mi ánima aseguro, á más de lo que ya tengo dicho, que va poniendo á Gedeón de muy mal temple el obstinado crecer de los obstáculos.

Y cuidado que no pierde ripio el solicitante. Sus comidas se eternizan; sus vueltas á casa no tienen número, y no le tienen tampoco las veces que se le ocurre ponerse malo á las altas

horas de la noche, para que Solita le lleve el vaso de agua ó la taza de te.

Y tan obcecado está en menudear todo lo posible sus entrevistas con la doncella fuerte; hasta tal punto le preocupa esta heróica tarea, que no se fija en que doña Ambrosia está ya en autos, y anda por alcobas y pasillos murmurando no sé qué letanías en que todo se canta menos alabanzas á su huésped, cuando él está departiendo con la doncella.

La cual sufre después, y no lo cuenta, los refunfuños y desabrimientos de su ama, como en otro tiempo sufrió los de la señora Braulia por idénticos, aunque no tan notorios motivos.

—¡Si piensan *algunos* que mi casa es un cuartel, chasco se llevan!—grita una noche la pupilera, al salir la joven de servir el chocolate á Gedeón, y mientras éste se desnuda para acostarse. (Gedeón toma chocolate todas las noches desde que Solita vino á la casa; y rescoldo tomara, para hacer una comida más, si ella se lo sirviera.)

Y cátate que apenas ha dicho esas palabras doña Ambrosia, cuando se oyen en la sala el arrastrar de un sable, el charrasqueo de las espuelas y los taconazos correspondientes; mas cuando Gedeón piensa que á este rumor bélico aludía la enojada patrona, advierte que se equivoca, pues que la oye decir en seguida, con

acento meloso, y á la parte de allá de las vidrieras del gabinete:

—En esta habitación estará usted como en la suya propia; precisamente la tengo destinada para estos lances... porque mi casa no es, propiamente hablando, casa de huéspedes. Á Dios gracias, no los necesito para vivir. Los tomo, como quien dice, para tener familia, y cuando me los recomiendan personas de suponer y de carácter como la que á usted le envía.

La misma ó parecida relación que le hizo á él.

—Pues mire usted, patrona—contesta en la sala una voz sonora y retumbante,—la persona que aquí me manda tendrá todo el carácter y todo el suponer que usted quiera; pero decente no es el alma de perro que debía alojarme en su casa y me echa á una mala posada.

—En cuanto á eso, caballero militar—replica doña Ambrosia notoriamente sulfurada,—entienda usted que esta casa ni es posada ni es mala; y por lo que hace á quien le envía á usted á ella, no necesita aprender de nadie á ser decente, ni tampoco tiene obligación de hospedarle á usted á su lado.

—¡Ni yo de aguantar con paciencia que á estas horas se me vaya *á la empinada* la hija de su madre!

—¡Caballero!

—Lo dicho; y, por último, yo no le he buscado á usted la lengua.

—Ni yo le he faltado á usted...

—Á ver si hay en este palacio, si le parece poco posada, quien me dé de cenar. Eso es lo que pido, y para después, una cama. ¿Lo tiene usted, señora? ¿Sí ó no?

—¡Eso es injuriarme!

—¿Lo tiene usted? ¿Sí ó no?

—¡Pues no he de tenerlo? ¿Con quién se le figura á usted que está tratando?

—Pues venga cuanto antes, y no se meta usted en más honduras.

—¡Es que tiene usted unas cosas!...

—¡Yo tengo todo lo que necesito, señora!

—¡Y unas demasías!...

—En cuanto usted se largue de aquí, no me sobrará nada.

Dicho esto, se oye un pisar menudito y fuerte, y un zumbido sibilante, como de mujer que se marcha renegando; y, acto continuo, vuelve á oirse la voz del hombre de la sala, que grita:

—¡Ruiz!... ¡Ruiz!

—¡Presente, mi capitán!—responde desde el pasadizo otra voz de hombre, cuyos pasos, acompañados también de ruido de espuelas y de sable, indican que acude al llamamiento.

—¿Y el maletín? ¿Y el galápago? ¿Y las bridas?

—Ahí quedan, mi capitán.

—Traételos.

Un instante después, vuelve á decir el llamado Ruiz:

—Aquí está el maletín.

—¿Y lo demás?

—¿Lo demás, mi capitán?...

—¡Lo demás sí!

—Pues lo demás, con permiso... digo que se quedará aquí afuera...

—¡Gaznápiro! ¿Te lo he mandado sacar de la cuadra para que lo dejes en la cocina?

—No, señor; pero ¿dónde lo pongo si no?

—Ahí, en el *arzón trasero* de la cama. Ya sabes que yo nunca duermo lejos de las monturas.

—Pero hay casos, mi capitán... digo, con permiso... ¡Como están los *bastos* tan sudaos... y es tan blanco ese bullarengue que cae po encima!...

—¿Á que te rompo la grupa de un puntapié?...

—Es que, mi capitán, como he conocío el genio de la patrona por lo que rezaba cuando salío de aquí... Vamos, temí que... Y por eso advertí á mi capitán...

—Pues precisamente estoy yo deseando dar unas vueltas de picadero á esa jaca bravía... ¡Conque figúrate tú!

—Siempre á la orden, mi capitán.

Y por el ruido que sigue á esta despedida, conoce Gedeón que la montura del cuadrúpedo del capitán pasa, conducida por Ruiz, á colocarse en la cama *de respeto* de la *sala de recreo* de los huéspedes de doña Ambrosia.

Jamás se vió una embustera desmentida más pronto ni más al caso.

Gedeón (que nunca puso en duda que su pupilera admitía cuanto se le presentaba) no sabe si sentir ó celebrar el lance. Lo siente por el riesgo que corren, y pueden correr en adelante, su comodidad y su reposo; pero se alegra por lo que tiene de respuesta á la indirecta *cuartelera* que le echó la rígida doña Ambrosia, si es que á él iba enderezada, como lo va sospechando.

Entre tanto, el capitán no cesa de llamar á Ruiz, ni Ruiz cesa de pasar y repasar el pasadizo; hasta que, acostado el primero y marchándose el segundo á *zagalear* las bestias y á dormir á su lado, reina el sosiego en la casa y ronca Gedeón.





VII

VARIAS CATÁSTROFES

TRES días con tres noches duran las marimorenas que arman el capitán y su asistente.

¡Ruiz! por acá; ¡Ruiz! por allá; ¡mi capitán! por allí; ¡mi capitán! por el otro lado; que la cebada, que el maletín, que los alcances, que el caballo, que ¡vete!, que ¡estate!, que ¡bruto!, que ¡por vida!, que la patrona, que el libramiento, que las raciones, que la herradura... Y todo esto á gritos, al medio día, á media noche, al amanecer, y comiendo y almorzando.

Gedeón no sosiega; y, además, todo le huele á cuadra y le sabe á rancho y le suena á cuartel.

Doña Ambrosia está en ascuas, tiene calambres, riñe con el capitán y se disculpa con Gedeón.

—Ya usted ve, no es culpa mía. ¡Cómo podía yo pensar!... Para algunas gentes todo es lo mismo... No tienen educación, carecen de principios... ¡Pero yo haré!... ¡Yo le aseguro!... Usted dispensará... A cualquiera le sucede... Como una juzga á los demás por sus propios sentimientos...

Y no dura la brega más que tres días, porque doña Ambrosia, con la disculpa de que tiene comprometida la habitación, despide al capitán cuando vence su boleta; disculpa que éste no admite como de buena ley, por lo cual, antes de marcharse, pone á la pupilera como trapo de fregar, y á la casa, que no hay por dónde mirarla.

Aquella noche descansa Gedeón y hasta reanuda sus casi interrumpidos coloquios con Solita; pero con esto vuelven á arder las apagadas iras de doña Ambrosia, y á estallar sobre su doncella, y á oirse sus letanías acostumbradas cada vez que pasa por delante de la puerta falsa del gabinete.

En esto, toman posesión de la sala dos nuevos huéspedes. Son dos cómicos, que vienen á casa á la una de la mañana, y se acuestan á las dos, y se levantan á las once, y comen á deshora, y estudian á voces sus papeles, y cantan á grito pelado coplas indecentes, y se pasean en calzoncillos por toda la casa desde que sa-

len de la cama hasta que se van al ensayo, y dicen chicoleos desde el balcón á todas las mujeres que se asoman á los de enfrente, y tiran bolitas de pan y huesos de aceituna á los hombres que pasan por la calle.

De vez en cuando los visitan otros camaradas del oficio, y entonces se hunde la tierra.

Gedeón, condenado desde mucho tiempo hace á ir de mal en peor en esto de *establecerse á su gusto*, suspira por el capitán, que le parece un ángel de Dios, comparado con aquellos demonios del estrépito.

Un día convidan éstos á comer á media docena de sus amigos; y como la comida es solemne, tiene lugar en la sala. Antes que lleguen los postres, Gedeón se ahoga de ira y de ruido, y tiene que largarse á la calle para buscar un poco de aire menos corrompido, y una algarabía más tolerable.

Dos horas le dura la *arrancada*, como dicen los marinos, ó la *velocidad inicial*, según la culta jerga científica; dos horas que invierte Gedeón en meterse, como los huracanes, por todas las rendijas que halla á su paso en la ciudad. Cuando se ve rendido y desfogado, vuélvese á casa, en la creencia de que, si no la policía, el cansancio habrá puesto en orden y en silencio á los cómicos de la sala.

Pocos pasos antes de llegar al portal, obser-

va que sale de él Solita, con un lío de ropa debajo del brazo. Este detalle le parece grave.

En efecto, Solita se echa á llorar en cuanto se encara con Gedeón.

—¡Ay, señorito!—le dice entre sollozos,—¡qué mala estrella es usted para mí!

—Pues ¿qué sucede, hija mía?—pregúntala Gedeón hecho unas mieles.

—Que por usted salgo de esta casa, como por usted salí de la otra.

—¡Por mí, alma de Dios!

—Sí, señor, por usted.

—¿Pero qué la he hecho yo á usted? vamos á ver.

—Ya usted me comprende.

—Pues no comprendo una palabra.

—¿Qué me había hecho usted cuando la señora Braulia me difamaba?

—Absolutamente nada, Solita; absolutamente nada... y bien á mi pesar, créalo usted.

—Gracias por la intención... Pues eso mismo me ha hecho usted ahora; y, sin embargo, la señora me ha dicho... bastante más que la otra.

—¿De mí?

—Y de mí: de los dos.

—¡Ah, grosera, incivil y menguada!

—¡También usted!

—Me refiero á la pupilera, hija mía. ¡Yo denostar á quien es la cultura, la suavidad y la!...

—Mil gracias, señorito... Pues verá usted. Desde que entré en su casa, venía martirizándome con palabras de muy mal sentido, cada vez que yo salía del gabinete, de servirle á usted.

—¡Y no me ha dicho usted nada!

—¿Para qué?

—Para que yo estrangulara á esa tarasca.

—Pero hoy, como no quise servir á los de la sala, porque al ponerles la mesa me dijeron muchas groserías, tomó pie de aquí en cuanto usted se fué á la calle; y sobre si no me gustaba servir á otro huésped que al del gabinete, y si usted y yo nos entendíamos, y sobre si esto era inmoral y escandaloso, y sobre no sé qué perrerías más por el estilo, díjome tales cosas, que me obligaron á cantarla cuatro verdades al oído y á despedirme en seguida.

—¡Bien, Solita! ¡Eso es tener dignidad y carácter! Lo que siento yo es no haber estado cerca para remachar el clavo encima de su cabeza... Pero vamos á ver: ¿adónde va usted ahora?

Aquí Solita baja los ojos, recoge una punta de su delantal con la mano libre, y responde con voz lenta y no muy firme:

—Por de pronto... á casa de una amiga.

—¿Y después?

—Después... adonde me quieran.

—Entonces, no se mueva usted de aquí.

—Ya sabe usted en qué sentido hablo.

—También usted en el que yo la replico.

—La necesidad me obliga á servir.

—Porque usted quiere.

—¡Qué bromas gasta usted!

—No en este momento.

—Me parece que más claras...

—Si quisiera usted tomar en serio lo que yo le dijera...

—¿Más aún de lo que me tiene ya dicho?

—¡Muchísimo más!

—¡Pues tendrá que oir!

—¡Cosa buena, Solita!

—Como de usted.

—Ya se ve que sí.

—Pues si usted lo asegura...

—Ha de saber usted, Solita, que tengo un plan.

—¿Ahora, de repente?

—Hace días.

—¿Y qué?

—Que si quisiera usted conocerle...

—Si me interesa en algo...

—De punta á cabo.

—Pues usted dirá.

—Es algo extenso... ¿Va usted muy lejos?

—Bastante.

—En ese caso, andando hablaremos.

—Como usted guste.

—Pues vamos andando.

Y á andar echan los dos, calle adelante, paso á paso, medio á obscuras cuando pasan cerca de un farol, y á obscuras por completo cuando de él se alejan, juntos, juntitos, y muy encorvado el uno sobre la otra, como la *f* sobre la *i*.

....

Una hora más tarde vuelve Gedeón á su posada, de la cual falta ya el único atractivo que para él tenía. ¡Considérese con qué ojos mirará ahora aquella guarida en que la necesidad le metió!

Cuando entra en su gabinete, reina el silencio en la sala, aunque algún débil rayo de luz y tal cual carraspeo le indican muy pronto que hay gente en ella. La curiosidad le mueve á separar un poco una cortinilla de las vidrieras y á mirar lo que hay al otro lado. Alrededor de la mesa en que han comido, ve á los dos huéspedes y á sus amigos, con las cabezas en grupo y los cuerpos descoyuntados sobre las sillas. La luz está en medio de todos, y debajo de ella algo que Gedeón no puede ver; pero muy pronto llegan á su oído varias palabras, como *juego*, *cargo*, *me retiro*, *entrés*, etc., etc.

—Vamos—piensa Gedeón,—lo que faltaba.

Mas apenas lo ha pensado, cuando el grupo se deshace y se arma en la sala un vocerío

tremendo; y sobre si *muerto* ó si vivo; sobre si *el salto* ó si el quiebro, en un instante suenan diez bofetones, tres botellazos y cincuenta blasfemias.

Acude doña Ambrosia, llega Malambruno y viene el ingeniero en calzoncillos ¡que ya tiene que ver!; y mientras encarnizan más el combate queriendo apaciguarle, Gedeón recoge sus dispersos vestidos, empaqueta sus cachivaches, y sale después en busca de dos mozos de cordel.

Cuando vuelve con ellos, déjalos á la puerta de la escalera; y notando que la tormenta ya no ruge, llama á doña Ambrosia.

—¡Señora!—le dice.—¡Ésta es la casa de *Tócame-Roque!*

—¡Más honrada y más decente que la que merece el muy descortés!—respóndele la pupilera, trémula de ira y con los ojos inyectados de sangre.

—¡Esto es un burdel!—añade Gedeón, mirándola con una seriedad y una firmeza que la desesperan más.

—¡Eso hubiera usted hecho de ella, á no ser yo quien soy, y á no velar, como velo, por la buena moral!

—Que lo digan los de la sala.

—¡Yo no puedo preverlo todo!

—Pero debía usted no engañar á nadie, como me ha engañado á mí.

—¡Cómo!...

—Negándome que aquí se admite al primero que llega.

—¡Y lo niego todavía! ¡Y sostengo que ésta no es casa de huéspedes!

—En eso no miente usted, porque es cosa algo peor.

—¡Caballero!

—Porque lo soy me marcho... Ahí va lo que debo, y en paz.

—Cuando usted guste.

—Ahora mismo.

—Naturalmente. Como se largó *ella*...

—¡Señora!...

—Bernabé y la ciega... No podía ser otra cosa... Estaban ustedes de acuerdo.

Aquí Gedeón, temiendo dar un escándalo semejante al que acaba de presenciar, entre echar el telón abajo como dirían los de la sala, ó por el balcón á la pupilera, opta por lo primero, como lo más prudente, y manda entrar á las dos acémilas para que carguen con su equipaje.





VIII

DE MAL EN PEOR



DÓNDE vamos con esto?—le preguntan.

—A la fonda.

—¿A cuál de ellas?

—A la más cara,—responde Gedeón, decidido á ahogar sus desventuras en dinero.

Y anda, anda, llegan los tres á un ancho portal muy charolado y resplandeciente; y sube, sube, por una escalera muy lustrosa, detiénense en un vestíbulo medio lujoso, medio limpio y medio obstruído por baúles amontonados y camareros sin educación.

—¿Adónde vamos?—pregunta á éstos la acémila delantera.

—Adentro se lo dirán á ustedes,—responde el menos soez de los preguntados.

Y los tres penetran en un largo corredor; y hallan á un hombre gordo que, al verlos, em-

puña la manezuela de una de las puertas de la ringlera, y les dice:

—Aquí.

Mas apenas ha metido Gedeón las narices dentro, dan sus ojos con un hombre en calzoncillos, esparrancado, en chancletas, y como haciendo equilibrios delante de un espejillo colgado en la pared, y detrás de una bujía colocada entre uno y otro.

—Perdón,—exclama el hombre gordo, mientras el de adentro se vuelve á mirarle, navaja de afeitar en mano, y con media cara rapada y la otra media cubierta de jabón.

Treinta pasos más adelante, vuelve á decir el que guía, abriendo otra puerta:

—Aquí es.

Y cuando los que van detrás se disponen á seguirle, una mujer en enaguas lanza un grito, y abalanzándose á la puerta, ciérrala con ira, mientras la voz de un hombre suelta una blasfemia en francés desde el fondo de aquel misterio inexplorado.

A vueltas de otras tres equivocaciones por el estilo, el hombre gordo, ya sulfurado, pónese á gritar desde el centro de una encrucijada á que han llegado los cuatro:

—¡M'siu Cotelet!... ¡M'siu Cotelet!

—¡Boum!—le contesta una voz desde allá lejos, muy lejos.

—¿Quiere usted decirme, con mil demonios, qué número es el que está desocupado?

—¡El *dusiantos trantiunoooo!*...—vuelve á responderle la voz.

—Es en el otro piso, caballero—dice el hombre gordo á Gedeón.—Es enteramente igual á éste: sólo tiene de más algunas escaleras.

Súbenlas los cuatro, tres de ellos jadeando ya y con amagos de jadeo el hombre gordo; y vuelven á recorrer nuevos pasadizos. Al fin de uno de ellos hay una puerta con el número 231. Allí es. El hombre gordo entra y enciende una vela. A su luz se ve el suelo lleno de papeles rotos y puntas de cigarro, la cama revuelta, la palangana hecha una basura, y la pared con lamparones.

Mientras Gedeón paga y despide á los mozos de cordel, llega un camarero silbando unas habaneras; y de dos trastazos da por arreglada la cama, dejando al nuevo huésped en la duda de si mudó las sábanas ó aprovecha las que tenía; vierte las inmundicias de la jofaina en un cubo de latón; saca á puntapiés los papeles al corredor; sacude dos manotadas y da un restregón con la sempiterna rodilla al tocador; cuelga encima de éste una tohalla; y, sin dejar de silbar las habaneras, sale del cuarto, despidiéndose con un portazo que hace temblar los tabiques.

Mustio se queda Gedeón por largo rato, maquinalmente sentado sobre uno de sus baúles y midiendo con la vista el menguado perímetro de aquella estancia. Después se levanta, y, maquinalmente también, procede á hacer el inventario de cuanto en ella le pertenece para su uso.

Además de la cama y del tocador ya mencionados, hay un ropero con puerta que no ajusta, de espejo desazogado y llave que no cierra; una percha de fleje con seis colgadores, tres de ellos á medio arrancar, dos arrancados ya y uno partido por el medio; una mesa de noche (cuyo entreabierto cajón permite ver, en su obscuro fondo, media liga vieja, un cabo de vela, tres palillos de dientes muy usados, un parche de trementina á medio uso, y seis tachuelas amarillas); una jarra de latón, como el cubo, llena de agua; sobre la mesa de noche una botellita blanca, con un vaso boca abajo por tapadera; un velador cabizbajo y alicaído, no por la carga liviana de un tinterillo sin entrañas y una pluma roñosa que no puede calzar más que punto y medio, por mucho que se presume, sino por sus achaques naturales y frutos de su arrastrada vida; por último, dos sillas de mala muerte y una butaca cuya anatomía de astillas y de alambre pugna, y al fin ha de conseguirlo, por romper

la mezquina envoltura que aún la impide, aunque sólo á trechos, protestar en debida forma contra la opresora poltronería de los huéspedes.

De manera que allí todo está previsto para la comodidad de éstos y para sus más apremiantes necesidades, y nada falta más que el aseo, el orden y el desahogo. Todo parece decirle á Gedeón: «No te molestes en llamar, porque no acudirá nadie al llamamiento, en la confianza de que tienes aquí cuanto necesitas. Para lo demás, ya te llamarán á tí.»

No ignora Gedeón lo que son las fondas; pero entre *pasar* por ellas, como él ha pasado algunas veces, y *vivir* en ellas, como ahora vive, hay muchísima distancia; y mucho mayor para un hombre siempre cebadito y mimado en su casa, en la cual todo era suyo y para su regalo.

Decididamente no es en aquel angosto y desaliñado recinto donde ha de llenar el vacío de que se queja desde que nosotros le conocemos.

Con éstas y otras cavilaciones en la mollera, y mirando con repugnancia cuanto le rodea, vase desnudando poco á poco; y sin pizca de ilusiones para el día siguiente, métese en la cama como pudiera tirarse al pozo, apagando de un soplo la bujía y encendiendo en su memoria el recuerdo de Solita, que, por de pron-

to, le alegra un poco la imaginación, aunque no le llena, ni con mucho, el abismo de su alma.

Una semana, quince días, dos meses... un año... lo que el lector quiera, lleva Gedeón de residencia en aquel agujero, ó en otro idéntico, de la misma fonda ó de otra quizá peor que habrá encontrado, en su afán de mejorar de vivienda y de *establecerse á su gusto.*

Le ocupa lo menos que puede, y vuelve á él á las horas de comer y de acostarse, como el colegial á cátedra después de las vacaciones.

Para colmo de desdichas, tiene un destacamento reumático en una rodilla, y un manantial en un oído; le va engordando la panza y se le insinúa un catarro de pecho que, cuando el tiempo refresca, le da bastante que hacer.

Pero más que estas plagas, que al cabo le dejan en paz muy á menudo, le abate un aburrimiento desconsolador. Verdaderamente no sabe qué hacer de su cuerpo, ni en su celda ni en la calle. En la una todo es angostura y soledad. En la otra no tiene ya con quién departir; pues sus tres camaradas, únicos seres cuyo trato ha cultivado con frecuencia, le van inspirando una invencible antipatía, y huye de ellos como de la peste.

En cuanto á *lo demás*, tanto le cansa como le deleita, si es que algo de ello no le remuerde; reducido, en suma, á insubstanciales despojos de las sobras de otros tiempos, ó á *similores* del presente, que no valen el trabajo que le cuestan, ni el riesgo en que le ponen su libertad.





IX

POR LAS NUBES

AHORA podemos suponer, por suponer un poco de todo, que Gedeón, libre una semana de sus dolencias físicas, hace un esfuerzo supremo para sacudirse las morales, y se lanza, fraque en ristre, á regiones en que jamás ha penetrado, para estudiar aquellas razas y la manera más cómoda de explotarlas en beneficio de sus deseos y en concordancia con sus imaginaciones.

Por de pronto, sus pies, hechos á pisar los suelos de cabretón, han de enredársele no poco en el fino vellón de las alfombras. Brujuleará por salas y rincones; hará como que refiere al conocido que haya hecho su presentación cosas muy graves é importantes, para estudiar con disimulo maneras y actitudes en los que pasan á su lado; para tantear estilos de conversación amena y por lo fino, y, sobre to-

do, para tomar lenguas de todas y cada una de las damas que adornan los contornos del salón: se fijará primero en las más bellas; después en las más frágiles, y, por último, en las más accesibles, según el criterio de su acompañante.

Verá que no faltan entre los hombres que entretienen y acompañan á las más jóvenes y más hermosas, galanes antediluvianos que tapan la carcoma de sus muchos años con afeites y postizos.

Diránle que, así y todo, los hay entre ellos que no pierden siempre que juegan; lo cual animará mucho á Gedeón cada vez que, al pasar por delante de un espejo, vea reflejarse en él sus canas, sus arrugas y su pestorejo de veterano; pero luégo sabrá que aquellos tipos, además de haber envejecido allí, lo cual ahorra el mal efecto de una aparición con flemas y *pata de gallo*, y de poseer algún atractivo especial para las mujeres, aunque sólo sea éste el saber desempeñar con donaire el papel de comparsa en tales fiestas, no son solterones como él, sino hombres que no se han casado *todavía,* porque quizá picaron muy alto al intentarlo, pues lo han intentado muchas veces.

¡Pero Gedeón!... He aquí lo que, á lo sumo, se dirá de él, si algo se dice, después que se muestre en semejantes alturas:

—Pues es *un señor* que se llama Gedeón, que

está bien por su casa, y que tiene horror al matrimonio.

No puede decirse menos de un hombre que es, además, vulgar y adocenado de figura.

Hay ejemplos de que una pecadora lo haya sido con el caritativo fin de sacar á un calavera de los malos pasos en que también Gedeón se ha encontrado, y elevarle hasta ella, acaso para corromperle más; pero ese redimido era hermoso, ó, cuando menos, notable, ya que no célebre, en algún concepto; y Gedeón no es célebre, ni notable, ni hermoso por ninguna parte que se le mire.

Con tales desventajas encima, ¿qué puede prometerse el mal aconsejado solterón si se echa á herborizar en el campo en que le suponemos colocado?

Le rechazarán las solteras, porque no es negocio ni buen modelo para marido, aun cuando él se prestara á serlo; y *las demás*, suponiendo que existan (yo siempre lo niego), pensarán, y muy cuerdamente, que ya que el diablo las lleve, que las lleve en coche.

Tentará á probar fortuna, eso sí, que para eso fué allá, y además es terco; y no se dirigirá á la más fea ni á la menos joven, que para eso es solterón y frisa en viejo; y se meterá en floreos de lenguaje y en retóricas trasnochadas; y preguntará por la *gavota* y el *baile inglés*, y

por la música del *Tancredo*, cuando hace setenta años que ni aquéllos se bailan ni ésta se canta; y por sandio que sea, caerá en la cuenta de que cuanto más sublime se hace, se pone más en ridículo.

Y recordará entonces que en las capas inferiores, como ahora se dice, de la sociedad, entre modistillas y gentes de medio pelo, está él como el pez en el agua; recuerdo que, enfrente de las dificultades que traban su lengua y turban sus ideas, le excitará el deseo de vencerlas, y tal vez sus manos se atrevan á cometer demasías de tacto, ó su lengua se desborde, ó sus piernas desmazaladas, y á la sazón revueltas entre vecinas faldas de sedas y crespones, hagan una barbaridad que escandalice al concurso.

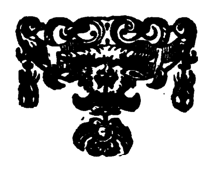
De todas maneras, Gedeón perderá el tiempo; porque aun concediéndole algún fruto en sus exploraciones, bien apreciado no valdrá la violencia en que le pondrían los medios para alcanzarle. Violencia digo, porque sin ella no puede él vivir en un terreno tan extraño á sus hábitos é inclinaciones.

Y si le frecuentara más para hacerle placentero, acabaría por salir de él marido de la mujer más pobre y fea; y no *convertido*, sino *domado* como una bestia; en el cual caso sería una variedad vulgarísima entre los célibes remolones, y no un perfecto modelo de la especie sol-

terona *impenitente*, como el lector y yo hemos convenido en que sea Gedeón.

En substancia, este capítulo es pura y simplemente una respuesta anticipada al candoroso lector que, olvidado de la naturaleza especial de nuestro personaje, me salga al encuentro con esta observación, que, en su concepto, lo resolvería todo, y hasta me excusara el trabajo de escribir lo que me falta de este libro.

—Pues, hombre, si Gedeón se aburre, ¿por qué no se divierte como yo?





X

LO QUE NO HABÍA PREVISTO GEDEÓN

PERO lo verosímil es que, á pesar de sus propósitos, si los tiene todavía, no se resuelva á salir de sus merodeos *de escalera abajo;* porque lo que entra con el capillo, sale con la mortaja.

A la edad en que Gedeón ha pensado en elevar su vuelo hasta las águilas rapaces, ya pesa mucho el cuerpo; y si, aunque con trabajos, se sube, faltan los ojos para resistir el sol mirándole cara á cara. La tierra llama á lo suyo; y aunque sueñe ser águila, se queda el atrevido tan milano como sus hábitos le han hecho ó su madre le parió.

Lo innegable, por de pronto, es que una noche se retira á su albergue triste y dolorido; que la cama, aunque fementida, le llama á sí, y que él se arroja en ella sediento y quebrantado.

Como el sueño no acude á sus párpados, entretiénese en apreciar la cantidad y la calidad de la dolencia que le postra; pero cuanto más se examina, menos comprende si sus dolores proceden del cuerpo ó del espíritu.

Le asaltan serios temores de que la enfermedad pueda complicarse, y se estremece al pensar en la asistencia que le aguarda.

Entonces cae en la cuenta de que jamás ha entrado en sus previsiones un contratiempo semejante.

—He aquí un caso—se dice,—en que la familia no es tan abominable como nos la pintan. La más mala de las mujeres, el más ingrato de los hijos, pudieran prestarme ahora un auxilio, aunque sólo fuera el de su presencia, que para mí no ha de haber, ni pagándole. Mas yo no tengo esposa, ni hijos... ni siquiera un amigo, ni un allegado... Me faltará el consuelo de que no carecerá el último zapatero que se muera de hambre en un desván... Pero esto tenía que suceder; es lógico tal desamparo... Es una de las quiebras de mi oficio.

Después se va con la imaginación adonde le llevan los objetos que le rodean y los rumores que perciben sus oídos; y así, por esta senda, llega á antojársele que en toda fonda *bien montada* hay algo de manicomio, de cárcel y hasta de hospital: de todo, menos de casa y hogar.—

Aquellas celdas en fila, con los números sobre la puerta; aquella uniformidad de camas, de colchas, de sillas y jergones; aquel hormigueo de gentes en los interminables corredores, gentes de todas edades, procedencias y cataduras; gentes que no se conocen ni se hablan; aquellos camareros brutales, impasibles, con el eterno mandil ceñido y el sucio lienzo en la mano, como verdasca de loquero ó tohalla de *practicante;* aquel gemir en un cuarto, reir en el otro y cantar en el de más allá; ó hablar aquí en francés, en griego allí, y en un rincón de negocios, en otro de literatura, y de amor en el más obscuro; aquella campana que recorre patios y pasadizos, llamando á comer cosas que el huésped no ha pedido y no sabe si le gustarán, en una mesa muy larga y entre gentes que se enfilan en ella como mulos en pesebrera, y como éstos, sin chistar ni sonreir, engullen; el rechinar de las cerraduras por la noche al meterse cada cual en su madriguera; el ruido acompasado del huésped que se va, ó del que llega á las dos de la mañana, como el ruido de los pasos del centinela en el patio de un presidio, ó de los hombres que sacan un cadáver de la cama de un hospital para llevarle al cementerio; y, por último, el marcharse uno sin despedirse como entró sin saludar, porque *el amo* es allí una entidad, como el Municipio ó el Es-

tado en los hospitales, en los manicomios y en las cárceles, detalles son, con otros muchos más, en concepto de Gedeón, tan aplicables á la fisonomía de una fonda como á las de esos lugares aborrecibles y aborrecidos.

Lo único en que no se parecen la una y los otros es que en los hospitales, en los manicomios y en las cárceles tiene la caridad socorros y consuelos para los acogidos, para los locos y para los criminales enfermos, al paso que los huéspedes de las fondas pueden, como Gedeón mismo, irse al otro mundo sin que lo sepa nadie más que Dios que se los lleva.

En éstas y otras visiones, la noche avanza, el sueño no viene y la sed le atormenta. Como se ha bebido ya el agua de la botella, ase el cordón de la campanilla, tira de él con ansia, y espera.

Los minutos corren y nadie viene.

Al fin oye pasos en el corredor.

—¡Ese es!—piensa.

Pero el ruido se aleja. Oye otra vez rumor de pisadas junto á su cuarto, y vuelve á llamar creyendo que le oirá el que pasa; mas no reflexiona que la campanilla á la cual corresponde el cordón de que él tira, quizá esté zarandeándose en el otro piso, y que se necesita que se halle cerca de ella una persona para

que pueda saberse que *número* es el que llama.

Convencido de que tirar de aquel cordón es clamar en desierto, se arroja de la cama y apaga su sed con el agua de la jarra de latón. No es fresca ni está limpia; pero es abundante.

Vuelve á acostarse, y tampoco puede dormir; y van pasando las horas y mermándose los ruidos, por calmarse el movimiento; y cuando sólo se oye, de vez en cuando, el roncar de los que duermen á los lados, ó el lento taconeo del que trasnocha ó se va, ó el lastimero mayar del gato enamorado, en el desván cercano ó en el tejado vecino, el cansancio le rinde y l proporciona un sueño reparador, durante el cual se imagina que vela á su lado una esposa solícita y amante que le toca la frente y se la refresca con besos amorosos y con paños de nieve, no más blanca que sus manos, mientras un niño de angelical sonrisa le acaricia el enardecido rostro con sus rizos de querube.

¡Cómo le consuela todo esto! Pero en seguida se le ponen delante sus tres camaradas y consejeros, furibundas las miradas y mostrando en sus espumantes bocas víboras por lenguas; ante el cual aspecto, repulsivo é infernal, la visión consoladora desaparece, quedando en su lugar un hombre de blanco mandil, que le pide por cada gota de agua una moneda.

Después no sueña nada; se queda como un

tronco. Al despertar por la mañana, se encuentra sin fiebre, pero muy abatido y con horror á la soledad.

No se cansa en reñir al mozo que le sirve, cuando, cerca del mediodía, entra en su cuarto: perdería el tiempo y las palabras; pero le *suplica* que mande venir un médico.

Á todo trance quiere comunicar con alguno; y no teniendo amigos ni parientes, ha calculado que nadie como un hombre de aquella profesión puede ayudarle á pelear contra el enemigo que le asedia.

Hará que le visite á cada hora, si tanto se necesita; le costará el auxilio caro, pero tendrá, á lo menos, quien le ayude á morirse en toda regla, si decretada está su muerte, ó le tienda una mano para salir del lecho.





XI

LO QUE LE DUELE Á GEDEÓN, Y POR QUÉ LE DUELE

L cabo de dos horas se presenta el médico. Se ha necesitado una para que el camarero, después de olvidar el encargo, le recuerde, y cerca de otra para decidirse á llevarle á su destino.

Es el Doctor hombre de medio siglo, de rostro sereno y de mirada firme, pero sin dureza; pulcro en el vestir y culto en sus maneras.

Gedeón, en cuanto le tiene al lado, le hace una pintura de sus recientes dolores.

El Doctor le mira, como si sus ojos leyeran mucho más adentro de la fisonomía; le toma el pulso, sin dejar de mirarle, y no dice una palabra.

El enfermo, tras una corta pausa, continúa enumerando detalles y acumulando fenómenos, sin ocultar lo que soñó por la noche.

El médico palpa, observa y no despliega sus labios.

El paciente cierra los suyos, mira á los ojos del médico, y parece pedirle su dictamen.

—¿Quiere usted darme algunos antecedentes?—dice al cabo el Doctor, dejando de palpar, pero no de mirar á Gedeón, como si le pareciera poco la enfermedad explicada para causa de tanto y tan visible decaimiento.

Gedeón, que siempre tuvo una salud de bronce, no halla medio de satisfacer la pregunta del Doctor.

—No se fije usted solamente en los dolores del cuerpo—añade éste al notar la perplejidad del enfermo;—examine usted también las vicisitudes del espíritu; pues con frecuencia es éste la causa médiata de muchas dolencias de aquél.

Gedeón narra sus últimas desazones, aunque achacándolas á las prosáicas contrariedades que el lector conoce.

—Un poco más atrás...—replica el médico, como si hubiera dado con el rastro de lo que busca.

Gedeón retrocede con su relato hasta la catástrofe de la señora Braulia.

—¡Más atrás todavía!—insiste el Doctor, animando al enfermo con expresiva mímica.

Gedeón se atreve á contar hasta *por qué* se decidió á establecerse como *mozo de casa abier-*

ta; apunta algunas consideraciones sobre su aversión al matrimonio; algo también sobre los consejos que le dieron, y no poco sobre el carácter de los consejeros; y así, apuntando el uno y excitándole el otro á revolver más los fondos de la historia, llega el Doctor á conocerla casi tan al pormenor como nosotros, siendo de notar que Gedeón la desenvuelve con tanta complacencia, como si fuera lienzo ceñido á sus carnes, y buscara quien estirase las arrugas que se las desuellan.

Cuando concluye, le dice el Doctor, con rostro afable:

—Lo que usted me ha referido no es otra cosa que la confirmación de una sospecha que adquirí desde que comparé su estado actual con las, según usted creía, causas *inmediatas* de él.

—¿Luego no son esas las que?...

—El mal que, en aparencia, le ha postrado á usted en el lecho, se cura con dos cuartos de uugüento; pero no le diría á usted la verdad el médico que le dijera que estaba usted curado porque ya no le dolía la rodilla.

—¿Cree usted que podrá repetirse el dolor, según eso?

—Creo que no es ese el mal que usted padece.

—¿Otro más grave, acaso?

—¿Me autoriza usted para decirle todo mi leal sentir?

—No sólo le autorizo á usted, Doctor; se lo ruego.

—Pues haciendo uso de esa licencia, empiezo por decir que le ha hecho usted muy malo de su vida.

—¿Por qué?

—Porque ha mirado usted del revés todas sus conveniencias.

—¡Vea usted: yo creía todo lo contrario!

—No me sorprende. Viéndose usted joven, robusto, mimado y consentido, dejóse arrastrar de los estímulos de todas esas aparentes ventajas, sin tener en cuenta que son muy efímeras, ni, lo que más importa, aunque el corazón debió advertírselo, que el hombre necesita, en cada edad, hacer (si es lícita la metáfora) sus provisiones para la inmediata; porque sabido es que en lo moral, y á las veces en lo físico, lo que en las unas nutre, en las otras envenena.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo: la absoluta emancipación de las pasiones, la ruptura de todos los vínculos divinos y humanos...

—¿Y eso nutre alguna vez?

—Eso, durante el hervor de la juventud, es el fuego que más le sostiene; el huracán que le empuja; el imán que la atrae.

—¿Y después?

—Después es el hielo de los páramos en el invierno de la vida.

—Es muy bonito eso... para dicho, Doctor; pero...

—¿Duda usted que sea cierto?

—Acaso.

—Pues de que lo es, tengo un ejemplo delante.

—¡Yo!

—Me ha confesado usted hace poco que la soledad le mata.

—Es verdad.

—Luego no me equivoco.

—Pero eso le sucede á cualquiera.

—Lo niego: de esa clase de soledades únicamente se quejan los que han vivido divorciados de todo afecto generoso; los que han hollado en la juventud las leyes de Dios y las de la naturaleza; los que han llegado á las puertas de la vejez sin un abrigo para el corazón, sin un consuelo para el alma.

—Hombre, en eso de consuelos, cada uno puede tenerlos á su manera.

—No el alma, que los tiene bien determinados; el alma, como de origen divino, no puede satisfacerse con los goces brutales de la materia. Su destino en el mundo es mucho más elevado.

—¿Cuál es, según usted, ese destino sublime?

—El amor.

—Entonces estamos de acuerdo.

—El amor, sí; pero no ese amor carnal que sólo dura lo que la pasión grosera que le enciende; el amor del padre al hijo, del hijo al padre, del hermano al hermano, del hombre á su prójimo; el amor que infunde en una criatura el heroísmo de arrojarse al fuego por sacar de él á su enemigo; el placer inefable de aliviar los dolores que padece otro sér; el ansia de ser útil á sus semejantes... Éste es el amor sublime; éste es el amor del alma, si el alma ha de ser digna de Dios.

—Y ¿cuál es, en opinión de usted también, la fuente en que se bebe ese néctar?

—La familia.

—Y ¿por qué no ha de beberse fuera de ella?

—Fuera de ella puede también sentirse ese amor; sólo que quien así le sienta, no odiará, como usted, el matrimonio, base y fundamento de la familia.

—Y ¿por qué odiando el matrimonio no he de poder yo amar de esa manera?

—¿Por qué no brotan flores en el Sahara?

—Porque es un desierto.

—¿Y cree usted que es otra cosa el corazón de un egoísta? ¿Cómo ha de ser capaz de partir su capa con el pobre quien renuncia á los

hijos por el temor de que le turben el sueño con sus juegos? ¿Qué ha de ser el corazón que sólo palpita al impulso de los groseros deleites, más que una víscera, como el de una bestia?... y digo mucho, porque las bestias tienen el instinto de asociarse y de amar á sus semejantes, cumpliendo de este modo la ley que Dios les impuso; ley contra la que nada ni nadie se rebela en la tierra, más que el hombre egoísta.

—¡Ja, ja, ja!... ¡qué Doctor éste!

—¿Se ríe usted?

—¿Pues no he de reirme?

—¿Por qué no se reía usted anoche?

—Hombre... porque estaba enfermo.

—Y ¿por qué lo estaba usted?

—¡Toma!... Porque... porque no estaba sano.

—Eso es responder de mala fe: usted me ha confesado que lo que más le dolía entonces era... *el desamparo.*

—Llámelo usted *hache.*

—Precisamente hay que llamarlo *equis*, porque es la incógnita de este problema.

—Pues concedido que lo sea. ¿No podía yo estar acompañado y asistido... hasta con amor, y sin embargo?...

—Y sin embargo, pensar usted como piensa, y ser usted lo que es. ¿No es esto lo que usted quería decir?

—Cabalmente.

—Y ¿á título de qué, señor mío, había de gozar usted ese privilegio? ¿Quién le ha dicho á usted que el amor del prójimo se enciende como una pajuela cuando necesitamos su luz, y se apaga cuando nos estorba? ¿Qué da usted al prójimo en cambio de eso que le pide?... Ó ¿cree usted que el mundo es un mueble de lujo para recreo de cuatro solterones aburridos, ó de otros tantos egoístas desalmados?

—Está usted cruel conmigo, Doctor.

—Como lo estoy siempre que trato de salvar una vida extirpando el cáncer que la compromete. Cumplo con mi deber.

—Es verdad.

—Y no dude usted que le hablo con ella en los labios.

—No lo dudo, y hasta agradezco la intención. Pero pongámonos en todos los casos. Suponga usted que esas teorías me parecen muy saludables, y que las aplaudo; pero suponga usted también que mi corazón se resiste á aceptarlas. ¿Cómo he de adoptar yo un partido que, sin poder remediarlo, me repugna?

—El corazón se educa como la inteligencia, señor mío; y la prueba es que el corazón de usted está dando hoy el fruto de la educación que recibió ayer.

—Arbol, como dicen los moralistas, que se torció de joven.

—Cabalmente.

—Luego debo renunciar á enderezarle, hoy que es ya viejo.

—Esa segunda parte es la que no se ajusta rigurosamente al caso actual.

—¿Por qué?

—Hay en la enfermedad que usted padece, un síntoma del cual huye usted tomándole por enemigo de su reposo. Pues precisamente ese síntoma es el que á mí me revela que el árbol, aunque robusto, puede enderezarse todavía. Aludo á esa ansia de *algo* que usted busca y no halla, desde que se vió solo en el hogar doméstico.

—Y ¿qué viene á ser ese síntoma?

—El grito de la naturaleza que reclama sus derechos; el ¡ay! de un alma solitaria.

—Y ¿cómo he de responder yo á esos gritos y á esos ayes?

—Dándole al alma su natural refugio.

—¿Dónde existe ese refugio? ¿Cómo se llama?

—Existe en todas partes; se llama familia.

—¡Familia! Olvida usted que no la tengo.

—Sé que no trató usted de adquirirla cuando perdió la que tenía; y á esa falta de previsión aludí al principio.

—Pues, amigo Doctor, ya es tarde para reparar esa falta.

—Yo insisto en que aún es tiempo.

—¿Y así, de repente, como quien cambia de vestido, quiere usted que cambie yo de sistema, ó de estado?

—De ningún modo. Quiero que, ya que hasta hoy ha venido usted envenenándose el alma con quimeras de la imaginación, empiece usted á tomar el antídoto, estimulando un poco el sentimiento, ó lo que es lo mismo, dejándose llevar de esa ansia que le *persigue*, hasta donde esa ansia le lleve. El punto de parada será el puerto de salvación.

Dicho esto, cállase el médico y Gedeón no replica, y quédanse los dos mirándose mutuamente; pero la mirada del Doctor es la que ataca, por decirlo así; la del enfermo la que se defiende, y no con mucho valor.





XII

OPINIÓN DE UN MÉDICO SOBRE UN FISIÓLOGO V OTRAS MISERIAS

TRANSCURRIDOS así breves momentos, Gedeón pregunta, en crudo, al Doctor:

—¿Es usted casado?

—No, por desgracia.

—¿Luego no me predica usted con el ejemplo?

—Le predico á usted con el sentido común, y además con la experiencia.

—¿Con qué experiencia?

—¿Le parece á usted poca la de mi profesión? Todas las de mis enfermos son otras tantas familias con quienes comparto sus penas y sus alegrías. ¡Y si viera usted cuánto se aprende en esos libros tan viejos como el mundo!

—No lo dudo; pero mientras en su lectura no se interese el corazón...

—¿Luego cree usted que el mío no se interesa en ella? ¿Luego es usted de los que piensan que la condición de médico excluye toda sensibilidad moral?

—No tanto como eso; pero creo que la costumbre de ver padecer á otros, embota, hasta cierto punto, esa sensibilidad.

—La costumbre, amigo mío, enseña á sufrir, pero no á matar el sentimiento; la costumbre enseña á cortar un miembro sin que la mano vacile, pero no á que el corazón deje de sentir el ¡ay! que el dolor arranca al amputado; la costumbre enseña á penetrar en el hogar ajeno, donde todo es lágrimas y desconsuelo, sin que las nuestras broten de los párpados, pero no evita que el alma se anegue en ellas... Créame usted, no hay nada más terrible que la situación de un médico á la cabecera de un moribundo. Á los ojos de la madre, de la esposa, de los hijos, asomadas sus almas, y esas almas mirando á nuestros ojos para leer en ellos un consuelo y pedir á nuestra ciencia una esperanza; y, entre tanto, nuestra ciencia no sabe calmar uno solo de los dolores que van matando poco á poco al desgraciado, que acaso es nuestro mejor amigo ó nuestro hermano.

—¡Menguada ciencia, por cierto!

—La ciencia no puede borrar lo que está escrito. Allí donde Dios pone su mano; allí don-

de el Hacedor dice: «esta vida se acaba,» es inútil el esfuerzo del hombre.

—Luego es inútil la ciencia.

—La ciencia sirve para hacer de un cuerpo inválido un cuerpo vigoroso. Éstos son nuestros grandes consuelos, aunque no alcanzan á compensar las otras amarguras. Pues bien: el que tiene saturada de ellas el alma; el que á combatir sus causas se consagra, sin hora cierta para el reposo ni el sosiego, ¿cómo ha de gozar las dulzuras de la familia propia? ¿No la expondría á cada instante, si la tuviera, al contagio de sus melancolías? Por eso no la tengo yo, amigo mío; es decir, por amarla, por venerarla demasiado; por eso se la recomiendo á usted, que es libre, para hacerla feliz y serlo, á la vez, con ella.

—Pero repare usted, Doctor, que la pintura que usted me ha hecho del interior, llamémoslo así, de una familia, no tiene gran atractivo que digamos.

—¿Y piensa usted que por huir de la familia ha de verse libre de dolores ni de la muerte?

—No; pero entre sentir los míos solos, y cargar con la molestia de los ajenos, hay alguna diferencia.

—No tan grande, seguramente, como la que hay entre verse usted como se ha visto anoche, aun sin grave dolencia, y asistido y consolado

como, según usted mismo me ha dicho, se creyó, por un instante, en su delirio.

—Delirio al cabo, Doctor.

—Delirio que yo veo todos los días convertido en realidad.

—¿En dónde?

—Á la cabecera de mis enfermos; allí, por cada vez que hallo el vacío y el desamparo, como los he hallado en este cuarto, hallo mil todas las virtudes de que es susceptible el corazón humano, formado á tiempo por el santo calor de la familia cristiana, á cuyo abrigo tuvimos usted y yo la dicha de nacer; allí, entre la prosa, como ustedes dicen, de los jaropes y de los ayes, es donde yo veo el amor desinteresado, la abnegación y el heroísmo, lucir como las estrellas en el cielo, brotar como las flores en la primavera. Allí, en presencia de aquellos modelos, es como debieran escribirse las *fisiologías del matrimonio;* no á las puertas del *gran mundo*, ni en los bailes de la Ópera, ni en las carreras de Long-champs; en esos libros debieran buscar los hombres como usted la resolución de sus dudas, y no en las páginas de los libelos, ni en el dictamen de tres egoístas de la peor especie.

—¿Conoce usted á Balzac, Doctor?

—Conozco á Balzac y á cuantos han llevado su contingente de burlas á ese cúmulo de dis-

lates sobre la familia, que le han extraviado á usted el criterio.

—¡Dislates Balzac!

—Precisamente han sido los grandes hombres quienes han dicho los mayores desatinos.

—¡Doctor!...

—No se fije usted en mi pequeñ z para desautorizar el aserto. Otro grande hombre, más viejo que Balzac, y aun de más talla, Cicerón, lo ha dicho: *Nihil tan absurdum quod...*

—Perdone usted, Doctor; estoy algo flojillo en esa lengua.

—Pues quiere decir, en romance, que *no hay absurdo corriente, por enorme que sea, que no proceda de algún filósofo.*

—Pues con la venia de Cicerón, ya que quiere usted que no acepte yo sus palabras como un dicho más, paréceme á mí que tratándose de *hechos* como los que analizan esos grandes pensadores, no tiene mucho valor ese dictamen.

—¿Á qué hechos se refiere usted?

—Al matrimonio, por ejemplo.

—¿Y le analiza alguno de ellos?

—Con pinzas y microscopio... Pero ¿no me ha dicho usted que conoce á Balzac?

—Y lo repito; y por eso declaro que yo no he visto jamás en los libros de ese autor cosa que se parezca al matrimonio.

—¡Pues me gusta, hombre!... ¡Cuando no

tratan de otro asunto sus dos obras más famosas!... Á millares danzan allí los maridos y las mujeres... y *lo demás.*

—Efectivamente, se habla mucho en esos libros de matrimonios que, después de arañarse por resentimientos apenas verosímiles en imberbe enamorado, se reconcilian con un vestido de baile, con una comida *au Rocher de Cancal*, ó con una cena en el *Café Inglés;* hay allí mujeres que «se aterran» porque dice la modista, al probarles un corsé, que les ha crecido el perímetro de la cintura media pulgada; maridos que se amoscan porque sus mujeres aluden con demasiada frecuencia al reciente desarrollo de sus estómagos; esposas que se arrepienten de serlo porque sus maridos tienen un diente postizo, pero que, al cabo, se consuelan sabiendo que hay esposos de sus amigas que toman rapé. Á todas estas cosas y otras infinitas no tan *transcendentales*, pero sí inherentes al matrimonio, se les llama *miserias de la vida conyugal*, y se discurre largamente sobre ellas, en palabras de doble sentido, y dando á todas las frases un aire de «¡pobres *predestinados!;*» se dice, bajo el rótulo de *axioma*, y como un aviso en bien de la paz de un matrimonio, «que se guarde mucho el marido de dormirse antes y de despertarse después que su mujer;» porque ¡figúrense ustedes lo que sucedería oyéndole ésta roncar,

ó contemplándole en posición poco *elegante!;* se diserta con este motivo sobre las condiciones que debe reunir la cámara nupcial, y se califica de *imbécil* al marido que se atreve á colarse en el tocador de su esposa... Aquello, amigo mío, de punta á cabo, no es más que una pura decepción de los sentidos, y una ociosa gimnasia del raciocinio para indicar el modo de que duren algo más las *ilusiones;* lo propio que si se tratara de un acaudalado sensual y de una cortesana corrompida, que se *ajustasen* para vivir matrimonialmente una temporada.

¿Le parece á usted que es esto analizar el matrimonio? ¿Le parece á usted que éste no tiene otros fines que cumplir ni otros aspectos por los cuales deba estudiársele? ¿No es un desatino, más que desatino, sandez, excitar al lector á que crea que la esposa que se arroja de su lecho para salvar de las llamas á su hijo, sin reparar en que su marido la está viendo descalza y en camisa, es una mujer *prosáica*, cuyo ejemplo debe presentarse para *escarmiento* de los hombres de *buen gusto* aspirantes á casarse?

—Amigo mío, llevando las conjeturas al extremo á que usted las lleva...

—No hay tal extremo; son deducciones lógicas de los principios manoseados por Balzac. Y yo pregunto ahora: ¿qué se propone este se-

diciente fisiólogo? ¿Demostrarnos que la *ilusión* del novio desaparece en breve dentro del matrimonio? Pues para semejante vulgaridad no había para qué emborronar tantos papeles. El marido más ramplón de los *míos* sabe que todo lo que en la vida conyugal se refiere á los sentidos, apenas resiste la segunda prueba. ¿Quiere decirnos también que el matrimonio más enamorado al formarse, tiene que deshacerse pronto por la fuerza incontrastable de las *miserias* de sus propios *desencantos?* Pues á esto puede preguntar el mismo *pobre* marido á ese grande hombre: «¿Qué haces tú de los cónyuges de tus libros cuando pierden las ilusiones ó se las quitan los años con la prosa de las arrugas y del histérico? ¿Se devoran unos á otros? ¿Los recoge la caridad pública? ¿Ó hay algún infierno especial adonde van estos seres, aun en vida, á purgar el delito de haberse casado, ó la afrenta de haber envejecido? ¿Y son esos los matrimonios que han de producir hombres útiles á la patria, y mujeres que lleguen á ser madres honradas, como la mía? Pues yo, que peino canas y tengo á mi lado una esposa con arrugas, no trocara por aquellas ilusiones que duraron un día, como todo lo carnal y voluptuoso, el inefable placer que siente mi alma desde el instante en que se fundió en la de mi *compañera*, como la de ésta se fundió en la mía;

el sublime consuelo de venir atravesando juntos el desierto de la vida, prestándole yo mis fuerzas y ella auxiliándome con las suyas; y, por último, la dicha de verme revivir en mis hijos, de verlos crecer y de dirigir sus corazones para que sus virtudes puedan llegar á ser un día corona de mis canas, y acaso, más allá, la gloria de mi nombre ó de su patria, con el cual fin les pongo, como perenne juez de sus actos, á Dios de quien proceden y á quien irán, si á su ley no faltan mientras acá abajo lidian, que á eso venimos á este campo de batalla, contra las propias pasiones y el rudo acometer de las ajenas. Así pensando y así sintiendo, ni yo veo sus arrugas, ni ella en mis canas repara; y cuanto más el cuerpo se encorva hacia la tierra que le llama, más risueño y más ufano se eleva mi espíritu hacia Dios, que es su dueño y su destino.»

Esto le diría á Balzac, dándole en ello bien resuelto su mal planteado problema, el último de los maridos que no han aprendido á serlo en los *gabinetes reservados* de los *restaurants* de París, ni en el *foyer* de sus teatros, ni en las aceras de sus *boulevards*, ni en las *exposiciones* de sus *loretas* y *cocodés*. ¿Se dice algo parecido á ello en los matrimonios á que aluden esos libros?

—Pero, Doctor, el que Balzac hable de lo

que sucede en *sus* matrimonios, no quiere decir que se burle de *los de usted.*

—Precisamente es á propósito de eso cuando la desfachatez del grande hombre, francés y todo, raya en lo inimitable. Recuerdo que subiéndose, como de costumbre, á la trípode (y por esa modestia me gustan á mí todos los escritores de su tierra), lanza á los cuatro vientos este *axioma*... entre dos anchos espacios, como aconseja Beaumarchais que se haga para que un dicho huela á sentencia de sabio: «Para ser feliz en el matrimonio, se necesita que los cónyuges sean hombre de superior talento *él*, y tierna y sublime *ella*, ó los dos rematadamente bestias.»

—¡Pues cátalo ahí!

—¿Cuál?

—Un caso... dos casos.

—¿De qué?

—De matrimonios posibles.

—Cabalmente son de los pocos que tacha el sentido común.

—¡Qué demonio de Doctor éste! ¿Pues cuáles son los que el sentido común acepta?

—Todos los que excomulga Balzac en el axioma: todos los que caben entre sus dos extremos: todos aquéllos á quienes el vulgo llama, en su lenguaje expresivo y adecuado, «matrimonios *como Dios manda;*» es decir, las muje-

res que cosen, los hombres que trabajan, las madres que viven para sus hijos, los padres que cumplen con sus deberes. Para todo esto y mucho más que es la moneda corriente en todas las familias honradas y en toda sociedad bien regida, son un estorbo serio la sublimidad del ingenio y la sensiblería pedantesca ó la falta de sentido común en los esposos... Conque ¡vaya usted admirando la competencia ó la buena fe de su grande hombre para entender en achaques matrimoniales!

Entre tanto, y prescindiendo yo de estas razones que tantas ventajas me dan en la cuestión que ventilamos, tómola en el punto en que usted me la puso hace un momento, y concedo que Balzac, al burlarse de *sus* matrimonios, respeta los *míos*. En tal caso, ¿por qué acepta usted todo lo que él dice, como razones contra *todos* los matrimonios?

—Porque está de acuerdo con mi manera de pensar y de sentir.

—¡Y con esa ligereza se resuelven asuntos tan graves para la vida!... Porque todavía comprendo yo que Balzac, por lucir su ingenio, se entretenga en escribir esas lindezas contra el matrimonio; pero que haya hombres que se las traguen como artículo de fe, y las acepten por regla de conducta, sacrificando á ellas hasta los impulsos de su cora-

zón, le juro á usted que no me lo explico.

—Pues yo sí, Doctor, y muy fácilmente.

—¿Conoce usted *los otros* matrimonios?

—Nada más que por lo que usted me ha dicho de ellos.

—De manera, que tiene usted, de una parte, los matrimonios *á la francesa*, llamémoslos así, ridiculizados por algunos escritores de chispa y por la grosería de tres solterones impudentes; y de la otra, los matrimonios *á la buena de Dios*, que le son desconocidos; y cuando su corazón le grita que es ya llegada la hora de decidirse, renuncia usted á casarse por lo que ha leído y le han contado de los malos, sin tomarse la molestia de ver lo que hay oculto entre los buenos. Concédame usted que esto es discurrir con poca lógica, y conspirar contra sus propios intereses.

—Pero ¿de qué deduce usted que yo he sentido esos impulsos del corazón hacia el matrimonio?

—De sus tristezas pasadas y de sus soledades de hoy; de todo cuanto usted me ha referido, y de lo demás que voy *traduciendo* yo.

—De modo que insiste usted en prescribirme por remedio...

—Justamente: que se deje usted llevar de esos impulsos hasta donde ellos le conduz-

can... Y creo que, dicho esto, basta de amonestaciones por hoy. ¿No es cierto?

—Le aseguro á usted, Doctor, que estoy oyéndole con grandísima complacencia.

—¿Por lo que le distraigo, ó por lo que le *ilumino* á usted?

—Por ambas cosas.

—Permítame usted que le diga que no habla mucho en pro de la segunda el laconismo de sus réplicas.

—Cortedad de alcances, Doctor.

—Ó impenitencia obcecada, señor modesto... De todas maneras, no olvide usted, para perdonarme, que cuanto le he dicho ha sido como médico en combate con su enfermedad, para lo cual me ha llamado usted á la cabecera de su cama. La misma salvedad hago para cuanto pueda decirle en adelante.

—Y á propósito, ¿qué me dispone usted?

—Ya he dispuesto lo esencial.

—Digo para el momento.

—Para el momento, es decir, para cuando pueda usted salir á la calle, y con el fin de estimular un poco esos impulsos, pensaba disponerle á usted, y le dispongo, la misma casa que abandonó por dar demasiada importancia á las cosas de la señora Braulia. No tome usted criada joven y guapa.

—Procuraré, precavido Doctor, cumplir la prescripción en todas sus partes.

—No crea usted que es la segunda menos importante que la primera, si el efecto del remedio ha de corresponder al carácter de la enfermedad.

—Conformes; pero es el caso que al pedirle á usted algo para este momento, no me acordaba del espíritu, sino del cuerpo.

—Su cuerpo de usted, que ya no tiene dolores, no necesita más que salir de este agujero cuanto antes, y tener en la convalecencia mejor compañía que la que tuvo durante la enfermedad. De lo primero cuidará usted; de lo segundo me encargo yo.

—Es usted la bondad misma, Doctor.

—Cumplo con un deber sagrado, amigo mío. Y pues nada me queda que hacer á su lado en esta primera visita, deme usted su permiso para despedirme hasta la segunda... si usted la desea.

—Pensaba rogarle á usted que no la retardara muchas horas. ¡Estoy tan solo!

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta luego, Doctor.

Pero al decir esto Gedeón, deja leer en su cara algo como apremiante deseo.

El Doctor lo conoce, sonríe y pregunta:

—¿Qué más tiene usted que decirme?

—Si en ello no cometiera una indiscreción...

—Hable usted sin ese recelo.

—Pues, con su permiso, declaro que me deja usted muy sorprendido.

—¿De qué?

—De su modo de pensar... tan...

—Adelante.

—Tan... inverosímil en un médico.

—Es decir, que para la profesión que ejerzo, no me halla usted bastante *espíritu fuerte:* ó más claro, no me encuentra usted parecido á los médicos que la fama pregona en comedias y gacetillas.

—Cabales.

—Esperaba ese reparo; y para contestar á él guardo un argumento irrebatible, que no quise emplear en nuestra porfía. Sepa usted, amigo mío, que después de todo lo dicho, Balzac y yo somos, en cuanto al matrimonio, del mismo parecer.

—¡Cáspita!... Luego no me ha dicho usted lo que siente, ó se pasa usted á su bando.

—Nada de eso: se pasa él al mío.

—¡Oiga!

—Así como suena. Veinte años después de escribir el grande hombre su famosa *Fisiología*, decía, textualmente, al comienzo de otro libro suyo: «Quizá no ha trazado mi pluma

cuadro que evidencie como éste *cuán indispensable es el matrimonio indisoluble en las sociedades europeas.*»

—¡Canastos!

—Y después de lamentarse de que se rigiera el mundo civilizado por un sistema, hijo del egoísmo de los hombres, que deificaba el buen éxito y aceptaba por lícitos todos los medios conducentes á lograrle, exclamaba: «*¡Quiera Dios que se acoja pronto* (la sociedad) *al catolicismo, para purificar las masas por medio del sentimiento religioso y de una educación muy distinta de la que hoy reciben* (¡asómbrese usted!) *en las universidades láicas!*»

—¡Demonio!... ¿Eso dice Balzac?

—Eso mismo; y sin el recelo de que me engañe la memoria, pues conservo en ella bien grabada esta preciosa confesión.

—¡Pero eso es ultramontano puro!

—Lo que usted quiera: el caso es que al lado de su ídolo de usted, soy un niño de teta en punto á *preocupaciones rancias.*

—De modo que si tomamos los dichos al pie de la letra... Pero Balzac diría eso en broma, ó cuando ya chocheaba.

—Ni lo uno ni lo otro. Díjolo, muy serio, dedicando á su amigo Carlos Nodier, famoso escritor, una de sus mejores novelas, cuyo título es *Un ménage de garçon.* Al frente de ella

puede usted verlo cuando guste; y de paso, léala usted, pues es la refutación más elocuente que existe de la *Fisiología del matrimonio*, y de las *Pequeñas miserias de la vida conyugal;* sin contar con que el autor de *La Comedia humana* acabó por casarse también, como el más simple mortal.

—¿Y cómo se ajustan esas medidas?

—Eso pregúnteselo usted á Balzac y á cuantos han tenido la debilidad, en alguna época de su vida, de sacrificar á la tentación de decir un chiste, el buen sentido y las eternas leyes de la moral y de la justicia.

Dicho esto, sale el Doctor de la estancia, y quédase en ella Gedeón, en la situación de ánimo que puede suponer el pío lector que ya le conoce; es decir, creyendo que no se le da una higa por todo lo que el médico le ha predicado, y al mismo tiempo deseando que le predique más.

Verdad es que el Doctor le ha parecido tan cariñoso como discreto.





XIII

OTRO CAMBIO DE POSTURA

Gedeón está ya en su propia casa.

Nada más que dos días necesitó para convalecer. ¡Tal era el afán que sentía de salir de aquel mezquino pudridero, y, por sí solo, mortal enfermedad!

Durante dos días le visitó el Doctor muchas veces, y otras tantas le embelesó con sus vehementes y sinceras condenaciones del estado celibatario.

Le *embelesó* digo, y no lo borro. Gedeón oía al médico echar pestes contra los egoístas y contra los célibes, y hasta aplaudía sus chistes y sus razones, como el usurero ó la adúltera, asistiendo á la representación de un drama en que se condena la usura ó el adulterio, aplauden con frenesí un período retumbante en que se pulveriza *á los del oficio*, y hasta llo-

ran enternecidos con la víctima esquimalda, ó con el marido ultrajado.

—Eso no va conmigo,—dicen, á lo sumo, mientras se limpian las lágrimas, si por casualidad ellos son cetrino el uno y rubia la otra, y los de telón adentro morena la pecadora y bermejo el de la usura; ó, cuando más:

—Razón tiene ese poeta; pero mientras no acabe de redondear este negocillo que traigo entre manos; ínterin Adolfo no me dé un motivo serio para ello, yo *no puedo* abandonar mi honrado tráfico, yo *no debo* pensar en volver á la senda de mis deberes conyugales.

El corazón humano es así algunas veces.

Gedeón oía á su consejero, y acaso decía para sus adentros:

—¡Qué razón tienes! —Y sólo contestaba, cuando contestación se le pedía:

—Ya es tarde, Doctor.

Y si por este flaco se le atacaba, deslizábase de la cuestión con un «allá veremos,» frío y desanimado, como el invierno de los pobres. Y es que Gedeón era presa de sus vicios y resabios; y sus resabios y sus vicios contaban con el auxilio de aquel corpazo, fuerte todavía y regalón, para defenderse contra los asaltos del alma desesperada.

No fué necesario, ciertamente, que el Doctor insistiera en la necesidad que tenía el con-

valeciente de volver á su hogar abandonado, porque jamás se le dió consejo que mejor se acomodase al rumbo de sus pensamientos.

En cuanto le pone en práctica, parece niño con zapatos nuevos. Todo lo mira, todo lo soba y con todo se sonríe.

—Yo puedo salir de este gabinete—dice para sí,—y pasearme en esta sala... y sentarme en este sillón... y, si me acomoda, tirar este otro á la calle... y poner los candelabros donde está el reló, y el reló donde está la escupidera... y abrir esta alcoba... y tumbarme en esta cama... y correr por este pasadizo... y entrar en el comedor... y ver qué se guisa en la cocina... y pedir lo que me acomode... y comer á la hora que me plazca... y beber agua cuando lo pida; y, si oigo ruido, mandar que cese, y despedir á quien me desobedezca... Porque todo esto es mío, y yo soy aquí el amo y hago lo que se me antoja. ¿Hay algún fondista inhumano, ó alguna pupilera casquilucia que lo niegue?

Y según lo va pensando, va haciendo todo cuanto de ello es factible sin que pueda tomársele por loco.

Á la memoria se le vienen casos y cosas ocurridos bajo aquellas mismas paredes, que no son el más elocuente testimonio de la absoluta soberanía de que se ufana; pero ¿qué va-

len esos casos ni esas cosas, puestos enfrente de las angustias que él ha pasado viviendo fuera de allí?

Después de las soledades y las tristezas en que se ha visto, parécele cuanto le rodea un paraíso; y cada mueble y cada objeto de *los suyos*, tiene una fisonomía y un lenguaje; y con la una le sonríen y con el otro le saludan cada vez que pasa por delante de ellos.

En éstas y otras puerilidades entretenido, deja correr muchos días, encomendando el avío de su ajuar y de su mesa á servidores temporeros, mientras provee el importante cargo definitivo en persona de su gusto. Y lo logra al cabo.

Como precaución muy cuerda contra rencillas y desavenencias mujeriles, ha resuelto acumular todas las atribuciones de su servidumbre en una sola persona. Que ésta, si las necesita, busque las demás á su antojo, ó que se arregle sin ayuda de nadie, si así lo prefiere. Él sólo aspira á vivir en paz en su casa.

La mujer que escoge para tan delicado cargo, entre las varias que le pretenden, es, á primera vista, el tipo de lo insignificante. Tiene regular estatura, color regular, regulares carnes, regular fisonomía, regular edad; y viste, habla y se presenta, regularmente. Para que todo sea regular en ella, se llama Regla, sin

más aditamentos ni afinaduras en su nombre.

No se agita, ni se desazona, ni hace ruido, ni se mancha; y, sin embargo, todo lo gobierna pronto y bien.

Aquella casa es el oro por lo limpia, y un reló por lo arreglada.

Gedeón no sabe todavía quién le prepara sus comidas, tan sazonadas como servidas á punto, ni piensa preguntarlo. Lo importante para él es que nada le falta ni nada le molesta, porque Regla tiene la gracia, entre otras, de saber ser atenta, y aun afectuosa, sin pecar de impertinente.

Una noche observa Gedeón que andan ratones por su gabinete; y almorzando, al otro día, se lo dice á Regla. Aquella misma tarde le proporciona ésta un perro ratonero, feo como casi todos los de su oficio, corto de patas, tan grande la cabeza como todo el cuerpo, y para cubrirle de cabo á rabo y con muchas sobras, una melena de color de esparto sucio.

—¡Qué horrible animal!—exclama Gedeón al verle.

Y, en son de escarnio, le pone *Adonis* por nombre. Pues vean ustedes lo que son debilidades humanas: á los pocos días de esta exclamación, tiene Adonis, para su descanso, un colchoncito muy mullido en el mismo gabinete de su amo, y éste se pasa las horas muertas

atusándole las greñas y hasta matándole las pulgas; no almuerza ni come sin tener á su lado el ratonero, ni de casa sale ni á ella vuelve sin hacerle una caricia.

—¡Que pueda un hombre de mis años y de mi temple hallar un verdadero placer en manosear una bestia semejante y de tan bajo oficio, no lo creyera jamás á no palparlo!—piensa Gedeón algunas veces; y suele concluir diciendo en voz alta algo por el estilo:

—¡Chucho... hermosura de la casa! Esta mañana no fuiste á darme los buenos días á mi cama. Si vuelve á sucederte, te quedas sin postre al mediodía. ¿Lo entiendes? ¡Cuidado con que me seas ingrato! ¡Mira que la ingratitud es un vicio muy feo en todo perro que se estime en algo!

A lo cual contesta Adonis atusándose los bigotes con la lengua, piafando sobre las rodillas de su amo, y enviándole dos centellas de sus ojuelos por debajo de los mechones de sus greñas.

Volviendo á Regla, digo que hasta su condición de viuda es una garantía de arraigo en casa de Gedeón. Por lo común, en la esfera social de esta sirvienta no se reincide en el pecado de casarse.

Y cuidado que Regla, de quien dije que, *á primera vista,* es una mujer insignificante, des-

pués de bien mirada y observada, todavía es muy digna de aspirar á los requiebros de un buen mozo.

Según Gedeón va notando de día en día, tiene hermosos ojos, dientes blanquísimos y menudos, manos rollizas, cuello redondo, y pelo tan negro como fino y abundante, á juzgar por lo que asoma por debajo de una graciosa toquilla con que cubre la mitad de su cabeza.

—¡Lástima—piensa Gedeón fijándose en ello,—que tan hermosa cabellera esté siempre tapada!

Y como si Regla le adivinara los pensamientos, al otro día se presenta á servir la mesa sin toquilla en el pelo, y éste graciosamente peinado.

Entonces observa Gedeón que han ganado mucho los demás atractivos visibles de Regla, y que el conjunto de su cabeza es en alto grado interesante.

—¡Lástima de anguarina—dice para sí,—que le envuelve el torso! Esa cabeza merece mejor pedestal.

Y hete aquí que, por otra casualidad bien rara, al día siguiente aparece la cabeza de Regla sobre un tronco vigorosamente delineado por valientes curvas, adornado con un leve y jacarandoso pañuelo de espumilla gris, pren-

dido apenas sobre el robusto seno, y dejando ver hasta los arranques de un cuello blanco y mórbido.

Gedeón tiene la boca abierta para decir á su sirvienta «muchas gracias,» ni más ni menos que si él hubiera manifestado algún deseo y ella se lo hubiera cumplido; pero como una amarga experiencia le ha enseñado los peligros á que arrastran esas demasías del temperamento, suspira y calla, en la muy firme creencia de que Regla es mujer de bizarra arquitectura, y condoliéndose de que otra *coincidencia* como las que le han dado á conocer lo que ya conoce, no pueda demostrarle que no se equivoca en sus presunciones sobre lo que le es desconocido.

No es de omitir la noticia de que Gedeón sale muy poco de casa desde que la habita nuevamente, y que, so pretexto de que son suyos y pueden necesitar reparaciones, visita á menudo los demás pisos, y habla con sus inquilinos, y ya los conoce á todos, desde el portal á las buhardillas. Jamás hizo otro tanto.

Si son la causa primordial de éste y otros fenómenos los dictámenes psicológicos del doctor, ó lo es el bienestar relativo que disfruta en su casa, yo no lo sé; pero es indudable que en el carácter de nuestro personaje se ha operado una reacción (así se dice ahora) saludable

y benéfica. No parece sino que ha puesto su planta en la senda por la cual se llega, andando mucho y con prudencia, á la prometida tierra donde se llenan los vacíos del corazón, como el que sigue notando él en el suyo.

Alguien creyera que lleno le tiene ya, ó que le va llenando poco á poco, al ver cómo se le pasan hasta días enteros sin salir á la calle, y noches que comparte entre *conversar* con Adonis, hojear á Balzac, no sé con qué objeto, y revolver los cachivaches de su gabinete. Pero ¡ay! creer tanto como esto, sería tomar el efecto por la causa, las hojas por el rábano.

¡No se curan tan fácilmente dolencias tan arraigadas y añejas como las de Gedeón!

Ya nos ha dicho una vez que no puede descansar teniendo pulgas en la cama; y yo le aseguro al lector que todavía no ha logrado sacudírselas; que aún le quedan algunas que, cuando le muerden, le levantan en vilo; y que á ellas alude al decir para sus adentros, precisamente cuando más risueño se le muestra el hogar:

—Estoy establecido casi á mi gusto, y me hallo en camino de llenar este vacío sempiterno... Yo podía ser ahora punto menos que feliz. Y ¿por qué no lo soy?... Por este condenano temperamento que ha de ser mi perdición. ¡No me saca de una, sin que me deje metido

en otra hasta el cogote!... ¡Por vida de las fragilidades humanas!...

Por lo que se ve, Gedeón no ha conseguido con su última mudanza más que volcar la tortilla de sus contrariedades.

Antes buscaba en la calle el alivio de sus males domésticos.

Ahora se agazapa en su gabinete, para que no le cojan las pesadumbres que le acechan desde la calle.





XIV

LAS PULGAS DE GEDEÓN

Por ella adelante camina una noche, con la cabeza caída sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos, como quien anda de mala gana, ó teme llegar demasiado pronto. Dobla una esquina, y otra más adelante, y penetra en una callejuela, y sale por ésta á un callejón, y tuerce á la derecha, y anda cincuenta pasos, y vuelve hacia la izquierda, y desemboca en un crucero de calles medio á obscuras, y entra, por fin, en el portal de una casa de angosta fachada, aunque limpia; sube dos tramos de la escalera; abre la puerta del primer piso con un llavín que saca de su bolsillo; atraviesa después un corredor, escasamente alumbrado por un reverbero de aceite, y se detiene en una salita, no muy adornada, pero sí muy pulcra. Y esto se ve, porque, á la vez que él por la

puerta del pasadizo, entra por la del gabinete en la sala otra persona con una luz en la mano.

—¡Hola!—dice Gedeón por todo saludo, dejándose caer en una butaca.

—Buenas noches,—contesta la persona de la luz, poniéndola sobre un velador y sentándose en la butaca de enfrente, separada de la de Gedeón por toda la longitud de un sofá...

¿Se sorprenderá el lector si le digo, así, de pronto, que esta persona que sale del gabiente con la luz en la mano, es Solita?

Pues Solita es, aunque, en verdad, no lo parece; y no por lo que ha ascendido en categoría, á juzgar por el corte presuntuoso de su vestido, sino porque ya no tiene aquella redondez de formas, aquel provocativo contoneo y aquella viveza de fisonomía con que la conocimos. Ahora está ojerosa, descarnada, pálida y como decaída de ánimo.

Minutos pasan sin que se cruce una palabra entre ella y Gedeón; minutos que éste invierte en carraspear, en poner una pierna sobre la otra y viceversa, en ver cómo se eleva el humo de su cigarro, por lo cual tiene el cogote apoyado en el respaldo de la butaca y la vista enfilada al techo; y, por último, en silbar el himno de Riego.

Solita, entre tanto, parece la imagen de la

melancolía, con los brazos cruzados sobre la cintura y mirándose las puntas de los pies, que maquinalmente llevan el compás de la sonata de Gedeón.

—Conque... ¿qué me cuentas?—pregunta éste cuando ya no tiene colilla que apurar y ha repetido setenta veces el aire patriotero.

—Que hace seis días hoy que no he tenido el gusto de verte.

—¿Seis, dices?... Acaso tengas razón; pero los condenados negocios...

—Te vas cargando mucho de ellos.

—Como siempre.

—No por cierto. Al principio te permitían venir á verme todos los días; después, cuatro ó cinco cada semana; más tarde, dos, y, por último, de seis en seis; por lo que yo presumo que, andando un poco el tiempo, cobraré tus visitas por mensualidades, como pago la renta de la casa.

—¿También zumbona, Solita?

—¡Ojalá pudiera serlo!

—Pues cualquiera lo diría.

—No quien, como tú, debe saber lo que padezco.

—¿Ya empezamos?

—Al contrario: por mi desgracia, va ya muy larga la historia.

—¿La historia de qué?

—De mis pesadumbres.

—¡De tus pesadumbres!... ¿De qué demonios te quejas? ¿Qué te falta?

—¡Qué me falta!... Tienes razón: no me falta nada. Yo era una pobre sirvienta, hija de un miserable remendón... hoy vivo en una casa bonita; tengo criada á quien mandar, vestidos regulares que ponerme... todo lo tengo, menos libertad y la estimación de las personas honradas.

—También me has cantado esa letanía más de cien veces.

—Señal de que no te corriges.

—Yo no tengo de qué corregirme, Solita. Te hice una proposición y la aceptaste. En buena justicia, no puedes reclamarme nada.

—Es verdad: nada me debes... ni siquiera compasión.

Aquí, como presumirá el lector, hay unos cuantos sollozos de Solita, y otros tantos bufidos y revolcones de Gedeón en la butaca.

—Cuando presté oídos en mal hora á tus palabras—continúa Solita limpiándose los ojos,—no podía yo esperar que llegara un día en que tu abandono me hiciera arrepentirme de aquella debilidad.

—(Melodrama puro.) Adelante.

—Me propusiste que me estableciera en este barrio apartado, donde no se me conocería; y

que, para mayor disimulo, admitiera algunos trabajos de costura.

—Proposición muy cuerda, Solita.

—Por tal la tuve yo, y por eso la acepté; pero yo no podía contar con que el disfraz no me bastaría, ni con que la farsa no había de tener fin.

—Y, á propósito de farsas: supongo que tu augusto padre seguirá creyendo que estás en Puerto Rico, sirviendo á unos señores á quienes conociste en la posada aquélla, y recibiendo tus socorros por el mismo conducto.

—Nada se ha descubierto en ese punto todavía; pero en el otro, Gedeón, ¡si vieras qué caras me ponen estos vecinos cuando los hallo en la escalera! ¡Si vieras qué vestidos me cortan! ¡Si vieras cómo anda en sus bocas mi honra... y la tuya!

—¡La mía!

—¿Piensas que no te han visto entrar y salir?

—Pero como no me conocen...

—¿Y eso te tranquiliza?

—De todas maneras, este inconveniente tiene facilísimo remedio.

—¿Cuál es?

—Mudarte de casa y de barrio.

—¡Conque ese remedio es el único que se te ocurre para salvar *nuestra* situación!

—La *tuya*, Solita, que la mía sin cuidado me tiene.

—¡Sin cuidado!... ¡Egoísta!

—¿Volvemos á las lagrimitas!

—¿Y qué quieres que suceda al oirte esas palabras de hielo?

—¿Por qué me pones tú en semejantes apreturas?

—¡Y qué he de hacer, si ya no puedo más!... Porque tú no sabes, Gedeón, qué tristes y qué largas se me hacen las horas en este barrio, donde no conozco á nadie y del que no salgo nunca, para que no me conozcan á mí fuera de él.

—(¡Pobrecilla!) Ya me hago cargo de todo, Solita; pero las cosas han de ir por sus pasos contados.

—¡Si te parece que yo las llevo de prisa!... ¡Si te parece que esto es vivir! Tú andas por el mundo, y te diviertes ¡sabe Dios cómo! y gozas y olvidas; pero yo, que sólo con tu presencia podría olvidarme de esta cruz que arrastro, y aun arrastrarla con gusto, ¿qué he de hacer si hasta de tu presencia me privas ya?

—Te he dicho que los negocios...

—¡Los negocios!... ¿Crees que no leo yo en tu cara, Gedeón? ¿piensas que no sé dar á tus palabras el sentido que merecen?

—¿Y qué te dicen, vamos á ver, mi semblante y mis palabras?

—Que si alguna vez me quisiste... ó me deseaste, lo que mejor te parezca, hoy acaso soy para tí... una carga pesada.

—¡Solita!

—¿Crees que me equivoco?

—¿No he de creerlo?

—Pues dame pruebas de ello.

—Ya te las estoy dando.

—Alejándote cada vez más.

—¿No me tienes ahora á tu lado?

—Después de seis días de ausencia.

—Mira, Solita, no se acredita mucho el bien querer con los mimos y los arrumacos del primer día: esos son el huracán que pasa en breves horas; lo otro es el... el... vamos, el... ambiente que dura, y se respira y conforta.

—¿Y cuál es *lo otro?*

—Lo otro es... esto que yo hago: venir á verte de vez en cuando, interesarme por tí... y créelo, Solita, muchas cosas más que yo haría si me dejaras en paz y en gracia de Dios, libre de refunfuños y sermones; si tuvieras fe en mí; si jamás te acordaras de preguntarme dónde he estado, de dónde vengo y adónde *vamos;* porque soy de un temperamento tan especial, que los mejores propósitos se me evaporan si me preguntan por ellos antes de

realizarlos; y en fin, Solita, porque mucha de la estimación en que tenemos á una persona, consiste en el buen concepto que ella forma de nosotros.

—No se pueden formar buenos conceptos sobre malas obras.

—Lo cual es decir que yo no las hago buenas.

—Ya me has oído.

—También tú á mí lo que acabo de decirte; pero, según las trazas, como quien oye llover.

—Palabras, Gedeón.

—Pues mira, Solita, por tí lo deploro.

—Sobre que el mismo pago me has de dar, ¿por qué no he de decirte lo que siento?

—¿De modo que me engañaras si mejor pago te diera?

—Evitarte un disgusto nunca sería engañarte.

—Noto, Solita, que te vas elevando hasta en estilo.

—¡Ay, Gedeón... los desengaños son grandes maestros!

—Lo dicho; y te declaro que, si bien te tuve siempre por discreta, jamás soñé que tan pronto pudieras hacerte culta.

—Pues hasta eso te debo á tí... ¡Mira si te voy debiendo!

—Pues á ser zumbona no te he enseñado yo.

—¿Tampoco á ser desgraciada?

—¡Solita!... Con doscientos mil de á caballo, ¿quieres decirme de una vez, y claro, qué es lo que deseas, qué es lo que pretendes?

—Que pongas fin, y pronto, á esta situación en que me consumo.

—Pero ¿cómo he de ponerle?

—¿Cómo?... Haciendo que yo pueda salir de este presidio; pero con la cara descubierta, como la llevan las mujeres honradas... al lado de su marido.

—¡Solita!

—¡Gedeón!

—¡Esas tenemos!

—Pues ¿qué pensabas, desalmado?

—¡Canastos!... Conque... Pues hombre, ¡me gusta la salida!... ¡Y yo que venía esta noche más tierno que unas mantequillas!

—¡Bien se te conoce!

—¡Tales caricias me haces tú!

—¿Dónde están mis agravios?

—¡Pues digo!...

—¿Lo son, acaso, el quejarme de tus desvíos y pedirte la reparación del daño que me has hecho?... ¿Te parece poco la hija del remendón para señora de un hombre como tú?... Entonces, ¿por qué la encontraste buena para manceba?

—Lo que á mí me parece, Solita, es que

esas distinciones no cuadran aquí enteramente.

—Pero cuadran mucho, y has de oirme; que por altos que vayan tus humos, valía tanto la honra de la hija del zapatero, como la tuya, cuando se la robaste con engaños.

—Yo nunca te prometí...

—¡Ni siquiera tienes la delicadeza de disimular un poco!

—En eso, casi tienes razón.

—Y tú, en cambio, no la tienes en nada... ¡porque eres un egoísta sin entrañas!

—¡Zambomba! digo yo; y que te aguante la madre que ha de volver á parirte.

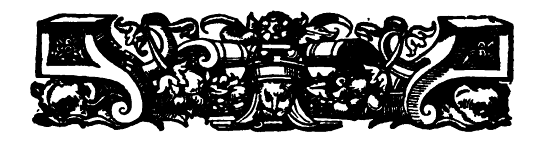
Imagínese aquí el pío lector un hombre que se cala el sombrero hasta las narices y sale echando centellas de la sala á la calle; y una mujer que, anegada en llanto, se desploma sobre una cama, y tendrá una idea completa del final del diálogo referido.

Pero no acaba aquí el lance, ni debe acabar; porque es muy lógico que Gedeón, después de considerar lo que hay de chusco en que la hija de un remendón miserable y borracho se crea con títulos bastantes para reclamar la mitad del lecho de un hombre á quien asusta el matrimonio, aun contraído con todas las ventajas imaginables, y lo que hay de prosáico y digno de las burlas de un fisiólogo como el de marras, en la escena en que acaba él de figurar

con el papel de galán, y aun después de ocurrírsele tomar por motivo aquellas indignidades para cortar por lo sano y sacudirse de una vez las pulgas que le incomodan mucho tiempo há, considere asimismo que, *en parte,* no le falta razón á Solita para quejarse del destierro en que vive y él la ha puesto; lógico es también que, andando, andando, la compadezca; lógico, por ende, que disculpe sus declamaciones y sus quejas; y siendo lógico todo esto, y cierto que en la refriega fué Solita quien más tuvo que decir, y no menos evidente que Gedeón conserva siempre *cierta inclinación* á Solita, por más que le duela verse cogido por ella por *tan arriba*, lógico y natural es que Gedeón retroceda desde medio camino para hacer las paces con Solita, dándole las debidas satisfacciones.

Con lo cual consigue Gedeón dos cosas: que Solita, por buscada, gane, por esta vez, no poco ascendiente sobre él; y que él, al advertirlo, hechas ya las paces, salga de casa de Solita arrepentido y melancólico... es decir, rascándose las pulgas y sin fuerzas para sacudírselas.





XV

EL DIABLO, EL FUEGO Y LA ESTOPA

PONGA el lector entre este cuadro y el que antecede todo el tiempo que más le plazca, que por mucho que sea, holgado le viene el sitio; y llénele de tristezas, cansancios, desalientos y fastidios para Gedeón, agobiado ya por el peso de Solita, huyendo de su presencia como el diablo de la cruz, y sin hallar dentro de su casa ocupación que le distraiga, ni fuera de ella espectáculo que le seduzca.

Cuando un hombre cualquiera pierde una afición racional, adquiere otra que le entretiene lo mismo, eligiendo, conforme á su gusto, en el inmenso campo de las cosas lícitas y honradas; pero cuando un egoísta solitario se harta de lo único que apetece, es hombre perdido; es la bestia que se tumba á dirigir lo devorado, ó que brama á la puerta del establo ajeno por-

que en él olfatea lo que no hay en el suyo. Fuera de aquello, nada desea ni le distrae... Y tenga el lector muy en cuenta esta condición esencial de carácter, para lo que queda dicho y lo que falta decir de nuestro personaje.

Para los hombres como Gedeón, el arte no tiene bellezas, ni la naturaleza aromas, luz, ecos, armonías ni colores; la misma impresión les causa el nubarrón que obscurece el horizonte, que los arreboles de una aurora; lo mismo hiere sus oídos la inspirada melodía, que el chirrido de las carretas; la propia aversión tienen á la prosa de Cervantes, que á las coplas de Calainos. Pasear en el campo no es para ellos recrear la vista y el olfato, ni sumir el alma en plácidas contemplaciones: es simplemente estirar las piernas, bracear á su antojo, eructar recio, aflojar la corbata, remangar la pernera y soltar la liga para cazar la pulga debajo de la media... porque estos hombres gastan medias altas todavía.

Por eso no hay términos hábiles de levantar un espíritu semejante, esclavo de un corpanchón atiborrado del único manjar que le sustenta, hasta que la hartura pase y el apetito vuelva.

En un estado idéntico de espíritu y de cuerpo retorna Gedeón á su casa, cabizbajo y perezoso, á las altas horas de una noche.

Á sus pesadumbres *de carácter*, hay que añadir que le duele bastante el destacamento de la rodilla; que al peinarse en la barbería, donde también le afeitaron, le ha hecho notar el peluquero que se le va corriendo la calva hasta la frente; que las canas le invaden el poco pelo que le queda, como el *pan de cuco* las heredades; y, por último (esto no se lo dijo el peluquero), que se le menean, desde por la mañana, tres dientes incisivos, de los seis que le quedan en la boca, aunque negros y desconcertados.

Que toda esta carga le pese y le preocupe, se concibe sin dificultad.

Lo que no se concibe fácilmente es por qué Gedeón, en el momento de pisar los umbrales de su puerta, se pone á meditar sobre las fragilidades humanas, sobre lo pequeñas que suelen ser las causas que producen los más descomunales efectos, y sobre lo fatal de la disposición en que vienen preparadas las cosas cuando el demonio está resuelto á meter la pata entre ellas.

Tan absorto está en estas meditaciones, que al llegar á su gabinete ni siquiera se fija en que Regla, después de colocar una luz sobre la mesa, le pregunta qué se le ofrece y le da las buenas noches de despedida.

Y como no tiene sueño, quiere dedicar una

hora, antes de acostarse, á despachar algunos asuntos económicos que tiene desarreglados. Así se distraerá un poco.

Al dar por terminada su tarea, oye á su lado quejidos lastimeros. Vuélvese, y ve á Adonis que se revuelca en su colchón, y tan pronto se pone panza arriba como cabeza abajo. Es indudable que el pobre animal siente dolores agudos: Gedeón tira del cordón de la campanilla, casi con tanta fuerza como en la fonda de triste recuerdo; pero, más afortunado el perro que él, al segundo campanillazo tiene el socorro á la puerta.

Regla aparece en ella, aunque sin dejarse ver por entero.

—Perdone el señor—dice recatándose mucho;—creyéndole acostado, me acosté yo también y me dormí.

—¿Qué he de perdonar?—responde Gedeón mientras fija su mirada devoradora en lo que se ve de su criada.

—Que no haya acudido á la primera llamada que oí entre sueños... y que me presente *así*... Porque como el señor no acostumbra á llamar á estas horas, he creído que estuviera malo... De modo que, si no hay urgencia, iré á vestirme...

—¡De ninguna manera!—exclama Gedeón, condolido sin duda de la situación angustiosa

del perro, pero sin apartar su vista de la criada.—Llamaba porque Adonis está muy malo... Vea usted...

Entonces avanza Regla un paso, haciendo heróicos esfuerzos para cubrir el busto rollizo con un menguado chal tirado sobre los hombros.

Toma la luz que Gedeón pone en su mano, y los dos se acercan al rincón en que se halla Adonis dando volteretas y exhalando gritos lastimeros.

—Es un cólico—dice Regla.—¡Pobrecito!

Y extiende el brazo libre y desnudo hacia la bestia. Pero la casualidad, la taimada casualidad que ha infundido el mismo pensamiento en Gedeón, guía la mano de éste con igual rumbo; y como el camino es estrecho, la mano choca con el brazo, y el brazo, temeroso ó deferente, por ser de quien es, se repliega y retrocede; en virtud del cual movimiento, el mezquino chal de la azorada Regla se desliza por los hombros abajo.

—¡Lo mismo que yo me había figurado!—exclama entonces Gedeón, con el entusiasmo de un doctor que ve cumplidos sus pronósticos, aludiendo seguramente á la enfermedad del perro, mientras la criada, lanzando un ¡ay! entre risueña y ruborosa, quédase en la actitud de la bíblica Susana al verse sorprendida en el baño por los viejos.

nerme á servir, tuve que dejar ese niño en casa de unos parientes, que por un tanto me le cuidan.

—Nada más natural.

—Pero, á decir verdad, no me gusta la educación que están dándole; y con ese cuidado, no vivo tranquila.

—Se comprende.

—Y me he dicho á mis solas muy á menudo: «si yo pudiera tener á mi lado á ese inocente, ¡con qué facilidad le educaría como es debido, y con cuánto más gusto cumpliría yo todas mis obligaciones!» Porque, créalo usted, señor, si á esa edad dan en torcerse las criaturas, luégo que crecen ya no las endereza una estaca.

—También es cierto.

—¡Hay tantos ejemplos de ello!

—No dejan de abundar, según dicen.

—Muchísimo, créalo usted. Decía mi madre, que en paz descanse, que todos los hombres malos han sido niños mal educados.

—Tampoco lo niego, Regla.

—Pues eso es lo que no quisiera yo que se dijera mañana de mi hijo, por culpa de su madre.

—Muy bien pensado; pero ¿qué tengo yo que ver en todo eso?

—Bastante, señor.

—Pues usted dirá...

—Digo, con su venia, y si en ello no ofendo, que si usted, que es tan bueno y tan generoso...

—Muchas gracias.

—Me permitiera traerle á mi lado...

—¿Á quién?

—Al hijo.

—¿Sabe usted que por verme libre de ellos no me he casado yo?

—Eso no quita; porque yo me comprometo á que el mío no le moleste á usted... ni le vea siquiera.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplirá siete años por San Juan.

—¿Es guapo?

—Ya sabe usted que á ninguna madre le parecen feos sus hijos. Por lo demás, es el vivo retrato de su padre.

—No tuve el gusto de conocerle.

—Un real mozo, sin agravio de lo presente.

—Muchas gracias. ¿Es limpio?

—Como los mismos oros de la Arabia.

—¿Tiene mal genio?

—Un borregote á la buena de Dios. Basta mirarle para que se le ponga la cara como un tomate.

—En fin... que venga.

—Tantísimas gracias, señor... aunque no esperaba yo menos de su buen corazón.

—Ni de mis fragilidades,—concluye Gedeón para sus adentros.

Pocas horas después viene el niño al lado de su madre, y ésta se le presenta á su amo inmediatamente, acaso porque en ello cree cumplir un deber de respeto y cortesía; acaso porque intenta que los ojos de aquél le acrediten los elogios que ella le hizo de su hijo: intento, si tal la mueve, mal ideado; pues el niño, con perdón de su madre, es feo subido, zaino, y tiene mocos, ó huellas, debajo de la nariz, de tenerlos colgando muy á menudo.

—¿Cómo te llamas, hombre?—le pregunta Gedeón.

—Respóndele, hijo,—le dice su madre al ver cómo el rapaz, medio oculto entre sus faldas, se chupa un dedo, baja la cabeza y se balancea sobre un pie. Al cabo de un rato se oye como un gruñido intraducible.

—¿Cómo has dicho?—pregunta Gedeón.

—Mmmeeeeto,—gruñe otra vez el chico.

—Dice que Merto—añade su madre.—Le llamamos así, porque su nombre es Mamerto.

—¿Cuántos años tienes?—vuelve á preguntarle Gedeón.

El chico sigue balanceándose, sin dejar de chuparse el dedo, y no contesta.

—Que cuántos años tienes... ¿No oyes lo que te pregunta este señor?... Pero saca esos

dedos de la boca, inocente, y ponte derecho... ¡Así!

Y Merto, puesto como su madre desea, ó mejor dicho, como su madre le pone, al quedarse mirando á Gedeón, que también le mira á él, frunce la jeta y échase á llorar.

Adonis (y aprovecho la ocasión para decir al lector que la alimaña ratonera no murió aquella noche, sin duda porque también hay una providencia que vela por los perros, cuyas desdichas no hallan compasión en el egoísmo de los hombres); Adonis, repito, que roncaba en un colchón tranquila y descuidadamente, al oir los berridos de Merto despiértase despavorido y lánzase sobre el intruso, como pudiera hacerlo sobre un rival que le disputara los mimos de cierta perra carlina de la calle.

Envuélvese el acometido en la saya de su madre, sobrecogido de espanto; crecen sus gritos y lamentos, y ni unos ni otros cesan hasta que, á instancias de Gedeón, sale Merto del gabinete y se vuelve Adonis á su lecho murmurando no sé qué perrerías y enseñando los afilados dientes.





XVII

LOS SOBRINOS DEL DEMONIO

oco á poco va perdiendo el hijo de Regla el miedo y el encogimiento que la casa y su amo le infundieron al entrar en ella.

Regla cuida de que Merto abra la puerta siempre que Gedeón sale ó entra, y también le permite que haga algunas excursiones por salas y pasadizos. Así familiariza á su hijo con la cara de su amo, y á éste con la catadura de rapaz.

Después, ya llega Merto alguna vez hasta el gabinete para recoger botas que hay que limpiar, ó poner al alcance de Gedeón las que ya están limpias.

Cuando esto sucede, Gedeón cuida de que Adonis no se mueva ni Merto le provoque, aunque no alcanza á impedir que el uno gruña y el otro, á la disimulada, le haga una mueca.

Más adelante, el chico se atreve á sonreirse siempre que se encara con el amo de su madre, y entonces es de rigor que éste le dé un coquetazo, ó le tire de las orejas, en son de caricia, con lo cual Merto adquiere otras tantas alas con que aprender á volar á su gusto en aquel espacio.

Días y meses andando, si mientras Gedeón está comiendo pasa el chico cerca de la mesa, le llama; y por el gusto de ver qué cara pone cuando la muerde, le da una aceituna; y por el placer de contemplar cómo se relame saboreándole, le regala un dulce.

De este modo el carácter de Merto se va desenvolviendo por completo; y como ya nunca se halla bajo la impresión del miedo ni del sobresalto, llega á haber en su fisonomía esa expresión de sinceridad atractiva, tan propia de los niños, por feos que sean, como á Merto le sucede. Además es algo bizco, torpe de lengua, y, en cuanto se enfada un poco, echa cada terno que saca lumbres.

Todas estas cualidades hacen suma gracia á Gedeón, que no oculta el placer que tiene en que muy á menudo, y cuando ya está él aburrido de atusar las greñas al ratonero, entre el chico en el gabinete *mandándole* que le enseñe *los santos*, ó la máquina del reló.

—Pues límpiate los mocos—le dice Gedeón.

—Puez amalda tú el peldo,—le contesta Merto.

Porque Merto y Adonis, para entonces, ya no se pueden ver.

Empezando por darle algunas golosinas de la mesa, acaba por sentarle á ella casi todos los días, mientras á Adonis, acurrucado en el suelo entre los dos, se le indigestan los mendrugos que le regala su amo, considerando la altura á que ha elevado su privanza aquel intruso. Algunas veces tiene Gedeón el capricho de tirar á Merto, que ocupa el extremo opuesto de la mesa, una rosquilla; y entonces Adonis, creyendo que es para él, ó fingiendo que lo cree, da un salto increíble; y después de atrapar en el aire la rosquilla, cae sobre la mesa, metiendo las patas en una dulcera, cuando no el rabo y algo más en el plato del intruso, ó en el de su amo. En estos casos, no siempre que Merto quiere castigar el atrevimiento de Adonis tirándole con un panecillo ó con el tenedor, lo consigue sin que Gedeón reciba el proyectil de rebote en el estómago, ó en las narices; lances que (¡vean ustedes lo que son algunos *ogros!*) hacen desternillarse de risa al solterón.

Es lo más curioso que éste cree todavía que Merto es un chiquillo antipático é insoportable, por feo, por díscolo y por mal educado;

y no bien oye un porrazo hacia la cocina, ya sale despavorido á preguntar *quién* se cayó, recordando *casualmente*, en aquel instante, que el hijo de su criada es travieso y aficionado á encaramarse en sillas y vasares.

Un día toma Merto una indigestión de bizcochos y agua de limón, y se pone á morir; y *casualmente* en ese día no tiene Gedeón ganas de salir de casa; y por no aburrirse en ella, entra doscientas veces en el cuarto del enfermo; y porque no diga su madre que se le ha desatendido la asistencia, obliga al médico á hacer diez visitas más de las precisas; y ¡cosa más rara aún! en el momento en que el chico sale del peligro, se encuentra él más animado y hasta con ganas de salir á la calle; y ¡coincidencia todavía más extraña! hasta se le ocurre, al pararse, *por casualidad*, delante de una tienda de juguetes, comprar para el convaleciente un tren de artillería, por lo mismo que nunca le ha regalado cosa que valga media peseta.

Otra vez rompe Merto una chuchería de las varias que tiene Gedeón sobre la mesa; y al volver éste de la calle y coger al rapaz con el delito entre las manos, reniega de él y hasta de la hora en que le permitió entrar en su casa. Óyelo su madre, y parte furiosa á castigar á su hijo. Mas apenas le ha sacudido el primer

soplamocos, ya está Gedeón amparando al delincuente.

—¿Á qué vienen esas violencias?—dice con mal gesto á Regla, mientras coloca á Merto detrás de él.

—Á enseñarle lo que no sabe; á quitarle los condenados resabios que trajo de la otra casa. ¡Te he de desollar vivo, tunante!

—Pues no lo conseguirá usted dándole golpes. Bueno que se le reprenda y se le amoneste; pero...

—Como si predicara usted en desierto...

—Si los niños tuvieran la reflexión de los hombres...

—¡El loco con la pena es cuerdo!

—Pues por hoy se acabó el castigo, porque yo, que soy el agraviado, perdono el agravio por esta vez... Por esta vez no más... ¿lo oyes, Merto?

Pero Merto, con gran sorpresa de Gedeón que le creía llorando arrepentido, está haciendo gestos provocativos á Adonis, que, á su vez, le enseña los dientes; después alumbra un pisotón al ratonero, y se oyen á un tiempo un aullido terrible y un terno feroz, mientras Adonis enrosca el rabo dolorido y Merto se lleva ambas manos á una pantorrilla.

—¡Ve usted lo que es interceder por el demonio?—exclama Regla, buscando iracunda á

su hijo entre los faldones de la levita de su amo y las patas de la mesa.

—Déjele usted, que el pisotón ha sido casual...

—¿Y también *lo otro?*—grita Regla.—¿Eso te han enseñado en esa casa, groserote? No aprenderás los consejos que yo te doy, tan bien como esas indecencias, ¡Satanás!

Y atrapando al fin á su hijo, arrástrale hasta la cocina, administrándole por el camino media docena de sopapos.

—No estoy yo por el sistema de los cachetes para educar á los chicos,—murmura Gedeón en tanto, como si en su vida se hubiera ocupado muchas veces en cuestión tan transcendental.

Y para comprobar la teoría, arrima dos castañetazos al pobre perro, por la parte que ha tenido en la media docena de ellos de que Merto va rascándose.

Al verse tratado así, no el dolor, el asombro parece pintarse en la hirsuta faz del ratonero. ¿Qué castañetazos son aquéllos? ¿Desde cuándo y por qué su amo se permite hacerle tales ultrajes? ¿Es por el mordisco que él dió á Merto en la pantorrilla? Pues Merto le pisó á él primero el rabo, después de haberle provocado con gestos y ademanes injuriosos. ¿Es que le han dolido á su amo los cachetes de su cria-

da, más que á Merto que los recibió, y busca un inicuo desahogo en el inocente Adonis? Esto es lo más triste para él, porque es lo más verosímil.

Todas estas consideraciones, ó algo por el estilo, se leen en la cara del compungido Adonis; y esto que se le ocurre á un miserable ratonero, no se le alcanza á Gedeón, que todavía insiste en que le es antipático Merto por feo, por sucio, por díscolo y por hijo de su madre.

Pero ésta, que caza, por lo menos, tan largo como el perro, no ignora que, á cierta edad, la naturaleza humana siente la necesidad de amar, y que cuando no puede amar á sus propios frutos, porque no los ha dado, ama á lo primero que le ponen por delante; y que no es otra la causa de que ame Gedeón á su retoño, como antes de conocerle amaba al perro ratonero.

Que esto iba á suceder, lo sabía ella antes de traer á Merto á su lado, aunque no aseguraré que por eso, y no más que para eso, le trajera.

Pero ya que sus presunciones se han cumplido, nada se pierde con dejar que rueden los acontecimientos, ni con trabajar para prepararlos del mejor modo posible. Gedeón es rico; ya no ha de casarse, y no tiene herederos for-

zos: ¿qué mal hay, ni á quién se ofende, en que un pobre le conquiste una parte de su corazón, y con ella un pedazo de su caudal?

Digo todo esto porque no se tome á comedia la ira que le causan á Regla los desafueros de su hijo, cuando más cerca le ve de conquistar el corazón de su amo.





XVIII

LA GRAN BATALLA

Así las cosas, va rodando el tiempo.

Merto sigue haciendo barbaridades; su madre reprendiéndolas; Gedeón disculpándolas, y Adonis, con un ojo al rapaz y con el otro á su amo, temiendo las asechanzas de aquél y estudiando los grados que él va perdiendo en el cariño de éste.

Adonis odia á Merto como se odia á un rival que es además un tirano.

Merto sólo discurre para inventar modos de atormentar á Adonis. Á ello le inclinan su instinto de muchacho revoltoso, y el recuerdo de la dentellada que le dejó cicatrices en la pantorrilla.

Pero Gedeón, cuando está en casa, no se separa del ratonero; y cuando sale de ella, queda Regla que no pierde de vista un momento á la alimaña.

Por lo demás, ya sabe él que hay en el cuarto de la ropa sucia una vara de fresno, muy larga, que usa su madre para despolvorear los colchones. Aquella vara es toda su ambición. Con aquella vara se le puede dar al ratonero una mano de leña, como no la ha llevado en el mundo perro alguno; y se le puede dar desde lejos, es decir, impunemente, ó, lo que es lo mismo, sin el riesgo de que devuelva dentellada por varazo.

Saboreando tales propósitos, aguarda el rapaz, con una perseverancia impropia de sus años, á que se le meta por los ojos una ocasión á su gusto.

Y la ocasión, al fin, se le presenta.

Gedeón no volverá á casa en toda la tarde, y Regla ha salido á la calle por largo rato, sin poder llevarse consigo á Merto, porque éste tiene los zapatos á componer. Temiendo que durante su ausencia haga su hijo alguna barbaridad, le ha amenazado con todos los castigos imaginables si se mueve del sitio en que ella le deja, entretenido en pegar con engrudo varios remiendos á una cometa. Merto ha prometido no menearse de allí.

Pero al quedarse solo, la sangre le hierve, los brazos le bailan, sus piernas brincan solas; y, para colmo de tentaciones, está enfrente de él, y abierto, el cuarto de la vara, y la vara de-

lante de sus ojos cimbreándose sola, como diciéndole: «empúñame, y ¡á él!»

Además, hay en la casa muchísimos objetos que Merto no ha visto todavía *por dentro*, y tiene que verlos alguna vez; y esa vez no puede ser otra que aquélla, por lo mismo que, á la sazón, no hay nadie que le impida desarmar lo que le acomode y meter los dedos donde más le convenga.

Si sabe distribuir bien el tiempo, tiénele sobrado para hacer estas investigaciones y dar á Adonis la tremenda paliza.

¡La paliza sobre todo!

En la sala hay un reló de sobremesa, cuya péndola figura un niño columpiándose en una cuerda. Este columpio es la curiosidad que más preocupa á Merto desde que le vió por primera vez. ¿Por qué se mueve así? ¿Quién le da el empuje necesario? ¿Por qué se bambolea de atrás á adelante, y no de un lado á otro, como todas las péndolas que él ha visto?

Hay que aclarar este misterio á todo trance.

Y después de empuñar la vara y de cerciorarse de que no se oye ruido de pasos en la escalera, y de ver, con mucho sigilo, que Adonis tiene para rato con el sueño que está echando en su colchón del gabinete, acércase al reló, dejando para después de la batalla, si el estado de las cosas lo permite, el desarmar el

barómetro y el filtro del comedor, la maquinilla del café, un calendario mecánico, una caja de música y otras maravillas que hay en el gabinete.

El temor de que su madre se vuelva á casa antes de lo que *debe*, obliga á Merto á hacer sus pesquisiciones sin el reposo que él desea; por lo cual le falta el tino que, en otro caso, tendría para manejarse con desembarazo.

or de pronto, hay que quitar el fanal al reló; y brega de aquí, brega de allá para conseguirlo, hácele tres pedazos. Contrariedad es ésta que le desconcierta y desanima; pero uno de los pedazos es muy grande, y acaso pueda servir todavía: esto le consuela bastante y le devuelve el ánimo para continuar la tarea.

Ya está descubierto el reló. En el espejo que refleja su parte posterior, se ven cosas que se mueven, amarillas y relucientes como el oro. Allí está el misterio. Invierte la posición del aparato. Hay otro cristal delante de las ruedas... ¡Por vida de los inconvenientes! Pero el cristal tiene un resorte. La casualidad guía el dedo de Merto hasta el punto conveniente para que, apretando allí, el resorte cumpla su cometido. El cristal se separa, de un brinco, por sí solo. ¡Oh delicia! *allá dentro* hay una como hebillita que se menea á un lado y á otro. Es preciso ver qué resistencia opone á su

mano... ¡Rich! Algo se ha roto, y el columpio cae sobre la consola. El tic-tac, que antes se oía lento y acompasado, ahora es un redoble continuo; las agujas vuelan sobre la esfera, y el timbre parece que toca á rebato. Merto jurara que hay en aquella máquina algún demonio oculto que quiere denunciar su fechoría con tanto ruido y campaneo; y presa de esta idea, tapa aquí, oprime allá y mete sus dedos y la punta de la vara donde quiera que sus ojos ven movimiento y sus oídos perciben sones. Al cabo oye Merto un chasquido metálico; luego un *rischssss* interminable, como ruido de puchero que *se va* sobre las brasas; y después, nada: todo ruido calla y todo movimiento cesa; parece que se ha muerto el reló, y que su mal espíritu se ha hundido en el averno. Merto se tranquiliza por lo que respecta al estrépito acusador que antes le asustaba; pero, en cambio, siente delante de aquel aparato algo del miedo que infunden siempre los cadáveres.

Con ánimo, sin duda, de borrar las huellas de su crimen, vuelve el reló á su primera postura; arrima el columpio á la pared, á fin de que se vea desde enfrente cual si estuviera colgado en su sitio, aunque inmóvil; amontona los pedazos del fanal como su ingenio y su zozobra se lo permiten; y después de echar al conjunto una mirada desde la puerta, como

supone él que podrán echarla su madre ó su amo cuando vuelvan, y de tranquilizarse no poco con la prueba, empuña de nuevo la verdasca, y se acerca de puntillas al gabinete.

Gedeón, hombre de poco gusto artístico, pero muy aficionado á rodearse de cosas que le recreen la vista y le deleiten los sentidos, tiene su cuarto atestado de esos objetos mal llamados de arte, que la industria ha derramado por el mundo.

Así se ven allí, en brillantes colores sobre variedad de pastas, todas las desnudeces más estimulantes de la mitología griega, en ménsulas y rinconeras, sin que les falten, como salsa ó acompañamiento, los estuches de carey, el barquito, ó *junco* filipino, de especias ensartadas; los caracoles de China y la tabaquera de coco. Sobre la mesa de escribir hay un tintero de cristal esmerilado, que es una maravilla, y una salvadera de porcelana, prodigio de transparencia y de color; y presidiéndolo todo, como santo en botica vieja, el busto de Balzac, de tamaño natural, encima de una elegante papelera y entre dos candelabros de alabastro y metal dorado.

Cuando á este vedado recinto se acerca Merto, abre con mucho pulso la puerta, y mira por la rendijilla resultante. Adonis sigue durmiendo. Puede, impunemente, partirle de un varazo.

Entra y cierra la vidriera.

El ratonero no se mueve.

El tirano elige el sitio que más conviene á sus propósitos, y toma sus medidas para que la vara, antes de caer zumbando sobre el perro, pueda describir sin tropiezo el arco necesario.

La empuña por un extremo con las dos manos, después de escupírselas; afírmase á su gusto sobre los pies; levanta los brazos hasta más atrás del cogote, y... ¡zás!

Pero el ansia misma que tiene el granuja de deslomar al perro, le hace perder el tino, y sólo le alcanza con la vara en la punta del rabo.

Al recibir el golpe, lanza Adonis un aullido de angustia, de furor y de sorpresa juntamente, y da un salto nervioso é inconsciente que le eleva dos codos sobre el lecho en que acaso soñaba con la perra de sus pensamientos; después se encara con Merto, encorvado el lomo, la mirada ardiente y rechinantes los colmillos.

Merto, que no contaba con errar el golpe, ni, por consiguiente, con aquella actitud amenazante de su enemigo, desconciértase no poco, y comienza á sacudir palos de ciego; es decir, veinte en la alfombra y uno en Adonis.

Cuando éste parece convencido de que no puede meterse por debajo de la vara y hacer

presa en las pantorrillas de Merto, porque la vara no cesa un punto de cimbrearse, acude al recurso de ocultarse debajo de cada mueble; pero allí le punzan y acribillan, si afuera le vapuleaban; y no sabe cuál es peor. Después salta sobre las sillas y sobre la cama; y la vara siempre detrás, ó encima de él; pero la vara nunca pierde viaje, pues cuando no alcanza á Adonis, tumba cuanto halla al paso en rincones y paredes. Desde la cama, y no de un salto ni sin llevar más de un varazo en el camino, huye el desventurado perro á refugiarse en la mesa de escribir; pero allá va también la vara, con la cual parte Merto la salvadera, creyendo partir á Adonis, que, á su vez, tumba el tintero, que se despedaza en el suelo, y pringa la alfombra después de haber pringado arriba libros y papeles.

Este estropicio aplaca un instante las iras del muchacho, y le hace prorrumpir en una interjección brutal.

Adonis, aprovechando aquel respiro, quiere estudiar con algún sosiego un plan de defensa; y desde la mesa en que se halla abroquelado con un montón de libros, dirige en derredor miradas angustiosas, como preguntándose: «¿En dónde mil demonios me guareceré cuando este bárbaro me eche de aquí?» Pero no ha habido tiempo ni para pensar la respuesta que

se pide, cuando ya tiene encima otro varazo. Entonces, desatentado, arrójase á la papelera, y se encarama en ella, delante de Balzac, porque detrás no cabe, cual si buscara el sagrado del arte y del ingenio por refugio. Pero aquel genízaro que le persigue, no se para en sensiblerías semejantes; y viéndole tan perfectamente destacado, le larga un verdascazo á la media vuelta, que no solamente alcanza á Adonis á todo lo largo, sino que todavía le sobra otro tanto para Balzac y para los candelabros, que vienen al suelo con el perro, aquél desnucándose, y los candelabros haciéndose añicos.

El estrépito es horrible, y el desastre arranca al cerril muchacho, no ya una interjección, sino una blasfemia.

Entonces parece fijarse por primera vez en las ruínas de que está cubierto aquel campo de batalla; apodérase de pronto el susto de su ánimo, y, soltando la vara, abre la puerta y huye á esconderse en su cuarto; en el cual, después de larga meditación, no se le ocurre otra salida para el conflicto en que se halla, que meterse en la cama, hacerse el enfermo y echar la culpa de todo lo sucedido á Adonis, que, entre tanto, se rasca las contusiones, se relame los hocicos y gime tembloroso, como niño después de una azotina.



XIX

POST NÚBILA PHŒBUS

Qué le sucede á Regla cuando vuelve á casa, y después de hallar en la cama á su hijo y de verle temblar en su presencia, y de deducir de sus desatinadas respuestas parte de la catástrofe, llega á conocer el resto por los cascos del gabinete, por la vara olvidada en él y hasta por los quejidos de Adonis, puede el lector presumirlo; y también suponer, y no errará en el supuesto, que después de comparar á Merto con todos y cada uno de los demonios más conocidos y de llamar sobre su cabeza todas las maldiciones imaginables, le contunde el cuerpo con la vara misma, que nunca trabajó tanto como aquel día, y le acribilla á pellizcos, y le jaspea la cara á bofetones, y le estira medio palmo las orejas, entre varazo y denuesto.

Puede igualmente alcanzársele al propio lec-

tor, que Regla, tras este desahogo feroz, echa á Merto de casa, antes de que á ella torne su amo y la acuse, con el diablejo delante, de haber correspondido indignamente á sus condescendencias; pero lo que no se le alcanzará si yo no se lo digo, es que Regla, al proceder así, ha calculado que se anticipa á cumplir los propósitos que le manifestaría Gedeón, si al conocer la catástrofe estuviera aún á su lado el autor de ella; que su amo ha de agradecerle este rasgo de previsión; que el olvido del pecado será tanto más pronto cuanto más lejos se halle del ofendido el pecador, y que hasta puede llegar el día en que el mismo Gedeón solicite la vuelta del hijo revoltoso al lado de su madre.

Merto, pues, sin tiempo para secarse las lágrimas ni limpiarse los mocos, vuelve á casa de los parientes con quienes antes vivió; y vuelve á escape y á empellones de su madre, que no quiere encontrarse con su amo en el camino, por las calles más extraviadas.

Regla deja á Merto entre sus parientes, hasta nueva orden, no sin exigirles la promesa de que en los primeros quince días le han de quitar el hambre á palos; y sin perder un solo instante en ociosas amonestaciones á su hijo, vuela, más bien que corre, hacia su casa.

Pero su amo llega antes que ella.

Atónito se queda al entrar en su cuarto y contemplar los despedazados cachivaches que apenas le dejan sitio donde poner la planta; y más se sorprende todavía cuando, al llamar á Regla para que le dé explicaciones sobre aquel desastre, no halla quien le responda, si no es Adonis que gime y llora á su modo, y le abraza las piernas, y le lame las manos, y hace como si quisiera enseñarle las cordilleras de ronchas que le abruman el cuerpo debajo de las lanas.

—¡Merto!... ¿no es verdad?—exclama al fin Gedeón, entre iracundo y triste, fijando su vista en la de Adonis.

Y Adonis, cual si comprendiera la pregunta, alza más la cabeza; muévela arriba y abajo, ladrando al mismo compás, como si quisiera decir:

—Sí, señor; ¡ese bribonazo ha sido quien me dió la paliza y rompió todo esto!

—¡Preciso es convenir—exclama Gedeón, dándose por enterado,—en que no se habrían atrevido á tanto mis propios hijos, si yo los tuviera!

En esto entra Regla en el gabinete, desencajada y compungida. Refiere á su amo lo que sabe del caso y lo que ha hecho con el causante, llorando cuando debe llorar y lamentándose cuando debe y como debe lamentarse; y como

todo lo dice ella, y cuanto hay que hacer con el delincuente está ya hecho, Gedeón sólo despliega los labios para implorar un poco de misericordia para Merto, y reducir á su madre á que renuncie á sus manifestados propósitos de marcharse de la casa, en castigo que ella misma se impone, de su mala correspondencia á los favores recibidos de un amo tan generoso y tan bueno.

Y con esto, y no sé si con algo más, pariente de ello, se da por terminado un incidente (como dicen en los Parlamentos), que, en buena lógica, debía tumbar de espaldas á un hombre como Gedeón, que se pone malo solamente con acordarse de los desafueros y tropelías que cometen en las casas los hijos de familia, cuando son de la edad de Merto.

Al otro día cuida mucho el complaciente amo de no apurar las fuerzas ni el espíritu de su criada con órdenes excesivas ó con palabras secas. ¡Demasiado acongojada está la pobre mujer con lo que le ha sucedido! ¡Ella que es tan atenta! ¡Ella que es tan delicada!... ¡y tan comedida!

Y como, al cabo, es madre de Merto, y por malo que éste sea debe de quererle mucho, también le pregunta por Merto.

Y como nada sabe Regla de él en los tres primeros días, al cuarto la *ruega* Gedeón que

trate de saberlo, porque cabe en lo posible que el chico haya *tomado sentimiento* por lo que se le ha castigado, y llegue á adquirir una enfermedad peligrosa. Después de todo, ¡qué diablo! por malo que sea un chico, vale su vida... para su madre, se entiende, bastante más que los cuatro monigotes destrozados en su gabinete.

Merto, entre tanto, se halla en casa de sus parientes tan sereno y despreocupado como si jamás hubiera roto una cazuela; pero su madre se guarda mucho de contárselo á su amo; antes le dice, por toda noticia de su hijo, que sigue éste llorando el bien que ha perdido por su culpa, y cumpliendo la pena merecida que ella le ha impuesto.

—Pues si está arrepentido—dice Gedeón á Regla, antes de la semana,—perdonémosle, con mil santos, y que se vuelva otra vez acá. ¿Quién sabe si con lo que ha pasado y algo que yo le diga, poniéndome serio, acabará de hacerse un modelo de chicos agradecidos y juiciosos?

Pero Regla sigue implacable.

—Nadie sabe como yo—responde, con todas las necesarias salvedades de respeto,—lo que á ese chico le conviene.

Probablemente estará Regla en lo cierto.

Todas estas conversaciones tienen lugar du-

rante la comida ó el almuerzo de Gedeón, y, por consiguiente, á las barbas de Adonis. ¡Y es de ver qué gestos hace el ratonero cada vez que el nombre del aborrecido rival llega á sus orejas! ¡Y es de admirar cómo gime y se abate cuando la cara de su dueño no se frunce ni amontona al hablar del pícaro que á él le deslomó!

Cualquiera pensaría que Adonis va leyendo en la fisonomía de Gedeón sus propósitos de perdonar al atrevido y sus deseos de volver á traerle á su lado.

—¡La morcilla antes que eso!—debe de pensar el ratonero, si tal lee.





XX

UN INCIDENTE

La escena representa otra vez el gabinete de Gedeón.

Éste se halla repantigado en la butaca contigua á la mesa de escribir, y atusa las greñas de Adonis; el cual parece dormirse, de gusto que le da el suave manoseo de su amo.

Si es lícito meternos donde no hacemos falta, conste también que Gedeón está pensando en la cada vez más obstinada insistencia de su criada en no traer todavía á Merto á su lado.

Transcurre largo rato así.

Entra Regla con una carta en la mano; pónela en las de Gedeón; dícele que la ha subido la portera, y se va.

Gedeón se fija en el sobre; frunce el entrecejo; apea de un revés á Adonis, que exhala un débil gemido de sentimiento, como diría un

novelista *elegante;* abre la carta, y lee para sí lo siguiente, pero con la más desastrosa ortografía, que yo no quiero copiar:

«Querido Gedeón: Como hace semana y media que no te veo, te escribo para decirte que en cuanto recibas ésta, vengas á verme, pues hay dos casos muy graves de que tengo que enterarte.

Tuya de corazón, más que nunca,

SOLITA.»

Graves deben de ser, en efecto, los casos á que la firmante se refiere, cuando se atreve á molestarle con aquella misiva. Por largas que hayan sido sus ausencias, jamás se ha permitido Solita quebrantar las prevenciones que Gedeón la tiene hechas de no buscarle en su casa con esquelas ni con avisos, y mucho menos con su persona.

Y entre lo de «¿qué será?» y lo de «¿qué no será?» vuelve á entrar Regla diciendo á su amo que hay á la puerta un hombre que desea hablarle.

Mas no bien lo ha dicho, ya está el hombre detrás de ella haciendo reverencias á Gedeón.

Es el tal un andrajoso, en chancletas; con las barbas á medio crecer, y las greñas, rudas y entrecanas, desgajándose de la cabeza, como

si quisieran enredarse con las barbas que, en demostración de que no huyen del enemigo invasor, crecen rígidas cara arriba.

No es alto ni bajo, ni adusto ni risueño: tiene el cuerpo y la fisonomía y hasta el olor que tienen siempre los vicios inveterados y la falta absoluta de vergüenza.

En el momento de encararse con Gedeón guarda en un agujero, de los mil de su chaleco, una punta de cigarro que retira de sus labios cárdenos, mientras derriba de su cabeza con la otra mano algo como gorra ó cosa que lo parece después de haber sido sombrero.

—¿Qué busca usted aquí?—le pregunta Gedeón en tono duro y ademán airado.

—Entendí que esta señora al abrirme la puerta me mandaba pasar adelante; y eso he hecho,—responde el hombre con voz cavernosa.

Siguen algunas réplicas y contrarréplicas entre los dos hombres, y algunas disculpas y protestas de la mujer, de escasa importancia para el lector y de mucha para mí si tuviera que escribirlas y comentarlas, por lo cual las suprimo con su venia; retírase al fin Regla, y quédanse frente á frente los otros dos personajes de esta escena.

—¡Conque es usted don Gedeón?—pregunta el haraposo.

—Lo soy, ¿y qué?—responde el preguntado, con voz y gesto de repugnancia.

—¡Pues vengan esos cinco!—exclama el hombre de los andrajos. Y avanza resuelto hacia Gedeón; y, que quieras que no, le coge una mano y se la estruja y resoba entre las dos suyas; y arrima á su cara, contraída por el ascó, todo el bardal de su cabeza y todas las cavernas hediondas ocultas por el bardal.

Gedeón consigue, á duras penas, librar su mano de aquella tenaza sucia; y huye luego dos varas atrás con la butaca en que está sentado.

El hombre, al mismo tiempo, toma una silla, la arrima á la butaca y se sienta también.

—Pues yo soy, para lo que usted guste mandarme, Judas Cerote,—dice al sentarse. Y mientras aguarda la respuesta, escupe en la alfombra y se limpia los hocicos con un pingajo que saca de otro pingajo de su chaqueta.

—¡Como si fuera usted Pentapolín de los Garamantas!—grita Gedeón hecho una lumbre y poniéndose de pie.—¿Qué es lo que viene usted buscando aquí? ¡Pronto!

—¡Calma, amigo mío, calma!—replica el otro con mucha sorna,—que no es oro todo lo que reluce, ni en mi corporalidad son remiendos solamente lo que hay que ver. El asunto

que me aproxima á esta casa, no se manipula ni especifica echándome á mí á la calle sin oirme... Hágame usted la cortesía de tomar asiento otra vez, con toda franqueza... y permítame usted que amargure, digásmolo así, este primer detrimento de las honradas hidalguías de mi corazón que aquí me traen.

Y el llamado Judas, al decir esto, hace como si se conmoviera.

—Mire usted, hombre—replica Gedeón dejándose caer en la butaca:—si me promete usted concluir pronto lo que tiene que comunicarme, soy capaz hasta de escucharle sentado.

—De usted dependerá que yo finiquite en dos minutos.

—Pues vaya usted cumpliendo su promesa.

—Con tal que no sea usted el que desee que se alargue la platicación.

—Fácil es eso.

—Pues ha de saber usted, don Gedeón, que yo soy un artista verdaderamente desgraciado; porque desgracia es para mí haber venido á luz en unos tiempos, digásmolo así, de menosprecio para el arte... ¡el arte que yo cultivaba con el entusiasmo de los juveniles años!...

—Siga usted, pero sin comentarios.

—No pude seguir, mi señor don Gedeón, por lo mismo que yo era un verdadero artista: no se me correspondía al tenor de mi trabajo; y

antes que consentir yo en humillar el arte... ¡el arte que yo cultivaba con el entusiasmo de los juveniles años! á la tiranía de los iznorantes y pusilámines, envolví la venerable herramienta de mis glorias en el honrado mandil, para que no la menospreciara el siglo, y me dediqué á la contemplación, digásmolo así, de la Naturaleza en sus manificencias y esplendores, único trabajo á que podía dedicarme, fuera del arte... ¡del arte que yo cultivaba con el entusiasmo!...

—«De mis juveniles años.» Adelante.

—Esa es la palabra. ¡Cómo nos entendemos y hasta nos adivinamos los pensamientos! Estaba escrito, don Gedeón.

—¿Cuál?

—Lo que pasa. Nacimos el uno para el otro. ¡Tenía que suceder!

—¿Quiere usted proseguir, señor... artista?

—Gracias, mi respetable don Gedeón, por ese sufragio, digásmolo así, conmovedor, que rinde usted á mis sentimientos. Prosigo. Este amor descomensurable que guardo en mi pecho á la patria Naturaleza, llévame á menudo á plazas y paseos para contemplar séase el firmamento estrellado, séase las estrellas del firmamento, séase el sol del mediodía, séase el amanecer de la mañana. ¡Qué quiere usted! parece que el alma se me congratula en estas

contemplaciones, maísimen si me hallo en la amena y dilatada compañía de otros artistas infortunados, que también renunciaron al arte... ¡al arte que cultivaban!...

—«Con el entusiasmo de sus juveniles años.» ¿No es esto?

—Cabalmente, señor don Gedeón, cabalmente... ¡Es admirable cómo se corresponden nuestras concomitancias respectivas!

—Menos en un punto, señor Judas.

—¿En qué punto, mi adorado don Gedeón?

—En que mi... «concomitancia» está deseando que acabe usted de hablar, y la de usted se empeña en todo lo contrario.

—Es el carácter, don Gedeón, y este sentimiento de mis entrañas, que parece desgarrarse de alegría cuando se halla en la ilustre sociedad de un hombre tan campechano como usted. Y ahora prosigo. Días hace que contemplaba yo la estrella polar desde un rincón de una plazuela, fuera de lo que podemos llamar casco de la ciudad... porque la ciudad, amigo mío, de por sí no es quién para que en ella se explaye un espíritu, contemplando séase el firmamento estrellado...

—«Seáse las estrellas del firmamento...»

—Séase el sol del mediodía.

—«Ó séase el amanecer de la mañana.»

—Pero, señor don Gedeón, me deslumbra ya

tanta concupiscencia de pensamientos, digásmolo así, entre los dos.

—Es para ayudarle á usted á llegar pronto al fin de su discurso. Conque no me desaire usted en tan humanitarios propósitos, señor Judas.

—Muy señor mío y dueño: rendido á ese sentimiento, especifico así lo que me falta. Y digo, que hallándome en la contemplación de la estrella polar hace dos noches, porque de noche era cuando yo la contemplaba embriagado, digásmolo así, de ansias naturales del alma, y, á la misma vez, presuimpuestando el tiempo en que, á un buen volar por los aires, podría yo avecindarme con el astro, y aun, si á mano viene, preguntándome por qué esa luz recalcitrante se apaga por el día y se enciende no más que por la noche, cuando sépase usted, mi querido don Gedeón, que pasa ella por delante de mí.

—¿La estrella polar?

—No, señor... aunque bien pudiera serlo, y lo ha sido ya para algún navegante desafligido. Por una parte era su misma personalidad; por otra no lo parecía. Pero ¡dónde verá el corazón paterno un pedazo de sus propias entrañas, que no clame por él y le abra su pecho enternecido? Entre si es no es ella, invoco su nombre con ese acento, digásmolo así, de la

eternidad de una ausencia contada por años y determinada por la profundidad de los mares caudalosos. Entonces volvió su fisonomía la inocente paloma; y al conocer á su tierno padre... huyó con la mujer que la acompañaba. Pero yo la había conocido bien. Era ella; el pedazo de mi corazón; el sostén de mi ancianidad y el amparo de mis necesidades... ¡mi idolatrada Solita!

Al oir este nombre, da Gedeón un salto en la butaca. Ni remotamente había sospechado, el muy bolonio, que semejante fin tuviera el laberíntico discurso del artista Judas.

Desconcertado como niño goloso á quien su madre sorprende robando los bizcochos, no sabe qué cara poner al zapatero para disimular mejor la violencia en que se halla su ánimo.

—De manera que usted es...—dice, sin saber lo que se dice, pero con la cara muy hosca, creyendo que con aquello sale mejor del compromiso.

—¡El padre de Solita!... es decir, *tu* padre político, que *te* abre sus tiernos brazos para estrecharte en ellos.

Y el elocuente artista, al responder así, se levanta de la silla, y presenta á Gedeón todo el fardo de sus andrajos para que se arroje en ellos.

Pero Gedeón huye aterrado hasta la pared.

Entre tanto, añade el remendón, sin bajar sus brazos entreabiertos:

—Y perdóname, hijo mío, si he estado llamándote hasta aquí con la circunflexión de *usted*. Yo te conocía; pero tú no tenías el honor de conocerme. No podía comportarse de otra manera mi natural, digásmolo así, respetivo y atento.

Gedeón ya no oye, ni ve, ni entiende. Sobresaltado al saber que tenía delante al padre de Solita, cuando oye á éste llamarle hijo, cree que le muerden ratones y que le besan sapos y cucarachas. Aquello es un asco, y además una ignominia. ¿Quién habrá puesto en manos del remendón el pico de la manta para que, tirando de él, haya llegado á descubrir el miserable lo que estaba oculto, y, sobre todo, lo que no estaba? Hay que averiguar eso á todo trance.

Á este fin, refrena Gedeón sus iras; y, con un esfuerzo supremo de la voluntad, disimula también sus repugnancias; finge que toma á risa los extremos afectuosos del zapatero; ruégale que se siente, y le pregunta qué es lo que le ha inducido á creer en el parentesco á que se refiere.

El remendón se sienta y continúa hablando así:

—Viendo que Solita me negaba la paternidad, ó que no la conocía, seguí sus pasos, de-

terminado á que no se escapara ya de mis visuales. Creyéndola yo en Puerto Rico, ¡cómo había de negar á mi corazón aquella voluntad de contemplarla de cerca? No sé las calles que corrí siguiéndola; y como sospeché que no quería declararme su domicilio, hice, digásmolo así, de vez en cuando, recatación de mi persona: de este modo descubrí casa y piso. Llamé á la puerta. Clamar en desierto, Gedeón. Pero yo no podía, paternalmente, volver atrás. Y repetí el llamamiento. Ya los vecinos de la escalera me habían oído todos, y hasta se apiadaban de mí, rogándome que callara, y todavía á la infeliz no había llegado el amoroso machaqueo de su padre. Pero ¡qué hija es sorda á la voz enternecida del anciano que la ha dado el sér corporal?... Solita me recibió en sus brazos á la media hora de llamarla yo á los míos. Pero la había dejado sirvienta puramente, y me la encontraba dueña y señora de su casa. Era esto ¿no es verdad, Gedeón? motivo de una plática, digásmolo así, aclaratoria y explicativa. En esa plática supe de sus tiernos labios que había contraído nupcias mayores en Puerto Rico, pero que había prometido á su adorado esposo guardar el secreto de ellas hasta que fuera día de clarificarse á la luz del sol. Cumplió después con su anciano padre en cuanto á finezas generosas de presente; pe-

ro su padre no cumplía con su augusto deber sólo con eso. Ocurrióseme ir á tomar luces de todo á la casa en que conoció á la familia que la llevó á Puerto Rico... ¡Ay, qué señora aquélla, Gedeón! ¡Qué virtud la suya tan boyante, digásmolo así, y tan conclúyente! ¡Y qué claridez la de su sentido! Media palabra no más la declaró mi fineza, y en el acto me plantó sobre la pista... Y como yo tampoco menosprecio las buenas protecciones que se me dan, siguiendo los apuntes de tan refulgente señora, he llegado hasta aquí sin tropiezo...

—Y ¿qué más?—pregunta Gedeón, á punto ya de estallar como una bomba.

—Que no contrincándose el dictamen de esa señora más que en lo del viaje á Puerto Rico, viaje que resulta, digásmolo así, fracasado, con lo dicho por Solita, sucede que tú eres el enlazado en secreto con ella, y que yo soy vuestro padre que os bendice, y viene á estrecharte entre sus brazos...

—¡Y qué más?

—Y al mismo tiempo, á decirte: Gedeón, el brillo y el buen ver entra por mucho en la longanimidad de las familias; mira tú, hombre opíparo, á tu padre político ultrajado por los años y las ingratitudes del siglo; si has de regocijarte en él y en sus ancianos cabellos, vístele y agasájale con qué se alimente y dé á sus

arrugas venerables el resplandor, digásmolo así, de los hombres acomodados y eminentes.

—¿Nada más? Con franqueza... ¡dígamelo usted!

—¡Oh, hijo descomunal y esplendoroso! ¡Bien decía yo que se adivinaban nuestras concupiscencias! Pues ya que no se harta tu corazón de desocuparse en el mío, sábete que no me vendría mal otro auxilio para finiquitar algunas deudas que hoy me cierran las puertas del sustento corporal, y hasta las del necesario descanso.

—Y ¿nada más?

—Por ahora...

—Pues escucha, ¡zapatero vil, remendón indecente!—grita Gedeón con los ojos fuera de sus órbitas y los puños crispados;—ni yo te he parido, ni conozco á tu hija, ni quiero conocer á esa otra bribona que aquí te envía; ni me he casado nunca, ni me casaré en mi vida; ni tengo obligación de escucharte lo que me has contado, ni paciencia para oirte otra palabra más.

—Pues si usted no me conoce, ni conoce á Solita—dice Judas entre admirado y malicioso,—¿de qué sabe usted que yo soy zapatero, si yo no se lo he dicho?

—Lo sé—replica Gedeón algo desconcertado, pero no menos furioso,—porque... ¡porque

lo huelo! ¡porque tú no puedes ser otra cosa!

Al mismo tiempo saca de su bolsillo unas monedas de plata, y, arrojándolas sobre la mesa, añade:

—Si es eso lo que venías buscando para emborracharte, tómalo, con tal que te largues; y cuida de no probar en otra parte este sistema de sacar dinero, pues no todos tendrán la paciencia que he tenido yo.

El zapatero se abalanza con mal disimulada avidez á las monedas; y mientras las hunde en uno de los abismos de su chaleco, dice fingiéndose conmovido:

—Las recojo, no por lo que valen en su prosapia metálica, sino por la mano generosa que me las ofrece como prenda de un fino genial de estimación. Pero créeme, hijo de mis entrañas, llevo clavado en ellas, como un puñal inclemente, la rigurosidad de tus palabras á un padre tierno que, al darte sus brazos amorosos, quería decirte: «arrójate en ellos con la frente muy alta, que son el apoyo de una familia ilustre, perseguida, digásmolo así, por la hediondez de la miseria...»

Mientras el zapatero se enreda en estas nuevas declamaciones, Gedeón llama á Regla; y cuando la tiene delante, la dice en tono firme y con ademán resuelto:

—Enseñe usted la puerta á este hombre.

—¡Son cuentas de familia, señora!—dice Judas á Regla cuando la ve á su lado, y mirándola con cierto desdén.

En seguida se vuelve á Gedeón y le dice á media voz, pero trémulo é iracundo:

—¡Te perdono, hijo ingrato... y nos veremos!

Después sale detrás de Regla, chancleteando con los pies y requiriendo los pingajos de su vestido.

Cuando Regla cierra la puerta de la escalera, Gedeón, que se ha colocado á dos pasos de ella, la dice:

—¿Has visto á ese hombre?... ¿Le recuerdas bien?... Pues el día en que él vuelva á entrar por ahí, sales tú por el balcón.

En seguida se encierra en su gabinete, y bufa y patea.

En su concepto, la historia contada por el zapatero ha sido compuesta por su hija, ó de acuerdo con ella.

Quiere amenazarle con aquella afrenta constante, para reducirle mejor á los propósitos que ha tenido el atrevimiento de manifestarle muchas veces. ¡Insensata! ¡Y á tanto se atreve cuando ya no le queda un solo atractivo con qué justificar el oprobio que se le quiere imponer! ¡Cuando está deseando él una disculpa para deshacerse de ese grillete que le amarra y

le desuella! Pero, bien mirado, ¿qué mejor ocasión que ésta para sacudirse las pulgas? Ahora ó nunca... No la dejará en la calle abandonada: cumplirá, en tan grave trance, como quien es; pero romperá toda conexión con ella, y quedará tan libre de su peso como estaba antes de conocerla.

Y así pensando, vístese acelerado y sale hacia la calle, abotonándose el chaleco en la escalera y haciendo en el portal el nudo de la corbata.





XXI

DE ESCALERA ABAJO

No habrá dado muchos pasos Gedeón fuera de su casa, cuando Regla está bajando al portal.

Tiénela muy sobresaltada algo que pasa bien cerca de ella, desde que tomó de manos de la portera la carta que puso en las de Gedeón. Aunque no es gran pendolista, sóbranla ojos para distinguir á una mujer en la letra de un sobrescrito; y mujer es, en su concepto, quien trazó los garabatos de aquel sobre.

En cuanto al hombre que se coló tras ella en el gabinete, también le parece que es bastante más que un andrajoso vulgar que se mete por la primera puerta que halla á medio cerrar. Á éstos se les da una limosna ó un bufido, y se les planta en la escalera, acto continuo; pero el andrajoso que acaba de salir es

cosa muy distinta. Hablaba recio al despedirse, después de haber hablado largo rato con su amo; y el furor de éste, al arrojarle del gabinete, no se parece en nada al que produce en una persona decente un hombre entremetido y sin educación. Qué hay en la carta y qué en el haraposo, no lo sabe ella; pero hay algo grave; tan grave, que ha sido causa de que su amo salga á la calle hecho un basilisco. Y ¿quién trajo la carta y se la entregó á la portera? ¿Por qué ésta, ó su marido, dejó subir al haraposo? ¿Qué les dijo para conseguirlo? Hay que averiguar todo esto, por de pronto.

Con tal intento baja la escalera, aunque quizá se figura que no le mueve otro que endosar al portero la amenaza que le dirigió á ella su amo al despedir al hombre de los andrajos.

El portero es otro remendón, pero que no se llama artista; y por eso saca del oficio un mendrugo cada día. No es muy hablador, porque en nada es vehemente; y lo prueba que menea la herramienta al compás del *¡Triste Chactas!* desde que se ciñe el mandil hasta que se le quita; lo cual es tanto como decir que de sol á sol dura la sonata.

Pero, en cambio, su mujer, aguadora y recadista de toda la vecindad, es un argadillo y una cotorra.

Como los unos bracea y como las otras char-

la delante de su marido cuando llega Regla al portal.

—¡Ay, señora Regla—la dice encarándose con ella,—qué hombres tan dejados de la mano de Dios y tan comprometedores de las familias de bien!

—¿Qué pasa, señora Rita?

—Las iniquidades del alma, como quien dice.

—Pues ¡cómo ha de ser!

—De otra manera muy diferente, señora Regla... Por algo los dedos de la mano no son iguales. El hombre de bien, á sus quehaceres; el malhechor, á la cárcel. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Y así debiera ser, señora Rita; pero si no lo es, ¿qué vamos á hacerle?

—Pues al tenor de ello hablaba yo ahora mismo con este bendito de Simón, que es un palomo sin hiel y no se escandaliza de nada.

—Pues más vale así, señora Rita.

—Pero con su cuenta y razón, señora Regla... No me digan á mí que cuando las osadías andan por el mundo sin trabas ni bozal, deben los hombres honrados ponerlas puente de plata y cubierto á la mesa... ¿No fuera mejor echarlas solimán de lo fino?

—También es verdad eso... ¿no le parece á usted así, tío Simón?

—*¡Cuán raaa... apida ha sido!...*—canturrea éste al oir la pregunta, mientras da los dos últimos estirones de cabo á una puntada. Y no dice más.

—Este bendito de Dios—añade su mujer,—con la sinfonía de siempre. Ni Cristo pasó de la cruz, ni él pasará de la sonata en los días de la vida... Bien que mejor quiero verle emperrado en ella, que dado á Barrabás, como el otro desalmado que acaba de salir.

—Pues de ese hombre venía yo á hablar con ustedes.

—Hable usted, señora Regla, hable usted, que todo será poco para lo que merece, por lo que echa por aquella boca de Satanás.

—Yo, señora Rita, sólo tengo que decir que por ningún motivo le dejen ustedes entrar por esa puerta. Así me lo ha encargado el señor.

—Y será medida su palabra. Bien sabe Dios que si una vez pisó esas escaleras, no fué sin que yo se lo reprendiera á mi marido. «¡Mira, Simón, que ese hombre es un puro embrollo y una pura desvergüenza! Mira que te va á comprometer... bien conocido le tienes ya...» Porque Simón le conoce, señora Regla... ¡como que aprendieron juntos el oficio! Pero Simón, en buena hora lo diga, es un hombre trabajador y de su casa, y al otro no tiene el diablo por dónde desecharle.

Á todo esto, el tío Simón continúa refunfuñando su canción sempiterna, y bregando con la bigotera que está echando á un borceguí.

—Pero ¿qué pasó con ese hombre, al fin y al cabo?—pregunta Regla.

—Primeramente—responde la señora Rita, —ese hombre es un borracho que mató á su infeliz mujer á palos y á pesadumbres, y dejó el oficio para vivir... yo no sé de qué... Él dice que de lo que le pasa una hija que huyó de su casa siendo una criatura... ¡vaya usted á saberlo, señora Regla! El caso es que hace una hora se presentó aquí con su poca vergüenza, y preguntó por el amo, con un aquel y un qué sé yo, como si toda la vida hubieran comido juntos. Dijímosle que no estaba en casa, y que, aunque estuviera, sería lo mismo para él, porque no le recibiría... ¡Ay, señora Regla, en mala hora yo tal dije! ¡Qué ponerme de cosazas y menosprecios el deslenguado!... Como que yo estaba viendo cuándo era el instante en que Simón se quitaba el tirapié... Porque, aquí donde usted lo ve, señora Regla, cuando se enfada hay que conjurarle como á las tormentas... Pues ¡no se atrevió, el sinvergüenza, á decirme que mirara mucho lo que hablaba con él, porque podía hacerme y acontecerme, motivado á que don Gedeón era... (¡el Señor no se ofenda de lo que voy á decir!)... pariente,

señora Regla, pariente muy cercano suyo? ¡ha visto usted!... y que le había mandado llamar por persona que podía hacerlo; y que por eso venía, y que si lo dudábamos le acompañaría quién que mandaba aquí más que todos nosotros, y... ¡san Crispín unigénito no me oiga!... más que el amo, señora Regla... más que el amo?... Y, amiga de Dios, tanto dijo y fachendeó, y tanto nos rompió la cabeza con fanfarrias, que Simón dijo «allá te arregles y con él te veas...» Y entre que «esto no me parece bien,» y lo otro de «puede que tenga razón,» y yo que «no puede tenerla nunca un hombre como ese,» y este otro que «más gordas se han visto,» el pícaro fué subiendo; y cuando quisimos reparar en él, ya estaba arriba, si es que no adentro... ¡Pero al bajar fué ella! ¿No es verdad, Simón? ¡Qué humos, qué pomposidades y qué sonar dinero en las faltriqueras! ¡Qué querer convidar á este inocente nada menos que á la fonda, y ofrecerme á mí un mantón de ocho puntas y una cofia con encajes!... Mire usted, señora Regla, esto me incomodó mucho, porque parecía burla... Luégo bajó el amo, hace un instante, y se descubrió el pastel. ¡Qué cara traía el bendito señor, y con qué rejo nos encargó que perniquebráramos al insolente antes que dejarle entrar aquí! Para mi cuenta, y Dios me lo perdone si me equivo-

co, aquel dinero que sonaba lo robó en el piso...

Regla, que de todo este fárrago no pierde palabra que sea utilizable á sus propósitos, interrumpe á la señora Rita para preguntarla:

—¿Y dice usted que tiene una hija?

—¿Quién... el amo?

—No, mujer, ese perdido.

—¡Ah! sí... Lo decía antes de darse tanto lustre. Ahora, Dios sabe lo que dirá.

—¿Luego usted no la conoce?

—Como al día en que me he de morir.

—¿Ni usted tampoco, tío Simón?

—¡... *de mi diiiii... cha!*

—¡Digo si conoce usted á la hija de ese hombre!

—Yo no conozco más que mi obligación, señora Regla.

—Antes que él—continúa ésta,—creo que vino una carta...

—Pues por eso decía yo á Simón—replica la señora Rita,—antes de bajar usted, que hay días que ni buscados con un candil... Vino una carta, sí, señora.

—¿Quién la trajo?

—Una jovenzuela. «¿Vive aquí don Gedeón?» preguntó muy relamida. «Aquí vive, en el primero,» la respondí muy atenta. «¿Se le ofrece á usted algo?» «Dele usted esta carta,» me replicó con el hocico muy plegado, como si fué-

ramos aquí gente de chanfaina. «¿Tiene contestación?» volví á preguntar al tomarla... porque me parece á mí que esto es de cortesía, para, si acaso, decirla: «Pase usted adelante, tome usted asiento mientras bajo.» Pues nada, señora Regla: me volvió la espalda sin decir «por ahí te pudras,» y se largó, la muy descortés.

—Y esa joven—pregunta Regla con evidente curiosidad,—¿qué aire tenía? ¿Era, como quien dice, persona decente?

—¡Calle usted, por el amor de Dios! una atropella-platos como otra cualquiera.

—¿Y nada más la dijo á usted?

—¡Y qué más había de decirme? ¡Podía haberse atrevido á mayores, la muy remilgada! ¡No, por vida mía! Pobre sí; pero á saber guardar mi puesto, me ganan pocas.

—De manera, señora Rita, que, como usted dice, el día ha sido aprovechado: primero, una joven con una carta para el amo, y después, un andrajoso que dice que es pariente de él; que sube á hablarle, y que baja de la visita sonando mucho dinero en el bolsillo.

—Cabales.

—Pues eso se ve todos los días, señora Rita.

—No en los míos, señora Regla; y eso que los arrastro bien por el mundo y sobre buenas alfombras, aunque me esté mal el decirlo; que

para eso sirvo á muchos... Pero aunque se viera, yo digo que no debía verse nunca de eso.

—Pues para que no se vea aquí más, he dado yo á ustedes el encargo que también acaba de darles el amo, según me dicen... Y con esto, me vuelvo arriba...

—Vuélvase usted, señora Regla, y vuélvase usted en la cuenta de que ese hombre no pisará más este portal... Y diga usted, si viene otra carta ¿tampoco la recibo?

—Esa sí—contesta Regla con vehemencia. —Reciba usted cuantas vengan, y entréguemelas á mí.

—¿Aunque sean para el amo?

—Para dárselas yo á él, alma de Dios.

—Eso es otra cosa.

—Adiós, señora Rita.

—Adiós, señora Regla.

Cuando ésta pone el pie sobre el primer escalón, llámala el filarmónico zapatero.

—Señora Regla—la dice con mucha parsimonia, quitándose las gafas y volviendo la cara hacia ella.—Yo hablo poco, ¿está usted?... y cuando con lo poco que hablo no me entiende ¿está usted?... el que se empeña en meterse ¿está usted?... donde no le llaman... y contra mi gusto, agarro el tirapié ¿estamos?... y en seguida me hago respetar ¿está usted?... De modo que pisar ese hombre las escaleras que

usted pisa ahora ¿está usted?... es tanto como decir que Simón ha muerto ¿está usted?... Pues no digo más.

—Y es bastante, tío Simón.

—Y como lo dice lo hace el inocente, créalo usted.

—Hasta luégo, señora Rita.

—Hasta luégo, señora Regla.

Volando sube ésta al piso, y de dos voleos se echa el manto sobre la cabeza.

—¡Se me va de entre las manos!—murmura mientras se le arregla y anda.—Hay que atarle con cuanto esté al alcance de las mías.

Y echa escalera abajo.

Deja á los porteros la llave del piso, como acostumbra en ausencias de su amo, por si éste vuelve antes que ella; y sale del portal sin hacer caso de la señora Rita, que quiere detenerla para hablar un rato.





XXII

OTRO INCIDENTE MÁS GRAVE

SOLITA no cesa de mirar á la calle por las vidrieras del balcón, como hace quien espera con ansia á una persona, ó quien teme que llegue otra que no debe llegar.

No puede ser de las últimas la que, al cabo, columbra, según la prisa que se da á salir á la sala, tumbarse con languidez en una butaca y dar á los pliegues de su falda y á cuanto cuelga en su doméstico arreo, la caída y el *aire* que corresponden á la palidez de su semblante... porque es de advertir que su semblante está mucho más pálido y ojeroso que de costumbre.

Cuando oye abrir la puerta de la escalera, deja caer la cabeza sobre una mano, y el otro brazo fuera del correspondiente de la butaca.

En esta guisa la halla Gedeón, que era, á no dudar, la persona esperada y vista por Solita.

Pero lo que Solita no esperaba y ve ahora por las rendijas de su mano, es que Gedeón viene echando lumbre y veneno por todos los agujeros de su cara.

Aquel hombre es una botica que arde.

No se sienta, se derrumba delante de Solita; y al derrumbarse, rechina la butaca y cruje el pavimento; el sombrero que se arranca de la cabeza, no le coloca, le estrella en el sofá; y al cruzar sus piernas, parece que trata de romper la una contra la otra.

—¿Recibiste mi carta?—le pregunta Solita, sin levantar la cabeza, con voz lánguida, muy lánguida, después que observa que el recién venido, aunque bufa mucho, no rompe á hablar.

—¡Sí!—responde Gedeón con un bramido huracanado.—Recibí tu carta... ¡y algo más que tu carta!

—Me atreví á escribirte porque hace tres semanas que no te veo; y el caso era urgente.

Después de decir esto con la misma voz lánguida y apagada, llévase una mano á la garganta, como si se le atravesara allí algo que le produjera bascas; mira á Gedeón con ojos tiernos, y reclina todo su busto en el respaldo de la butaca.

—¿Conque es urgente el caso?—exclama Gedeón con la sorna de un mastín cuando enseña los dientes.—Y ¿cuál es el caso?

—Uno de ellos, el que yo me temía, Gedeón. Anteanoche, saliendo á tomar el aire, porque *ahora* necesito tomar el aire muy á menudo, me encontré con... mi padre.

—¡Adelante!

—Me extraña la poca sorpresa que te causa la noticia...

—¡Adelante!

—¡Jesús, qué suave te vas volviendo!

—¡Adelante, Solita! ¡Adelante, y déjame á mí en paz!

— Como tú quieras... Híceme la desconocida cuando me llamó por mi nombre, y hasta quise desorientarle metiéndome por las calles más extraviadas; pero debió de seguirme los pasos, porque cuando me creía libre de él en mi casa, comenzó á llamar á la puerta, y con tanta furia al ver que no le respondían, que los vecinos salieron asustados á la escalera. Entonces, por evitar un escándalo, abrí. Entró; y como no le podía decir que estaba yo sirviendo en esta casa, pues desde mi vestido hasta la soledad que reina en ella le probaban todo lo contrario, ocurrióseme decir que me había casado en Puerto Rico, pero en secreto, y que había venido á España en el último vapor á esperar á mi marido, que llegaría tan pronto como las cosas le permitieran publicar el casamiento... ¡qué sé yo lo que inventé por el estilo! y

á mayor abundamiento, le dí cuanto dinero podía darle en aquel instante. Parecióle bien la dádiva, pero no la historia; y prometiéndome enterarse de ella más á fondo y hacerme otras visitas, se marchó. No he vuelto á verle, y esto quería decirte para tu gobierno.

—¿Has concluído?—pregúntala Gedeón, enronquecido por la ira y el despecho.

—No tengo más que decirte sobre este asunto,—responde Solita, cada vez más lánguida y sentimental.

—Pues bien—exclama el otro como estallan los pellejos muy inflados, á poco que se los apriete,—yo, en cambio, tengo que contarte á tí que el zapatero inmundo, que el remendón miserable, que el sinvergüenza de tu padre, ha estado en mi casa... ¡y ha querido abrazarme! ¡y me ha llamado hijo suyo!... ¿lo oyes bien? ¡hijo suyo!... ¡y me ha tuteado!... ¡y he tenido también que darle dinero para taparle la boca, ya que no podía taparle el resuello con pólvora y solimán!

—¡Mi padre en tu casa! Pero, ¿quién le guió allá?—dijo Solita dejando los dengues y dando á su vóz y á su fisonomía tal aire de sinceridad, que el mismo Gedeón no se atreve á dudar de ella.

—Por lo visto, la víbora de doña Ambrosia, á quien el condenado fué, con infeliz ocurren-

cia para mí, á pedir *antecedentes* del caso. ¡Figúrate si se habrá regodeado la pícara buscándonos las huellas!

—¡Pero es una infamia eso!

—Será lo que tú quieras... De cualquier modo, hay que tomar sobre ello una resolución heróica. ¡Yo no puedo quedar ligado á la ignominia de ese hombre!...

—Ciérrale la puerta... hazte el desconocido.

—Me he hecho el desconocido y le he cerrado la puerta; pero volverá á llamar á ella, y me perseguirá, y será mi sombra de día y mi pesadilla de noche. ¡Qué horror!

—¡No es para tanto, hombre! ¡En qué poca agua te ahogás!

—¡Poca... cuando me cubre con más de un palmo, no el agua, sino la pringue de la zapatería!

—¡Y vuelta al zapatero! Pues, qué caramba, ya sabías que lo era cuando te acercaste á su hija.

—¡Sólo falta ya que tú le defiendas!

—No le defiendo; pero al cabo es mi padre...

—Es decir, que siendo yo el descalabrado, tratas de ponerte tú la venda.

—Yo trato de poner las cosas en su punto, y nada más.

—Pues precisamente vengo yo á eso: á poner las cosas en su punto, y á ponerlas en seguida.

—Pues tú dirás...

—Antes tienes tú que decirme, por si también es de las partidas que deben figurar en la liquidación, cuál es el otro caso grave de que tienes que hablarme.

Aquí languidece de nuevo Solita; y como si de pronto olvidara todos los puntillos que tiene pendientes con Gedeón, mírale con los ojos casi en blanco; sonríele medio ruborosa, y exclama, á vueltas de algunos toques de mímica sentimental:

—¡Ay, Gedeón! ¡qué ocasión más providencial para dar al olvido resentimientos de vicio y quejas de tres al cuarto!

—Pues qué, ¿nos ha tocado la lotería?

—¡Sí, amado Gedeón; y el premio gordo!...

—¿Quieres hacer el favor de no bromearte, Solita, y acabar pronto de responderme?

—¿Tan de prisa estás?

—¡Muy de prisa!

—¡Ingrato!

—¡Solita!... déjame de sensiblerías ridículas, y piensa que es de muy distinto género lo que tienes que oir, después que me respondas á lo que te he preguntado.

—No temo la amenaza, Gedeón; porque después que yo te diga dos palabras, trocaránse en mieles tus amarguras, y en mansedumbre tus furores.

—Ya tardas en decírmelas; pero dímelas en crudo y sin esos jarabes que me empalagan.

—Voy á decírtelas, ¡ingrato!... pero al oído: quiero que ni el aire se entere de ellas antes que tu corazón.

Dicho esto, se levanta Solita hecha un caramelo, pero un caramelo blando que se cimbrea y se escurre; acércase á Gedeón, enlázale con sus brazos, arrima á su oído la boca, y permanece así dos segundos.

De repente da Gedeón un salto y lanza un rugido espantoso; y al caer en el suelo, después de haber tenido cerca del techo la cabeza, oprímesela con las manos crispadas, y comienza á exclamar con voz rabiosa:

—¡Ábrete, tierra, y trágame... una vez!... ¡dos veces!... ¡diez veces!... ¡mil veces!... ¡y vuelve á escupirme á la luz!... ¡y vuelve á tragarme!... ¡por sandio!... ¡por estúpido!... ¡por ridículo!... ¡Yo debí preverlo!... ¡y no lo he previsto!... ¡yo debí... no haber nacido, para no verme en estos trances afrentosos!

Y esto dicho, y algo más que no copio, y mientras Solita lo oye con la boca abierta después de haber estado á pique de caer de espaldas al saltar de la butaca Gedeón, toma éste el sombrero; hunde en él casi toda la cabeza, y sale, ó más bien, huye de la casa como si llevara un incendio debajo de la levita.



XXIII

EL TERCER INCIDENTE

Cuando baja la escalera, parece un peñón que se desgaja y rueda al abismo: tal salta de tres en tres los peldaños; y aquí tropieza, y allí vacila, y más allá resbala; y á sus golpes crujen los tablones y tiembla la balaustrada.

Así llega al portal; y, sin pisarle más que una vez, quiere avanzar hasta la acera; y para conseguirlo, ha sacado ya la pierna fuera del batiente; pero otro hombre va á meter la suya al mismo tiempo y por el mismo lado de la puerta, de modo que el que entra y el que sale chocan como dos carneros; y con tal ímpetu, que el uno retrocede hasta la escalera, y el otro hasta el medio de la calle.

—¡Bruto!—ruge el de adentro.

—¡Animal!—exclama el de afuera.

Y cada uno se tapa y oprime la cara con las

manos para mitigar un poco el dolor del testerazo que le ha correspondido.

El primero que se descubre es Gedeón, que, al fijar su vista en el de la calle, todavía tanteándose cabizbajo los chichones, conoce en él á su amigo Herodes.

—¡Conque eras tú!—exclama admirado.

—¡Gedeón!—responde Herodes al oir la voz de su camarada, mirándole á hurtadillas y con señales de sobresalto, á causa, sin duda, de la impresión que hace la luz en sus ojos, aún doloridos por el golpe.—¿De dónde diablos bajabas tan de prisa?

—¡De arriba!—contesta Gedeón, palpándose la frente.—Y á tí, ¿qué demonios se te pierde en esta casa? ¿Qué casualidad nos reúne aquí?

—Iba á subir.

—¡Ya! pero ¿á qué?

—Á... hacer una visita.

—¡Visitas tú, y en una casa tan extraviada!

—¿No las haces tú también en ella?

—Es verdad, hombre.

—¡Menudo coscorrón me has dado!

—¡No le recibí yo más flojo!... Ya habrás notado, por el que te dí, que voy algo de prisa.

—En efecto.

—Pues excúsame de cumplimientos; alíviate, y adiós.

—Lo mismo digo. Hasta la vista.

Y Gedeón echa calle abajo, como alma que lleva el diablo, y acaso no sea exagerada la comparación.

Herodes, después de permanecer unos instantes en el portal, saca con cautela su cabeza fuera de la puerta, y sigue con la vista al que se aleja: y ¡extraña curiosidad! cuando éste ha doblado la esquina, llega hasta ella el otro, y con las mismas precauciones de antes, mírale desde allí cómo se interna en otra callejuela; y ¡capricho más pueril todavía! se va tras él, como si quisiera contarle los pasos. Así le escolta hasta verle salir del barrio, y sólo entonces se resuelve á volver atrás. Llega de nuevo al portal de Solita; y como si ya no se acordara del testerazo, arréglase un poco la corbata y echa escalera arriba con aire tranquilo y reposado.

Entre tanto, Gedeón llega también á su casa; se encierra en su gabinete y comienza á dar vueltas en él, como tigre en jaula.

Su cabeza es un volcán en que hierven, y se oprimen, y se mezclan y se revuelven las ideas; ideas que le escaldan y le contunden el cerebro; porque, á la vez que lava abrasadora, son marea que avanza y retrocede, y muge y aporrea.

Lo que Solita ha confiado á su oído no son

palabras, es una cadena de presidiario que le amarra á él, por toda la vida, á la hija del remendón... Ya no es libre; ya no puede tener ni la esperanza de serlo, como la tenía pocas horas antes, cuando iba resuelto á liquidar las cuentas de sus debilidades con Solita. ¡Qué adelantaría ya con realizar estos propósitos... si le quedaba *lo otro* por liquidar? Y *lo otro* es todo lo más abominable que puede proceder de Solita, y además, Solita entera y verdadera, y además, el zapatero con más hondas raíces á la puerta de su casa, amenazándole con sus harapos y su parentesco. Y de esto puede alejarse, pero no desprenderse; porque ¿adónde irá que no lo vea, ó que no lo oiga, á lo menos? Y verlo ú oirlo, ¿no es estar ligado á ello? Será la cadena más ó menos larga; pero siempre será cadena, á cuyo extremo estará amarrado él, girando, como bestia en hipódromo, alrededor de un centro de mamarrachos y de ignominias.

Cuando éstas y otras y otras ideas, no más risueñas ni sosegadas, han batido con furia todos los rincones de su cráneo; después que de aquella tempestad bravía sólo queda la espuma de sus amarguras sobrenadando, señal de que las ideas han vuelto á su nivel acostumbrado, la razón comienza á ver alguna claridad por las rendijas de la bruma que se rasga

y va desapareciendo en jirones por el horizonte. Entonces, y sólo entonces, advierte que en el encuentro que tuvo con Herodes puede haber de curioso algo más que el mutuo coscorrón que ambos se dieron. ¿Qué buscaba allí aquel hombre, precisamente á la hora en que Gedeón nunca había entrado en aquella casa hasta ese día? ¿Y qué buscaba en un barrio tan extraviado, y en una casa cuyos vecinos todos, según confesión de Solita, la miran á ella con menosprecio, señal evidente de que todos son honrados? Y siendo todos honrados, ¿cómo puede tratarse con ninguno de ellos un hombre que no comunica con la humanidad más que por el lado de las mujeres que sean livianas y corrompidas? ¿Y en qué mujer de las de aquella vecindad se pueden sospechar, con algún fundamento, conexiones con el impudente solterón?... ¡Será posible que el hombre que más esfuerzos ha hecho para separarle á él de la buena senda, se atreva á tanto?... Y ¿por qué no? Quien se burla de los afectos más puros y de los sentimientos más honrados, ¿por qué no ha de burlarse de un camarada de vicios y liviandades?... Pero aunque él llegara á intentarlo, Solita le rechazaría... Y ¿por qué ha de rechazarle Solita? Si la mujer propia, si la mujer unida á un hombre ante los altares de Dios, según las doctrinas del mismo Gedeón,

falta á sus juramentos, y quebranta sus deberes, y mancilla el honor de su marido, ¿por qué no ha de sucumbir la obra de las tinieblas y del vicio? Quien ha sucumbido á las ofertas de un amante, ¿por qué ha de resistirse á las dádivas de otro? ¿Qué más da Gedeón que cualquiera de sus amigos? Además, Solita se queja, no sin fundamento, de que Gedeón la tiene medio abandonada; pues así como él busca lejos de ella remedio para el hastío que le mata, lejos de él buscará ella el consuelo para la soledad en que vive. Cierto es que Solita debe á Gedeón lo que le cuesta, en dinero, su vida de «señora de su casa;» pero ¿no le debe nada Gedeón á Solita? ¿Nada valen en el mercado del mundo la honra y la libertad de una mujer, única hacienda que Solita poseía y ha sacrificado á Gedeón? Por este lado pagados están ambos también. ¡Pero por *el otro!...* ¡Vámos, eso sería inicuo!... ¡En semejantes circunstancias!... ¡Hacerle á él cargar con!... ¡Horror, mil veces!...

Pero, después de todo, ¿qué ha sucedido para tales imaginaciones?... Nada, ó poco menos: un encuentro de dos hombres en el portal de una casa. ¿No se ve esto cada día y en cada calle?...

Mas aunque se vea y nada grave haya que temer con fundamento, ¿no es bastante lo que

ya está sucediendo? ¿No es hasta demasiado que él, un hombre como él, libre como él, emancipado como él de todas las «miserias del hogar,» de todas las «inmundicias del matrimonio,» esté en aquel instante... celoso... ¡sí, señor, celoso!... y por una fregatriz, hija de un remendón borracho y sin vergüenza; por una mujer á quien no ama y de cuya compañía huye delante de la gente, como se huye de lo que mancha y desdora?

¡Oh, qué razón tenía el médico! No basta romper los lazos de la familia para verse un hombre exento de los pesares que teme en ella, y de otros muchos más.

Y así batallando, quiere volver á casa de Solita por si aún está en ella el inicuo amigo; pero luégo reflexiona que no será éste tan necio que habiéndole hallado á él en el portal, permanezca al lado de la infame tan largo rato.

Después torna á encontrar descabellados sus recelos, y se tranquiliza encomendando al tiempo y á una prudente vigilancia la solución de sus dudas...

—Porque ¡tendría que ver—concluye,—que un hombre como yo diera una campanada de esas, y la diera en falso!





XXIV

LO QUE ERA DE ESPERAR

En esto se despierta Adonis, que dormía en su rincón acostumbrado, y comienza á husmear el aire y á exhalar gruñidos, y á revolverse sobre el colchón, como si le amenazara una invasión de pulgas.

Un momento después aparece á la puerta del gabinete Regla con el manto sobre los hombros, recién destocada su cabeza, y detrás de Regla, Merto, asido de las faldas de su madre y tapándose con ellas. Al sentirle Adonis tan cerca, deja de gruñir y comienza á entonar una salmodia entre lúgubre y desesperada.

Gedeón, con la frente entre las manos y los codos sobre la mesa, ni advierte la presencia de los recién llegados, ni la inquietud del perro.

Regla avanza dos pasos más; Merto la sigue,

y Adonis, al verse á tres varas de su odiado enemigo, concluye la salmodia con un trino convulsivo, y de un salto se coloca junto á su amo.

Entonces se fija éste en lo que sucede.

—¿Qué hay?—pregunta á Regla, alzando la cabeza.

—Pues hay, señorito—contesta Regla, torciendo y estirando entre los dedos un pico de su manto,—que he ido á buscarle y que... aquí está.

—¿Quién?

—Merto.

—¡Merto?

Al oir este nombre execrado, vuelve á trinar Adonis, pero muy recio.

—¡Calla, condenado animal!—exclama Gedeón, con gesto avinagrado y largando un castañetazo al ratonero.

—¡Guaaayyy!—late el infeliz. Y se esconde debajo de la butaca de su amo, como si ya tuviera encima los varazos que huele en lo porvenir.

A Merto se le hinca en el alma aquel ladrido. ¡Cuántos como él y del mismo gaznate escuchó insensible el día de la batalla, mientras caían en pedazos, de muebles y paredes, los más preciados adornos de aquel recinto! Este recuerdo le hace temblar; pero no le impide

lanzar una mirada con el ojo más bizco, y bien cubierto de las de su amo con el vestido de su madre, á cuanto le rodea. Parécele, en número, menos de lo que él vió allí mismo en el funesto día; pero no halla escombros ni derrengaduras al alcance de su ojo, y esto le tranquiliza bastante.

¡Y el reló?... ¿Estará descubierto y perdonado este delito, ó podrán pedirle cuentas de él el día menos pensado?

Mientras en esto se entretiene el chico, su madre, respondiendo á Gedeón, dice:

—Merto, sí, señor. Yo no pensaba traerle todavía; pero de pronto cavilé que podía usted tomar á mal el empeño mío en castigarle más... ¡Como usted le tiene tan grande en que le perdone!

—¡Yo!—exclama Gedeón, cual si en su vida se hubiera acordado de semejante criatura.

—Me parece...

—Tienes razón... Estaba distraído... ¿Y dices que vas á traerle?

—Le he traído ya.

—¡Hola!... ¿De modo que ya está en casa?

—Eso he querido decir á usted.

—Ya me hago cargo... Pues nada, si está en casa ¿qué le hemos de hacer?... Prevenle que á la menor diablura que cometa le rompo la crisma, como Dios está en los cielos... y nada más.

—¿Lo oyes?—dice Regla, volviendo su cara ceñuda atrás, y poniendo á su hijo enfrente de Gedeón.

Merto aparece tiritando, con una mano en el bolsillo correspondiente de sus bombachos recosidos, y con la otra hundida en la boca hasta cerca de las fauces.

—¡Conque estabas tan cerca?—dícele Gedeón con sequedad al verle.—Pues me alegro: así excuso repetirte lo que le he dicho á tu madre.

—Se escondía—replica ésta,—porque está muy avergonzado de lo que ha hecho...

Y en vano espera que Gedeón se manifieste complacido de ver á Merto á su lado, con el cual propósito tantas instancias le ha hecho hasta aquel día. Ni una palabra, ni un gesto de halago tiene para el rapaz que antes le dominaba y entretenía. Más bien parece contrariado con su vuelta. Al ver tanta frialdad en su amo,

—¡Largo de aquí!—dice con desgarro, dirigiéndose á Merto y dándole un empellón hacia la puerta, como pudiera dársele á quien tiene la culpa de aquel cambio tan súbito en el corazón de su amo y en el porvenir de su hijo.

Y empujando á éste sin cesar, sale del gabinete, donde queda Gedeón revolviendo con los dedos el poco pelo de su cabeza, y Adonis re-

funfuñando, aunque no tan afligido como á la llegada de Merto.

—¡Habrá destino más perro que el mío?—exclama de repente Gedeón, levantándose y dando un furibundo puñetazo sobre la mesa.—¿No es una burla de la suerte obligar á un hombre á recoger en su casa los hijos ajenos, cuando está pensando si echará... los propios á la Inclusa? ¡Esto es insufrible, y además infame, y además ridículo!

Y no cabiéndole en casa la desazón, toma el sombrero, y sale de ella vomitando maldiciones.

Al llegar al portal, le dice la portera que ha vuelto el remendón y que ha costado un triunfo impedirle que suba.

—¡Haberle roto el bautismo!—ruge Gedeón marchando hacia la calle.

Mas apenas la ha pisado, retrocede como si se le hubiera puesto delante un toro de Colmenar. Es que ha visto, en el hueco de la puerta inmediata á la suya, muy tranquilamente recostado, al execrado zapatero. ¿Por dónde tomará la calle que el andrajoso no le vea y no le siga? Apuradamente, con las zancadas que dió por la mañana, se le ha resentido la rodilla y no puede correr.

Vuélvese á casa renegando de la hora en que el diablo le hizo conocer á Solita, y de nuevo se encierra en su cuarto.

Pero los pensamientos abrumadores le asaltan en la soledad y en el silencio; y no pudiendo buscar la distracción en la calle ni resistir el asalto de aquel enemigo formidable que ya le va escalando las murallas del cerebro, pide la comida aunque no son las cuatro de la tarde. Sírvesela Regla; pero mal sazonada, no por falta de tiempo, sino de cuidado. Lo cocido es engrudo; lo frito, carbón; frío y amargo lo que debiera ser caliente y dulce. Desde que está Regla en casa no ha sucedido otro tanto. Mírala á la cara, y observa que está como la comida. La dulzura de sus ojos se ha trocado en acíbar, y la suavidad de su sonrisa en aspereza y rigor.

Gedeón empieza á pensar en los motivos que podrá tener su criada para estar así y portarse como se porta. ¡No le faltaba ya más desdicha que perder el relativo bienestar que Regla le proporciona en su casa!

Esto le lleva á pensar en el zapatero, causa de la dureza con que él la trató al despedirle; del zapatero va con sus pensamientos á su hija; de ésta, á *lo otro;* de *lo otro*, á Herodes; de Herodes, á él; de él, á lo de más allá; y de esto, otra vez á Herodes; y si será, y si no será, zúmbale de nuevo la mollera, asáltanle las sospechas con todo el aparato de la verdad; antójasele que tal vez en aquel instante pudiera él, por

lo mismo que es hora en que no se le espera, caer como una bomba entre Venus y Marte, ya que no tiene la red de Vulcano; y con esta preocupación, atragántase por acabar primero; tarda, por lo mismo, algo más que si comiera despacio, y resuelto á ahogar al zapatero, si se halla con él á la puerta todavía, lánzase á la calle.

Felizmente no está en ella el remendón.

¡Hala! ¡hala! renqueando y como su reumatismo se lo permite, llega, por calles excusadas, á casa de Solita, y casi se arrepiente de su empresa al meter el llavín en la cerradura de la puerta. Pero su alucinación puede más que el horror que le causa la idea de tener que hablar con Solita de lo *otro*, y hasta la del riesgo que corre de dar una campanada en falso, temor que ya le ha hecho refrenar sus ímpetus pocas horas há; y entra.

Toma por asalto el gabinete, por la puerta de escape, y nadie en él; en la sala, tampoco; en el comedor, la misma soledad. Entonces, acometido de las más estrafalarias aprensiones, llama con voz de trueno, y aparece Solita con una jícara en la mano.

—¿Dónde estabas?—la pregunta azorado.

—Sacando los garbanzos para mañana,—responde Solita muy serena.

—¿Á ver?—añade Gedeón, como si dudara, avanzando hasta la despensa.

Allí está la criada con un plato en la mano, arrimada á un cajón abierto y á medio llenar de aquella patriarcal legumbre.

Y como si todavía no estuviera tranquilo, mira detrás de la puerta, y da un vistazo á la cocina, y hasta mete la cabeza en el inmediato departamento.

—Pero ¿qué diablos buscas?—le pregunta Solita, que va siguiendo todos sus pasos.

—Busco—responde el preguntado, algo arrepentido ya,—la... petaca que se me perdió esta mañana.

—¿En la despensa?... ¿y en la cocina?... ¿y en?...

—¡En el infierno!

Y sin decir más, vuélvese á la calle, dejando á Solita en la duda de si aquello es la continuación del arrebato que le dió horas antes, ó el efecto de alguna sospecha que se le ha metido entre los cascos.

De todas maneras, no le parece mal síntoma el que haya vuelto y se haya conformado con tan poco ruido. Los relámpagos de la mañana prometían mucho más.





XXV

EL ALMA DE JUDAS

¡Al fin, dí la campanada!—exclama en la calle.—Fortuna que Solita no me ha visto desde el otro estampido, y acaso crea que aún está ardiendo la pólvora... Pero si no está arriba el infame, puede que ronde por las inmediaciones. Rondemos también: al cabo, tanto me da pasear por estas calles como por las de mi barrio.

Y pónese á recorrerlas una tras otra, haciendo de vez en cuando salidas rápidas á la confluencia de las principales, donde está la casa de Solita, como si intentara jugar la vuelta á algún descuidado.

Así se le va pasando la fiebre poco á poco. En cuanto se ve libre de ella se arrepiente de lo que ha hecho y se avergüenza de lo que está haciendo.

—Esto es—dice para sí,—ni más ni menos

que una explosión de celos, pero celos de marido, y de marido grotesco... Y ¿á tal extremo has venido á parar, Gedeón, después de tantas precauciones y miramientos!... Y es lo más curioso que cuanto menos me fío de Solita, más amarrado me siento á ella; no porque sus gracias pasadas hayan renacido para seducirme, ni porque me seduzca tal cual está, sino porque ahora quisiera yo verla esclava hasta de mis pensamientos. Así no me costaría trabajo desprenderme de ella, ni viéndola *después* loca por otro, me apuraría... De todo lo cual deduzco yo que cuanto se dice de la pasión de los celos queda reducido á una simple cuestión de amor propio. No nos duele la *pérdida* de la mujer poseída; nos duele que se vaya con otro; es decir, que se le haya preferido á nosotros, en señal de que valemos menos que él. ¡Estas sí que son verdaderas miserias, no de la vida conyugal, sino de toda clase de vidas, incluso la muy arrastrada que yo traigo!

Y así pensando, toma el rumbo de su casa á paso no muy largo, porque la rodilla le va doliendo cada vez más.

Al atravesar una bocacalle siente en las narices un huracán de aguardiente, y casi está á punto de sucederle con un transeunte lo que por la mañana con Herodes en el portal de Solita.

El transeunte es el sempiterno tío Judas.

Gedeón se estremece al conocerle.

—¡Hijo de mis entrañas!—exclama el zapatero al encontrarse con él.

—¡Mal rayo te parta!—contesta el otro.

—Iba á ver á tu oculta esposa, y cátate que doy, digásmolo así, de bóbilis bóbilis, con su marido... ¿Adónde vas, cachorrote?...

—¡Al infierno, remendón infame!

Y tras esto, Gedeón trata de apretar el paso; pero, como si estuviera de acuerdo con el zapatero, su pierna se niega obstinadamente á complacerle.

El zapatero se le pone al costado.

Gedeón diera la mitad de su vida porque en la calle no hubiera más gente que ellos dos, ó el sol alumbrara ya á los antípodas. En cualquiera de estos casos, cogería al remendón por las barbas, le metería en un portal, y allí le molería los huesos á bastonazos; pero aún es de día, y el tránsito, lejos de disminuir, va aumentando, porque la gente de la ciudad tiene del murciélago y la lechuza la propiedad de revolotear de noche y arrimarse mucho á la luz de los reverberos. No hay modo de apalear al pegajoso artista sin armar un escándalo, con gravísimo riesgo para el apaleador.

El zapatero, como si oliera estas dificultades ó las leyera en la cara de su *pariente*, que

reluce de ira, muéstrase muy ufano y risotón, y continúa diciéndole:

—Aporté segunda vez á tu casa, mi muy amado hijo político, porque dos razones me lo aconsejaron. Primera y finalmente, que no me quisieron pasar una moneda de las que me dió tu esplendoroso corazón. No pensé pedirte otra mejor, porque no soy de esos mozambiques sin educación de principios, digásmolo así; pero justo es que el hombre sepa ¿eh? lo que vale aquello con que buenamente agasaja á otro... digo, me parece á mí... Segunda y en principalidad... ¿Sudas, mi tierno hijo?... Daréte ventilación... ¿Quieres descanso? Párate con toda confianza: yo no llevo prisa...

Y suda en efecto, Gedeón, y hasta le duelen callos que jamás ha tenido. Aquel hombre le asfixia. Malo si le responde, peor si le contradice... malo también si calla; huir, no le es dado; buscar travesías y callejones por más solitarios, es prolongar el camino, y él no puede andar mucho. Tiene que optar por el que sigue, que es el más recto; pero, en cambio, el más concurrido. ¿Qué dirá la gente si él se enfada y denuesta al zapatero, y éste insiste en publicar el parentesco? Muchos habrá que no lo crean; pero ¡cuántos lo creerán! De todas maneras, es un escándalo en medio de la calle. ¡Qué horror! No hay otro remedio que oir,

devorando la ira; callar, y, poco á poco, acercarse á casa; y allí ¡oh! allí hacer jigote al infame zapatero; embutirle en la pared á mojicones, y arrancarle las barbas y freirle en aceite.

Así medita Gedeón, y calla y anda, mientras el padre de Solita, contoneándose mucho á su lado, prosigue diciendo:

—Segundamente, fuí á tu casa porque en la primera barrunté que no te dejaba muy contrito del parentesco. Dudabas, ¿no es cierto, amado hijo? Es natural, hombre; el sabio dudó seis veces, ¡qué diablo!... Pues en contingencia de esta reflexión, iba yo á manipularte el caso, digásmolo así, hasta que cayeras en mis brazos amorosos, para llegar á ser lo que debemos: el uno para el otro... y en una sola mesa y sin «lo tuyo» ni «lo mío,» como los pajaritos del aire. ¡Qué vida, Gedeón! ¡Qué vida la que nos esperaba!

En esto, acierta á pasar un camarada del zapatero.

—¡Adiós!—le dice éste á gritos.—Dispensa que no te acompañe... voy con mi hijo político.

El aludido jurara, cuando tal oye, que le meten un espadín por el estómago.

Algunos transeuntes le miran, y el desvergonzado continúa:

—Tú y Solita, los emperadores de aquellas

ínfulas; yo, el rey consorte; quiero decir, el padre putativo que os dió el sér... Pero dime algo, hijo adorado; muéstrame tu hermosa voz, aunque sea en una desvergüenza...

Gedeón carraspea y quiere silbar y reirse, y hasta que le trague la tierra; y anda calle adelante, volviendo la cara á todas partes y tanteando actitudes que mejor expresen su intención de decir al público:—«Nada de esto va conmigo; es un borracho que se me ha pegado, como pudo pegarse á ustedes.»

Pero el tal no se despega, y sigue apostrofándole, ora tierno, ora vehemente, ora chancero, y alzando la voz á medida que el silencio del atribulado se prolonga.

En un sitio en que la calle está libre de transeuntes, Gedeón se atreve á decir á media voz al zapatero:

—¡He de verte las entrañas, miserable!

—¡Echa aunque sea las hieles, hijo del alma; échalas, con tal que te desahogues en tu desgraciado padre! ¡Angel de Dios, y cómo te consolarán esas desaguaduras!

Luégo, cambiando de tono, y entre compungido é iracundo, añade á gritos:

—¡Éstos son los hijos políticos de las clases más opíparas de la sociedad! Deles usted la hija de sus entrañas; y porque usted es artista menesteroso y desgraciado, ya no le conocen;

y le niegan tres veces, como Sansón negó á Pedro; y le cierran la puerta; y sus indomésticos le menosprecian... ¡Esto es astringente y deshumano!

Gedeón suda escarchas y respira cohetes. La gente le mira ya, y no faltan curiosos que se detienen para oir al zapatero. El infeliz perseguido no sabe qué partido adoptar, privado como se halla del único recurso que podía, si no salvarle, abreviar su martirio: las piernas para correr. En aquel angustioso trance y mientras camina con la velocidad mayor que le es permitido, quisiera ser guardia civil ó polizonte, para meter en la cárcel al escandaloso; mejor que esto, rayo que le tendiera sin vida; y mucho mejor, huracán que le barriera de allí sin dejar ni siquiera huellas del inicuo. Pero no es guardia civil, ni rayo, ni huracán; es un desdichado que arrastra una cadena y sufre azotes y bofetadas: aquello es una agonía sin el descanso de la muerte.

Meteríase en un portal y hasta llamaría á la puerta de un vecino; pero el perseguidor iría detrás y llamaría también, y el escándalo de la calle se repetiría en las escaleras. ¡No tiene más recursos que llegar á la suya cuanto antes, si es que la explosión de su paciencia no le mata en el camino!

En tanto, continúa vociferando el otro:

—¿Qué ves en tu padre que te avergüence, don fanfarrias? ¿Qué afrentas te hizo? ¿qué reales te pidió? ¿qué casa te ha quemado?... Artista soy, sí, y á soflama y requilorio debieras tenerlo tú... ¡Pero soy insánime de dinero, y eso te abichorna, similón pomposo!... Pues al tomar la hija de mi corazón en consorcio oculto, ya lo sabías, ¡tunante!

Á esto, no sólo se detiene la gente y mira, sino que frunce el entrecejo encarándose con Gedeón. Para que un andrajoso se atreva en público con un señor de levita, motivos gordos debe de tener para ello. Esto se lee en aquellas caras; y con esa lógica se han barrido las calles con más de cuatro inocentes.

Gedeón no teme que las barran con su cogote, pero padece más que si tal sucediera.

Arrastrando sus piernas, como se arrastran soñando que nos persigue un toro, llega á columbrar su casa; pero aún le falta medir, paso á paso, aquel sendero, adoquinado y reluciente para otros, para él espinoso y áspero, y sobre el cual hormiguea la gente, que le conocerá de vista, porque es la gente de su barrio.

Cierra los ojos y avanza en él cuanto le permiten sus dolores y su desesperación.

El zapatero no calla, y la gente sigue mirándole. Parécele que son verdes y amarillas y tornasoladas las caras de los transeuntes; que

las piedras echan chispas bajo sus pies, y que le ha invadido las manos y el rostro un hormiguero que ya le asalta la boca, los oídos y las narices. Tose, estornuda, se limpia el sudor con el pañuelo y da fuertes golpes en la acera con el bastón, creyendo que así se oirán menos los apóstrofes y bufonadas del zapatero; pero sólo consigue poner más en evidencia sus angustias.

Algunos de los que pasan se ríen de ellas; no faltan pilluelos que se arriman al insolente y le aplauden para que diga más, y silban cuando lo ha dicho. La indignación y la vergüenza, comprimidas hasta allí por un heróico esfuerzo de la voluntad, van á estallar y á matarle; las piernas se niegan á arrastrar aquel cuerpo tan derrengado por las angustias del espíritu. No importa: preferible le parece morir de un estampido, á vivir un instante más en semejante tortura.

Felizmente, el zapatero va quedándose rezagado á medida que Gedeón se aproxima á su casa. Esto le envalentona un poco; y cuando al fin llega al portal; cuando ya puede soltar todas las válvulas de sus pulmones y todos los frenos de su lengua, sus nervios le parecen cables, y sus manos, tenazas. Se siente capaz de convertir entre ellas en jigote al mismo exterminador de los filisteos.

Desde el umbral de la puerta mira calle arriba, y ve al zapatero detenido en ella y rodeado de granujas y holgazanes.

—¡Vamos, hombre!—le vocea trémulo y como si tratara de animarle con una sonrisa que más parece gesto de agonizante,—¿por qué te quedas ahí?... Ven acá... acércate y hablaremos.

—*¡Nequanquis!*—responde el zapatero, haciendo un ademán picaresco, señal de que huele la madera desde allí.

—¡Con franqueza!

—Ya lo supongo, hijo mío... para eso soy tu padre; pero otro día será... ¡Hemos de codearnos tantas veces en la calle!... Se conoce que te gustó la platicación.

—¡Mucho!

—Pues la repetiremos, amado hijo, la repetiremos; que yo soy muy agradecido... ¡Conque hasta la primera, hermosote!

—¡Hasta un rayo que te parta, inmundo zapatero!... ¡borracho infame!... ¡holgazán inicuo!... ¡ladrón!

Y dicho esto, blandiendo el bastón y echando espumarajos por la boca, vuélvese Gedeón rugiendo al ver que el zapatero se larga calle arriba, y comienza á subir la escalera con tantas dificultades como deseos de vencerlas.

Al llegar á la puerta de su habitación, se

encuentra con el médico de marras, que baja. Hace mucho que no se han visto.

—¡Feliz hallazgo!

—¡Calle!... ¡Mi buen Doctor!

—El mismo, amigo mío... Y ¿cómo va con esa vida?

—¡Tan guapamente!

—¡Cuánto lo celebro!... ¿Es decir, que se divierte usted mucho?

—¡Muchísimo, Doctor!... ¡No puede usted imaginárselo!

—Ni lo intento, amigo mío... Basta verle á usted la cara.

—¿Tan risueña la traigo?

—Como unas castañuelas.

—Yo soy así.

—De modo que va usted llenando aquel vacío...

—Hasta los bordes, Doctor.

—Luego no hay que temer vacilaciones ya, ni arrepentimientos...

—¡Eso, jamás!

—¡Bravo, amigo mío!... y adelante con la cruz, que poco debe de pesar la de usted, según lo ufano que la lleva.

—Mucho que sí.

—Adiós, amigo mío.

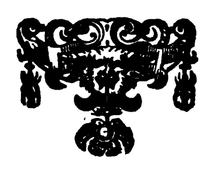
—Agur, mi buen Doctor.

Y mientras éste continúa bajando, el otro se

mete en casa, donde le esperan Merto á la puerta y Adonis en el gabinete: el uno mirándole torcido, y el otro barriendo el suelo con el rabo.

Sin fijarse en el uno ni en el otro, déjase caer en su poltrona; llama á Regla, que se presenta hosca y desabrida; mándala que le prepare la cama, unas unturas para la rodilla y una taza de tila; y mientras las dos últimas órdenes se cumplen, vase desnudando poco á poco.

—¡Y dicen que *el buey suelto bien se lame!*—exclama después que ha hecho en la mente un brevísimo resumen de sus tribulaciones de soltero.—¡Lo que se lame son las ronchas de las palizas que le cuesta su libertad!... ¡El tesón condenado me impedirá decirlo donde me oigan; pero la verdad es, pese á quien pese, que no me viera en estos trances ignominiosos y otro gallo me cantara, *si yo me hubiera casado á tiempo!*



ÚLTIMA JORNADA



I

SALDO DE CUENTAS ATRASADAS

Por más que de algunos seres privilegiados se diga que por ellos no pasan los años, los años pasan, sin que haya afeite ni fuerza de voluntad que alcancen á borrar sus huellas. Ó el cuerpo ó el alma han de gemir bajo su peso, si es que no gimen á la vez el uno y la otra. Ocioso es que la materia, oronda y esponjada todavía, aspire á los solaces de otros tiempos, si el espíritu que ha de estimularla está seco y abatido; tan ocioso como que éste, retozón y bullanguero, pretenda los deleites de la juventud si está preso y encogido en un cuerpo caduco y achacoso.

Fuerte era el de Gedeón, y bien nutrido; holgado estaba y hecho á mimos y regalos; defendióse contra el tiempo como gato uñas arriba; pero lloviéronle pesadumbres; abatiósele el

espíritu, y cayó vencida su materia mal cebada, como tronco roído por gusanos.

Aquél á quien vimos hecho una furia, combatido por tantas contrariedades en un solo día, está diez años después arrastrándose, más bien que caminando, en el último tramo de la senda que le lleva á las puertas de la eternidad.

Los achaques le invaden por todas partes; lo que antes fué reúma tolerable y catarro frecuente, es ya gota declarada y asma legítima; gasta franelas en las piernas y en el pecho, y zapatones de paño en los hinchados pies; los cambios atmosféricos le crucifican; por la noche la tos le roba el sueño; y cada vez que tose parécele que la gota le cose á puñaladas. Tiene mucha barriga, ancho pescuezo, grandes ojeras, y la mirada triste, más que triste, angustiosa y desconsolada.

Sale muy poco de casa, y cuando el aire no apaga una cerilla, y no hace frío ni calor, ni hay humedad en el suelo.

Da, con mucho trabajo, un par de vueltas en el paseo más solitario y abrigado, ó solamente llega á la tienda de la esquina, donde se sienta á oir, cuando no á insultar, á media docena de *tipos*, tertulianos impertérritos de aquélla.

Ha perdido por completo la poca afabilidad que le distinguía de todos sus *congéneres*. Aho-

ra es taciturno, irritable, áspero y hasta grosero en su trato con los demás.

Regla continúa cuidándole; pero desde que adquirió la certeza de que no es ella sola la que impera en aquel montón de ruínas, falta en sus cuidados el primor; cumple con su deber, pero no se afana como antes por anticiparse á los deseos de su amo. Antes existía cierta inteligencia misteriosa entre ambos, hasta el punto de decirse el uno:—«Esta mujer nació cortada para servirme;» mientras pensaba la otra:—«Parece este hombre nacido para mandarme.» Ahora es Gedeón, para su criada, «un amo como todos,» y Regla, para Gedeón, «una criada como las demás.»

Ya he dicho cuál es la causa de la tibieza de Regla: el desafecto de Gedeón data de la pérdida de aquellos bríos bestiales que fueron su único afán. Lo que es hijo de la carne, con la carne se va, como la luz con la mecha consumida.

También en el cuerpo de Regla han hecho mella los años transcurridos desde que no la vemos. Ya no tiene aquella morbidez de formas, ni aquellos dientes tan blancos y tan completos, ni aquella mirada insinuante con que la conocimos: dejó de ser *todavía joven*, y ha entrado en la categoría de *mujer de edad*, aunque de las que templan la pesadumbre de

esta condición con el consuelo de *bien conservada*.

Adonis vive aún en el rincón de siempre; pero debajo de una manta, encogido, jadeante y con un estertor perenne; el pelo se le cae á mechones á cada vuelta que se da en la cama; y de aquel rabo ondulante de profusas crines, sólo queda el núcleo escueto y encorvado, que ni siquiera responde con un lento balanceo á las muestras de cariño que de tarde en tarde le consagra Gedeón.

Aquel cuerpo entumecido y espirante, sólo con la presencia de Merto reviviera, como cadáver galvanizado, aunque quizá para morir más pronto. Porque Merto precipitó su vejez robándole el sosiego del espíritu y martirizándole la carne durante lo más florido de la juventud. Desde que el díscolo muchacho volvió á casa, se acabaron para el infeliz ratonero los mendrugos sabrosos y los huesos regalados; despierto de día, necesitábale para vigilar y huir de las asechanzas del enemigo; durmiendo de noche, todo su sueño era un continuo varazo y un incesante puntapié.

Es de saberse que á los pocos días de volver Merto al lado de su madre, comenzó á hacer de las suyas, aunque no en la escala en que las hizo el día de la gran batalla; pero es indudable que Adonis tenía para él un atractivo

irresistible, pues, contra todos sus propósitos, le largaba un puntapié donde quiera que se hallaba con él, si su amo no le veía. Ni los bofetones ni los castigos más duros de su madre bastaban á detenerle en esos momentos.

Dos años pasó así; dos años durante los cuales martirizó al ratonero, rompió mucha vajilla y descompuso setenta veces el reló del comedor, é hizo cincuenta mil fechorías, aparte de las que no pudo su madre ocultar á su amo.

Viéndole éste incorregible, le metió en un colegio con el doble fin de verse libre de sus travesuras y de sacar algún partido de él, si era posible. Entonces volvió Adonis á dormir tranquilo y á vivir descuidado. Pero ya venía tarde la bonanza, porque la tempestad había durado mucho. El pobre animal había pasado lo mejor de su vida sufriendo sus embates, y no había en su cuerpo un solo hueso que no hubiera servido de yunque á aquel martillo implacable. Vióse cargado de humores; acometióle una tristeza abrumadora; declaróse enfermo crónico; metióse en la cama, en la que tiritaba de frío aun en el rigor del verano, y llegó su desaliento hasta el punto de consentir que los ratones se revolcaran encima de él impunemente. Entonces dispuso Gedeón que se le cubriera con una manta, contra el parecer

de Regla, que pretendía tirarle á la calle con la barredura. Lo demás ya lo sabe el lector.

Merto en el colegio, fué como toro en plaza; vió desde el primer día un enemigo mortal en cada maestro y en cada vigilante; y comenzando por mirarlos con recelo, acabó por embestirlos. A los pocos meses fué expulsado, no sin haber dejado señales indelebles de su barbarie hasta en la cara del director, ni sin sacarlas él de las pulgas de maestros y condiscípulos, en muchos parajes de su cuerpo.

Del colegio pasó á un taller de carpintería; de éste, á una fragua; de la fragua, á una taberna, y, por último, á la cárcel. Porque ya en esto era grandullón de diez y siete años, y lo que había empezado en el colegio por cachetes y arañazos, acabó en la taberna por amagos de navajadas y por sospechas vehementísimas de robo.

Lo que esto dió que hacer y que meditar y que decir á Gedeón, y al dinero que le costó, excuso yo referirlo.

Cuando Merto se vió libre, al cabo de muchos meses de reclusión, halló cerradas todas las puertas, incluso la de su madre; y, por no volverse á la cárcel, arrimóse al primer perdido que encontró en la calle; contóle su desamparo, aceptó su consejo, y vendióse por un puñado de pesetas para soldado de Ultramar.

Por esta razón poderosísima no figura Merto *de cuerpo presente* en el inventario que hice más atrás de los personajes de la casa de Gedeón.

En cambio, en el que voy á hacer de los desengaños y las penas de éste desde que le perdimos de vista en el cuadro anterior, puede figurar como una de ellas la que se desprende del compendiadísimo relato que precede de la vida y milagros del implacable enemigo de Adonis.

La sospecha adquirida en su encuentro con Herodes á la puerta de Solita, continuó atormentándole mucho tiempo; y aunque ningún testimonio nuevo volvió á robustecerla á sus ojos, el afán de encontrarlos le llevaba á cada instante á las callejuelas de aquel barrio, y hacíale ver en cada sombra y en cada bulto al odiado enemigo, y obligábale á continuar el trato de la hija del remendón, con una frecuencia tan opuesta á sus propósitos anteriores, como extraña á los ojos de Solita; siendo de advertir, como prueba de la violencia de sus celos, que no bastaba á resistirla el horror que le causaban sus encuentros con el tío Judas, bastante repetidos, en el camino.

Para librarse de ellos sin escándalo, ideó, después del que presenciamos en el cuadro anterior, de acuerdo con Solita, triplicar la pensión que hasta allí había dado á su padre, á

condición de que éste no se le presentara jamás delante. Produjo buen resultado el acuerdo durante algunos meses; pero creciendo las necesidades del zapatero á medida que aumentaban los recursos, y calculando el sin vergüenza que más se le daría cuanto mayor fuera su insistencia en perseguir á quien lo daba, Gedeón volvió á ser asaltado en la calle muchas veces, tantas como los aumentos que hizo á la pensión. Viendo que ésta subía como la espuma, y conociendo la intención del zapatero, resolvióse á poner el caso bajo la protección de las leyes; y el tío Judas fué encerrado en la cárcel como vago.

Pero salió de ella, y volvió á las andadas, y tornó la justicia á prenderle; y en este juego pasaron dos años, torturado Gedeón entre sus celos, que le sacaban de casa, y el temor al zapatero, que le asustaba en la calle; el odio que sentía hacia Solita, y el amor propio que cada vez le arrimaba más á ella; el asco que le producía el remendón, y el dinero que le costaba verse libre de él por algunas semanas; el reúma y el catarro que iban desarrollándose en sus piernas y en su pecho, como hiedra en pared vieja, y el zumbar en su cerebro, sin tregua ni descanso, de aquella tempestad de desencantos y remordimientos, cada día más deshecha.

En uno de ellos quiso lanzarse á la calle antes que la visitara el sol, porque durante la noche no había podido conseguir un instante de reposo. Judas, borracho como un cuero, le había *acompañado* á casa por la tarde, y la medida de su sufrimiento se colmó. Acostóse sin cenar, y la cama le pareció un tormento. La tos le ahogaba, y el recuerdo del infame descamisado, poniéndole nervioso, se la estimulaba. En cuanto vió un rayo de luz penetrar por la vidriera del balcón, vistióse y se lanzó á la calle á respirar el aire libre.

Al extremo de ella había un grupo de cuatro personas que contemplaban un bulto tendido en el suelo. Acercóse á contemplarle también. Aquel bulto era el cadáver de Judas. ¡Jamás le pareció la muerte más justiciera, ni la calle más ancha, ni el aire más puro!

—Es un borracho—le dijo un hombre de los del grupo,—que dormía á la intemperie la mayor parte del año. Sin duda el frío de la noche le ha matado.

—Ó la justicia de Dios,—contestó Gedeón disimulando mal su alegría, continuando su paseo y complaciéndose con pueril afán en irse por los sitios que más frecuentaba el zapatero cuando le perseguía.

Un año después de este suceso, hallóse con el Doctor en la calle.

—Me alegro mucho de encontrarle á usted —díjole éste—tan á tiempo y tan á mano. Seis meses hace que no nos vemos.

—En efecto—respondió Gedeón.—¿Y por qué dice usted que me halla muy á tiempo?

—Porque mañana quizá sea tarde para proponerle á usted lo que voy á proponerle ahora.

—Pues usted dirá, Doctor.

—Quiero que suba usted conmigo á ver á un enfermo en esa casa de enfrente.

—¡Yo! ¿Por ventura soy médico sin saberlo?

—¿Y por precisión han de ser médicos cuantos hombres visiten á un enfermo?

—Es que no atino...

—Ya atinará usted después. ¡Vamos arriba!

Colgóse el Doctor de su brazo sin hacer caso de sus protestas, é introdújole en el portal de enfrente. Llegaron al tercer piso; abrió el Doctor la puerta sin llamar; atravesaron el vestíbulo y luégo un pasadizo, todo á media luz, silencioso y mal barrido, y entraron en un gabinete contiguo á la sala. Abrió el Doctor un postigo de la vidriera del balcón, y á la luz que se derramó por la estancia vió Gedeón en el fondo de ella un lecho, á cuya cabecera estaba sentado uno de esos ángeles de la caridad que la religión católica ha hecho brotar del polvo de la tierra con el nombre de *Siervas de María*.

—¿Qué tal, hermana?—preguntóla el Doctor.

—Muy postrado desde anoche,—respondió la Sierva.

Acercóse el médico al lecho, é hizo señas á Gedeón para que se acercara también. Gedeón, que estaba tiritando desde que entró en la estancia y vió aquel cuadro lúgubre, porque su alma no estaba acostumbrada á semejantes impresiones, obedeció fascinado y se aproximó al lecho.

Bajo sus ropas se notaba el bulto de una persona, y sobre las almohadas se veía una cabeza, cuya cara, vuelta á la pared, tenía la mitad, hacia el cuello, cubierta con vendajes. Sus ojos entreabiertos lanzaban una mirada yerta y vidriosa, que iba á clavarse en un Crucifijo colocado de intento en la pared. Diríase que aquel cuerpo no respiraba, si no se vieran los movimientos de la ropa marcando las anhelantes inspiraciones de su pecho.

—Mírele usted bien,—dijo el Doctor á Gedeón.

Este buscó, á los pies de la cama, un punto desde el cual pudiera ver lo que verse podía de la cara del enfermo; pero no le conoció: parecióle aquella cara la de todos los cadáveres que él había visto.

El Doctor, en tanto, hacía algunas experiencias para cerciorarse del estado mental del paciente.

—Es ya un tronco—dijo.—Que no tarden en administrarle el último Sacramento.

—Debe de llegar dentro de un instante el sacerdote con ese objeto,—respondió la hermana.

Dispuso el médico lo que juzgó de su deber; y, despidiéndose de la Sierva, salió de la habitación después de invitar á su amigo á que hiciera otro tanto.

Nada podía ordenar á Gedeón que más le complaciera. Se sofocaba en aquella atmósfera infecta, y le atormentaba la contemplación de tan triste espectáculo.

Cuando los dos estuvieron en la calle, dijo el médico:

—*Eso* que usted ha visto en el lecho, fué un hombre egoísta. Jamás latió su corazón á impulsos de un sentimiento honrado, ni su lengua se movió más que para difamar al género humano. «Esposa» é «hijos» eran, en su concepto, la expresión condensada de todas las esclavitudes, de todas las ignominias y de todos los estorbos. Resuelto á vivir sin ellos y para sí propio, maldijo de la familia y huyó de todo cuanto se le parecía, como se huye de la peste. Mientras fué robusto, tuvo quien le complaciera, porque pagaba con largueza sus caprichos; pero un día le atacó una enfermedad tan grave como repugnante, y sus sirvientes le abandonaron después de saquearle la casa. En

ella hubiera muerto como tigre en su caverna, si la caridad de Dios no anduviera por la tierra detrás del egoísmo de los hombres.

—¿Y qué enfermedad le acometió?—preguntó al médico Gedeón, presa de un sobresalto que pudiera creerse supersticioso, si lo que de nuestro personaje sabemos no nos permitiera creer que bien podía temblar de miedo.

—Un cáncer en la lengua,—respondió el médico.

—¿Y eso le mata?

—«Por do más pecado había.»

—¡Casualidad extraña!

—¡Ó providencial castigo!

—¿Lo cree usted así?

—Yo nunca dudo, amigo mío, de la justicia divina.

—¿Y tan abandonado dice usted que se ha visto?

—De todos menos de Dios. Ya vió usted un ángel á la cabecera de su cama cuidando de su cuerpo; pues otro, en forma de sacerdote, cuida de su alma.

—¡Buena estaría su alma también!

—Sin noción alguna de su destino dentro de aquel cuerpo miserable.

—¿Y tan á obscuras seguirá hasta que de su cárcel se desprenda?

—No tal, amigo mío. El alma volvió á la

luz, y el egoísta empedernido empleó las últimas palabras que pudo pronunciar su lengua para jurar ante Dios que aceptaba su soledad y sus tormentos como castigo justo de su pecado. Después acá, lo que no ha podido decir su boca en testimonio de su conversión, lo han dicho sus ojos, que, mientras han estado abiertos, no se han separado un instante de aquel Crucifijo que usted vió colgado en la pared.

—Más vale así, Doctor. Pero todavía no me ha dicho usted por qué tuvo empeño en que yo visitara á ese enfermo.

—Túvele suponiendo que se alegraría usted de despedirse de él antes de que se muera; porque, sin un milagro de Dios, se muere hoy indefectiblemente.

—¿Y qué puede importarme á mí la muerte de ese desgraciado?

—Siempre interesa la marcha de un amigo á un viaje tan largo.

—¡De un amigo!

—Por de usted le tuve siempre.

—¿Quién es, entonces? ¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre verdadero: la gente le conocía con el de *Herodes*.

—¡Santa Bárbara!





II

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Dos días bastaron á Gedeón para salir del aturdimiento que le produjeron la visita que hizo á su amigo espirante, y la noticia que le dió de su muerte el Doctor aquella misma noche. ¡Herodes! el hombre que más le había empujado á él hacia el abismo en que se hallaba; el azote del hogar, la sátira de la familia, el prototipo de los *bueyes sueltos*, espirando en brazos de la caridad, abandonado de los hombres, devorado su cuerpo por un cáncer y su alma por los remordimientos! ¡Qué lección para él si desde muy atrás no se hallara convencido de que ese es el fin lógico y merecido de cuantos se colocan, por su propio gusto, fuera de la ley!

Pero había en la muerte de Herodes un lado asaz risueño para Gedeón; y por este lado se apresuró á considerarla: el pavoroso problema

de sus celos estaba resuelto ya del mejor modo posible: el fantasma que le quitaba el sueño, ya no existía.

Pensando así, en el acto se sintió capaz de no volver á acercarse á Solita. ¡Hasta se atrevió á soñar en nuevas aventuras, para borrar por completo de su memoria el recuerdo de aquella infeliz que tanto le había hecho padecer en su vanidad y en su soberbia!

Pero bien pronto, asomándose su razón al cristal del espejo, supo decirle:—¿Adónde vas, iluso, con esa panza grosera, y esa calva refulgente, y esa sobarba con pliegues, y ese reuma que te balda, y esa tos que te ahoga? ¿Quién ha de escuchar tus ternezas, que no las tome á risa, ni quién podrá aceptarlas que no tosa más que tú?

¡Olvidar á Solita cuando estaba amarrado á su recuerdo con una cadena más!

¡Pensar en nuevos amoríos cuando no puede ya con los calzones, y las penas y los desengaños le han hecho renegar de todo su pasado!

El único bien que le produjo la muerte de Herodes fué el poder vivir menos intranquilo con respecto á Solita. Entera confianza no la tuvo jamás en ella, y hasta me atrevo á creer que, no por otra razón, cuando él se vió con las piernas entumecidas por la gota, llevó á

Solita á vivir al centro de la población, y no muy lejos de su casa. Disculpaba Gedeón esta medida diciendo que, pues había pasado Solita fuera de la ciudad tantos años, y muerto su padre que, vivo, hubiera publicado lo contrario, bien podía aparecer en ella como viuda forastera. Yo tengo para mí que trataba de ponerla al alcance de su corto andar.

El hecho es que así la puso, y que á duras penas la visitaba una vez cada mes, de noche y con grandes precauciones.

En cada una de estas visitas la entregaba el dinero necesario para sus gastos, y para *lo demás* que andaba por el mundo y era causa de que cada entrevista terminara con un escándalo, exigiendo la una y resistiendo el otro.

—¡Déjame siquiera acercarme á tu casa cuando tú no puedas llegar á la mía!—clamaba ella después de pintarle los riesgos en que la ponía el método á que la sujetaba él.

—¡Nunca!—respondía Gedeón inexorable.

—¿Y qué *hemos* de comer cuando tus achaques no te dejen salir de la cama?

—¡Moríos de hambre! ¡Ojalá fuera mañana!

—¡Fiera! ¡Maldita sea la hora en que te conocí!

—¡Eso digo yo todos los días del momento en que te hallé á mi paso!

—¿Quién es la infame que te obliga á ser tan bárbaro?

—¡Mi corazón que te detesta!

Así, ó por el estilo, concluían las entrevistas *amorosas* de Gedeón y de Solita.

Ya para entonces había ésta perdido hasta las huellas de lo que fué en mejores tiempos. Lacia, escurrida, angulosa, desdentada, á medio encanecer y medio calva, no podía hallarse una figura menos á propósito que la suya para mover á un hombre, del temple que había tenido Gedeón, á cumplir con los deberes que á cada instante arrojaba ella á la cara del solterón atribulado.

Sin el recelo de que algún perdido de buen estómago se regodeara con lo que á él le costaba tanto dinero, ni aun la visita mensual la dedicara, y mucho menos rondara su casa, como la rondaba algunas veces, con el pretexto de darse un paseo por las calles.

De ese modo iban corriendo los años para Gedeón desde la muerte de Herodes.

Más de dos habían pasado sin que viera, ni de lejos, á Anás y á Caifás, y uno bien cumplido desde que supo que habían andado á bastonazos en medio de la Plaza Mayor, cuando la casualidad le puso delante de Caifás.

Parecióle éste muy envejecido, triste y caído de cerviz.

Saludáronse como dos mastines, más bien gruñendo que hablando; y maquinalmente llegó Gedeón á preguntar á su viejo camarada por Anás.

—¡No me hables de ese cerdo!—exclamó trémulo de ira Caifás.

—Efectivamente... No me acordaba de que habíais tenido un disgusto: perdona la distracción.

—¡Si no me lo quitan entonces de las manos!...

—Más vale que te le quitaran.

—¡Yo digo que no, porque debí matarle allí!

—¿Tan grave fué el motivo de la riña?

—Gravísimo. Disputamos primeramente sobre si eran mejor las cintas que los botones para sujetar los calzoncillos encima de las medias...

—¡Por eso nada más?

—Y por lo otro, Gedeón; por lo otro que teníamos en el cuerpo desde muy atrás. Lo de los calzoncillos fué la mecha que prendió la pólvora.

—Entonces no digo nada.

—¡Pues yo te digo á tí que ese hombre es un sin vergüenza!

—Lo será si te empeñas.

—Y tú debieras decir otro tanto, sabiendo cómo vive.

—Te juro que no lo sé.

—Pues debieras saberlo.

—Jamás lo he intentado; y cree que me iré á la sepultura en mi ignorancia, si tú no me sacas de ella.

—Ya sabes que es muy avaro y le da por decir á todo el mundo que él no se casa porque cree que nadie, ni los hijos, tienen derecho al caudal de su padre. Pues bueno: cuando á *tí* te decía eso mismo, aconsejándote que no te casaras, vivía de posada en casa de una buena moza, mujer de un sargento de carabineros: el cual sargento pasaba de cada tres semanas, una al lado de su mujer, porque estuvo de punto muchos años cerca de la ciudad. Esta mujer fué teniendo familia, hasta tres hijos, y consiguió hacer creer á ese bestia que los chicos se le parecían, á medida que iban naciendo; y le obligaba á pasearlos, y á dormirlos, ¡y hasta limpiarlos!... En fin, hombre, y pásmate: le exigió que hiciera testamento á favor de ellos, porque estaba en ese deber.

—A eso ya se resistiría.

—Como si callara: amenazóle la pícara con decírselo *todo* al sargento; él es un cobardón, y además se le caía la baba delante de aquella prole, como si fuera suya, y testó, Gedeón, ¡testó como quería la carabinera!

—¡Qué me cuentas?

—La verdad, la verdad pura; y ahí le tienes hoy viviendo en la misma casa; dejándose llamar *padrino* por tres hombrachones ya casados, que comen á sus expensas; manteniendo al sargento que se licenció, y aguantando la tiranía brutal de aquella mujer sin educación, sin entrañas y sin vergüenza... Porque yo te garantizo ¿lo entiendes? yo te garantizo que no la tiene.

—¿Y sospecha él que tú puedes garantizarlo?

—Témome que sí.

—Entonces ya voy cayendo en la cuenta de los palos.

—Témome que no del todo... Como yo le dije un día, muchos años há, cuando me vino con indirectas, á causa de sus recelos y aprensiones: —«Pedazo de bruto, mientras vivas como vives, ¿que derecho tienes tú para quejarte? Bueno que cada hombre tenga los líos que le dé la gana; pero que los tenga con decencia y con cierto decoro... ¿Por qué no haces lo que Gedeón?...»

—¿Eso le dijiste?

—Eso le dije.

—¿Y con qué derecho?

—Me parece que diciendo la verdad...

—¡Yo no tengo líos, ni los he tenido nunca!

—¡Oiga! Parece que te amoscas...

—Y me amosco con razón.

—Pues ya que tan por lo alto lo tomas, sábe-

te que lo que entonces sospechaba yo por ciertos indicios, se hizo público años después por boca de tu ilustre padre político.

—¡Falso!

—*Hijo* te llamaba él en calles y plazuelas... Todo el barrio lo sabe.

—¡Mientes!

—¡Gedeón!...

—Y no te rompo la crisma, porque necesito el bastón para sostenerme de pie...

—Eso te salva de que no casque yo el mío encima de tus costillas, ¡grosero!

—¡Calumniador!... Si yo no te hubiera conocido nunca... ¡otro gallo me cantara!

Así acabó aquel encuentro, cuando ya empezaba la gente á formar corrillo alrededor de los dos *amigos*.

El grandísimo disgusto que produjo á Gedeón lo que Caifás le dijo acerca de sus *ocultos* enredos, no le quitó el deseo de saber algo sobre la vida del mismo Caifás, deseo nacido de las primeras palabras de éste al encontrarse con él. Si también este juez de su antiguo pleito había prevaricado, ¡morrocotudo tribunal fué aquél *de los tres* que le sentenció! Para averiguar ese algo, ninguna fuente como el mismo Anás, primero amigo y después enemigo feroz de quien tan ferozmente acababa de biografiarle á él.

Buscóle con cachaza, y le halló al cabo, también en medio de la calle, como se había propuesto Gedeón para no darle que sospechar buscándole en su casa.

También le pareció su antiguo consejero muy acabado, y, además, mal vestido y poco limpio.

A las pocas palabras, después de un saludo frío y desaliñado, Gedeón le preguntó por Caifás.

—¡Mal rayo le parta!—gritó Anás transformando su sombrío decaimiento en furor salvaje.

—Perdóname, hombre: no me acordaba ya de que habías tenido un disgusto.

—Si la gente no se interpone, le destrozo, y libro á la humanidad de ese infame.

—Entonces, más vale que se interpusiera la gente.

—¡Yo digo que no, porque debí hacerle polvo!

—Según eso, fué muy grave el motivo de la querella.

—No valía dos cominos, Gedeón; pero había mucha pólvora en mi cuerpo, y esa futesa la inflamó.

—De lamentar es el caso, de todas maneras.

—¡Ese hombre es una bestia, Gedeón, y además un canalla!

—Será si tú lo dices; pero como no estoy en antecedentes...

—Pues qué, ¿no sabes cómo vive?

—Ni he intentado saberlo... Como no me trato con nadie...

—Recordarás que esa fiera siempre fué tan vehemente como celoso, y que por no fiarse de ninguna mujer, detesta del matrimonio y de los que le contraen. Pues bueno: puso casa muchos años hace, y tomó un ama bien parecida. La muy lagarta conoció pronto de qué pie cojeaba el animal de su amo, y se complacía en dar pábulo á sus accesos bestiales para tener el gusto, contrariándole, de verle pidiéndola misericordia. En uno de estos trances, impúsole la condición de casarse con ella, después de dotarla rumbosamente.

Resistióse el bruto á lo del matrimonio, aunque asintió á lo de la dote; pero la astuta supo aguardar ocasión conveniente, y al fin convino el asno en la otra cláusula también, aunque á condición de que el casamiento fuera secreto. Hízose así con todas las garantías legales exigidas por la serpiente; y ahí le tienes desde entonces devorando en silencio cuantas afrentas puede una mujer echar á la cara de un hombre.

—Y ¿por qué las aguanta?

—Porque le amenaza ella con publicar el casamiento.

—¿Y estás seguro de que le afrenta esa mujer?

—Te lo garantizo, ¿lo entiendes bien? te lo garantizo yo.

—¿Y sabe él que puedes tú garantizarlo?

—Lo sospecha, como de tantos otros.

—¿Quiere decir que por eso fueron los palos?

—Por eso unos pocos, y otros tantos por ciertas demasías suyas.—«Pero pedazo de bruto,» le dije yo en una ocasión, hablándome él de esas aprensiones, «¿basta que se le meta á un hombre una majadería en la cabeza para que sin ton ni son vaya á dar un escándalo en la vecindad? Bueno que vigiles y quieras conservar tu puesto, pero con decoro; porque figúrate que te equivocas... Y por último, antes de dar contra los amigos, echa de casa á los extraños;» porque créelo, Gedeón, ¡esa infame se los pone á la mesa con él, á título de amigos y de parientes!... ¡y el sin vergüenza lo sufre! ¿Quieres más?

—¡No es poco que digamos!

—Y también le dije: ¿á que no daba un paso como ese nuestro amigo Gedeón?

—¡Yo! Y ¿por qué había de darle?

—Gajes del oficio son los motivos de esa clase.

—Yo no sé qué oficio es ese, ni conozco esos motivos...

—Vamos, Gedeón, echemos tierra á los motivos; pero en cuanto al oficio...

—¿Qué quieres decir con eso de «echar tierra?» ¿A qué aludes?

—¿Por qué te quemas?

—Porque me insultas.

—¿Porque te digo que tienes líos tapados?

—¡Yo no tengo líos tapados ni descubiertos!

—Como cada hijo de vecino.

—¡Falso!

—¡Gedeón!

—¡Te repito que yo no tengo líos!

—Pues cuéntaselo á tu augusto suegro que los publicaba. ¡Lástima que ya no viva!

—¿Y á ese entierro aludías antes?

—¡Ó á otro, canastos!

—¿A cuál, víbora, á cuál?... ¡dilo!

—¡No me da la gana, soberbio!

—¡Yo haría que te diera, si tuviera los miembros sanos!

—¿Qué harías entonces?

—Molerte á bastonazos.

—Ya tendrías tú media docena de ellos encima de tu alma si no mirara...

—¡Difamador!

—¡Hipócrita!

—¡Bárbaro!

También esta entrevista acabó rodeada de transeuntes y hasta silbada de granujas.

No sé á punto fijo cuánto profundizó en el espíritu de Gedeón el que éste juzgó dardo lanzado á su pecho por Anás desde la sepultura de Herodes; pero me consta que al encerrarse en su cuarto, exclamó, poniendo todo su corazón en sus palabras:

—¡Señor, entre qué gentes he pasado lo mejor de mi vida!

Después volvió á encerrarse en su concha; y ningún acontecimiento notable alteró la triste monotonía de su existencia, hasta el instante en que se le presento á mis lectores al comenzar la historia de esta tercera y última jornada de su vida.

Pero heme referido allí únicamente al aspecto exterior de nuestro personaje; y ahora necesito decir dos palabras acerca de sus interioridades.

Mientras á un enfermo le dura la fiebre, no cabe en la cama y sueña que es emperador que manda ejércitos, y que ni la muerte se atreve contra él; pero pasa el acceso, y sus brazos, antes de acero, truécanse en débiles cañas; la luz vence á sus ojos, y el más blando lecho parécele dura roca para descanso de su cuerpo aniquilado: la razón, ya en su quicio, no le alumbra quimeras, sino la verdad de su estado y lo que le falta para llegar á ser un cuerpo sano como los demás.

Lo mismo le ha sucedido á Gedeón. Mientras le duró la fiebre de las pasiones groseras sostenidas por el vigor de su naturaleza y estimuladas por el veneno de su educación, ya sabemos lo que fué; pero asaltáronle plagas, llovíéronle ¡pesadumbres y desengaños; y á medida que el cuerpo fué cayendo, fué su espíritu levantándose. Cada ilusión apagada en su fantasía, renació como luz en su razón; y cada flaqueza vencida en su materia, rompió un eslabón de la cadena de su alma. Así llegó ésta á enseñorearse de aquel cuerpo, cuando el cuerpo no fué más que una carga de dolores.

Ya no hay brumas ante la mirada de Gedeón; y desde la alteza de sus desdichas, todo lo ve claro; ya no duda que de los senderos que tuvo delante de los ojos al dar el primer paso de la vida, eligió el peor creyendo lo contrario; y también ve, para su tormento, que ya no es hora de retroceder para buscar otro más placentero. Á sus pies está el abismo, y en él caerá con su cruz de tristezas, y allí será crucificado por el verdugo de sus remordimientos.

Para otros la luz y los consuelos; para él, la obscuridad y el desamparo.





III

LOS VECINOS DE GEDEÓN

Sucédele muy de continuo á nuestro personaje lo que al envidioso: todo se le vuelve fijarse en lo que él no posee y tienen los que pasan á su lado.

Con el cuerpo hundido en el sillón de su gabinete, y en el pecho la barbilla, deja correr las horas, perdida la imaginación en investigaciones que le seducen y en cálculos que le fascinan.

«Lo que soy, lo que he sido y lo que pude ser.»

Éstos son los tres puntos sobre los cuales divaga su fantasía años há, y el único tema de las meditaciones que le entretienen.

En la ocasión en que ahora le hallamos, con el cuarto á media luz, la atmósfera saturada de olores de *bálsamo tranquilo*, sin otro rumor que altere aquel silencio sepulcral que le ro-

dea que el crónico estertor del ratonero que dormita debajo de la manta, por un lógico y no largo encadenamiento de ideas que acaso arranca de aquel cuadro mustio y desconsolador, vase con la mente á examinar el que ofrece cada familia de las que habitan aquella misma casa, y le son bien conocidas.

Vive en el cabrete del portal el matrimonio de que dimos cuenta más atrás; el cual matrimonio tiene un hijo de veinte años, que gana en una carpintería un jornal de dos pesetas. Al mediodía y por la noche, los tres se reúnen, y comen y cenan *en familia.* Alguna vez que otra, asoma entre ellos la discordia; pero lo ordinario es que reine la paz y hasta la alegría en aquel hogar angosto y miserable.

En el segundo piso habita un abogado de *cierta edad*, esposo de una mujer bella, padres ambos de tres niños. Rara es la semana en que el médico no tenga que visitar á alguno de éstos. Mientras dura la enfermedad, no se oye una mosca en la casa; pero, en cambio, tan pronto como el enfermo se restablece, aquello es una pajarera.—«¡Hijo mío, yo te como á besos!... ¡Toma, toma... toma!... ¡Válgame el Señor, qué gitana de criatura!... ¿Qué quieres tú, resaladísima?... ¿Que te haga un nene con el pañuelo?... Tómale, prenda. Á ver cómo le cantas: ¡oba, oba, oba!... Duérmele tú, more-

na... ¡Ajá!... ¡Bendito sea Dios, si no parece que los ángeles enseñan á esta chiquilla tanta monada!—¿Tienes celos tú, renacuajo mío? ¡Ay, qué pucheros hace el muy remonísimo!... No, pimpollo de la casa, que te quiero también á tí... Ven acá, hijo mío, á este otro brazo, junto á tu hermanita. Así... dale tú un beso, pichona. ¡Bien! Dale tú otro á ella, gitano... ¡Eso es! ¿Ve usted cómo se quieren los niños?... Ven tú ahora, cachorrón, y abraza á tus hermanitos... aprieta más... así... Ahora, yo un beso á cada uno... ¡Toma, toma, y toma... que valéis un imperio entre los tres!»

Tales son los entretenimientos de aquella madre, siempre que sus faenas domésticas la dejan un rato libre.

En cuanto al padre, trabaja en su bufete largas horas; pero nunca le falta una para dedicársela á sus hijos, jugando con ellos como si fuera un niño más en la casa; y si algún cliente no le ha sorprendido, como el embajador español á Enrique IV, haciendo de la estancia picadero, puesto en cuatro pies y llevando montado en sus espaldas á un chiquillo, hale hallado muchas veces con la carga encima de los hombros, á modo de San Cristóbal.

Á pesar de tan *prosáicos* pormenores, la casa está limpia como el oro, la mujer es hasta elegante, el marido no es *raro* y se cree feliz, y

los niños no rompen la vasija ni comen las sopas á puñados. Para eso está la madre que se lo prohibe, como todo lo malo, y les amenaza con el enojo de Papá-Dios, y hasta con la venida de Pateta y del Cancón, si es necesario; y los inocentes se conforman con mirar á hurtadillas los *santos* de algún libro, con ver lo que hay dentro del estuche de costura de su madre, alguna vez que ésta le deja abierto, y con jugar á los soldados con el bastón y un chaleco viejo de su padre, ó á los cocheros, con cuatro sillas del comedor y las disciplinas de sacudir la ropa.

Vive en el piso tercero, si padecer es vivir, un coronel retirado á quien la gota y algunas reliquias de la guerra tienen postrado en el lecho la mayor parte del año, y el resto encogido en un sillón. Para asistirle y consolarle y sufrirle con la heróica resignación de una hermana de la Caridad, está constantemente á su lado su hija, joven y bella, aunque su belleza tiene no escasa semejanza con las flores sin sol. Un hermano de ésta ayuda á levantar las cargas del hogar, desempeñando un empleo que no le produce tanto lucro como sudores. Cuando los tres se hallan juntos á ciertas horas del día y casi todas las de la noche, el afán de los hijos se consagra á endulzar las amarguras del inválido, cuya paciencia no es tan

grande como el amor y la gratitud que siente hacia aquellos pedazos de su corazón.

En el piso cuarto habita un matrimonio que demuestra no ocuparse ni pensar en otra cosa que en reñir cruda batalla con la muerte, que tiempo há reclama la vida del único fruto que le han dado veinticinco años de unión pacífica y armoniosa. Rico el marido y no pobre la mujer, cuanto los dos reúnen, y sus vidas además, dieran sin vacilaciones por devolver el color de las rosas y los bríos de la juventud á la faz macilenta y al cuerpo entumecido y descarnado de aquel sér á quien una lenta, pero invencible consunción, va acercando al borde del sepulcro. Para aquellos padres el día no tiene sol, ni la noche descanso: sus almas están en el cuerpo de aquel hijo que padece y se acaba, sin que poder humano alcance á conjurar tal desventura. Algunas veces un pobre sacerdote, sentado á la cabecera del enfermo, le alivia los dolores del cuerpo con sabias advertencias para el alma, dando á la vez grato consuelo á los que ninguno esperan de los halagos del mundo cuando de él falte quien tan próximo se halla á las puertas de la eternidad.

Por último, habita la buhardilla una costurera que sostiene con su trabajo á su madre anciana y viuda, y á un hermano memo. Aunque no cesa de trabajar, y lo que gana cada veinti-

cuatro horas puede meterse en un dedal, esta criatura canta de día y canta de noche, hasta en las horas que roba al sueño y al descanso.

Hecha esta mental exploración por su vecindad, Gedeón, que nunca olvida las lecciones del Doctor, juzga que aquella casa es un remedo del mundo. Hay en ella un poco de todo: diversidad de caracteres, de caudales, de infortunios y de alegrías.

Hay padres que trabajan y se sacrifican por sus hijos; hijos que trabajan y se sacrifican por sus padres; hermanos que cuidan de sus hermanos; padres é hijos que mutuamente se auxilian y conllevan. En una ó en otra forma, siempre hay un sér identificado con otro sér; un sentimiento honrado respondiendo á otro sentimiento, ó inclinando el corazón á trocar por los dolores ajenos las propias alegrías; vidas que se reflejan en otras vidas y en ellas se funden y se gozan, como la luz, y las flores, y el rocío; conjunto maravilloso de colores, de aromas y de frescura; ambientes embalsamados que regala el valle á la montaña, en pago de la brisa, de la lluvia y del amparo que la montaña presta al valle; misteriosa cadena de afectos que elevando el alma sobre las miserias de la tierra, convierte los dolores y la abnegación y el heroísmo en necesario y grato deber.

—¡Esto es la familia!—piensa Gedeón, in-

terrumpiendo sus exploraciones;—algo que se siente, se ve y no se explica; algo que se encuentra en todas partes... menos en mi casa y en los libros que yo he devorado. Esto lo que en ella me llamaba en otros tiempos, y lo que yo no quería oir; esto lo que me recomendaba el Doctor como remedio de todos mis males... ¡Qué necio, qué fatuo, qué estúpido he sido!

Volviendo otra vez con la mente á la vecindad, ¡cuán rebajado se encuentra comparándose con ella!

Cuantos seres la componen tienen un destino que cumplir, ó le han cumplido ya; parecen venidos al mundo con un fin benéfico y para ocupar un puesto que les estaba señalado, y son como rueda de artefacto, que, por pequeña que sea, colocada entre otras, ayuda al movimiento á la vez que le recibe.

Todos aquellos vecinos pueden abrir sus puertas y mostrar al público sus hogares, porque nada hay en éstos que no sea útil, lícito y honrado.

Pero él... ¡cielo santo! En su casa el desamparo, el silencio, la soledad, la desconfianza, el misterio, el engaño; en su corazón, el odio á quien debiera amar y poner sobre su cabeza; en su conciencia, el remordimiento y el desencanto de los vicios.

¡Pero en cambio es *libre!*... ¡Qué mofa!...

¿De qué le sirve la libertad? Si le faltara aquel dinero, por amor al cual halla quien le dé de comer y le guarde la casa, ¿quién se acercaría á ella, ni con paciencia aguantara sus desabrimientos, hijos de sus amarguras y dolores? ¿Á quién arrancará una lágrima su muerte?

No hay duda: él solo es en aquella vecindad, reflejo del mundo, la rueda inútil, y por inútil arrojada al basurero; allí irá hundiéndose poco á poco, comida por la roña y azotada por los vientos y la lluvia, mientras la van formando una corona digna de su tumba de inmundicias y de escombros, las zarzas y las ortigas.





IV

CASTILLOS EN EL AIRE

PUES supongamos ahora — continúa llevando sus meditaciones á otra región de más luz y de mejor aire, — que yo me hubiera casado á tiempo. Podría haberme cabido en suerte algo de lo malo que hay en la vecindad, es cierto, pero ¿y qué? Lo peor de ello ¿no es mucho mejor que lo que yo poseo? Más probable es que tuviera un poco de cada cosa: hoy una pena, mañana una alegría, ahora un dolor, más tarde un placer... Tal es el mundo, y tal la humanidad; porque no puede ser de otra manera... Pero el conjunto de todos estos dulces y de estos amargos, de estos goces y de estas pesadumbres; el no sé qué que lo envuelve y rodea, y lo da color y luz y vida; eso que un pintor llamaría *ambiente de la familia*, y otros, con mejor acuerdo, el *reflejo de Dios;* eso que

no se disipa con ninguna pena, ni se adquiere con ningún dinero, ni se sustituye con nada, pero que existe en todas las familias, ¿por qué no había de existir en la mía? ¡Si me parece que lo ven mis ojos y lo palpan mis manos!... Y no es extraño: soy de los necios que viéndose ahitos, arrojaron las provisiones por la ventana, sin hacerse cargo de que se quedaban con el hambre, aunque dormida y acallada. Ahora se despierta la mía y se entretiene en pintar manjares... como ella sabe pintárselos á quien no los puede saborear.

Pero vaya una suposición racional, aplicable á este momento de mi vida.

Si yo me hubiera casado á tiempo, mi mujer estaría ahora á mi lado... Tendría, próximamente, cincuenta años: quince menos que yo; pero bien conservada, afable... hasta fresca y rozagante. Y digo que se hallaría á mi lado, porque estoy achacoso; y para entretenerme y consolarme, me daría conversación. Hablaríamos de cuando fuimos jóvenes y de las inocentadas que nos decíamos cuando novios. Pareceríanos imposible que entonces nos conformáramos con aquel amor vehemente y apasionado que luégo vimos trocarse, para dicha mutua, en otro afecto más apacible y desinteresado, y á la vez más profundo, cordial y permanente, como si nuestras vidas se hubiesen

compenetrado, ó fuéramos *ella* y yo dos cuerpos con un alma sola...

Pero á cierta edad deben entretener poco estas metafísicas. De ellas habríamos hablado en ocasión oportuna... Lo seguro es que en la presente estaríamos tratando de nuestros hijos, ó acompañados de alguno de ellos.

El mayor sería ya... ¡bah!... ¡yo lo creo! oficial de artillería... Aunque, bien mirado, no me agradan mucho los militares. Siempre están lejos de sus familias, y se expone uno á perder algo de su cariño. Después la guerra. ¡Es tan fácil que una bala, un pedacito de plomo como un guisante, arrebate en un segundo una vida llená de alegrías y de esperanzas! Verdad es que así se cumple con un deber sagrado, porque se muere por la patria... ¡Pero vaya usted á decirle al corazón de un padre que se consuele con eso, cuando llora la pérdida de un pedazo suyo!... ¡Cómo debe de sentirse la muerte de un hijo!... Por eso no es conveniente exponerlos mucho... Por otra parte, como el nuestro sería buen mozo, por la vanidad de verle lucir el uniforme... ¡qué sé yo! se me figura á mí que hubiéramos consentido en que se hiciera militar... Nada: resueltamente lo sería.

Habría recibido yo carta suya avisándome en ella que le destinaban, por ejemplo... á Se-

villa. Sevilla es una gran ciudad, en la cual no puede vivir mi hijo, que pertenece á un cuerpo tan distinguido como el de artillería, como en Segovia ó en Santoña. Tendrá su uniforme estropeado, si no viejo; necesitará hacerse otro nuevo, y acomodarse en buena posada; estar, en fin, como debe estar un joven de sus condiciones: bien vestido y bien alojado. ¿Qué menos? Nada de eso me diría él en la carta, porque, como prudente, sabe que su padre con media palabra entiende á sus hijos; el caso es que yo trataría de enviarle dinero. Sobre el cuánto, consultaría con su madre. Pero, ¿qué sabe una pobre señora de su casa lo que necesita un caballero oficial del real cuerpo de artillería? Por eso me dirá que con dos mil reales tiene nuestro hijo hasta de sobra; pero yo, que sé lo que cuesta, ó debe costar, un uniforme como el suyo, con tanto ringorrango de oro fino, y lo caros que andan los guantes de primera y el tabaco regular, sin que su madre lo sepa le mando cuatro mil: la mitad para el uniforme, y el resto... ¡qué diablo!... el resto para dos mil cosas que pueden ocurrírsele á un buen mozo, caballero oficial del real cuerpo de artillería. ¿Le he de decir yo también en qué lo ha de gastar? Lo que sí le diré, que aquella cantidad se la enviamos su madre y yo: dos mil reales cada uno; pero que no la diga nada

cuando la escriba, porque quiere ella guardar el secreto. Creo yo que de este modo agradecerá él más el supuesto regalo de su madre, y la tendrá más presente y hasta la querrá más, si cabe; y queriéndola él así, le querré yo también mucho más. ¡Como si fuera poco lo que le quiero!...

Despachado así el asunto del militar, empezaríamos con el abogado, el menor de nuestros hijos varones. Ese estaría preparándose para graduarse de doctor. Pero ¡qué tunante!: sabiendo que con esas cosas se le cae la baba á su padre, me ha dedicado el discurso... El de licenciado se le delicó á su madre, que le tiene encuadernado con lujo y le guarda entre sus más estimados libros de devoción. Y ¿qué he de hacer yo sabiendo, como sé, que es un chico que se ha lucido en toda la carrera?... Pero no: se habrá graduado ya, y yo habré leído su discurso, ¡bien charlado!... No se lo diría así; pero le tiraría de la lengua é iría metiéndole en materia para oirle... Le habría regalado un reló de oro con su cifra. ¡Qué demonio de chico! ¡Cómo él se despacha en círculos y tertulias! Lo mismo dirige un rigodón que diserta sobre el Digesto. Por de contado, fumará delante de mí. Siempre me ha parecido una ridiculez ese rigor de los padres con el vicio menos indecente de la humanidad. Bueno

que cuando son niños no fumen, por muchas razones; pero después, ¿por qué no han de fumar si les gusta?... ¡Cuánto me entretiene con sus humoradas y espontaneidades de muchacho! ¡Cómo anima y revuelve á toda la familia en los muchos ratos que pasa con ella! Cuando falta él de la mesa, parece que la comida está sin sazonar... También hace coplas, pero buenas; no de esas vulgaridades que escriben todos los jóvenes entre tontos é inocentes. Por de pronto, se ejercita en la profesión con un abogado de nota, que me ha dicho en confianza que antes de dos años valdrá el pasante más que él. ¡Si me pondría yo hueco al oir tal elogio! De todas maneras, este chico será el que se encargue de todos mis asuntos en los últimos años de mi vida, y el que á mi muerte ocupe mi puesto al frente de la familia; porque nada de esto se opone á que se case en tiempo oportuno con una mujer digna de él. ¡Antes muerto que solterón! Por eso me tiene siempre con cuidado el artillero. Temo que, como á otros muchos de su profesión, se le pase lo mejor de la vida mariposeando; y cuando quiera fijarse definitivamente, no pueda ya con las bragas y tenga que morir solo y desesperado.

Pero el ojo derecho mío... (no lo podría remediar) sería nuestra hija. ¡Qué cálculos ha-

ríamos sobre ella su madre y yo! Veinte años tendría, y como otros tantos soles que la hermosearan. Ahí enfrente, en la sala, habría un piano; y en ocasiones como ésta, en que el tedio... (el tedio no, porque no conocería yo esa dolencia) ó el peso de mis achaques me entristeciera, tocaría ella las piezas de música que más me gustaran á mí... Me animaría después á salir de casa; haría que la acompañara á dar un paseo por las afueras, y yo iría hecho un bobo entre ella y su madre; y más de dos jovenzuelos pasarían á su lado haciéndose los buenos mozos... Esto me cargaría bastante, porque me haría pensar en el día en que otros deberes que los de hija me la arrebataran de casa. ¡Mire usted que es dura y terrible para un padre esta ley de la naturaleza! Y no hay modo de eludirla. Cierto es que el deseo de verlas felices, y hasta la idea, á menudo equivocada, de que casando á una hija se adquiere un hijo más, debe de animar mucho en esos trances tan serios; pero así y todo, yo no me daría prisa por casarla. De esto precisamente hablaría yo ahora con su madre; y cuando ella pasara por ahí enfrente ó se asomara á la puerta para hacernos alguna pregunta, cambiaríamos de conversación... Yo tendría pañuelos bordados por ella; y de obras de sus manos estaría llena la casa; y las interioridades de ésta co-

rrerían ya de su cuenta, para descanso y satisfacción de su madre.

¡Pues y cuándo el artillero estuviera en casa con licencia? *¡Toda la familia reunida* entonces! ¡Qué cenas, qué comidas, qué sobremesas! ¡Dios mío, aquello sería el colmo de la felicidad! ¡Qué me importarían á mí entonces el reúma, ni la tos... ni todos los dolores juntos del cuerpo? El militar referiría sus aventuras *lícitas* del oficio; el abogado sus travesuras de universidad; uno y otro elegirían las más ingeniosas para regocijo de su hermana y deleite de su madre; y en cuanto á mí, ¡cielo santo! solamente sabiendo lo que ahora padezco se podría calcular lo que entonces gozaría. ¡Qué vejez aquélla! ¡Cuán diferente de esta vejez! En tan placentera compañía, ¡con qué valor debe de mirarse cómo avanzan hacia uno, disfrazados de *achaques de la vida*, estos mensajeros de la muerte!... Dicen que para morir con ánimo sereno son un estorbo los hijos y la familia. ¡Qué error! Sin ella todo es tristeza y dudas y desaliento; y con estos males por escolta, podrá morir un hombre desesperado; pero sereno y valeroso... ¡nunca!

Tras estas cavilaciones, y después de permanecer Gedeón largo rato saboreándolas, alza la cabeza, y vuelve á reflejarse en su fisonomía aquella burla de otros tiempos, que era la

salsa de sus meditaciones sobre parecido tema.

—¡Qué demonio!—torna á pensar;—¡lo que somos los hombres! Cuando yo era joven, me pasaba las horas muertas haciendo castillos sobre las voluptuosidades matrimoniales; ahora, que soy viejo, los hago como un tonto sobre lo que entonces me parecían miserias de la vida conyugal. ¿Estaré tan equivocado ahora como lo estuve en aquel tiempo?... ¡No, no, no y no! Por de pronto, aquello me inflamaba la sangre; era fuego que corría por mis venas; huracán que me arrastraba lejos de todo deber, y me ponía fuera de la comunión humana.

Esto es como bálsamo que se derrama en mi corazón y purifica y refrigera todo mi sér; brazo misterioso que se enlaza con el mío, y, sacándome de la sima tenebrosa, me acerca á los demás hombres, y hasta parece que me eleva hacia Dios... No cabe duda, ¡hasta por egoísmo debí yo haberme casado á tiempo!... ¡He sido un bestia! ¡mil veces sandio! ¡un millón de veces estúpido!





V

LA POESÍA DE UN SOLTERÓN

EGLA!... ¡Regla!

—¡Señor!

—¿Dónde mil demonios estás metida?

—¿Cuántas veces me ha llamado usted?

—Más de mil.

—No han llegado á tres.

—Tanto me da.

—Pero no es lo mismo.

—¡No me repliques!

—Cuando se dice lo que no es...

—¿Te rebelas?

—Me disculpo como debo.

—Tu deber es complacerme, y nada más.

—Eso he hecho siempre.

—¡Pero no lo haces ya!

—¡Así paga el diablo á quien mejor le sirve!

—¡Regla... no me provoques!

—Si usted no me maltratara...

—Yo no maltrato á nadie. Yo no hago más que padecer y pudrirme, y acabarme aquí, solo y abandonado.

—¿Para qué me llamaba usted, señor?

—Para que me traigas los chirimbolos.

Sale Regla; y mientras vuelve, Gedeón se desciñe la bata, dejando al descubierto sus piernas liadas y reliadas en lienzos y franelas, desde la punta del pie hasta medio muslo.

Aparece Regla de nuevo en el gabinete con media docena de frascos en una bandeja, y con enormes rollos de vendajes limpios debajo del brazo.

Arrodíllase á los pies de su amo, apoyados sobre un taburete; coloca en el suelo los frascos y los vendajes, y comienza á soltar las ataduras de los que Gedeón tiene puestos.

—¡Con tiento, Regla!... ¡con mucho tiento, por Dios, cuando llegues á la rodilla! Una mosca que la roce con las alas, me hace ver las estrellas...

—No tenga usted cuidado.

—¿No, eh?... Si tú lo pasaras, condenada... ¡Poco á poco... poco á poco! Así... ¡Ay!...

—¡Si no le he tocado á usted!

—No importa: el miedo solamente me hace tiritar. Arrolla esa tira para dar la vuelta por debajo de la corva. Bueno. Ahora sin miedo

hasta los pies... ¡Alto! arrolla toda la venda suelta.

—Saque usted el pie más afuera...

—Allí va... ¡Cosa más rara que esta dolencia!... Me permite andar, aunque con trabajos, y el peso de una hormiga la irrita y ensoberbece... ¿Acabaste con la venda? Ahora la franela... ¡Eche usted tira! El diablo me lleve si no hay para alfombrar con ella la escalera... ¿Qué tal encuentras la rodilla?

—Algo más deshinchada me parece...

—Eso me dices todos los días... ¡Cuidado ahora con el pie!...

—Levántele usted un poco... Un poco más... Ya está.

—¿Cómo le hallas?

—Lo mismo.

—Pues á mí se me figura que cada vez se van dislocando más los dedos... Parecen garfios, ¿no es verdad, Regla?... Vamos ahora á preparar la batería de los betunes... No los confundas, ¿eh? Éste es para los pies; éste para el pecho; éste para las rodillas; éste para mezclarle con este otro...

—Ya sé yo mejor que usted para qué es cada uno.

—¡Dios ponga tiento en tus manos!

Hechos los necesarios preparativos, comienza Regla á destapar frascos, á mezclar las pes-

tilencias de uno con las hediondeces de otro sobre la palma de su mano izquierda, y á frotar con las dos, con toda la suavidad posible, las partes doloridas de Gedeón, que á cada instante grita y reniega y maldice, ya porque Regla aprieta más de lo conveniente, ó porque teme que así lo haga. Después envuelve la pierna en franelas, y las franelas en lienzo, sin que dejen de oirse los propios conjuros y las mismas interjecciones del paciente.

—¿Acabaste con ésta?

—En cuanto anude las cintas... Ya están.

—Pues vamos ahora con la otra... Pero recoge antes toda esa trapajería, ó ponla donde yo no la vea... ¡Qué peste más endemoniada!... Parece castigo de Dios, ¿no es verdad?

—¿Por qué, señor?

—¡Mucho cuidado ahí!... ¡Mira que tengo que ver en esta guisa! Cuando yo era joven, me burlaba de los maridos que pudieran verse precisados á hacer con sus mujeres algo de lo que tú haces ahora conmigo... ¡No aprietes tanto!... ¡Como si yo fuera de otra materia más fuerte y asegurada de achaques! ¡Como si solamente las mujeres casadas tuvieran humores y necesitaran untos y cataplasmas!... Cada vez me convenzo más de que entre un joven abandonado á sus propias inclinaciones y una bestia, no hay dos pulgadas de distancia... Dele

usted cuerda á sus pasiones; satisfágale usted sus apetitos; téngale usted gordo y retozón, y ya cree poseerlo todo y asegurada su vida de penas y dolores... Está mejor esta pierna que la otra. ¿No te parece á tí?

—Allá se van.

—¡Vaya un consuelo de tripas!...

—Pues si es la verdad...

—¡Ó no lo es!... Y aunque lo sea, no debe decirse de ese modo...

—¿De qué modo lo he dicho yo?

—Como lo has dicho. ¡Ea! no me rompas la cabeza.

—Jesús me dé paciencia, ¡qué genio!

—¡Quisiera yo ver en mi situación al hombre de más cachaza!

—Pero yo no le tengo á usted la culpa de sus trabajos...

—¡No aprietes tanto ahí, recondenadísima!

—¡Si llevo la mano al aire, señor!

—Al aire te echaría yo de un puntapié, si pudiera dártele.

—Muchas gracias... Pero crea usted que, sin puntapié y todo, habría pocas personas capaces de hacer con paciencia todos los días esto que yo estoy haciendo...

—¡Espera un poco, no untes más!... ¡retira la mano! ¡Ay, qué dolor más terrible!... ¡parece que me exprimen los huesos en una prensa!...

¡Ufff... qué barbaridad!... Debo de tener la cara como luz de pajuela.

—Algo pálida está... ¿quiere usted un poco de agua?...

—No... Ya se va pasando... Estos dolores son así, cortos, pero buenos... Sigue ahora la operación, y dispensa los disparates que haya dicho contra tí. ¿He dicho alguno?

—No ha dejado usted de decirlos...

—No me extraña; porque cuando me ataca el dolor, me pongo fuera de mí, y no sé lo que digo.

—Gracias á eso no los tomo yo muy á pechos.

—Vamos á ver, y ¿qué harías si á pechos los tomaras?

—Ya puede usted presumirlo.

—¿Es decir que serías capaz de abandonarme?...

—Póngase usted en mi caso.

—¡Ingrata! No correría yo tales riesgos si me hubiera casado á tiempo.

—¿Tan mal le ha ido á usted conmigo?

—¿Y de qué me serviría cuanto por mí has hecho, si en lo más apurado de la vida me abandonabas? ¡Las mujeres propias no hacen eso, Regla!

—También tienen otros privilegios que no tengo yo... y otro porvenir...

—Ya pareció aquello. ¿Temes que te falte el pan algún día?

—Mientras tenga los miembros sanos, no; pero bien pudiera suceder.

—¿Por tan desalmado me tienes?

—Cayéndose usted de generoso, puedo quedarme á puertas mañana.

—Eso es decir que temes que yo me muera de repente.

—Ó por sus pasos contados; pero como la voluntad de usted no consta más que en sus palabras...

—Ya te tengo dicho lo que pienso hacer para que mi voluntad sea conocida y respetada.

—Pero, entre tanto, puedo morirme yo, y ese hijo que anda por esos mundos, sabe Dios cómo, no recogerá de su madre ni las tristes soldadas que tiene ganadas en más de quince años, sirviéndole á usted.

—Luego ¿desconfías de mí?

—No, señor; pero, á decir verdad, quisiera tener bien arreglada esa cuenta, por lo que pudiera tronar.

—Lo que tú temes es que yo truenè á la hora menos pensada... no me andes con andróminas; y lo que debes hacer es pedirme lo que te debo; ir á darte buena vida con ello, y dejarme á mí solo y abandonado, pudriéndome en este rincón...

—Yo no pretendo semejante cosa.

—¡No me pasaran á mí estos lances si yo me hubiera casado á tiempo!

—¡Otra vez el casorio! Y ¿por qué no se casó usted?

—¡Porque fuí un mentecato, como tantos otros!

—Todavía puede usted hacerlo.

—¡Tendría que ver!

—No creo que se opusiera nadie.

—¡Ahí me duele!

—¿En lo que le digo á usted?

—¡En la rodilla, chapucera!... ¡Pasa con cuidado la venda!... Y ¿quién se había de oponer á que yo me casara todavía, si se me antojara?

—Pues eso decía yo... ¡Cuántos á la edad de usted tienen compromisos viejos!...

—Yo no tengo compromisos, Regla; yo soy libre como el humo, como el aire. Puedo hacer lo que me acomode de mi cuerpo y de mi caudal. ¿Lo entiendes?

—No lo dudo, señor.

—Es que á mí no me vengas con pullas, porque las tengo yo para tí y para todo el universo, ¡zambomba!... ¿Acabaste?

—Sí, señor.

—Pues al pecho ahora... A bien que, para lo que adelanto con la untura... ¡Qué toser

anoche! ¡En vilo me la pasé toda! Tú, en cambio, dormirías como una marmota.

—Como usted no me llamó...

—¡Bien hecho! ¡ahógate ahí, consúmete y púdrete solo, vejancón miserable! ¡Consuélate si quieres con el acompañamiento que hace á tus quejidos el asma del ratonero!...

—Á esa bestia la voy á tirar yo por la ventana...

—Pues en seguida vas tú tras ella.

—Pero ¿no ve usted que está hecha un asco, y que apesta toda la habitación?

—Esa no es cuenta tuya... No me manches la bata con ese menjurge... Ese pobre perro ha sido el compañero fiel de mis tristezas, y tiene derecho á mis cuidados... y á los tuyos también, Regla, ya que me haces hablar.

—¡Para él estaba!

—¡No seas ingrata, Regla!

—Más me debe él á mí, que le traje á casa.

—También es cierto; y volvamos la hoja... Colócame la franela de modo que no me queden arrugas... Eso es... Abróchame la almilla...

—Ya está usted despachado por hoy... digo, hasta la noche.

—Tráeme ahora una camisa limpia.

—¿Va usted á salir?

—¿Qué tal está el día?

—Regular.

—¿Hace viento?

—No, señor.

—¿Hay humedad?

—Tampoco.

—Entonces saldré un rato, aunque sea para sentarme en la tienda de la esquina, mientras tú ventilas la habitación, que buena falta le hace.

Dicho esto, recoge Regla frascos y trapajos sucios, y sale del gabinete, en el cual queda Gedeón haciendo pinitos y probaduras de paseo, ora arrugando la cara y apretando los dientes, ora soltando un reniego, ora admirándose del volumen que presentan sus piernas con tantos envoltorios y ataduras.

Después se viste con ímprobos trabajos unos pantalones descomunales y se lava las manos y la cara, no sin bautizar el agua con tres ó cuatro esencias de botica.

Por último, vuelve Regla trayéndole una camisola limpia, y le calza los entrapajados pies con holgados zapatones de flexible paño.

Puesta ya la camisa limpia, hácele Regla el lazo en la corbata; ayúdale á vestirse un chaleco de punto inglés; sobre éste, otro de paño; sobre éste una levita, y sobre la levita, un gabán; pone en sus manos el bastón y el sombrero; cerciórase de que no le faltan pañuelo en el bolsillo ni cigarros en la petaca; y sale, de-

jando abiertas todas las puertas, por las cuales va pasando, hasta la de la escalera, junto á la que aguarda á su amo cruzada de brazos.

Antes de salir Gedeón de su gabinete, levanta con el regatón de su cachava la manta, bajo la cual dormita y ronca Adonis. El achacoso ratonero abre los ojos; y sin mover la cabeza, vuélvelos á su amo, como si quisiera darle las gracias por su cortesía, ó decirle: «¡Buen par de alhajas estamos!»

Gedeón le contempla un instante, vuelve á cubrirle con el bastón; y, bien apoyado en él, sale renqueando hacia la escalera, murmurando para sus envolturas:

—No sé quién de los dos largará primero la pelleja; pero el diablo me lleve si no estoy yo en el mundo tan de sobra como tú. ¡Tan llorada ha de ser tu muerte como la mía!





VI

LA TIENDA DE LA ESQUINA

Regéntala, como dueño de ella, un buen hombre que jamás se enfada ni se apresura.

Vive de lo que vende, que es tanto como decir que vive de milagro; pues allí nunca se vende nada, y siempre se ven, en tablas y escaparates, los mismos objetos, descoloridos y ajados por el tiempo; siendo muy de notar, como fenómeno curioso, que rara vez un comprador pide cosa que en la tienda exista, pero que debiera existir, á juzgar por la índole de las mercancías que están á la vista, y con las cuales cree el tendero, sin duda alguna, que hay hasta de sobra para satisfacer todos los antojos del público.

Así se dan muy á menudo casos como el siguiente:

—¿Tiene usted tachuelas?—pregunta un marchante acercándose al empolvado mostrador.

—¿Tachuelas?—repite el tendero poniéndose á meditar.—*Precisamente* tachuelas, no; pero tengo otra cosa que puede convenirle á usted más.

—¿Clavillos, quizá?

—No, señor: clavos romanos.

—¿Y qué es eso?

—Hombre, clavos romanos... son éstos. Vea usted, para sujetar las cortinas y formar pabellones. Un palmo tienen de cabeza, ¡qué hermosos!

—¡Pero si yo quiero tachuelas!

—Pues de eso no tengo ahora.

Y así hasta el infinito.

Alguna vez, muy rara, hay en la tienda lo que pide el comprador; pero precisamente en tales casos se halla el tendero entretenido en oir lo que cuentan ó discuten sus tertulianos; y por no perder una sílaba del relato ó de la disputa,

—¡No tengo!—responde con desabrimiento y sin volver la cara.

Por eso digo yo que no sé *cómo* vive este buen hombre, que sólo vive *de lo que vende*.

En esta tienda hay tertulia al mediodía y después del paseo por la tarde; en verano, has-

ta que cierra la noche, y en invierno, hasta que se cierra la tienda.

Una banqueta derrengada, dos banquillos de cabretón y una silla achacosa, sirven para sentarse los tertulianos entre los dos huecos de la fachada.

Componen la tertulia, comunmente:

Un señor pequeñito, septuagenario ya, pero muy conservado, limpio y risueño. Guarda, como una reliquia que piensa legar á sus herederos, si el Estado no solicita la preferencia, el *Diario* de su larga vida, comenzando en el instante mismo en que supo escribir de corrido. Todos los años, al solemnizar él el cumplimiento de uno más, reúne en su mesa las cuatro generaciones que de él arrancan, y por remate del banquete les lee de punta á cabo el curioso mamotreto.

En concepto del autor, hay en sus folios grandes enseñanzas para todas las edades de la vida. Allí constan los sudores del entonces impúber, para aprender de memoria el «*peritus*, sabio, *juris*,» bajo la férula sangrienta de un dómine inhumano; allí los seis maravedís que le daba su padre cada domingo, si durante la semana anterior no había habido azotina en el aula; allí los dos reales y medio que le asignaron de jornal, después de tres años de méritos, en la casa de comercio en que se colo-

có y pasó cuarenta años de su vida, sin haber rebasado jamás de veinticuatro reales cada día *laborable;* allí los zapatos que le compraban, y si eran de lienzo ó de vaqueta; allí los vestidos que estrenaba, y el día en que por primera vez se puso calzoncillos; allí el efecto que causaba y la revolución que producía en el pueblo cada moda nueva; allí, entre mil prolijidades de su vida social y privada, los fríos notables, las nevadas de más duración, las lluvias más copiosas, la legión inglesa, la biografía de Bonnet; y si su amigo Pedro se casó, y con quién, y con qué dote; si falleció el *notable* señor don Pedro, y cuántos curas asistieron á sus funerales, y hasta la lista nominal de los *particulares* que le acompañaron al cementerio.

Con este cronicón en la memoria y esparcido por ella otro tanto más, excuso decir cuál es el papel que desempeña este apreciable sujeto en la tertulia. Fechas dudosas, casos *análogos*, estadística antigua... Sobre todo esto y mucho más que salte en la conversación, se abalanza para resolverlo, comentarlo y diluirlo.

Apóyale en todos sus asertos y comentarios, con la muletilla de «¡mucho que sí!,» un joven de medio siglo, que tapa la sesera, *tanquam tábula rasa*, con dos pabellones de pelo engomado que ha podido conservar en los respec-

tivos parietales. Tiene este amable sujeto la inocente manía de conocer íntima y particularmente á cada personaje político, militar ó científico que en la conversación salga á cuento. Según él, todos los ministros, en cuanto llegan á serlo, le ofrecen honores y destinos, y todas las chicas guapas le quieren y le miman. Por lo demás, es sumamente risueño y complaciente, y no tiene pizca de sentido común.

Forma contraste con él un indianete que alardea de no creer en Dios, porque estuvo seis días en los Estados Unidos; y anda tan escaso de caudal como de ganas de gastarle. Siempre, y aunque no venga á peso, tiene estas frases en los labios, entre las hebras de un cigarro infame del estanco:

—¡Como á mí me pidieran dinero prestado, á puñaladas había de contestar al muy sinvergüenza!

Y es fama que á puñalada limpia ganó él lo que tiene.

Deben citarse también, aunque no describirsé, dos especieros retirados que arman entre sí muchas camorras, porque ambos toman por lo serio los discursos de las Cortes, que leen en *La Correspondencia;* siendo el uno impertérrito esparterista, y el otro clerical denodado.

Pero la salsa de aquel condumio es un don

Acisclo Berruguete, que ha resuelto el problema de vivir de señor con cinco reales y medio al día. Y verán ustedes cómo. En el barrio más sucio de la población, y en la calle más miserable del barrio, y en la casa más fementida de la calle, tiene alquilada una cama en el cuarto más infame de la casa, lujo que le cuesta dos reales diarios. La misma pupilera le da un potaje al mediodía, por catorce cuartos; y por tres, una taza de cascarilla por la mañana. Con el real y medio que le queda, compra pan, y fuma y ahorra para luz é imprevistos.

Explicaremos este milagro. Come una libra al día, que le cuesta cinco cuartos y medio; pero temiendo que con las provisiones á la vista se le deslizasen los dientes, compraba media para la comida y otra media para cenar y desayunarse. Esta ventaja indudable tuvo un inconveniente de gravedad para él, porque costando cada media libra dos cuartos y medio, *más* un maravedí, y siendo imaginaria esta moneda, el panadero habría de cobrarle tres cuartos, es decir, un maravedí más de lo justo: de modo que le saldría la libra á seis cuartos. El caso era de meditarse, y don Acisclo meditó larga y reposadamente, y venció al cabo la dificultad, comprando él mismo el pan á un panadero conocido, y pagando, con la segunda media libra, la primera que se llevaba fiada. Así vivió al-

gunos meses; pero advirtió la trampa el panadero, y obligó á don Acisclo á pagar al contado. Lo propio le sucedió en cuantas panaderías fué recorriendo, hasta que se vió precisado á comprar la libra entera y á poner á prueba las tentaciones de su apetito. No se ha dado todavía el caso de que sus dientes se claven en la media libra de reserva después de haber molido la otra media; pero el peligro no más de la caída, le trae desazonado y en perpetua meditación.

De los seis cuartos y medio que le quedan, invierte dos, cada tres días, en higos pasos, con un par de los cuales y un cuarterón de pan, cena, añadiendo, de vez en cuando, algo que rebaña en las mesas de los cafés, mientras, de intento, da conversación á los conocidos que las ocupan.

Un tabernero de la calle le hace media docena de velillas de sebo pestilente, por un real, con las cuales tiene para alumbrarse medio año; porque es de saber que no gasta luz más que para orientarse en su cuarto, al entrar en él para meterse en la cama. Todo lo demás lo hace á obscuras. No fuma tabaco si no lo araña en petaca ajena; fuma todo lo que arda envuelto en un papel, y huela, aunque huela á demonios. Por eso, tan pronto fuma laurel seco, como yerbaluisa, como anís silvestre, como

menta de perro... lo que abunde en la mies cercana ó en el bardal más próximo.

De este modo, ahorra cinco ó seis reales cada mes; y entonces se permite echar una cana al aire con media docena de amigos, acompañándolos á comer *de campo*.

Ya sabe él, por la experiencia, lo que aquel regodeo cuesta por barba; y como las suyas no alcanzan tan allá como las otras, al llegar la comida á los potajes,—«¡raya!»—dice al tabernero,—«y venga la cuenta.» Y paga los dos ó tres reales que le corresponden por lo consumido hasta allí; sin impedirle esto, que mientras sus compañeros toman el indispensable estofado, ó el infalible arroz con leche, pellizque de lo uno y de lo otro, so pretexto de que está duro, ó parece soso á la vista, y sin importarle un bledo que le pongan de gorrón y pegote que no hay por dónde cogerle.

Quédanos por explicar el misterio del vestido.—¿Con qué se viste?—preguntará el lector.—Con nada; porque uno de los grandes problemas que ha sabido resolver este prodigio de la economía, es el del *vestido eterno*.

Cuando dejó el empleo de conserje ó de no sé qué, que desempeñó mucho tiempo en un establecimiento de enseñanza, después de separar de sus ahorros lo necesario para crearse una renta de cinco reales y medio, se vistió de

pies á cabeza, tan completamente como quien no piensa volver á hacerlo en toda su vida. Hízose, por de pronto, un gabán-saco de dos caras: una parda y otra escocesa; dobles pantalones, dos pares de botas, dos chalecos y un sombrero de copa alta. Medias no las gastó nunca; y en cuanto á ropa interior... precisamente es esta ropa la especialidad del especialísimo don Acisclo Berruguete. Siendo conserje del mencionado establecimiento, engalanóse éste, en una ocasión de festejos patrióticos, con banderas y gallardetes en cada hueco de sus fachadas; y como los huecos eran muchos, las banderas no tenían número. Pasaron las fiestas y con ellas el entusiasmo; y no quedando de éste ni el necesario para pagar á un granuja por que descolgara las banderas, diéronselas á don Acisclo por el trabajo de descolgarlas. Desde entonces (y cuenta que esto sucedió cuando la Mayoría de doña Isabel II) gasta don Acisclo camisas y calzoncillos de percalina con los colores nacionales, aunque con la precaución de hacer la pechera y el cuello de las primeras con las tiras blancas, ó azules pálidas, que sirvieron de gallardetes. Por eso dicen que es todo lo que hay que ver, ver á don Acisclo en ropas menores.

Las botas.—¿Quién sabe lo que puede durar un par de ellas, no mojándolas ni manchán-



dolas, ni paseándolas mucho? Después, unas puntadas á tiempo; al año, medias suelas y tapas; al otro, el remiendito en la grieta; al otro, la puntera...

Es incalculable lo que dura así el calzado, cuando el que le usa es cuidadoso y ahorrativo; y don Acisclo compró dos pares en sus buenos tiempos. ¡Figúrese el lector si necesitará más en los días de su vida!

El gabán.—Del primer tirón le gastó diez años por la cara parda, y lleva servidos más de seis por la escocesa. Por supuesto que allí todo es hilaza ya; pero como cubre, aprovecha como el mejor, y seguirá aprovechando á don Acisclo hasta que le sirva de mortaja.

Con los primeros pantalones que desechó á los seis años, repara las debilidades traseras de los otros; único sitio por donde éstos flaquean á menudo, sin que importen un bledo las remontas y los costurones, pues con objeto de taparlos llega el gabán más abajo de las corvas.

El sombrero es la única prenda que no pudo pasar, en buen estado, del tiempo usual y corriente; pero cuando otro mortal cualquiera le hubiera arrojado á la calle por descolorido, ajado y alicaído, inventó el ingenioso don Acisclo una untura con la cual le volvió á la vida más duro que una peña. Todavía le gas-

ta, y con ánimo de seguir gastándole hasta que se muera. Mucho brillo tiene, eso sí, y á todo se parece menos al de la seda; pero es impermeable, hasta el extremo de que ni los rayos parten aquella cúpula atrevida.

Tal es don Acisclo Berruguete, el tertuliano más importante, aunque no sea el más *curioso*, de *la tienda de la esquina.*

Qué placer halla Gedeón en la compañía de éste y de los demás tertulianos descritos, no es fácil saberlo. Pero es evidente que desde algunos años atrás, no falta un solo día á la tertulia, si la salud le permite salir de casa.

También es cierto que sólo toma parte en los insulsos debates que allí se sustentan, para llamar *cabra* á don Acisclo; *melones* á los especieros; *estúpido* al indianete; *simple* al joven de medio siglo; *momia* al septuagenario, y *alcornoque* al amo de la tienda.

Y como estas flores las echa con el ceño fruncido y la voz retumbante, sin meterse en más honduras ni razonamientos, recíbenlas los floreados á título de *cosas de don Gedeón*, y danle el puesto de preferencia en la tertulia.

Ocúpale él con la conciencia de que le merece; y siempre le abandona con el propósito de no volver á meterse entre aquella «reata de bestias.» Pero vuelve.

Acaso le mueve á ello una necesidad de su

temperamento, que se desahoga llenando de improperios á la reata aquélla; acaso la fuerza misma de su aburrimiento le hace dar por las paredes; acaso es su destino que se cumple así... Lo que el lector quiera. El hecho es que Gedeón no falta nunca á la tertulia de la tienda, y que todos los Gedeones que yo conozco de la misma edad que el de esta historia, tienen por único recreo otra tienda por el estilo para reñir con el lucero del alba que se presente, servir de estorbo á los marchantes y ocasionar la ruína del tendero; sin que, en rigor de verdad, puedan decir que, al precio de tanto mal como han causado, se han divertido una vez siquiera.





VII

LA VANGUARDIA DE LA MUERTE

Así las cosas, ó porque el invierno se anticipa, ó porque es húmedo, ó porque... ¡vayan ustedes á averiguarlo! un día la gota se encrespa, hácese río caudaloso; y subiendo, subiendo desde la punta de los pies, llega hasta las puertas del estómago de Gedeón; con lo cual el asma, como si temiera ver inundada su vivienda, échase pecho arriba y comienza á bregar en las estrecheces de la garganta, buscando más ancho espacio y un aire que ya no encuentra en aquellas profundidades.

Gedeón, por ende, no sale de casa, y empieza á echársele de menos en la tienda y en los paseos que frecuentaba. En la tienda, á los pocos días; en los paseos, á los dos meses.

—*Debe* de estar enfermo,—dicen sus contertulios una vez sola, sin mostrar otro interés por

su vida, ni cansarse en enviar un triste recado á su casa.

—Hombre, ¿qué habrá sido de ese señor gordo que tomaba el sol en este banco todos los días?—pregunta un observador en el paseo. —Hace más de dos meses que falta de aquí.

—¿Qué señor?—se le responde.

—Pues uno de estas señas y de las otras.

—¡Ah! Don Gedeón... Creo que está hecho una carraca. Ya no sale de casa... si es que no se ha muerto...

—¡Para la falta que hace en el mundo!...

Tal es el responso que ordinariamente reza el vulgo por los hombres como nuestro personaje.

Como á los muros ruinosos y á los árboles viejos, se les echa de menos, no por lo que valían, sino por el sol que quitaban y el espacio que, al desaparecer, dejan libre y desembarazado.

Entre tanto, el infeliz no halla momento de reposo, por más que le busca en holgado sillón ó en mullido lecho. Del uno al otro pasa á cada hora, forjándole el deseo posturas que, al tomarlas, son prensas que más le oprimen y extreman en su cuerpo los dolores y las ansias.

Así pasa el día, y después viene la noche. ¡Qué noche, gran Dios! Jurara en su febril

desasosiego, que los muebles bailan; que las figuras de adorno disputan y pelean; que la mortecina luz, reverberando en opaca porcelana, refleja en puertas y paredes danzas de demonios y de brujas; y que oye hasta el ruido crepitante de sus miembros descarnados, y las carcajadas de sus bocas desgarradas y burlonas. Parécele el cuarto un cementerio, y su cama una tumba abierta, en cuyo fondo yace su propio cadáver, pero cadáver que siente y recuerda; porque por un fenómeno producido por la índole de sus tormentos, todo lo ha perdido menos la sensibilidad y la memoria.

Con ella recorre el dilatado campo de su vida; y por más que cierra los ojos y los oprime con sus manos, una luz vivísima, que á la vez le abrasa, le pone de manifiesto todo el sendero recorrido. Pero aquel campo es una estepa, en que ni huellas quedan de su paso. Allí todo es desolación y muerte. Tras él no viene nadie, porque nada deja en aquel árido desierto que preste abrigo y sombra al caminante. Por allí no pasan sino los pocos insensatos como él, que van huyendo.

Y cuando el sol reaparece, y la fiebre y los dolores le dejan sosegado unos instantes, abre los ojos y mira en su derredor. ¡Qué cuadro! Cerca de su lecho, la inmunda bestia, siendo, con su estertor continuo, reló de su agonía, y

á la vez, con su presencia en aquel sitio, testimonio abominable de los mal colocados afectos del iluso; en otro rincón, la mercenaria Regla dormitando; Regla, cuyo cariño sigue las oscilaciones de sus dádivas y las alternativas de sus promesas; en sí mismo, los dolores del cuerpo y los gritos de la conciencia que le acusa.

El cansancio le rinde al cabo, y va á reposar durmiendo. ¡Vana esperanza! Regla, que parecía dormitar, meditaba también. Meditaba que su amo podía morirse en uno de aquellos paroxismos; que ella había pasado muchos años sirviéndole; que por esto, y quizá por algo más, tenía derecho á una buena recompensa, y que estaba á punto de perderla, porque el moribundo no había hecho disposición alguna en debida forma, que así lo declarase; y sabía también que desde que su amo se había agravado, todos los días preguntaba por él al portero una mujer sospechosa. Este indicio la excusaba, en su concepto, de toda consideración con el enfermo.

Mientras le ve luchar con el delirio de la fiebre, limítase á observarle, y ¡sabe Dios lo que entonces pasa por sus mientes! Pero en cuanto le ve dueño de su razón y sosegado, se levanta de la silla en que velaba, y se acerca de puntillas al lecho.

—¡Señor!—dice al oído del enfermo, con hipócrita suavidad.

—¿Quién me llama?—balbuce Gedeón, cuyos párpados empiezan á cerrar el sueño.

—Yo... Regla...

—¡Maldita seas, que me robas el único consuelo que me queda!

—Yo no creí... Como es hora de tomar la medicina...

—Déjame... ¡vete!

—Además, tenía que hablarle á usted...

—¿Tienes sueño que ofrecerme?... Pues si no le tienes, déjame... ¡yo no ansío más que dormir!

—También hay otras cosas en qué pensar...

—¡Déjame!

—¡Y muy sagradas!

—¡Vete!

—Me parece que estoy en mi derecho...

Y Regla, al hablar así, comienza á sollozar.

Tal es la necesidad de descanso que tiene el desgraciado, que, á pesar de la cruel insistencia de Regla, vuelve el sueño á apoderarse de él.

Al verle dormido, vacila la criada entre el temor de empeorar su causa enfureciendo á su amo despertándole, y el recelo de que se muera sin testar en el primer acceso que le acometa.

En esto, aparece en la sala, atropellándolo todo, una mujer, cubierta la cara con el velo de su mantilla. Pregunta por el enfermo á Regla, y ésta se le muestra maquinalmente con la mano, desde la puerta del gabinete.

Penetra en él la desconocida, y avanza hasta la cabecera de la cama.

—¡Gedeón! ¡Gedeón!—dice en voz no muy alta, pero anhelosa, al oído de éste.

—¡Otra vez, infame, inicua?... ¡Otra vez me despiertas?—responde á los pocos instantes Gedeón, entre angustiado y colérico.

Regla, que ha seguido con la vista azorada á la entremetida, cuando la oye llamar á su amo con tanta familiaridad, saca chispas con los dientes y lanza saetas por los ojos.

—¡Soy yo, Gedeón!—continúa diciendo la encubierta.—¡Mírame!

Y recoge el velo sobre su cabeza, dejando al descubierto la faz rechupada y angulosa de Solita.

El enfermo hunde su cabeza en la almohada, como si tratara de hacerse más invisible, para dormir impunemente.

—¿No me conoces?—añade Solita sacudiendo los hombros de Gedeón.

—¡Ya la justicia de Dios no tiene rayos para matarte?—grita iracundo y trémulo el infeliz, al verse tratado con tal inclemencia.

—Pero ¿no ve usted que descansa?—ruge entonces Regla, dirigiéndose á Solita con la indignación pintada en su semblante. ¡Como si ella misma no acabara de cometer el mismo delito!

—Y á usted ¿qué se le importa?—ruge á su vez Solita encarándose con Regla, de quien há mucho sospecha lo que el lector y yo sospechamos también.

—¡Me importa, porque le cuido... porque le velo... porque sé lo que padece!—contesta Regla devorando con los ojos á aquella mujer en quien ha descubierto á su invisible rival en la privanza de su amo.

—¡Mentira!... Tú no sabes lo que yo padezco... ó no tienes entrañas si lo sabes, cuando también me has despertado,—exclama Gedeón.

—¿Lo oye usted?—dice á Regla Solita, balbuciente de rabia.

—¿Quién es el otro verdugo que te acompaña, Regla?—pregunta el enfermo.—Quiero saber su nombre para maldecirle.

—Soy yo: Solita...

—¡Solita! ¡Tú también!... ¡Pues maldita seas!

—¡Ingrato!... ¡Te pesa que esté á tu lado!...

—No, si me traes lo que necesito—exclama el desventurado, aspirando con ansia un poco

de aire;—pero si no me lo traes, ¡maldita seas!

—Si con la vida puedo dártelo, tuya es, Gedeón.

—Para nada la necesito. Pero ¿me traes compasión? ¿Me traes caridad para mis tormentos?

—Sí.

—Pues demuéstramelo marchándote de aquí y dejándome descansar... No anhelo otra cosa; no le pido más á los hombres... ¡Ya ves con qué poco me conformo! ¡Cuán poco te pido!

—Sí, pobre Gedeón, poco me pides.

—¡Pues ni eso han querido darme!

—Porque no saben comprender...

—Tampoco tú lo has sabido cuando también me despertaste.

—Para que durmieras luégo más descansado.

—Lo estaré, si tú te marchas.

—Del cuerpo, pero no del espíritu.

—¿Qué quieres decir?

—Que pienses *en lo que debes* pensar, antes de entregarte al sueño.

—¡Infame! ¿Temes que sea el último que duerma?

—No, pero...

—¡Víbora! ¿Esa agonía me preparas? ¿Ese es el consuelo que me traes?

Y cuando dice esto, Gedeón no encuentra

ya postura cómoda en la cama; su respiración comienza á ser fatigosa; los dolores le punzan de nuevo, y los ojos se le inyectan de sangre.

—Señora—exclama Regla, trémula de coraje, más que por el estado de su amo, por lo que ha descubierto en el diálogo que éste ha sostenido con Solita,—yo asisto á ese enfermo; yo soy responsable de lo que le suceda por falta de cuidado... ya está usted viendo cómo se ha puesto con lo que le ha dicho...

—¿Y qué?—la pregunta Solita volviéndose á ella como serpiente que levanta su cabeza para lanzarse sobre su presa.

—Que no consentiré que usted continúe atormentándole.

—¡Bien, Regla, bien!... ¡Échala, mátala!... ¡Yo respondo de todo!

—¿Lo oye usted, *mala mujer*?

—¡Mala mujer yo!—brama Solita arrojando espuma por la boca.—¡Y eso me lo llamas... tú, fregona miserable!... ¡tú que le apartas de su deber! ¡tú que eres causa de que un padre reniegue de sus hijos!

—Silencio... maldecidas!—grita Gedeón ahogándose.

—¿No oye usted lo que me dice?—responde Regla, á punto de coger del moño á Solita.

—¿Estábais de acuerdo para echarme de aquí?—continúa ésta.—Pues bueno: yo saldré

al balcón y lo publicaré todo; y lo que tú, desalmado, no quieres declarar en debida forma, lo sabrá la gente por mi boca.

—¡No, por caridad, Solita!—exclama Gedeón, viéndola dispuesta á cumplir en el acto su amenaza.—Vete de aquí... déjame descansar... y yo te prometo que sabré cumplir con mi deber... pero vete luégo... ahora mismo; porque si tardas un poco... me ahogo... ¡Regla!... ¡la cucharada!... ¡Ay! yo me muero... ¡La cucharada... Regla!

—¡El demonio que le lleve á usted!—le contesta Regla por todo consuelo, indignada al ver á la intrusa triunfante en aquella inhumana pelea.

—He aquí el pago. Gedeón... ¡sacrifícame otra vez por ella!...

—¡Socorro! ¡Vecinos! ¡Estas fieras me asesinan!...

Y como si las palabras del angustiado Gedeón hubieran llegado á su destino, se oyen pasos hacia la sala; y un instante después entra una persona en el gabinete.

Es el Doctor, que viene á hacer al enfermo la visita de la mañana.

A su vista se enmudecen las dos mujeres, y hasta quieren disfrazar la ira de que están dominadas, con sonrisa y actitudes tan violentas como ociosas.

Gedeón, por el contrario, tan pronto como ve al médico, comienza á implorar de éste la autoridad que á él le falta para hacerse respetar.

Algo ha oído el Doctor al entrar en la casa, y no poco le dicen aquellas dos mujeres en quienes su presencia causa tan notorio desconcierto. Las palabras de Gedeón nada le descubren que él no haya sospechado.

Por de pronto, manda que le dejen solo con el enfermo. Solita y Regla cumplen el mandato; y la primera, cubriéndose la cara con el velo, y después de lanzar una mirada rencorosa á la segunda, sale de la casa hecha una furia, fulminando no sé qué tempestades y propósitos en respuesta á otras amenazas sordas con que va Regla escarbándole los oídos.

Solos el Doctor y el enfermo, éste continúa lamentándose de su infortunio sin consuelo, y entona tristes endechas sobre lo que acaba de sucederle, tras una noche como la que ha pasado.

—He visto aquí una cara que me es desconocida,—dícele el Doctor después de haberle dado el calmante que le negó Regla, y de verle más sosegado y en reposo.

—Esa es la serpiente, Doctor; ¡la serpiente de mi paraíso!

—¿La serpiente, ó la manzana?

—Lo que usted quiera. La verdad es que esa mujer ha sido obstáculo perenne en el camino de mi vida desde que usted y yo nos conocimos; la hiel de todas mis amarguras...

—¿Y no ha habido manera de separar ese obstáculo, al parecer tan leve?

—No, Doctor; porque á la vez ha sido... ¿á qué ocultárselo á usted? gusano de mi conciencia.

—¡Hola!... ¿Luego es decir que no sin derecho le ha perseguido á usted?

—Hasta cierto punto, Doctor.

—Acaso con la exigencia de que se le cumplan determinadas promesas...

—Cabalmente.

—Y quizá exponiendo *razones* de esas que, por lo mismo que son hijas de una *debilidad*, son las más fuertes.

—Razones... sí; hijas de una debilidad mía, también; pero en cuanto á fuertes, no, señor.

—Pues no lo entiendo.

—Va usted á entenderlo al punto, porque yo no quiero tener secretos para el único hombre que en el mundo me ha querido bien y no me ha disfrazado la verdad.

—Mil gracias por la deferencia; pero cuide usted de no revelarme *demasiado*, para no sentir después un nuevo remordimiento.

—No, Doctor: ¡hasta por egoísmo necesito

desahogarme con alguien de estas pesadumbres!

—Adelante, pues, con la historia.

—Me encontré con esa mujer, de humilde cuna, cuando aún tenía ella gracias y donaires, y yo buena salud y ciertas ideas de moral... Sin gran esfuerzo, acomodóse á mis propósitos. Pero dió en la gracia de mostrarme los suyos, por demás extremados y opuestos á los míos, precisamente cuando ya el desencanto me hacía mirarla como carga superior á mis fuerzas y deseos. Entonces le conocí á usted; y sin decir que sus teorías, para mí tan nuevas como interesantes, sobre el matrimonio y la familia, me convencieran, la verdad es que fueron causa de que yo sintiera un irresistible deseo de verme colocado en un terreno completamente despejado, para elegir la senda más de mi gusto, si en ocasión de elegir volvían á ponerme las circunstancias. Entonces pensé muy seriamente en desembarazarme del estorbo de esa mujer: intentélo varias veces; mas cuando ya iba á conseguirlo, venciendo miramientos pueriles que hasta allí me habían detenido, halléme unido á ella por un vínculo nuevo; de esos que amarran y doman al hombre de más bríos, mientras le quede un rastro siquiera de honra en el pecho... ¿Me entiende usted, Doctor?

—Perfectamente.

—No sé qué pensamientos me asaltaron cuando preso me ví de esta manera; porque antes de llegar á examinarlos, ya me atormentaban indicios... de cierto género... ¿Me entiende usted?

—Sospecho que sí.

—Pero no pasaron de indicios, ni pasar pude yo de la incertidumbre en que me sumieron, ni adquirir me fué dado una prueba que me autorizara para quejarme, ó me extirpara los recelos. Así corrieron los años; crecieron los vínculos con ellos... *¡crecieron*, Doctor!... que á tales demencias arrastra el amor propio resentido... y así he llegado hasta hoy: ella reclamando lo que en conciencia dice que la debo, é invocando *testimonios* que yo no quiero ver, ni jamás he visto ni veré; y yo aborreciéndola más cada día y alejándome cuanto me es posible de ese padrón de ignominia, infierno de mi existencia, testigo de mis debilidades y torpezas. Hoy ha venido á robarme mi único bien, el sueño, para amenazarme con publicarlo todo si continúo resistiéndome á sus exigencias... En eso estaba cuando usted entró.

—Graves son, en efecto, las razones de esa mujer—dice el Doctor después de permanecer unos instantes silencioso.—Pero, ¿y la otra? ¿por qué se quejaba de usted?

—¿La otra?—responde Gedeón muy contrariado.—La otra... Ya sabe usted lo que son amas de llaves muy antiguas en las casas... Resabios del oficio... La costumbre de mandar en todo...

—¡Ya!—replica el médico sonriéndose, acaso sin malicia.

—Y ahora que está usted impuesto de todo, Doctor amigo; ahora que de mis labios ha oído usted lo que á nadie en el mundo he confesado; ahora que conoce usted el infierno en que me abraso, no me niegue usted su auxilio para salir de él, si salir puedo, ó para tomar una postura compatible con el descanso.

—Ante todo, amigo don Gedeón, ¿qué opina sobre el caso su conciencia de usted?

—Mi conciencia, Doctor... mi conciencia no sabe á qué atenerse. En ocasiones concede derecho á esa mujer para quejarse; otras veces se le niega, puesto que sin violencia aceptó la situación en que se puso.

—Y sobre los *vínculos* posteriores á esa primera situación, ¿cómo piensa?

—Piensa cuando se fija en los *indicios* aquéllos, que yo tengo perfecto derecho para romper esos vínculos; y cuando no, que éstos son un castigo palpable de mi insensatez.

—¿Y qué aconseja, por fin, esa señora?

—Nada, Doctor: quimeras, delirios que me

deslumbran y me aturden y me martirizan.

—¿Está usted seguro de que es la conciencia de usted la que así piensa y la que así aconseja?

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—La vanidad, la soberbia...

—¿Es posible?

—Se trata de un hombre que ha hecho del celibato una bandera, y de una mujer de obscuro linaje que quiere obligarle á caer, en las peores condiciones imaginables, en el extremo de que él huía, aun considerándole con todas las ventajas posibles. Concédame usted que esta prueba es de las más terribles á que puede someterse el amor propio.

—Concedido.

—Es, por tanto, muy fácil que lo que usted toma por dictámenes de la conciencia, no pasen de ser rebeliones del despecho.

—Sea lo que fuere, Doctor, yo necesito que usted no me abandone en tan horrible trance; que me defienda contra esta conjuración que me amenaza.

—*¡Defenderle!* ¡Ahí está el egoísmo otra vez! ¿Y si, en buena justicia, no es defendible su causa de usted?...

—¡Que no!

—Me parece que cuando su propia conciencia duda, bien puedo yo dudar.

—¡Es decir que usted me abandona; que me deja entregado á la inclemencia de estas mujeres, para que me asesinen?

—Tanto como eso, no; pero distinga usted entre el médico y el moralista. Con el primero cuente usted siempre, porque eso soy, y nada más, aunque alguna vez me haya metido á filósofo *de afición*. En cuanto al segundo... busque usted y hallará.

—¿En dónde, si estoy solo en el mundo!... ¡Solo, Doctor, y agonizando!

—Llame usted á todas las puertas que su razón le muestre.

—Todas están cerradas para mí.

—Lo creo; pero hay una que no se cierra para nadie. Llame usted á esa.

—¿Qué puerta es?

—La de Dios.

—¡Luego me cree usted en peligro inmediato de muerte?

—No por cierto; antes me atrevo á prometerle á usted que hemos de saludarnos en la calle dentro de pocos días. La intensidad del mal ha cedido mucho; los accesos van siendo cada vez más benignos, ó menos crueles.

—Entonces ¿por qué ese consejo?

—Venía dispuesto á dársele á usted hoy, en la persuasión de que si le aceptaba en cuanto vale, me debería el mayor beneficio que puede

hacérsele á un hombre. Con doble motivo se le doy ahora que conozco la historia que acaba usted de confiarme.

—Y ¿dónde está esa puerta, Doctor?

—¿Es usted tan desventurado que no la ve?

—He olvidado el camino. ¡Hace tantos años que no le frecuento!

—¿Se ha olvidado usted también de que existe ese camino?

—Creo que no.

—Algo es eso.

—Pero estoy á obscuras para volver á hallarle.

—No importa, si queda fuego con qué hacer luz.

—Chispas entre cenizas, Doctor; nada más.

—¿Está usted seguro de ello?... Examínese usted bien.

—Seguro estoy.

—Pues con esas chispas se puede producir un incendio. ¡Ay de la fe cuyas cenizas se enfriaron! Reúna usted esas chispas; agréguelas usted combustibles, y la luz se hará y verá usted la puerta. Cuando usted la vea, llame.

—¿Y después?

—Después... no necesitará usted preguntarme á mí qué debe hacer en el conflicto que me ha confiado, ni cómo se lucha y se vence contra las miserias del mundo: la conciencia, ilu-

minada por la religión, le dirá á usted todas esas cosas y otras muchas.

—¿Lo cree usted como me lo dice, Doctor?

—¡He visto tantos milagros de esa especie! Acuérdese usted de Herodes.

—¡Herodes!...

—¿Qué le admira?

—En verdad que milagro fuera en mí semejante resurrección... Si usted me ayudara á dar los primeros pasos...

—Desde hoy mismo, si usted quiere.

—Precisamente hoy... Pero mañana... mañana, sí.

—Mal síntoma es ese «mañana,» amigo mío; pero, en fin, también mañana estaré á sus órdenes.

—Gracias, Doctor; y por de pronto, eche usted una buena reprimenda á esa pícara criada, á fin de que me cuide mejor. A mí ya no me hace caso... me conceptúa muerto. ¡Muerto, créalo usted!

Y tras éstas y otras palabras por el estilo, cumple el Doctor, como puede y como debe, el encargo del enfermo, y vase dudando mucho que aquella alma acongojada salga de las tinieblas en que yace.





VIII

LOS PARIENTES DE GEDEÓN

Los pronósticos del médico se cumplen en todas sus partes. El enfermo sale de las apreturas en que le hemos visto; y á medida que va adquiriendo fuerzas y esperanzas, va dejando, no ya «para mañana,» sino «para otra ocasión,» el proyecto de llamar á la puerta consabida.

Ya puede gritar y revolverse, y hasta sacudir un bastonazo á la atrevida que le provocase al alcance de su brazo. ¿Para qué necesita apelar á ciertos *extremos* alarmantes? Hasta se arrepiente de haber sido tan explícito con el Doctor. Tal es la condición humana, aun sin tratarse de egoístas como Gedeón. Las muletas que suplen el miembro entumecido, se arrojan al fuego tan pronto como aquél recobra sus fuerzas y movimiento.

Al cabo de los días, el convaleciente se encuentra en aptitud de salir á la calle á tomar el sol. Ya tiene el sombrero puesto, y se afirma en su cachava para mover sus pies entrapajados y embutidos en sendos zapatones de paño, cuando Regla le anuncia la visita de un caballero y de una señora.

Tratándose de un hombre cualquiera, un anuncio semejante y en semejante ocasión, nunca se recibe sin contestar con mal gesto: «No estoy en casa; que vuelvan otro día.»

Mas para Gedeón, que no se trata con nadie, fuera de las personas que conocemos, el anuncio de una visita es un acontecimiento extraordinario que excita en gran manera su curiosidad; y así, movido de ella,

—Que pasen adelante,—dice.

Y los anunciados pasan á la sala.

Dos son, como dijo Regla.

El caballero es hombre maduro, con buena ropa, pero mal hecha y peor colocada. Sus ademanes y su aire corresponden á la ropa. Luce en sus manos holgados guantes de color de ladrillo, y con una de ellas ase barnizado bastón por más abajo del puño, que es de oro, ó lo remeda.

La señora parece cortada por el mismo patrón que su acompañante, así en el modo de ser como en el de vestir.

Los dos personajes son á cual más risueño y expresivo.

—¿El señor don Gedeón?—pregunta desde la puerta de la sala el caballero descoyuntándose á cortesías, encarado ya con aquél.

—Servidor de ustedes,—responde Gedeón haciendo su poco de encorvadura en los riñones, por no permitirle más fuerzas de gimnasia sus miembros doloridos.

—Beso á usted su mano,—dice por su parte la señora, abanicándose el rostro y retorciéndose mucho.

—Pues yo tengo grande honor en conocer á usted y ofrecerle mis respetos,—añade el visitante, avanzando hasta Gedeón y tendiéndole la diestra.

—Lo mismo digo, caballero,—responde Gedeón, dejándose estrechar la mano.

—Mi señora...—continúa el otro, señalando á la que le acompaña y mirando á Gedeón.

—Mi marido...—dice la señora haciendo una exagerada cortesía á Gedeón, y apuntando á su acompañante.

En otros tiempos Gedeón se hubiera dado á todos los demonios al verse figurar como actor en una escena semejante; pero ahora, y merced á la apatía en que le han hecho caer sus dolencias y sus pesadumbres, casi se riera de lo que tiene delante, si de reir no se hubiera

olvidado en tantos años como ha pasado sin reirse.

Así es que con una calma y una serenidad de rostro que parecen reñidas con sus antecedentes, brinda á los visitantes con el sofá, y sentándose él en la butaca contigua, ruégales que le expongan la razón de su visita.

—Va usted á saberla—responde el caballero, estirando las manoplas y colocando el bastón entre las piernas.—Pues, señor, yo soy, para cuanto usted guste mandarme, Ruperto Bonifacio Gazapín de la Gotera, natural y vecino de Cascaruca, pueblo á muy pocas leguas de esta ciudad, y en el cual tiene usted una hacienda morrocotuda.

—Muy señor mío...

—Para servir á usted... Soy hombre de algunos posibles, aunque no muchos, y allí casé con ésta mi señora...

—Beso á usted su mano,—vuelve á decir la aludida.

—Diónos el cielo un heredero—continúa su marido,—uno no más, don Gedeón; el cual, al ser muchacho, cursó latinidades con el párroco del pueblo (hombre docto, eso sí, y virtuoso también), con ánimo de que, ya mozo, se elevara á facultad mayor. No pudo ser esto por razones largas de exponer; y al cumplir los veinte años casó con una joven de su elección

particular, aunque no de su linaje, ni, en verdad hablando, de nuestro gusto. Hoy vive también en Cascaruca con cinco de familia y al amparo nuestro y de un destino de secretario del Ayuntamiento, que pudimos obtener para él. Por lo demás, es mozo trabajador y honrado. Y dicho esto, hágase usted cuenta, mi señor Don Gedeón, de que conoce usted á toda la familia de mi casa.

—Sin contar—añade la señora, mirando muy de cerca el paisaje de su abanico,—seis alumbramientos desgraciados que tuvo una servidora de usted.

—Cierto es eso—repone su marido;—pero como dijo el otro, «con agua pasada no muele el molino; oveja muerta no hace rebaño.» ¿No es verdad, don Gedeón? Aquí se trata de los que somos, no de los que pudimos ser; pues sin eso y sin lo otro y sin lo de más allá, sabe Dios los que nos sentaríamos hoy á la mesa en nuestra casa de Cascaruca. ¿No es verdad, don Gedeón?

—Cierto es, en efecto,—responde éste mirando al uno y á la otra, como pidiendo á cualquiera de ellos la prometida razón de la visita, que aún no sospecha entre el fárrago de aquel prólogo estrafalario.

—Pero vamos al asunto—continúa el don Ruperto, volviendo á estirarse las manoplas;

—y el asunto es, señor don Gedeón, que nosotros somos parientes, y que habiendo sabido mi señora y yo, por el colono de ustéd, que ha estado usted enfermo de alguna gravedad, por si otra vez ocurre, lo que Dios no quiera, hemos venido á ofrecerle nuestros cariñosos y desinteresados servicios, de los que puede usted disponer también en sana salud.

Algo como sospecha de mal género cruza por las mientes del visitado; pero resuelto como está á seguir hasta donde le sea posible el humor de aquellos originales, sonríese y contesta:

—¿Parientes míos dice usted?

—Sí, señor... y bastante cercanos.

—¿Por qué parte?

—Por los Gazapones.

—Ahora lo entiendo menos. ¿No me ha dicho usted que se llama Gazapín?

—Sí, señor; pero el tercer apellido de su abuelo materno de usted era Gazapón.

—Luego no somos parientes.

—Déjeme usted concluir. Los Gazapones son primos carnales de los Gazapines por la tercera rama: así es que mi padre se llamaba Gazapón, de segundo apellido.

—Podrá ser, cuando usted lo asegura.

—Como que es la verdad... Y es tal el entronque y enlace que hay de unos con otros,

que yo no pude casarme con ésta sin dispensa.

—¿También es Gazapín?

—No, señor: ésta es de los Gazaperas.

—¡Demonio!

—Sí, señor; familia que viene á ser, por lo que entonces se supo, el tronco de los Gazapones y de los Gazapines, que son las ramas.

—Hombre, es muy interesante todo eso.

—Yo lo creo... Puede usted gloriarse de pertenecer á una familia de las más ilustres, dilatadas, y, al mismo tiempo, unidas; quiero decir, sin mezclas extrañas. Tan unida, que las tres ramas tienen el mismo escudo en la ejecutoria.

—¡También eso! ¡Conque tenemos ejecutoria y armas!

—¡Yo lo creo!... ¡y bien bonitas! ¿No las conoce usted?

—No por cierto; y ahora me pesa.

—Pues yo le diré á usted: representan dos gazapos, uno grande y otro chico, en campo de legumbres tiernas; y á lo lejos la gazapera con un farol á la entrada, y un letrero, por luz, que dice: «*Os alumbro el camino;*» como si dijéramos, «no acelerarse, y firmes con ello, que yo os muestro la retirada, si viene el amo.»

—Es curioso el lema...

—Así explican el escudo los que lo entien-

den. La verdad es que la nuestra fué siempre familia muy aprovechada.

—Ya se conoce.

—Y atento á ello, yo no sé qué rey de la antigüedad le dió esas armas, por no sé qué préstamo que le hizo.

—No era rana Su Majestad, á juzgar por la muestra.

—Pues sí, señor, todo eso hay.

—Y no es poco.

—Y hablando de otra cosa. ¡Vaya una finca que tiene usted en Cascaruca!

—No es mala.

—¡Y qué partido podía sacarse de ella, bien administrada!

—¿Tan mal lo está?

—Tan mal, tan mal... no digamos; pero ya lo sabe usted, «hacienda, tu amo te vea,» y yo jurara que usted no la ha visto en su vida.

—Verdad es.

—Naturalmente. ¡Tendrá usted tantas cosas que valdrán más! A Radegundis se lo he dicho yo muchas veces: «He aquí una finca que es una alhaja para un hombre hacendoso; y el diablo me lleve si su amo, nuestro pariente, se acuerda de ella; y para no acordarse de ella, ¡cuánto no tendrá ese hombre!»

—Y ¿por qué se tomaba usted esa molestia?

—Pues ¡qué sé yo! porque caía la pesa, como dicen, y porque también el interés de familia mueve mucho, ¿está usted? Y cuando no hay ofensa para nadie... Por eso, cuando me respondía Radegundis que ya daría para un buen rato el contar lo que usted tiene, no podía yo menos de decir: «¡Válgame Dios! ahí está nuestro pariente lleno de caudales y sin un hijo que se los herede, ni una obligación que tenga derecho para arrancárselos, ni un triste allegado á su vera, para que mañana ú otro día le cierre los ojos, ó le asista en sus desconsuelos. ¿Adónde irá á parar ese dinero el día en que don Gedeón fallezca, porque mortales somos todos?» Y entonces me decía Radegundis: «¿Quién sabe lo que pensará nuestro pariente?... Si tiene un millón, como dicen, entre rústicas y urbanas (yo creo que ha de ser bastante más), ya habrá él echado sus cuentas, y tomado sus disposiciones para que cada uno lleve su merecido... ó para tirarlo por el balcón... Nosotros, quietecitos en nuestra casa y atenidos á nuestra medianía, que á la fortuna no hay que salir á buscarla: ella sola se mete por la puerta, si de Dios está que han de alcanzarle á uno sus favores.» Me parece que esto es hablar en ley y sin ofensa de nadie, ¿no es verdad, don Gedeón?

—Mucho que sí; y es una lástima que mi

señora doña Radegundis, que tan cuerda es en hablar, no lo sea tanto en sus obras.

—¡Ay, don Gedeón! por la espina de Santa Lucía—exclama aquí la señora de don Ruperto Bonifacio Gazapín de la Gotera,—¿á qué obra mía le falta la cordura? ¿En qué he faltado á las conveniencias de mi educación y de nuestro parentesco?

—Justo—añade su marido,—¿en qué ha podido esta infeliz faltar á todo eso?

—En dejarle á usted venir... á lo que ha venido á esta casa, y en acompañarle á ella.

—¡En eso, mi buen pariente!—exclama don Ruperto.—¡Es posible que una persona cometa una falta en ofrecer sus respetos á otra persona?... Porque á eso, y sólo á eso, hemos venido: créanos usted. ¿No es cierto, Radegundis?

—Señor don Ruperto Bonifacio Gazapín de la Gotera, natural y vecino de Cascaruca; señora doña Radegundis Gazapín... de no sé cuántos: cumplí ya los sesenta y cinco, y apenas me quedan en la boca otros dientes que los colmillos; ¡figúrense ustedes si los tendré retorcidos!

—No comprendo...

—No caigo...

—Ni hay para qué comprendan ni caigan; en cambio, yo les comprendí á ustedes á poco

de haberlos oído, y esto baste. Conque estimando la visita en cuanto vale, denla por terminada; procuren ser en otra que les ocurra, no en mi casa, menos explícitos y más afortunados, y déjenme ir á tomar el sol, que para tiempo perdido basta el que les he consagrado.

—¡Pero don Gedeón!...

—¡Pero pariente!...

—¡Ni una palabra más!

—Para explicarle á usted...

—Para que no crea...

—¡Zambomba, que se me acaba la paciencia! ¿Les parece poca la que he tenido?

—Pues saludo á usted, caballero, que, después de todo, de hombre á hombre no va un palmo... Vamos, Radegundis, que, por lo visto, estorbamos aquí.

—Bien te dije yo, Ruperto, que te miraras mucho antes de venir... Beso á usted su mano...

Y el apreciable matrimonio, hecha esta despedida, vuélvese por donde vino, entre mustio é indignado. El lance no es para menos, tómense sus propósitos por donde al lector pluguiere.

En tanto, Gedeón, no poco amostazado, recibe de mano de Regla una carta que acaba de llegar por el correo, caso también de los más raros en aquel hogar.

Ábrela sin tardanza. Está fechada en Taconucos, pueblo de aquella provincia, y no lejano, y dice así:

«Muy respetable señor: Sé que los Gazapines de Cascaruca han ido ha ofrecerle á usted sus respetos, bajo pretexto de que son sus parientes cercanos. No los crea usted, y sírvale de gobierno que acostumbraban á hacer lo mismo con todos los pudientes de la provincia que están á pique de morir sin herederos forzosos. Dichos Gazapines son gente de mucha bambolla y de poco trigo; y en cuanto al vástago de que le habrán hablado á usted, es un perdido que ya ha estado seis veces en la cárcel.

»En punto á parentesco, yo no sé que tenga usted en este lado de la provincia, otros que con mi familia, por parte de los *Lupianes*, que casaron con los *Lupinos*, provenientes en línea recta de los *Loberas* primitivos, y por eso el quinto apellido de su señor bisabuelo paterno es *Lupián*, igual al tercero de mi señora madre (que en paz descanse), como puede verse en nuestras ejecutorias; por lo cual en las armas de esta casa hay, entre otros animales dañinos, un *lobato* que también debe de hallarse en las de usted.

»No saco á plaza esto del parentesco por llamarme, como el otro que dice, á la parte en cosa alguna de usted, ni hacer méritos de nin-

guna clase; sino para que se vea la diferencia que va de parientes á parientes, ó séase de los *Lupianes* de Taconucos á los *Gazapines* de Cascaruca.

»Por lo demás, testigo es el arrendador de su hacienda en este pueblo, de lo que yo respondí al darme él la noticia de que se hallaba usted á las puertas de la muerte, y sin un sér de su propia sangre á su lado á quien dejar sus caudales opulentos.—«Pobre soy (esto dije); »cargado de familia y de necesidades me hallo; »pero así me iré á la sepultura antes que dar»le á sospechar que le visito con miras intere»sadas. Si él quiere acordarse de mí, aquí es»toy dispuesto á servirle en cuanto yo pueda, »y agradecerle los beneficios que tenga á bien »dispensarme.»

»Tal dije entonces y tal repito ahora, aprovechando tan favorable oportunidad.

»Y pues ya lo sabe usted, vea en qué puedo serle útil, y mande con franqueza á éste su atento servidor y pariente cercano,

LUPERCIO LUPIÁN DE LA LOBERA.»

—Todo esto que hoy me sucede con mis parientes—piensa Gedeón en cuanto acaba de leer la carta,—me haría muchísima gracia si no lo viera yo más que por la superficie; pero es el caso que tiene un fondo endemoniado.

Por lo visto, huelo ya á carne muerta, y éstos mis parientes vienen á ser los buitres que revolotean á mi lado esperando el regodeo que van á darse. Éste es el hecho innegable.

En cuanto á los comentarios que pudiera hacer sobre él un hombre como yo, que en su juventud no se casó por no verse en el riesgo de que sus hijos y su esposa *desearan* heredarle... vale más no hacerlos. ¡Qué gran libro es la vejez! ¡Lástima que el hombre tenga que morirse cuando empieza á leerle con provecho!

Luego rasga la carta en cien pedazos; requiere su bastón y sus gabanes, y rompe á andar hacia la escalera paso á paso, con la cerviz caída y marcando el lento compás de su andadura con quejidos y carraspeos.





IX

IN ARTÍCULO MORTIS

Estamos otra vez en el gabinete de nuestro personaje. Los entornados postigos del balcón apenas dejan entrar la necesaria luz para que ojos acostumbrados á ella puedan distinguir lo que es sombra y lo que es cuerpo.

Así puede verse el de Gedeón sobre la cama, no tendido, sino recostado en un rimero de almohadas, alta la cabeza, abierta la boca, desencajados los ojos, y aspirando, jadeante y anheloso, el aire infecto de aquella triste habitación.

Un poco de humedad en los pies, un rayo de sol demasiado fuerte en la cabeza, si no se prefiere creer que así estaba decretado por quien es dueño y señor de vidas y almas, bastó para derribar de nuevo aquella balumba de

humores y desengaños, y hacerla rodar hasta el borde del sepulcro.

En esta recaída no se detuvo la invasión del mal en los límites del estómago, como en el ataque anterior: á la primera embestida rebasó de la línea, y sitió al corazón por todas partes.

Harto claro lo vió el médico en las ansias del paciente, y sin andarse en remilgos ni en contemplaciones, díjole:

—Amigo mío, esto es muy grave; y es preciso que sean heróicos los esfuerzos que hagamos para combatir, siquiera con gloria, contra enemigos de tanto empuje.

—Pues ¿cuántos son los enemigos?—preguntó Gedeón ahogándose.

—Los temibles, dos: la gota que ataca á la vida, y el desconsuelo que la embravece atacando al espíritu. Yo me encargo de lidiar contra la una hasta donde mis fuerzas alcancen; pero es preciso que alguien se encargue de lidiar con el otro al mismo tiempo: *dividir es vencer,* decía el guerrero. ¡Quién sabe si venceremos nosotros con esa táctica?

—Haga usted cuanto guste—respondió Gedeón,—y tenga entendido, para su gobierno, que en este instante sólo aspiro á morir con la menor suma posible de tormentos.

Dos horas después entraba en el gabinete,

acompañado del Doctor, el mismo sacerdote que había asistido á Herodes en su enfermedad.

No era Gedeón un hombre combatido por las dudas ni fatigado por el examen: era simplemente un haragán de la fe; no había perdido sus creencias: se había olvidado de ellas por desuso. Mientras anduvo por el mundo, esclavo de todas las concupiscencias de la carne, maldito si se le ocurrió una vez siquiera pensar en que poseía un alma, cuanto más en el destino que ésta tendría cuando dejara la cárcel de su cuerpo.

No le costó, pues, mucho trabajo al piadoso varón reunir las chispas esparcidas, y producir con ellas, si no un incendio, por lo menos una luz á cuyos resplandores no tardó Gedeón en ver todos los senos y repliegues de su conciencia como en la palma de la mano.

En uno de ellos encontró á Solita agazapada y llorosa. No le pareció la hija del zapatero tan fea ni tan antipática como antes, ni halló fuera de toda justicia la demanda que en otros tiempos le expuso; mas en cuanto á los vínculos *nuevos* con que pretendía amarrarle, sólo los aceptaba, como razón de derecho, *secundum quid*.

—Pero bien mirado—exclamó á poco rato, y después de oir las piadosas y discretas re-

flexiones de su confesor,—¿qué más me da ya? ¿De qué me sirve ese derecho, ni otros como él, ni cuantos bienes poseo, si todo ello junto no me arrancará de las garras de la muerte, ni siquiera me aliviará uno solo de los tormentos que ahora me empujan hacia ella?... Dice usted muy bien, santo hombre: en lo falible de la justicia humana, preferible es la duda de beneficiar á un extraño al recelo de perjudicar al propio. Esos vínculos, aunque no tan santos como yo quisiera, son, al cabo, el único derecho que dejaré en el mundo para vivir en la memoria de los hombres. Quédese con ellos cuanto en el mundo me ha pertenecido, y esa pesadumbre menos impedirá á mi alma elevarse á la región de la Verdad y de la Misericordia.

En esta situación de ánimo se halla Gedeón cuando aparece á la vista del lector al principio de este cuadro.

Regla entra y sale y se aproxima á la cabecera del lecho, ora con un medicamento, ora para arreglar las almohadas ó la ropa.

El enfermo ya no riñe ni vocea: su único deseo parece limitado á salir cuanto antes de aquellas ansias que le ahogan. Esto le pide á Dios á cada instante, resignado y contrito, desde que el sacerdote le volvió á la santa Ley y le absolvió en su nombre.

Aún le falta llenar en el mundo otro deber, y está dispuesto á llenarle sin tardanza; y á eso espera impaciente.

Regla lo sabe, y no deja asomar á su semblante ni el más tenue reflejo del estado de su espíritu. Acaso la impone la tremenda solemnidad de aquella agonía terrible; acaso la luz que penetró en la conciencia de su amo la ha hecho pensar en las obscuridades de la suya; quizá la fuerza misma de la astucia la sostiene impávida en aquel trance de prueba. Lo cierto es que asiste al enfermo con más diligencia que nunca, y que al verla quien la vió días atrás á la cabecera de la misma cama y enfrente de Solita, jurara que el moribundo ha saldado todas sus cuentas con ella, derramando sobre la falda de su vestido el bolsón de sus caudales.

Para que ningún detalle de carácter se nos olvide al inventariar por última vez la estancia en que tantas veces nos hemos hallado con la fantasía el lector y yo, sépase que Adonis sigue en su rincón acostumbrado, gastando los menguados restos que le quedan de vida en buscar una postura que no halla, para que la fatiga no le ahogue. Parece que se ha propuesto estirar el hilo de su existencia hasta donde alcance el de la de su amo. Ni un punto más, ni un punto menos.

—¿Acaba de llegar esa gente?—pregunta Gedeón á Regla con voz apagada y fatigosa.

—No puede tardar mucho ya,—responde Regla.

—Es que si no se dan prisa, témome que sea excusado su viaje. Y el otro recado ¿han vuelto á hacerle?

—Como usted mandó; pero tampoco estaba en casa... *esa señora.*

Un momento después de oir Gedeón estas palabras, entra en el gabinete Solita, jadeante y acompañada de dos gaznápiros, como de doce años el uno y de diez el otro, feos, toscos de ademanes, burdos sus vestidos, crespos de pelo, angostos de frente, y como curtidas sus caras por la intemperie; de todo se asombran, y casi á empellones de Solita entran en el cuarto.

Ésta, que ignora que se la anda buscando para lo mismo que ella viene á pretender, arroja contra la cama aquel par de memoriales agrestes, diciendo con desgarro al propio tiempo:

—Ahí los tienes. ¡Niega ahora tu sangre!

Y acercándose en seguida á los motilones, encáralos con el enfermo, y les dice en tono melodramático:

—¡Hijos míos: ese es vuestro padre!

A lo cual los rapaces, después de mirar al

aludido por Solita, míranse uno á otro, como preguntándose mutuamente «¿qué te parece de esto que nos cuentan?» y acaban por echarse á reir, tapándose la boca y las narices con las manos, por todo disimulo.

Mientras Solita y sus hijos representan esta escena grotesca, el sacerdote, el Doctor, un escribano y dos personas más, ayudantes de éste, han llegado al gabinete y detenídose á la entrada por respeto á lo que ocurría junto al lecho. Para los dos primeros, que estaban impuestos en ciertos pormenores, las últimas palabras de Solita no tienen desperdicio.

En cuanto á Regla, desapareció de la escena tan pronto como en ella apareció *la otra.*

—Señor cura, Doctor...—exclama el enfermo al distinguirlos en la estancia.—Ustedes han visto y oído todo esto... ¿no es verdad?... Pues bien—continúa después de obtener sus respuestas afirmativas,—*así y todo*, no vacilo siquiera en mis propósitos... Señor cura, no hay tiempo que perder, y yo estoy pronto á cumplir lo prometido. ¡Que Dios me lo tome en descargo de mis culpas!

Prepárase el sacerdote; hácese salir de la estancia á los cerriles muchachos; requiérese en debida forma á Solita; asómbrase ésta al conocer los nuevos propósitos del moribundo; acúsase de la ligereza con que ha procedido con él

escudándose con la pasada resistencia, y disimulando mal el gozo que le causa la noticia, colócase, por mandato del sacerdote, á la cabecera de la cama... Y allí Gedeón *in articulo mortis*, y con la bendición de Dios, la recibe por esposa y reconoce *á todo trance*, por hijos suyos, á los nietos del zapatero Judas, con encargo expreso de que su madre los eduque un poco mejor de lo que están.

—Ahora usted, señor notario—dice á éste, terminada la otra ceremonia,—y pronto, porque esta luz se apaga.

En efecto: sus ansias crecen por instantes, y el Doctor halla en el pulso del enfermo síntomas de mal agüero.

Quédanse solos el notario y Gedeón; y testa éste en muy pocas cláusulas, legando á Regla, por una de ellas, y como en pago de antiguos y buenos servicios, mucho más de lo que la ambiciosa sirviente pudo prometerse nunca; á menos que alguna vez no le pasara por las mientes alzarse con el santo y la limosna, punto que, á mi entender, jamás se pondrá en claro.

Por otra, separa del cuerpo de bienes una suma de importancia para premiar el mejor libro que se escriba en el plazo de dos años, á contar desde aquel día, sobre las *Miserias de la vida del solterón*, siendo los jueces del certamen

que se abra al efecto, el Doctor y el señor cura allí presentes, y en caso de empate, el célibe más viejo que haya en la población.

También es su voluntad que se doble la recompensa si la obra llega á ser declarada de texto en las escuelas de la nación.

El resto de sus bienes, deducidas algunas mandas piadosas, queda en beneficio de su viuda.

Mientras se lee el testamento y lo firman los testigos, Solita frunce en vano la afilada jeta, y en vano tira de sus párpados para arrancar de la fuente de sus ojos una lágrima siquiera: pesan más en su fantasía los risueños cuadros de lo porvenir, que se forja, y en su memoria el recuerdo de tantos años de esclavitud y de aislamiento, que en su corazón la pena que le causa la agonía de su antiguo amante.

Regla, entre tanto, impasible y con el ceño ligeramente fruncido, parece la estatua de Némesis inexorable. Sólo le falta la espada en su diestra, y para bien de Solita, vale más que le falte.

Los dos gaznápiros, metiéndose los dedos en las narices, atisban la escena desde la puerta del gabinete.

Terminada la ceremonia, el enfermo ruega al Doctor que se acerque á él. Su rostro tiene la palidez del lirio, su vista una fijeza imponente.

—Me muero, Doctor—le dice con voz lenta y apagada.—La poca vida que tenía la he gastado en el cumplimiento de estos últimos deberes...

El Doctor le pulsa, le observa, y llama con una seña al sacerdote para que se aproxime. El médico del cuerpo no tiene nada que hacer allí ya.

El del alma le administra el último Sacramento, y de nuevo le bendice y le consuela.

—Acercaos todos—dice luégo el moribundo,—ya que Dios ha permitido que yo no muera solo y desesperado, y recoged mi último pensamiento... fruto sazonado de mis desengaños... ¡Qué patentes los ven ahora mis ojos... á la luz de la Verdad... que alumbra el tránsito de mi espíritu!... Pasé lo mejor de la existencia huyendo de los soñados males del matrimonio... y muero abrumado... por cuantas pesadumbres caben... en la peor de las familias... sin haber gustado una sola de las ventajas... de la vida conyugal... ¡Castigo justo de mi egoísmo grosero!... Locura es digna de la soberbia humana... buscar un camino sin cruz... en el Calvario de la vida... Elegir la de Cristo... para que pese menos... es lo cuerdo y lo acertado... Yo tomé la de Barrabás... y quebrantóme su peso... No está la dicha en eludir la ley, sino en el bien que reporta el

trabajo... de cumplir con sus preceptos... Por huir de ellos, me alejé de Dios y de los hombres... y merecí, como otros muchos insensatos, hundirme en las sombras de la muerte... como el ave triste de los páramos... entre el frío de la soledad... y sin huellas de mi paso por el mundo.

Por la bondad de Dios... le hallé á usted en mi camino, Doctor... Á usted debo la dicha de espirar... reconciliado con los hombres... fortalecido con la fe, y alentado por la esperanza... ¡Cuántos desgraciados le deberán... el mismo beneficio!... ¡Admirable destino!... Consolar al triste... redimir al esclavo... Para usted... toda la gratitud... de mi corazón... Mi alma inmortal... ¡Dios mío!... tuya es... y te la entrego... si no limpia... de culpa, lavada... en el arrepentimiento... ¡Ampárela... tu infinita... misericordia!...

Dice, besa un Crucifijo, y espira.





X

CABOS SUELTOS

STE libro debiera concluir en la última palabra del capítulo anterior; pero hay lectores nimios que quieren apurar la materia hasta las heces.

Por complacerlos añado estos renglones.

Para que todos los cálculos que Gedeón hizo en vida fuesen errados, su muerte arrancó lágrimas á cuantas personas la presenciaron... excepto á Regla, á Solita y á sus hijos; es decir, á todos menos á los que tenían *obligación* de llorar en aquel trance.

No deben despreciar este dato los ingenios que aspiren á merecer el premio legado por Gedeón.

Al exhalar éste el último aliento, oyóse un quejido angustioso hacia el rincón en que yacía el ratonero. La honrada bestezuela acababa de morir también; y á juzgar por la actitud

airada en que quedó su cadáver, creeríase que la visión de Merto, esgrimiendo la verdasca, le atormentó en los últimos instantes de su vida.

Tan pronto como el sacerdote cubrió con la sábana la faz del que entre los vivos se llamó Gedeón, Regla, que había estado contemplando su agonía con rostro impasible y los brazos cruzados, salió del gabinete y se puso á hacer su equipaje.

Concluída su tarea, entregó al Doctor, como testamentario, las llaves de que por tantos años había sido depositaria; y sin querer dar explicaciones acerca de su conducta, despidióse de aquél y del sacerdote, sacó el baúl á la escalera, y llamó á la señora Rita para que se le condujera á donde ella le diría.

—¡Qué le parece á usted, señora Regla!—díjole la incorregible portera.—No le faltaba del todo la razón al desalmado tío Judas, cuando nos decía que había *quién* que mandaba en esta casa más que nosotros y que el amo. ¡Vivir para ver, señora Regla!... Y todo bien mirado, buen provecho les haga; que á tanto precio, sale muy caro el señorío... La mujer honrada, la pierna quebrada; y zapatero, á tus zapatos...

Y así charlando la señora Rita, y callada como un muerto Regla, llegaron al portal en que, por respeto al triste acontecimiento, se

paseaba el tío Simón con la ropa de los domingos.

—Quédese usted con Dios, tío Simón,—díjole Regla al pasar por delante de él.

—Vaya usted muy enhorabuena, señora Regla,—respondió el zapatero, sin preguntarla siquiera si se marchaba para no volver.

—¿Usted tan satisfecho siempre?

—Siempre cumpliendo con mi deber, señora Regla.

—Bueno es eso; pero sírvale de gobierno que en ocasiones no alcanza, y hasta perjudica.

—Vivir para ver, como dice Rita.

—Pues por lo que he vivido y llevo visto lo digo yo, tío Simón.

Al poner Regla los pies en la calle, un cuerpo pesado y negruzco cayó, como llovido, delante de ella, envuelto en un retal de manta sucia. Era el cadáver de Adonis, arrojado por Solita.

Detúvose Regla un instante, sorprendida por el suceso; y como si conociera la mano inclemente que tal había hecho, no pudo menos de murmurar entre dientes, contemplando los restos del ratonero:

—Entre algodón cardado te metieron los propios por la puerta, y ahora te arrojan los extraños en cueros por la ventana... No te duela el mal pago, que no es mucho mejor el

que á mí me dan, siendo mayores mis servicios.

Solita no volvió á dejar la casa, de que ya era dueña; y tan pronto como salió de ella el cadáver de Gedeón, echóse con avidez á registrar alacenas y cajones, en tanto sus hijos, atracados ya de cuanto rapiñaron en los estantes de la despensa, metían la cabeza en los armarios, hojeaban los libros que tenían láminas, y olían y manoseaban todos los cachivaches de la casa.

El resto se adivina.

De Anás y Caifás, tengo pocas noticias.

Sé que el primero, después de estar medio desplumado por la familia de la carabinera, se casó con ésta tan pronto como falleció el sargento licenciado, y que, poco más allá, desplumado por entero, no hallaba en casa quien quisiera darle de comer.

Sé que Caifás tuvo que publicar su casamiento para ver si conseguía domar á su mujer, quitando el motivo á sus amenazas; sé que no logró su objeto, pues los *parientes* que, oculto el casamiento, se limitaban á sentarse á la mesa uno á uno, después de publicado acudían por docenas á casa de Caifás para comerle el pan y hacerle la tertulia por la noche; y aun me consta que, por complacer en ello á su mujer, muchas veces alumbraba hasta la puerta de la calle á los que entraban y salían.

Sé, por último, que llegadas las cosas á estos extremos, Anás y Caifás volvieron á encontrarse tope á tope en una acera; y que, sobre si pasas tú por la derecha ó paso yo, se dieron otra mano de leña como la de marras, hasta que los separó la gente y los rechiflaron los granujas.

Y no sé más, lector. Por tanto, aquí lo dejo si me das licencia; pues en Dios y en mi ánima te juro que, al llegar á este punto con la historia, me duele ya la mano, de escribirla de corrido y sin vacantes.

POLANCO, Septiembre de 1877.





ÍNDICE

ÚLTIMA JORNADA





